

The book cover features a light beige background with a subtle, repeating geometric pattern. Overlaid on this is a delicate floral embroidery in various colors, including red, blue, yellow, and green. The embroidery depicts various flowers and leaves, scattered across the cover. A central white rectangular box contains the author's name and the title. The author's name is in a simple, black, sans-serif font, while the title is in a large, elegant, blue cursive script. In the bottom right corner, there is a dark blue circular logo with the text 'arroba books' and a registered trademark symbol.

LIZ TRENOW

*El maestro
de la seda*

arroba books®

EL MAESTRO DE LA SEDA

Liz Trenow

Acerca de la Autora



Liz Trenow. La familia de Liz Trenow se dedica al arte de tejer la seda desde hace casi trescientos años, y la propia autora creció cerca de los telares de Sudbury, en Suffolk, que es la empresa familiar más antigua de Gran Bretaña dedicada al comercio de la seda y una de las tres que aún hoy en día continúan en funcionamiento. Y si bien ella no ha continuado con la tradición familiar, el viejo oficio siempre ha estado presente en todas sus novelas, desde que publicó su primera obra de ficción en 2012, *The Last Telegram*. Posteriormente ha publicado *The Forgotten Seamstress* (2013), *The Poppy Factory* (2014), *El maestro de la seda* (2017) y *In Love and War* (2018).

Liz trabajó como periodista para periódicos locales y nacionales y en los informativos de radio y televisión de la BBC antes de dedicarse por entero a la ficción. Vive en East Anglia con su marido, que es pintor, y tienen dos hijas mayores.

[Web de la Autora \(inglés\)](#)

Para mis dos maravillosas hijas, Becky y Polly

Resumen

1760. En su primer día en Londres, Anna se encuentra por casualidad con un joven sastre francés, Henri, que ha llegado como tantos a Inglaterra huyendo de las guerras de religión. Henri está decidido a triunfar en el mundo duro y competitivo de los maestros de la seda, y para ello cuenta con la habilidad de Anne para crear diseños. Ambos se enamoran pero la diferencia de clase social y los disturbios en Londres hacen que su amor, al igual que su proyecto de futuro, estén en la cuerda floja.

Prólogo

Anna apoya la cabeza en el cojín y recorre con un dedo los tallos de las margaritas y las cabezas inclinadas de las campanillas bordadas en su funda de percal. Los hilos de seda, aunque desgastados y sueltos en algunas partes, conservan aún todo su colorido y relumbran bajo la luz del sol.

—Campanillas y margaritas —entona la letra de una cancioncilla infantil—. Campanillas y margaritas. Todas crecen aquí, todas crecen aquí.

Están sentadas en la vieja *chaise longue* junto a la ventana del salón de la rectoría, el lugar preferido de su madre para bordar y hacer labores, aunque últimamente tiene que apartarse el bastidor del cuerpo más de lo normal porque tiene la barriga muy, muy grande y redonda. Ella dice que eso es porque le está creciendo un nuevo hermano o hermana dentro, pero a Anna le resulta imposible creer que de verdad pueda haber un niño dentro del cuerpo de su madre.

Se aburre. Por culpa de ese bulto con un niño dentro no pueden salir como de costumbre a dar sus paseos juntas por el brezal ni bajar a los pantanos a coger flores silvestres para prensarlas porque su madre dice que eso le da dolor de espalda. Tampoco pueden trabajar apenas en el jardín, algo que a Anna también le entusiasma; le encanta ensuciarse las

manos preparando lechos blandos en la tierra negra en los que enterrar minúsculas semillas. Se le antoja increíble que aquellos pedacitos diminutos puedan crecer y llegar a convertirse en hermosas flores al año siguiente, pero su madre le ha prometido que así será, al igual que le ha prometido que nacerá un hermanito.

—Espera y verás, cariño —dice—. Ten paciencia y ya verás como mis palabras son ciertas.

A pesar de que solo tiene cinco años, Anna ya ha aprendido los nombres de muchas flores silvestres y también de algunas de las variedades de jardín. Los más fáciles de recordar son aquellos que describen perfectamente las propias flores y que parecen salir deslizándose por la lengua como si nada: arañuela, dragonaria, dedaleras, campanillas, nomeolvides, alhelí amarillo y margarita. Otros nombres le cuestan más de pronunciar y tiene que repetirlos una y otra vez antes de que le salgan bien: espuelas de caballero, correhuela, asfódelo y eléboro.

Vuelve a centrar su atención en el cojín. Qué distintas son aquellas dos flores: la alegre margarita, con su carita abierta de pequeños pétalos blancos alrededor de una nariz amarilla, frente a la cabeza cerrada de las campanillas, más violeta que azul, colgando de un tallo que apenas parece capaz de soportar su peso.

—¿Qué flor te gustaría ser a ti? —le pregunta a su madre—. ¿Una margarita o una campanilla?

—Una campanilla, porque huele muy bien.

—Yo preferiría ser una margarita alegre que una campanilla triste —dice Anna—. Además, las margaritas florecen todo el verano, pero las campanillas solo unas pocas semanas.

Tararea una cancioncilla para sí misma en voz baja y patalea con las piernas.

—¿Cuándo me vas a enseñar a bordar flores, como haces tú?

—Siéntate bien y te enseñaré ahora mismo —dice su madre.

Coloca la aguja entre el pulgar y el índice de la mano derecha de Anna, guiándola con sus propios dedos. A continuación, la ayuda a sujetar el bastidor firme y plano con la otra mano, como hace ella.

—Ahora vamos a dar una puntada sencilla de cadeneta para hacer el tallo —dice guiando la mano con la aguja para que atraviese el percal de un modo determinado.

La aguja desaparece, arrastrando la seda verde tras de sí, y luego atraviesa la tela de nuevo desde el revés del tejido y reaparece, como por arte de magia, junto al lugar donde habían dado la puntada previa. Lo hacen otra vez, y otra, y Anna ve crecer el tallo ante sus propios ojos.

Sin embargo, cuando insiste en intentarlo sin que la guíe la mano de su madre, todo sale mal. Las puntadas emergen sin ton ni son y la aguja pierde el hilo. Lo suelta con enfado.

—Odio coser —se queja—. ¿Podemos dibujar en vez de bordar?

Justo en ese instante, el cuerpo de su madre se pone rígido y emite un grito ahogado.

—Corre a la iglesia y ve a buscar a tu padre —dice con los dientes apretados—. Lo más rápido que puedas. Va a nacer el niño...

Años después, Anna conserva como un tesoro el recuerdo de aquel día y de la conversación insustancial con su madre. Tal vez sí era importante porque aquella fue la última vez que había disfrutado de la atención de su madre para ella sola, antes de que llegara Jane. Sin embargo, su recuerdo más vivido, lo que recuerda como si fuera ayer, es el cojín

con las flores bordadas y los hilos de seda relumbrando bajo la luz del sol.

1

Londres, 1760

Existen innumerables cumplidos y manifestaciones de cortesía que un auténtico caballero puede ofrecer a una dama que viaja sola y que esta puede aceptar con perfecta propiedad; pero, aunque obre con el tiento de agradecérselos educadamente, también debe evitar cualquier avance hacia un posible exceso de familiaridad.

*El libro de los buenos modales para
damas (1760)*

El carruaje se detuvo de repente y, por un momento, Anna se hizo la ilusión de que habían llegado.

Sin embargo, pasaba algo extraño. Se oía un gran alboroto a lo lejos: el sonido grave y gutural de unos gritos masculinos y los chillidos, de voces femeninas. No se veía

nada desde las ventanillas y nadie acudió a abrir la portezuela. Los cuatro compañeros de viaje permanecían callados, tratando de no mirarse a los ojos. Tan solo los silenciosos suspiros de irritación y los persistentes movimientos maniáticos —el golpeteo con los dedos los pies, el tamborileo de los dedos de las manos— indicaban que aquella demora era algo fuera de lo habitual.

Unos minutos más tarde, el caballero de estatura media se aclaró la garganta con impaciencia, asió su bastón y golpeó con brío el techo del carruaje: ra-ta-ta-ta-tá. No hubo respuesta. Se asomó por la ventanilla y gritó mirando hacia arriba:

—Cochero, ¿por qué estamos parados?

—Reemprenderemos la marcha en breve, señor. —No parecía hablar con demasiada convicción.

Esperaron unos minutos más, hasta que el caballero resopló y suspiró de nuevo antes de levantarse y bajarse del carruaje, no sin antes decirle a su hijo que permaneciera en el interior con las damas. Anna lo oyó intercambiar unas palabras con el cochero y pasaron cinco minutos más. Cuando volvió a subir, tenía las mejillas tan encendidas que Anna temió que estuviera a punto de sufrir un arrebató de ira.

—No hay de qué preocuparse, señoras. —Su tono era de falsa calma—. Permítanme sugerirles, no obstante, que echen las cortinas.

El coche de caballos empezó a dar sacudidas y bandazos hacia delante y atrás, y también de lado a lado, con movimientos tan violentos que los cuatro fueron zarandeados como la nata en una mantequera. Al parecer, el cochero había emprendido la tarea casi imposible de dar la vuelta a un carruaje y a sus cuatro ocupantes en aquella estrecha carretera.

Los gritos procedentes del exterior se hicieron más fuertes y escandalosos. Resultaba difícil discernir las palabras, pero a veces adoptaban el ritmo de un cántico, furioso y amenazante. El golpeteo de lo que parecían piedras empezó a resonar sobre los adoquines que los rodeaban y, lo que era aún más alarmante, contra el propio carruaje. Uno de los caballos relinchó de forma brusca y violenta, como de dolor. Los gritos se oían ahora más cerca, y Anna distinguió una sola sílaba que se repetía una y otra vez. Era espantoso que una palabra tan simple y cotidiana pudiese sonar tan amenazadora en la boca de una multitud enardecida y furiosa.

El cochero también gritaba, exhortando a los caballos a seguir, a retroceder o a esperar. Todos los ocupantes del carruaje permanecían en un tenso silencio mientras trataban de prepararse para la siguiente sacudida. Los dos caballeros tenían la mirada fija hacia delante, mientras que la dama agachaba la cabeza hacia el regazo, con los ojos cerrados con fuerza, como si rezase.

Aunque Anna también intentaba aparentar serenidad, oía los latidos de su propio corazón palpitándole en el pecho y en los nudillos de las manos que, agarradas con fuerza a la correa de encima de la ventanilla, emitían un brillo blanco en la penumbra del interior. Empezó a preguntarse si aquella clase de percance no sería un suceso habitual en la ciudad; había oído que se formaban turbas y manifestaciones que podían resultar harto violentas, pero no pensó ni por un momento que pudiera llegar a toparse directamente con alguna.

El carruaje reemprendió al fin la marcha a gran velocidad, pero con las cortinas echadas era imposible ver en qué dirección viajaban ahora.

—Señor, ¿tendría la bondad de decirnos qué ha ocurrido?
—preguntó la dama alzando al fin la vista, con la respiración

agitada—. ¿Debo entender que nuestro coche ha sido objeto de un tumulto?

—No temáis nada, milady —contestó el caballero con gentileza—. No corríamos ningún peligro. Tan solo había un obstáculo en el camino. El cochero ha decidido tomar otra ruta para llegar a la ciudad.

El hombre había recobrado el color del rostro, pero Anna no creía una sola palabra.

—Pero ¿por qué gritaban algo sobre el pan? —inquirió—. ¿Y por qué habrían de tomarla con unos desconocidos y convertirlos en objeto de semejante ataque?

—Es mejor no hacer conjeturas al respecto.

Frunció los labios, dando a entender que no iba a decir nada más, por lo que los cuatro se sumieron en un nuevo y prolongado silencio.

Entonces Anna empezó a preocuparse por el retraso en su llegada. El primo William iba a acudir a su encuentro en la posada Red Lyon, pero ¿cómo conseguiría hacerle saber que llegarían con más de una hora de retraso? No había comido más que una rebanada de pan y un pedazo de queso desde el desayuno y su estómago rugía con tanta fuerza que temía que sus compañeros lo oyesen, incluso por encima del traqueteo de las ruedas sobre la calle adoquinada.

El coche de caballos se detuvo por fin y Anna oyó anunciar al conductor:

—La posada Red Lyon de Spitalfields, miss Butterfield.

Se apeó ágilmente del carruaje y esperó mientras el cochero descargaba su equipaje de la parte de atrás y lo colocaba a su lado. Apenas unos segundos más tarde, el cochero le dedicó una jovial despedida y se puso en marcha de nuevo. El carruaje y sus pasajeros se habían convertido en un refugio de seguridad y protección para ella, y cuando

los vio doblar la esquina y desaparecer de su vista, se sintió abandonada y temerosa. Ahora estaba sola en aquella ciudad inmensa.

Alrededor de Anna y sus maletas, circulaba una auténtica riada de gente; algunos paseaban tranquilamente en parejas o tríos, absortos en la conversación, mientras que otros, al parecer atareados con algún recado urgente, correteaban apresuradamente zigzagueando entre la multitud.

Anna se quedó embelesada observando y escuchando los gritos de los vendedores ambulantes; una mujer agitaba un ramillete de hierbas aromáticas ante las narices de los transeúntes, gritando:

—¡Vendo romero! ¡Vendo mosqueta! A un cuarto de penique el ramo para que la casa huela a gloria...

Algunos gritos parecían incluso poesía:

—¡A la rica pera! ¡La pera que no espera! Peras maduras, lisas y con curvas. Una fruta deliciosa, ¿quién me comprará la pera más sabrosa?

En su pueblo, la gente se detenía a intercambiar chismes con los vendedores ambulantes, pues era una de las mejores formas de enterarse de las novedades de las aldeas cercanas: quiénes habían muerto, quién se había casado, quién había dado a luz y si las cosechas de heno, cereales y fruta habían sido buenas, pero por lo visto allí en la ciudad todo el mundo andaba demasiado ocupado para pararse a conversar.

Al parecer, estaba a la venta cualquier clase de producto imaginable: cajas y cestos, escobas y cepillos, babuchas de Marruecos, fósforos, cazuelas, cucharones de madera y ralladores de nuez moscada, alfombrillas, pamplina de

canarios y hierba cana para alpiste, ostras, arenques, ristras de cebollas, fresas, ruibarbo y toda clase de frutas y hortalizas y, lo más tentador de todo, hogazas de pan recién horneado de olor delicioso, patatas asadas y pasteles de carne que hacían que el estómago le rugiera aún más.

Aparte de los vendedores y de algunos mendigos, nadie había reparado en ella. En el campo, una mujer sola en el margen de la carretera habría recibido varios ofrecimientos de ayuda en cuestión de minutos. Allí, en cambio, era como si fuese invisible, o incluso un ser inanimado, como una estatua o una isla que la riada humana se veía obligada a esquivar en su curso. Entre aquella muchedumbre de gente su presencia era del todo irrelevante. «Podría desaparecer — pensó—, y nadie se daría cuenta.» Era una sensación extraña, aterradora y liberadora a la vez.

¡Y el ruido! El traqueteo de las carretas y los carruajes sobre los adoquines, los gritos de los buhoneros y de las mujeres que regañaban a sus hijos... Con tanta algarabía costaba un poco entender las palabras, y en ese momento Anna descubrió el porqué: buena parte de ellas no eran en su idioma, el inglés.

Miró alrededor. Al otro lado de la carretera y a pesar de que no había anochecido aún, un grupo de bebedores se había congregado a las puertas de la posada Red Lyon, ocupando la calle, con las jarras en la mano, charlando animadamente en conversaciones salpicadas de risas y carcajadas estentóreas.

A su espalda, unos soportales de ladrillo formaban la entrada del edificio, y a través de los arcos, Anna distinguió un interior cavernoso lleno de mesas y otras estructuras de madera. Parecía un mercado, pero Anna no había visto nunca semejante cantidad de puestos. Apenas dos docenas llenaban la plaza de Halesworth, incluso en la festividad de San Miguel, pero allí parecía haber más de un centenar. Aunque

las transacciones comerciales habían terminado ya y los puestos estaban vacíos en ese momento, un poderoso olor a hierbas y verduras, y a carne y pescado podridos inundaba el aire desde el otro lado de la calle.

La manecilla del minuterero iba avanzando en el reloj de esfera resquebrajada de encima del mercado. A Anna le apretaba el corsé, tenía el estómago vacío, estaba sedienta y empezaba a sentirse un poco mareada. Trasladó el peso de su cuerpo de los dedos de los pies al talón y de un pie a otro tal como había aprendido en las largas horas transcurridas en la iglesia y rezó para que William no tardase en llegar.

Seguía pasando el tiempo, y Anna cayó en un estado de semiinconsciencia. Cuando abrió los ojos, al parecer, estaba tendida en el suelo, y advirtió vagamente la presencia de alguien arrodillado a su lado que le sujetaba la cabeza, además de otra persona de pie al otro lado, que la abanicaba con su gorra. Anna tardó aún unos momentos en entender dónde estaba.

—Cielo santo, lamento causar tantas molestias... —murmuró tratando de incorporarse.

—No se preocupe —dijo el joven—, nosotros la ayudamos.

Masculló unas palabras ininteligibles a su compañero y este desapareció para regresar al poco con un vaso de agua del que Anna bebió con gratitud.

—¿Tiene algún lugar donde alojarse? —preguntó el joven—. ¿Con algún familiar? ¿O un amigo tal vez?

—Voy a ir vivir con mi tío, Joseph Sadler, de Spital Square —respondió mientras recobraba poco a poco sus facultades—. Había quedado con mi primo William en que nos encontraríamos aquí.

El joven volvió a dirigir unas palabras incomprensibles a su amigo, quien se marchó de nuevo.

Una extraordinaria reflexión se abrió paso en ese momento en su mente confusa: tal vez aquellos dos jóvenes poseían del don de lenguas, tal como habían descrito los Apóstoles. A Anna aquella siempre le había parecido una historia inverosímil, una simple alegoría, como tantas de las que poblaban las páginas de la Biblia, pero, desde luego, algo muy similar parecía sucederle a ella. Sonrió para sí. «Sin duda, los caminos del Señor son inescrutables.»

A esas alturas ya se había formado una muchedumbre a su alrededor, pero rodeada por los brazos de aquel joven se sentía inexplicablemente segura. Comprobó que iba bien afeitado y pulcro y que se conducía con un porte y modales delicados. Tenía los ojos de un color castaño muy, muy oscuro, como el de las castañas recién desprovistas de su zurrón, y a pesar de que no lucía peluca ni, por lo que ella alcanzaba a ver, iba vestido como un caballero, llevaba el pelo negro recogido por detrás y le hablaba con dulzura y sonreía a menudo, para confortarla. Despedía un curioso olor dulzón, no desagradable particularmente, sino extraño, un olor que no conseguía reconocer.

En ese instante regresó el otro joven, con la respiración jadeante.

—Ya viene.

Como no quería que su primo la encontrara en el suelo y puesto que ya se sentía mucho mejor, Anna trató de levantarse. Los dos jóvenes la rodearon por la cintura con delicadeza para ayudarla.

De pronto, se oyeron unas fuertes voces de entre la multitud:

—Apartaos, apartaos. ¡Dejadme pasar!

Cuando William apareció —pues sin duda era él, un joven alto y de rostro enjuto con una peluca empolvada—, su semblante se ensombreció al verla.

—¿Cómo os atrevéis? ¡Apartad vuestras manos de la joven dama ahora mismo! —bramó, y un puño se deslizó en el aire por delante de la nariz de Anna hasta impactar contra el rostro del muchacho.

Este dio un gruñido y cayó al suelo, y a punto estuvo de arrastrarla a ella consigo, pero lo impidió la poderosa mano izquierda de William, que le sujetaba el brazo con dolorosa firmeza. Aestó otro puñetazo al segundo muchacho, que cayó y formó una pila con su compañero a sus pies. La multitud emitió un grito ahogado y retrocedió unos pasos.

—Y ahora, idesapareced de mi vista, par de fantoches! —gritó William arremetiendo contra ellos con sus botas mientras la muchedumbre trataba de tirar de los muchachos para ponerlos en lugar seguro—. Malditos repollos franceses... Como os vuelva a ver tocando a una dama inglesa, os colgaré de esos pies de gabachos.

—No seas tan severo con ellos, primo William —susurró Anna horrorizada por su violenta reacción—. Estaban ayudándome. Me había desmayado por el calor.

—Sucios gabachos... —rezongó él antes de dar instrucciones sobre el equipaje a un hombre que empujaba un carrito—. No deberías haberlo permitido. Tienes mucho que aprender sobre cómo debe comportarse una joven dama en la ciudad.

—Sí, espero aprender mucho —contestó Anna en lo que pretendía que fuese un tono conciliador.

William volvió a sujetarla del brazo y empezó a tirar de ella tan apresuradamente que Anna tenía que correr para no quedarse atrás.

—Date prisa, Anna Butterfield. Llevamos horas esperando. No entiendo cómo no enviaste antes noticias sobre tu llegada. De haberlo hecho no habrías causado todos esos problemas. Llegas terriblemente tarde y la cena se ha

enfriado.

Por fortuna, al paso apresurado de William solo había unos pocos minutos desde la posada Red Lyon hasta Spital Square. Se detuvieron frente a una casa cuya fachada lucía un amplio escaparate: grandes ventanales en saledizo a ambos lados de una enorme puerta principal de cristal, y columnas dobles que sostenían un porche para que los clientes pudieran guarecerse de la lluvia. En un tablón que colgaba del porche se leía, en una elegante inscripción en letras doradas: «Joseph Sadler e Hijo, Hilos y Tejidos para la Nobleza y la Alta Burguesía». Habían llegado por fin.

Anna se volvió para subir los escalones, pero William la sujetó del brazo una vez más y la empujó hacia delante al tiempo que abría una puerta lateral más pequeña que daba a un alargado vestíbulo sumido en la oscuridad. Pasaron junto a dos puertas más en la planta baja —que supuso que conducían a la trastienda—, subieron por una escalera hasta alcanzar un amplio rellano y luego atravesaron el umbral de otra puerta que daba al salón del comedor.

El tío Joseph fue el primero en acercarse a darle la bienvenida, estrechándole la mano con formalidad y dedicándole una sonrisa que se desvaneció en cuanto apareció, como si se tratara de una visita infrecuente e inesperada. El tío Joseph era una figura imponente: alto y corpulento, lucía bigote y peluca incluso en casa, sobrecuello y casaca con faldones cuya parte delantera, de corte recto, dejaba al descubierto una oronda barriga bien sujeta bajo un chaleco de brocado de seda. Sin duda debía de haber sido un hombre apuesto, pero la buena vida le había pasado factura: la enorme papada le colgaba y le temblaba de un lado a otro como la barba de un pavo.

—Bienvenida, querida sobrina —dijo—. Esperamos que te encuentres a gusto aquí.

Hizo un gesto con la mano abarcando la totalidad de la sala suntuosamente amueblada, en cuyo centro relucía una mesa de madera de roble bien pulida y repleta de cubertería de plata bajo la luz de numerosas velas.

Anna hizo una leve genuflexión.

—Estoy en deuda con usted, señor, por su generosa hospitalidad —dijo.

La tía Sarah parecía una mujer amable y bondadosa, con una sonrisa que, a diferencia de la de su marido, parecía bastante acostumbrada a su rostro. Besó a Anna en ambas mejillas.

—Pobrecilla, pareces muy fatigada —señaló a la par que retrocedía unos pasos para mirarla de arriba abajo—. Y tu ropa... —Emitió un pequeño suspiro y apartó la mirada, como si el vestido de Anna fuese una imagen demasiado terrible de contemplar para ella, a pesar de que eran sus mejores galas—. No importa. Ahora podrás cenar y descansar después de tan largo viaje. Mañana ya nos ocuparemos de tu guardarropa.

«Tiene la misma voz que mi padre», pensó Anna, con el leve seseo que parecía caracterizar a toda la familia. Después de todo, era su hermana menor, pero era difícil, sin detenerse a mirarla fijamente, descubrir exactamente qué rasgos físicos compartían. ¿Los labios, tal vez, o quizás las cejas? La estatura no, desde luego. Sarah era mucho más baja y de formas más redondas, mientras su padre tenía facciones angulosas y piernas y brazos largos, proporciones que Anna había heredado y que, como sabía perfectamente, no suponían ninguna ventaja para una mujer. Sin embargo, la familiaridad de los rasgos de su tía contribuyó a que Anna se sintiera como en casa.

La prima Elizabeth realizó una elegante reverencia.

—Por favor, llámame Lizzie, prima Anna. Tengo muchísimas ganas de vivir con una hermana mayor. —En sus labios, el seseo resultaba un sonido dulce, casi entrañable—. Un hermano no sirve de nada —añadió lanzando una mirada envenenada al otro lado de la mesa.

William le devolvió una expresión ceñuda y hostil que, a decir verdad, no parecía haber abandonado su rostro desde su primer encuentro con él frente a la posada.

Según los cálculos de Anna, Lizzie debía de tener unos catorce años. Observó que era una muchachita hermosa, de facciones redondeadas como su madre, pero mucho más espigada, toda tirabuzones castaños rojizos y lazos de encaje color claro, seis años menor que su hermano y cuatro menos que la propia Anna. Recordó que Sarah había alumbrado más hijos, pero estos eran los únicos que habían sobrevivido. Rememoró a su padre leyendo las cartas de su hermana y suspirando: «Otro niño que ha ido a los brazos de nuestro Señor. Ay, pobre Sarah. Si pudieran vivir en algún lugar donde el aire fuera más sano...». En la iglesia, nombraba en voz alta a los hijos que había perdido Sarah, rogándole a Dios para que cuidara de ellos en el cielo.

De aquella letanía de tristeza, Anna entendía que el parto y el nacimiento de los hijos era algo que había que temer, tal vez más que cualquier otra cosa en el mundo. Y, sin embargo, ¿cómo evitarlo, se preguntaba, una vez que una se convertía en una mujer adulta y se casaba y vivía como era debido?

Tomaron asiento y Joseph sirvió copas de un líquido del color de las ciruelas maduras.

—Burdeos —lo llamó.

Mientras su tío alzaba la copa brindando por «la llegada de nuestra querida prima, Anna», esta dio un tímido sorbo;

era más fuerte que el vino de comunión, pero estaba delicioso. Tomó otro sorbo, y luego otro, hasta que sintió que entraba en calor, además de sentirse reconfortada y relajada.

—Pobrecilla, no puedo ni imaginar las tribulaciones que habrás pasado estos últimos meses —dijo la tía Sarah mientras pasaba una bandeja con un surtido de fiambres—. Espero sinceramente que las últimas semanas de nuestra querida Fanny no fuesen demasiado difíciles...

El calor que sentía se desvaneció cuando a Anna le vino a la memoria una imagen de su madre: pálida como un espectro, esquelética, recostada en los almohadones y luchando por contener los violentos accesos de tos, jadeando para tratar de respirar e incapaz de hablar o deglutir a causa de la congestión en el pecho.

Había sido una larga y penosa enfermedad, un lento deterioro seguido de una mejoría aparente, fuente de nuevas esperanzas que se vieron truncadas de inmediato por un empeoramiento aún mayor. Durante todo el proceso, Anna y su hermana Jane habían atendido a su madre, haciendo todo lo posible por proteger de la verdad a su padre que, como párroco del pueblo, ya tenía bastantes problemas: unos feligreses problemáticos, las exigencias de sus superiores diocesanos y la necesidad de restaurar la maltrecha urdimbre de la iglesia.

El cansancio extremo de tener que atender a su madre y sacar adelante la casa había impedido que Anna dedicase demasiado tiempo a pensar en la tragedia que tenían por delante. Cuando al fin llegó el desenlace fatal, Jane se metió en la cama y estuvo llorando durante semanas y semanas. No hallaba consuelo más que en los dulces que consumía por el día y en el calor que hallaba en los brazos de su hermana en el lecho que compartían por las noches.

Su padre, Theodore, aunque hundido en la tristeza y con el semblante demudado por el dolor, prosiguió con sus tareas

diarias, con la única diferencia de que se retiraba a dormir más pronto que de costumbre. Algunas veces, en mitad de la noche, Anna oía unos sollozos desgarradores al otro lado de la pared y le entraban ganas de consolarlo, pero resistía el impulso, intuyendo que merecía poder exteriorizar su tristeza sin tener que contenerse delante de los demás.

En cuanto a ella, y contra todo pronóstico, no llegó a derrumbarse ni a caer en la desesperación, sino que se levantaba cada día, se aseaba, se vestía y se entregaba a sus quehaceres cotidianos, preparaba la comida para la familia, organizaba el refrigerio para el funeral e intentaba sonreír cuando la gente le hacía comentarios sobre lo bien que llevaba la tragedia. Sin embargo, por dentro se sentía vacía, casi indiferente ante su propia desgracia. El dolor era como caminar sonámbula por una gruesa capa de nieve, por un paisaje interminable y monótono, cada paso doloroso y extenuante. El mundo parecía haberse vuelto uniforme, de un solo color, donde las tonalidades perdían sus matices y los sonidos llegaban amortiguados y distorsionados. Era como si le hubiesen arrebatado su propia vida junto con la de su madre.

Tras ahuyentar aquellos amargos recuerdos de la mente, Anna volvió a dirigirse a la mesa y a su tía, que aún aguardaba su respuesta.

—Gracias, tía. Sí, mi madre llegó tranquila y en paz al final.

Al decir aquellas palabras, cruzó los dedos en su regazo; era un viejo hábito de la infancia, cuando creía que eso la salvaría de la ira de Dios por decir embustes. Pero justo en ese momento, los descruzó de nuevo al darse cuenta de que sus palabras encerraban una parte de verdad: la figura inerte que yacía en el lecho de muerte había adquirido un aspecto tranquilo y sereno en cuanto el dolor desapareció.

—¿Y mi querido hermano, Theo? ¿Cómo está llevando la

pérdida?

—Su fe es un gran consuelo, como puede imaginar — respondió Anna, aunque sabía muy bien que era justo al contrario: su fe había sido puesta a prueba muy seriamente los meses anteriores.

—Sin duda es un Dios cruel aquel que con una mano quita mientras ofrece consuelo con la otra —señaló su tío.

—Cada cual, según su criterio, querido —murmuró Sarah.

—Es una conjetura interesante, de hecho. —Los ojos de William relucieron al reconocer un desafío en aquellas palabras, y sus labios finos compusieron una mueca sarcástica—. Porque, ¿qué es lo que pretende Dios, a fin de cuentas?

—Chsss, William —dijo Sarah mirando de reojo a Lizzie y volviendo a mirar a su hijo de nuevo—. Guarda esos debates para tus compañeros del club.

Un silencio cayó sobre la mesa. Anna tomó un par de generosos sorbos de vino.

—Espero que me perdonéis por llegar tan tarde. El coche de caballos quedó retenido por culpa de un tumulto y tuvimos que buscar otra ruta de entrada a la ciudad — explicó.

William levantó la vista bruscamente.

—¿Qué clase de tumulto? ¿Dónde?

—Me temo que no sé exactamente dónde. Fue cuando entrábamos en la ciudad, y no pudimos ver nada desde el interior porque, de hecho, tuvimos que cerrar las cortinas. Se oían muchos gritos... Me pareció oír algo relacionado con el pan.

—Parecen otra vez disturbios por el precio de los alimentos —dijo William—. Seguro que han sido esos

tejedores franchutes otra vez, como el mes pasado. Siempre están protestando. ¿Ha oído usted algo, padre?

Joseph negó con la cabeza mientras masticaba la generosa cucharada de carne y patatas que acababa de llevarse a la boca.

—Si no hubieran malgastado tanto dinero en Ginebra, les quedaría más que suficiente para pan —masculló—. Y ayudaría que esos forasteros dejaran de exaltar los ánimos.

William sacó su reloj, soltó el cuchillo y la cuchara con sonoro apresuramiento y retiró la silla hacia atrás.

—Perdonadme, pero llego tarde al club —dijo recogiendo su chaqueta y haciendo una leve inclinación dirigida a Anna—. Nos veremos otra vez mañana, querida prima. Mientras tanto, mantente alejada de los repollos: pueden provocar las indigestiones más pestilentes.

Anna se quedó perpleja al oír aquello hasta que, más tarde, recordó las palabras de su primo acerca de los «malditos repollos franceses». Para ella era un misterio por qué se mostraba tan hiriente y mordaz ante dos jóvenes inocentes y, desde luego, tan solícitos y serviciales, pero había tantas cosas incomprensibles en aquel mundo totalmente nuevo para ella que se sentía indispuesta solo de pensarlo.

Tras la cena, Lizzie fue la encargada de mostrarle el resto de la casa, o al menos las plantas superiores, pues la planta baja estaba íntegramente dedicada al negocio del tío Joseph y el sótano, supuso, eran los dominios del servicio. El edificio contaba con cuatro plantas de altura, y aunque era sumamente amplio desde la fachada hasta la parte posterior, parecía menos espacioso que su propia y querida rectoría, y en absoluto tan acogedor. Admiró los opulentos tapices de

seda, el elegante mobiliario, los arrimaderos de madera pintada de cada una de las estancias principales y las contraventanas, pero el efecto general era el de una casa más oscura y formal.

Junto al salón comedor, en la parte delantera de la casa y encima de lo que Anna suponía que era la parte principal de la tienda, había una amplia y elegante sala de estar con una chimenea de hierro fundido rodeada de mármol. Por la ventana, Anna veía la calle y la pequeña parcela de hierba con unos cuantos árboles jóvenes que, se dijo, sin duda conferían a la casa su aspecto distinguido. Sin embargo, la construcción estaba adosada a otras casas a uno y otro lado, de modo que resultaba difícil distinguir dónde empezaba una y terminaba la otra. «El terreno debe de ser muy escaso en esta ciudad tan abarrotada —pensó para sí—, para que incluso en zonas tan prósperas no puedan permitirse vivir separados de sus vecinos ni siquiera por unos pocos palmos.»

—¿Tenéis jardín en la casa? —preguntó.

—Apenas un pedazo de hierba enmohecida y un árbol —respondió Lizzie rápidamente—. Te lo enseñaré mañana si quieres.

—Me encanta dibujar la naturaleza.

—Aquí hay pocas cosas capaces de inspirar a un artista —repuso Lizzie—, aunque sé dónde podríamos ver flores y frutas en abundancia.

—¿Dónde? —preguntó Anna.

—En el mercado. Toda clase de productos, de los hortelanos y de los huertos de los forasteros, y también de países extranjeros, todo apilado por millares. Es digno de ver. —De pronto, Lizzie se echó a reír—. Aunque supongo que no era eso lo que tenías en mente dibujar, ¿verdad?

—No, la verdad es que no —dijo Anna complacida de poder hablar de temas más livianos después de horas tan

sombrías—. Pero me encantaría verlo.

—Mamá no nos dejará entrar en el mercado; dice que es demasiado vulgar: «No es decoroso para una joven dama». —Lizzie imitó el tono de voz de su madre, retrayendo sus hermosas facciones para hacer una mueca—. Me parece una bobada, ¿no crees? Pero le preguntaré si podemos ir a visitar nuestra nueva iglesia mañana, para poder pasar por delante.

Anna tenía sus reparos. No sería sensato mostrarse desleal con su tía cuando acababa de llegar.

—Podría dedicarme a dibujar escenas arquitectónicas a lápiz, pero la perspectiva de los edificios me parece muy compleja, ¿no crees?

Lizzie se puso muy seria, y las sonrisas se esfumaron tan rápido como habían aflorado a su rostro.

—Me encantaría saber dibujar, pero mi tutor se burla tanto de mis bocetos que ya ni me atrevo a intentarlo.

—Entonces, yo te enseñaré —dijo Anna.

—Ay, sí... —exclamó Lizzie recobrando la alegría de inmediato—. Eso me gustaría muchísimo...

Tras su recorrido por la casa, Anna pidió permiso para retirarse a sus aposentos.

—Por supuesto, estarás exhausta... —dijo su tía—. Pero debo advertirte que tu habitación está al final de una larga escalera, y es muy sencilla. No tenemos muchos dormitorios porque la planta baja está dedicada por entero al negocio. Esperamos poder mudarnos pronto, a una dirección más acorde con el estatus de Sadler e Hijo, ¿no es así, querido? —Dedicó una sonrisa a su marido, pero el rostro de este permaneció impasible—. Lizzie, ¿por qué no llevas a Anna a su habitación? Su equipaje ya está allí, y enviaré enseguida

a la criada con agua.

Subieron por una angosta escalera de madera hasta el último piso, que Lizzie llamó «la vieja buhardilla de tejer». La habían renovado, explicó, ahora que el tío Joseph había dejado la tejeduría y se dedicaba a vender sedas ya terminadas para ganarse la vida. La habitación, contigua a una que compartían la cocinera y Betty, la criada, era, en efecto, pequeña y sencilla, con una cómoda de madera, una mesa auxiliar con una palangana y una jarra, una silla de respaldo recto y una cama que, aunque rudimentaria, se le antojó maravillosamente irresistible para su cuerpo cansado.

Cuando el repiqueteo de los pasos de Lizzie hubo desaparecido escaleras abajo, Anna abrió el batiente de la ventana, inspiró una larga bocanada del cálido aire nocturno y suspiró profundamente, relajando los músculos de la cara, entumecidos después de aguantar tanto rato una sonrisa educada.

Se metió bajo las sábanas, pero el sueño se resistía a vencerla.

La cama era corta, el colchón de crines de caballo estaba lleno de bultos y la manta olía a rancio, pero, aunque no era tan cómoda como la cama de plumas de su entrañable hogar, al menos estaba calentita y segura. ¿Qué más podía pedir?

Ciertamente hacía calor en aquella buhardilla esa noche de julio. No había ni un atisbo de brisa que azuzara el aire, ni siquiera allí arriba, en lo alto de la casa. El ruido en la calle era sorprendente: ¿es que en la ciudad la gente no descansaba nunca? Tenía la impresión de que, desde que se había bajado del coche de caballos esa tarde, el ruido no había amainado en absoluto: las risotadas de los bulliciosos grupos de hombres jóvenes, las chillonas llamadas a voces de

las mujeres y los alaridos de los niños, los aullidos de los perros y los maullidos de los gatos, el estrépito de los carruajes y el martilleo de las carretillas sobre el empedrado de la calle... En su pueblo, a aquella hora de la noche reinaría el silencio, salvo por el rítmico estruendo de las olas cuando soplaban el viento del este.

Menuda aventura iba a vivir... Pese a la tristeza de la partida y al peso que sentía en su corazón, que no se había aliviado en ningún momento tras la muerte de su madre, Anna no podía evitar sentir cierto entusiasmo ante su nueva vida.

—La vida tiene mucho que ofrecer a una joven con talento como tú —le había dicho su padre sentado junto a ella la última noche—. Hay tanto que ver y tanto que aprender... Tantas cosas en el mundo que saborear y disfrutar... Pero no lo encontrarás aquí, en esta comunidad tan pequeña. Debes marcharte y buscar fortuna en la ciudad.

—Como Dick Whittington, imagino...

—Exacto —se rio su padre—. Y si te conviertes en alcaldesa de Londres, entonces deberás invitarnos a tu magnífica residencia. Pero recuerda que puedes volver a casa siempre que lo desees.

Pese a que el primer día en la carretera había transcurrido con total normalidad y sin incidencias, cada pequeño suceso suponía toda una sorpresa para una viajera inexperta como ella. Había recibido instrucciones de cómo entablar conversación con los demás pasajeros para no alimentar posibles confianzas indeseadas, pero para ella era tan excepcional pasar tiempo en compañía de extraños que no pudo evitar escudriñarlos con atención, lo más disimuladamente posible para no parecer grosera.

Todas las edades de la vida humana parecían estar representadas en el reducido espacio del carruaje. Junto a ella, el asiento estaba ocupado por un caballero grueso y rollizo que examinaba su periódico dándose aires de importancia, carraspeando con desaprobación ante lo que leía y clavándole el codo en las costillas cada vez que pasaba una página. Al cabo de un rato, se quedó dormido, resbalando de forma alarmante de lado hacia el hombro de Anna antes de despertarse bruscamente y erguirse precipitadamente en el asiento para, minutos después, repetir de nuevo todo el proceso.

No veía las caras de las dos mujeres que iban sentadas al otro lado del caballero, pero sabía que debían de ser chicas del arenque de Yarmouth, las encargadas de cortar el pescado en filetes, inconfundibles por el olor que desprendían y por lo rojas que tenían las manos. En el asiento de enfrente, dos regordetas amas de casa de Bungay ocupaban suficiente espacio para tres personas, y pasaron todo el camino hasta Ipswich charlando sin parar. Cada una de ellas sostenía a un niño pequeño en una rodilla y a un niño de pecho en la otra.

Los niños mayores lloraban incesantemente antes de quedarse dormidos con unos regueros de mocos que les caían libremente por la nariz, mientras que los rollizos lactantes se turnaban para llorar, unos berridos penetrantes y ensordecedores al ser percibidos de tan cerca. Entre sollozo y sollozo, los pequeños dedicaban sonrisas angelicales a cualquiera que los mirase, y todos quedaban perdonados hasta el siguiente ataque de llanto. Cuando se prolongaba demasiado, las madres se bajaban la parte superior del vestido y enterraban las caras de los niños llorosos en los pliegues al descubierto de unas carnes asombrosamente blancas.

Un caballero de edad avanzada y aspecto maltrecho se

había embutido en el estrecho espacio junto a las dos mujeres y, cuando él también se quedó dormido, Anna temió que muriera aplastado, en silencio, y sin que nadie se diera cuenta hasta que todos se hubiesen apeado del vehículo.

Para dejar de observar a los demás pasajeros y pasar el rato, extrajo la Biblia de bolsillo que su padre le había depositado en las manos en el momento de la partida. Su fe se había evaporado durante las largas noches de agonía de su madre, y no había vuelto a recuperarla, pero las frases familiares de las epístolas le resultaban reconfortantes. Cuando abrió la cubierta de cuero gastado vio por primera vez lo que su padre había escrito en el frontispicio, con su caligrafía, de trazos largos y finos: «Para mi querida Anna: Que Dios te guarde y te proteja». Las lágrimas le escocían bajo los párpados. «¿Cuándo volveré a ver a mi querido padre? —se preguntó—. ¿Cómo se las arreglaré ahora que solo está Jane para cuidar de él?»

Aunque solo tenía cinco años en aquel momento y había presenciado el parto de su madre solo parcial y brevemente, entendía que el nacimiento de su hermana había sido un proceso arduo y laborioso. Cuando al fin nació, la niña estaba azulada e inerte. Contra todo pronóstico, su hermana logró sobrevivir y poco a poco fue ganando fuerza y peso. No fue hasta mucho después cuando descubrieron que el difícil parto había dejado importantes secuelas: el lado derecho del cuerpo de Jane estaba muy débil y cojeaba al caminar, arrastrando dolorosamente un pie detrás de ella; y aunque de naturaleza dulce y bondadosa, era más bien lenta y le costaba trabajo entender cosas que a los demás les resultaban simples, y nunca consiguió aprender a leer y escribir.

«¿Cómo se las va a arreglar para llevar la casa sin mí, siendo la criaturita extraña que es? —pensó Anna para sí—. ¿Entenderá las necesidades de nuestro padre? ¿Estará bien

ella misma? ¿Y hallará compañía y amistad en otras muchachas del pueblo, ahora que yo no estoy?» Cuánto los echaba ya de menos a los dos...

Cuando al fin hicieron un alto en una de las posadas del camino en Chelmsford, el caballero corpulento le tomó la mano para que pudiera apearse.

—¿Puedo ayudarla con su bolsa de viaje?

—Muchas gracias —respondió agradecida de que alguien hubiese reparado siquiera en ella—. Es esta. Imagino que el baúl y la sombrerera se quedarán en el coche para proseguir de nuevo el viaje mañana por la mañana, ¿es así?

—Sí, suele ser la costumbre, si ha informado antes.

El hombre cogió la desvencijada bolsa de lona de ella y su propia y elegante maleta de cuero y cruzó a su lado el jardín delantero en dirección a la puerta de la posada.

—Perdóneme, señora —dijo—, no es mi intención parecerle impertinente, pero ¿me permitiría brindarle un pequeño consejo?

—Señor, cualquier consejo será bien recibido, teniendo en cuenta que no estoy familiarizada con las costumbres del viaje en carretera —respondió ella.

—En ese caso, permítame recomendarle que pida que le sirvan la cena en su habitación. El ambiente en la taberna puede ser demasiado ruidoso y temo que eso no case bien con su temperamento tranquilo.

Y, como para demostrar sus palabras, un griterío de voces los recibió al abrir la puerta. Ella vaciló antes de traspasar el umbral, pero el hombre la asió del brazo y la condujo delicadamente por entre las abarrotadas mesas a través de una nube de humo de tabaco en dirección a un pasaplatos.

Gritó por encima del alboroto para dirigirse a una mujer de aspecto hosco que Anna supuso que debía de ser la mujer del posadero y, al poco, apareció un muchacho andrajoso que los guió hasta la planta de arriba. Cuando se despidieron en el rellano, Anna le dijo al caballero:

—Ha sido usted muy amable.

—Que descanse, señora —respondió él inclinándose levemente.

El pequeño intercambio la había animado tanto que apenas reparó en lo pequeña y espartana que era la habitación ni en el color grisáceo de las sábanas después de demasiados lavados. Cuando le sirvieron la cena, el cordero frío estaba grasiento y las patatas llenas de marcas negras, pero tenía tanta hambre que devoró el plato sin pensar. El cabo de vela que le habían proporcionado se consumió rápidamente y se enfrentó a una noche larga y agitada, tratando de hacer caso omiso de las chinches mientras estas celebraban la llegada de carne fresca y escuchando cómo el ambiente de la taberna, en el piso inmediatamente inferior, se animaba por momentos.

Cuando al fin logró dormirse, soñó que regresaba a casa y todo estaba exactamente igual que antes: la rectoría volvía a ser el mismo hervidero de actividad y de risas de siempre, las chimeneas encendidas, su familia de cuatro miembros intacta. Soñó que corría a arrojarse a los brazos de su madre y percibía la mezcla de aromas a jabón de lavar y a hierbas aromáticas que, para Anna, eran sinónimo de amor y seguridad.

Cuando se despertó al despuntar el alba y se dio cuenta de dónde estaba, las lágrimas llegaron al fin, mojando su almohada con largos y entrecortados sollozos que parecían estremecerle el cuerpo entero. ¿Cómo había podido pensar en abandonar su querido hogar? Pero ¿cómo regresar a él cuando sabía que no volvería a sentir el cálido abrazo de su

madre?

Pese a todo, a la mañana siguiente, su ánimo pareció levantarse con el sol. Lamentó descubrir que el amable caballero no reemprendería el trayecto con ellos, pero se subió al coche llena de optimismo ante la perspectiva de otro día de viaje, lanzando incluso una tímida sonrisa a la única pasajera aparte de ella, una dama muy bien vestida. Después de veinticuatro horas sin apenas hablar con otro ser humano, habría agradecido poder entablar una conversación, por lo que se llevó una decepción cuando la dama sacó sus anteojos y abrió un libro.

Se concentró en sus propios pensamientos, entusiasmada ante la perspectiva de ver por sí misma todo lo que había oído sobre la gran metrópolis, así como de conocer a su tío, su tía y sus dos primos. Tras permanecer confinada en la casa atendiendo a su madre durante aquellos prolongados meses de solícitos cuidados, ansiaba poder desplegar las alas y ver la gran ciudad, y ellos le habían brindado generosamente esa oportunidad.

A primera hora de la tarde, se detuvieron en una aldea para recoger a dos caballeros que parecían ser padre e hijo, y el cochero invitó a las damas a apearse para contemplar lo que describió como «unas bellas vistas de la ciudad».

Al principio, Anna solo distinguía el río Támesis, cuya superficie reflejaba el sol como una serpiente plateada por el valle bajo un manto de humo pardo rojizo. Cuando sus ojos se acostumbraron a la distancia, vislumbró una serie de franjas que se extendían hacia ellos en todas las direcciones. Al cabo de un momento se dio cuenta, sin salir de su asombro, de que eran hileras de casas que se contaban por centenares, por millares incluso. La cantidad de gente que

aquellos edificios podían albergar en su interior era inimaginable. En la parte más densa de la ciudad que se extendía a sus pies, junto a la ribera del río, apenas se veían fragmentos de color verde; no había rastro de árboles ni de campos.

«¿Cómo voy a sobrevivir en semejante proximidad a tanta gente, todos respirando ese aire lleno de humo?», se preguntó. Su pueblo no tenía más de trescientos habitantes, con campos y bosques que ocupaban todo el terreno a un lado, y dunas de arena y el ancho e inmenso mar al otro. «¿Qué podré pintar en un lugar sin flores ni árboles, sin mariposas ni pájaros?»

Dando vueltas en la cama de la buhardilla, se sentía vacía y hueca por dentro, como si viajar a una velocidad tan insólita para ella hubiese hecho que parte de su alma se hubiese quedado atrás. Había esperado mucho tiempo a que empezase su «gran aventura», pero ahora que al fin había llegado el momento, todo le resultaba tan extraño y desconocido, tanto miedo le daba incluso, que ansiaba poder estar de vuelta en la cómoda familiaridad que le proporcionaba su hogar en el campo.

2

Una dama debe adoptar un paso moderado y recatado al caminar; el paso demasiado apresurado perjudica la elegancia que debe caracterizarla. No debe volver la cabeza hacia un lado y el otro, especialmente en las ciudades, donde esta mala costumbre parece una invitación a la impertinencia.

*El libro de los buenos modales para
damas*

Anna se despertó temprano cuando los rayos del sol atravesaban las ventanas de la buhardilla, sin saber al principio dónde estaba. Entonces se acordó. Abajo, todo estaba en silencio, e incluso la agitación de la ciudad parecía haber enmudecido. Decidió que debía de ser muy pronto y volvió a meterse en la cama hasta que oyera los movimientos matinales de la familia.

Repasó los sucesos vividos los días anteriores; el rostro apesadumbrado de su padre y las lágrimas de su hermana cuando se despidió de ellos; los berridos de los niños pequeños en el coche de caballos; el amable caballero de

Chelmsford; los inquietantes cánticos de la multitud y la rápida maniobra evasiva del cochero. Deseó poder entender por qué los habitantes de la ciudad estaban tan enfadados por culpa del pan. Sin duda, el pan era algo que todo el mundo, incluso los pobres, podían hacer ellos mismos, ¿no?

Y aquellos muchachos franceses, en la posada Red Lyon... Su primo los había tratado con dureza, pero, bajo la nueva luz de la mañana, se sentía más generosamente predispuesta hacia él: en el calor del momento, seguramente solo le preocupaba su seguridad y no había obrado con mala intención.

Al recordar el extraño giro de los acontecimientos, volvió a parecerle sorprendente que no se hubiese sentido más alarmada por hallarse en los brazos de un extraño... y eso que ni siquiera era un caballero. Sonrió para sí, recordando la ternura con que el joven se había dirigido a ella, la calidez de sus ojos y su olor dulce, como a nueces, como a hojas de haya secas bajo el sol de las postrimerías del otoño.

Debía de haberse quedado traspuesta de nuevo, porque lo que oyó a continuación fue a la criada llamando a su puerta, con una jarra de agua fresca. Anna se aseó y se vistió rápidamente y, cuando bajó, halló a la familia ya sentada a la mesa de desayuno más suntuosa que había visto en su vida: nada menos que tres clases distintas de pan, mantequilla, miel, mermelada y confitura de cerezas, avena con nata dulce, arenques ahumados, pastel frío de ternera, riñones asados y café. Había oído que eso último era una bebida que estaba muy de moda, pero a ella le pareció muy oscuro y de regusto amargo. Habría preferido té y una sencilla rebanada de pan con miel, pero le parecía grosero no probar al menos una pequeña porción de todo cuanto le ofrecían. Cuando acabó de comer, temió que su corsé —de por sí ya muy gastado— cediera del todo.

La tía Sarah anunció los planes para la jornada:

—En cuanto desayunemos, nos encargaremos de tu ropa.

—Es usted muy amable, tía, pero no quiero causaros ninguna molestia ni gasto adicional —respondió Anna apresuradamente, puesto que solo contaba con las pocas libras que su padre le había depositado en las manos antes de su partida—. Tengo otros dos vestidos más, uno azul y otro marrón, y varios chales y cofias.

—Ahora estás en la ciudad —repuso la tía Sarah con firmeza— y debes vestir de manera acorde. No podemos consentir que te confundan con una criada, ¿verdad? Debes lucir las mejores sedas; ¿qué otra cosa iba a llevar la sobrina de un eminente comerciante textil? Además, ahora ya estás en edad de merecer —prosiguió mientras Lizzie ahogaba unas risas con la mano—, y estoy segura de que no necesito explicarte por qué tu apariencia es un asunto de suma importancia.

Sarah se sirvió otro generoso trozo de pastel de carne.

—Esta mañana, mi modista te tomará las medidas y nos mostrará sus patrones y luego bajaremos a la tienda a escoger la seda. Creo que con cinco vestidos habrá suficiente por el momento: dos vestidos de día, dos para la noche y otro vestido y chaqueta para los domingos. ¿Qué te parece a ti, marido? Y por supuesto una capa para las noches en que refresque.

Joseph lanzó un gruñido sin apartar la vista del periódico, pero Lizzie escuchaba atentamente.

—¿A qué modista vas a encargarte los vestidos, mamá?

—A miss Charlotte, como de costumbre. Es mi favorita —respondió la tía Sarah.

—Pues asegúrate de que ofrece la última moda, y también los estampados adecuados: pequeños motivos florales, tal vez, o a rayas finas. Y con mucho encaje; sienta tan bien junto a la cara...

Anna se preguntó cómo podía la muchacha haberse convertido en semejante experta a tan corta edad.

—Descuida, querida, para cuando hayamos terminado, tu prima será la comidilla de la ciudad.

—¡Ay, qué bien! ¡Qué emocionante! —exclamó Lizzie—. Ojalá fuese yo la que encargase vestidos nuevos.

Anna sentía más inquietud que entusiasmo; hasta entonces, la moda nunca había formado parte de su mundo; cualquiera que vistiese de forma demasiado llamativa en el pueblo era considerado un engreído, y, por su naturaleza, a ella no le gustaba llamar la atención. Además, el clima húmedo y ventoso de la costa no era demasiado clemente con los tejidos delicados, y cualquier cofia o sombrero debía quedar firmemente sujeto a la cabeza alrededor de la barbilla.

Se sentía como si fuera una muñeca de la que hablaban y a la que vestían por puro placer y divertimento, sin tener en cuenta sus propios sentimientos u opiniones, pero no tenía más remedio que aceptar la realidad, al menos por el momento: a partir de entonces tendría poco o nada que decir en todo cuanto sucediera porque dependía tanto física como económicamente de la hospitalidad de su tío. La obediencia no era una de sus cualidades —de hecho, por ese motivo se había metido en más de un problema en el pasado—, pero allí todos tenían sus intereses en mente, se dijo, por lo que debía seguir sus consejos en la medida de lo posible, para poder entender el funcionamiento de aquel mundo nuevo para ella.

Aunque era algo que nunca se había formulado en palabras, Anna sabía perfectamente por qué debía ceder a las atenciones de su tía, por qué debía cumplir su deber: Jane nunca contraería matrimonio y necesitaría que alguien cuidara de ella el resto de su vida. Su padre se había gastado la mayor parte de sus ahorros en los emolumentos de los

médicos para tratar de devolver la salud a su esposa, y poco quedaba en las arcas de la familia para alquilar una casa cuando se hiciese demasiado viejo para predicar y tuvieran que marcharse de la rectoría.

La familia dependía de que Anna lograra contraer un matrimonio ventajoso, pero se preguntaba si ese concepto podría encajar de algún modo con sus propios anhelos de pasar el resto de su vida con alguien a quien amase de verdad. Había asistido recientemente a la boda de una antigua compañera de escuela, una fastuosa celebración a cargo del novio, un hombre mayor con fincas y extensos terrenos en North Suffolk, una incipiente calvicie y barriga prominente. La muchacha había sonreído valientemente durante todo el día y parecía encantada con su flamante marido, pero el mero hecho de pensar en compartir momentos de intimidad con semejante hombre a Anna le producía escalofríos.

Enviaron a Lizzie a seguir sus lecciones con su tutor mientras, en el piso de arriba, en el dormitorio de la tía Sarah, Anna se despojaba de toda su ropa excepto el corsé y la costurera, miss Charlotte, tomaba las medidas de cada parte de su cuerpo, incluida la circunferencia de la cabeza y la longitud y la amplitud de los pies.

«Nunca llegaré a ser una elegante dama de sociedad, no importa lo bonitos que sean mis vestidos nuevos», pensó al ver con consternación su reflejo en el espejo de cuerpo entero. Tenía los brazos demasiado largos, las manos y los pies demasiado grandes, las uñas cortas y estropeadas por las labores domésticas, y unos ojos demasiado separados, casi saltones, y de un tono de azul en absoluto uniforme. «Del color del mar cambiante —solía decirle su padre para hacerla rabiar—. Siempre sé cuándo se avecina tormenta.»

Pese a las aplicaciones diarias de zumo de limón, las pecas que le salpicaban la nariz y las mejillas eran igual de

visibles y abundantes que de costumbre y el pelo, aunque de una tonalidad rubia aceptable, se le ensortijaba en rebeldes tirabuzones imposibles de domeñar bajo un sombrero.

«Es verdad que parezco una sirvienta o, en el mejor de los casos, la hacendosa hija de un rector de la campiña, cosa que, por supuesto, es lo que soy.»

—Necesitará también dos pares nuevos de corsés, ¿no cree? —dijo la tía Sarah al examinar la vieja y desgastada pieza interior.

Anna no recordaba cuántos años hacía que lo llevaba, seguramente desde la primera vez que la habían convencido de que una joven dama debía utilizar corsé. En aquel momento, había puesto objeciones, pero había acabado obedeciendo porque sabía que eso complacería a su madre, en cuya vida solo parecía haber espacio para el dolor y muy poco para el placer. Parecía que hubiera pasado una eternidad desde ese día y, sin embargo, apenas tenía dieciocho años.

Miss Charlotte siguió tomando medidas sin hacer ningún comentario. Era una mujer menuda, de edad indeterminada, con ojos pequeños y de mirada inteligente, que vestía con suma discreción y ni siquiera llevaba sombrero, sino que se recogía el pelo oscuro en un pulcro moño que solo dejaba escapar un par de dísculos mechones, lo que dulcificaba su rostro de rasgos más bien corrientes. Una vez que Anna se hubo vestido de nuevo, la invitaron a sentarse frente al tocador, donde miss Charlotte había desplegado unos bocetos coloreados de faldas, corpiños, vestidos, abrigos, cofias, sombreros y zapatos en un surtido confuso de estilos.

—Estos son los últimos diseños para mujeres jóvenes. ¿Hay algo que le llame la atención, miss Butterfield?

A Anna le parecían todos iguales: los cuerpos de los vestidos demasiado aparatosos y con un exceso de volantes,

las faldas tan amplias y tan fruncidas a la altura de la cintura que sería incapaz de moverse sin tropezarse. ¿Y cómo iba a vestirse cada día sin la ayuda de una doncella?

Los sombreros eran tan grandes que la portadora tendría que ir con mucho cuidado al cruzar los umbrales de las puertas, y desde luego, nunca podrían lucirse en la calle a menos que fuese un día en que no hubiese ni un soplo de viento. El tacón de los zapatos era tan alto que estaba segura de que tropezaría con cada paso, y la situarían a la misma altura que el más alto de los hombres.

Miss Charlotte y la tía Sarah estaban inmersas en una compleja conversación en la que abundaban términos como «cofia *cornette*», «à l'anglaise», «pelerina», «pieza de estómago», «*rabat*» y «estola», que Anna nunca había oído. «Tengo que tomar lecciones de moda —pensó— si quiero llegar a tener el control de mi propia apariencia física.» Tal vez miss Charlotte accedería a hacerle de guía; parecía una mujer sensata.

Tras mucho debate, escogieron cuatro diseños y Anna asintió para dar su consentimiento, aunque lo cierto es que no se veía luciendo ninguno de ellos. La tía Sarah se mostró profundamente satisfecha.

—Y ahora bajaremos a escoger las sedas —anunció.

La primera sala en la que entraron, en la parte posterior de la casa, en la planta baja, era un despacho muy desordenado cuyas paredes estaban recubiertas de estanterías combadas bajo el peso de unos libros de cuentas encuadernados en cuero. Junto a la ventana, con vistas al jardín del patio, había una mesa con un montón de muestras de tejidos, libros y papeles, todo revuelto. En el centro de la sala había tres escritorios de madera de cierta altura y,

sentados tras ellos, estaban William y otros dos muchachos jóvenes, afanados en su trabajo de contabilidad. Cuando las señoras entraron en la sala, soltaron sus plumas y se pusieron de pie.

—Caballeros —dijo la tía—, les presento a mi sobrina, Anna Butterfield, que ha venido a vivir con nosotros. Y ya conocen a miss Charlotte, mi modista.

—¡Papá, han venido mamá y las muchachas! —gritó William de forma harto vulgar y, al cabo de una breve pausa, Joseph surgió de un cubículo revestido de paredes de madera, con aquella sonrisa efímera que desaparecía al instante, como si fuera un espejismo.

—Bienvenidas al corazón de Sadler e Hijo, Hilos y Tejidos para la Nobleza y la Alta Burguesía, del número cuatro de Spital Square —anunció con voz atronadora—. Aquí es donde hacemos el dinero para que nuestras señoras sigan viviendo como acostumbran ¿no es así, muchachos? Ahora, volved todos al trabajo mientras nosotros pasamos a la sala contigua a mirar sedas para los vestidos de mi hermosa sobrina.

Lo primero que percibieron los sentidos de Anna fue el aroma casi embriagador: entonces se dio cuenta, con un sobresalto, que era una esencia concentrada del mismo olor seco, dulzón, como a nueces del joven que la había ayudado el día anterior. Ahora lo entendía: aquel era el olor de la seda, el fragante aroma de la seguridad y la prosperidad. Sin embargo, si no le fallaba la memoria, el joven no parecía acaudalado ni iba vestido con ropa de seda.

Obligó a su cabeza a concentrarse en las palabras de su tío:

—Aquí es donde guardamos muestras de los mejores maestros tejedores de la zona, para poder enseñárselas a las modistas y diseñadores que abastecen a las mejores familias

del país. El mes pasado recibimos un encargo del representante del duque de Cumberland, ¿no es así, querida? —le dijo a su esposa—. Y cada semana surgen nuevos rumores de un compromiso real. Una boda real sería sin duda una gran noticia para el comercio.

Todo en la habitación estaba diseñado para impresionar al visitante. En la amplia ventana en saledizo había una elegante mesa de roble y sillas tapizadas de damasco obviamente dirigidas a soportar el peso de la espalda de las mejores familias, o al menos la espalda de los representantes de las mejores familias. En el suelo, unos anchos tablones de roble brillaban relucientes allí donde no estaban cubiertos por una alfombra persa de color rojo oscuro y espectaculares motivos decorativos. En los estantes que rodeaban la sala se desplegaba un auténtico banquete para la vista: una deslumbrante exhibición de muestras y rollos de seda en un arcoíris de vividos y luminosos colores, oros y plateados en toda clase de motivos y diseños.

—¿Y bien? ¿Qué te parece, joven Anna? —le preguntó su tío—. Nos enorgullece decir que comercializamos lo mejor de lo mejor.

—Son unas telas preciosas —dijo ella—, pero ¿de dónde viene la seda originalmente? Quiero decir, antes de ser tejida.

—¡Vaya, vaya, esa sí es una buena pregunta!

Señaló una estructura cuadrada de grandes dimensiones encima de la puerta principal. En una placa de latón aparecía la siguiente inscripción: «Ciclo de vida del gusano de seda».

En el interior de la vitrina, dentro de un círculo, había especímenes conservados del insecto en sus doce fases de desarrollo, empezando por la última, con la mariposa de seda. «La mariposa solo vive un día y nunca llega a volar —rezaba la etiqueta—. En su corta vida, su único propósito

consiste en aparearse y poner huevos. De estos eclosionan unas larvas diminutas que solo se alimentan de hojas de morera y multiplican enormemente su tamaño antes de tejer centenares de metros de delicado hilo para envolverse en el capullo. La mayoría de los capullos terminan su ciclo convertidos en seda pura —un pequeño fragmento de la cual, enrollada y atada con un lacito rosa, se exhibía en el interior de la vitrina—, mientras que las crisálidas de otros logran eclosionar y transformarse en nuevas mariposas para que el ciclo pueda comenzar de nuevo.»

Anna leyó todo aquello con creciente fascinación.

—Es extraordinario... —exclamó—. ¿Dónde viven todas esas mariposas y gusanos?

La risa estentórea de su tío se prolongó durante unos embarazosos segundos.

—Mi querida Anna, tienes mucho que aprender. ¿Lo has oído, esposa? —dijo dirigiéndose a la tía Sarah—. ¡Nuestra sobrina cree que tenemos gusanos de seda pastando por el jardín!

Eso no era en absoluto lo que ella había querido dar a entender —la idea era claramente ridícula—, pero se mordió la lengua.

—Nosotros no criamos los gusanos, no hilamos el hilo ni tampoco lo tejemos. La seda cruda viene en barco desde Oriente, desde lugares como Constantinopla y China; y la hilan y la tejen aquí, en Londres.

Anna conocía bien el proceso de producción de la lana, que, naturalmente, provenía del esquila de ovejas inglesas, así como el del lino, que se sacaba del propio lino que crecía en los campos, pero nunca se había parado a pensar de dónde salía la seda, y se quedó atónita al descubrir su origen en países tan exóticos.

—Mi padre, y su padre antes que él, eran maestros

tejedores, como lo fui yo, antes de convertirme en comerciante textil —siguió diciendo—. Llevamos la seda en la sangre.

—Pero ¿dónde están vuestros telares ahora?

—Desaparecieron hace tiempo, querida. No he estado cerca de un telar ni he manejado una lanzadera desde hace años. Me cansé de tener que tratar con menestrales y aprendices; ahora el gremio está dominado por los franceses, y pueden ser muy traicioneros. No, se saca mucho más beneficio comprando y vendiendo, así que cuando William se vino a trabajar conmigo, vendimos los telares y nos centramos en las telas, como puedes comprobar.

Detrás de la puerta había unos estantes sobre los que se apilaban montones de libros encuadernados en cuero. Extrajo uno de ellos, lo dejó en la mesa y lo abrió.

—¿Lo ves, sobrina? Aquí tenemos solo algunos de los modelos que hemos suministrado a las más altas personalidades de la sociedad.

Mientras su tío pasaba las páginas, Anna vio que cada una contenía unos dibujos coloreados en papel cuadrado acompañados, en el lado opuesto, de una lista de complejas instrucciones y abreviaturas. Algunas de las páginas llevaban adjuntos pequeños recortes de tela, suponía que la seda en que se había tejido el dibujo.

Entretanto, la tía Sarah y miss Charlotte habían estado escogiendo muestras de tela y colocándolas al otro extremo de la mesa.

—Mira, Anna, a ver qué te parecen —dijo su tía.

A la luz de la ventana, las sedas reverberaban ante sus ojos como un millar de alas de mariposa. Anna estaba tan deslumbrada que era casi incapaz de distinguir entre los distintos modelos.

—Vamos, alguna preferencia tienes que tener —insistió su tía—. O tendremos que escoger por ti.

Anna señaló vagamente en dirección a los colores que le gustaba utilizar cuando pintaba paisajes: verde hoja, azul marino, pardo oscuro, ocre rojizo. Por pura suerte, al parecer, había escogido bien.

—Unos colores sumamente acertados para una joven dama —señaló miss Charlotte con aprobación—, y muy *à la mode*.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, Lizzie anunció que quería enseñarle a Anna la iglesia a la que acudía toda la familia.

—¿No crees que sería más sensato esperar a que tu prima pueda llevar uno de sus vestidos nuevos? —sugirió su madre con delicadeza—. Estarán listos dentro de un par de días.

—Pero es que hace tanto calor... —se quejó Lizzie—. Ayer estuve todo el día dentro de casa con mis estudios, y me encantaría poder tener alguna distracción...

—Entonces, salid al jardín —propuso la tía Sarah—. Podéis estar a la sombra ahí fuera.

—No hay nada que ver ni que hacer en el jardín, mamá, ya lo sabes.

La muchacha se volvió hacia su padre con una sonrisa angelical e implorante en los labios, ladeando la cabeza, zarandeando los tirabuzones.

—Por favor, papá, no iremos lejos. Solo hasta la iglesia y luego de vuelta. No hablaremos con nadie, lo prometo.

—No veo qué tendría de malo que salgan —murmuró

Joseph.

—Solo un par de horas, entonces —accedió su madre—. Y no lleguéis tarde para el almuerzo.

Anna le estaba agradecida a Lizzie por haber insistido en salir, pues llevaba ya dos días sin respirar un soplo de aire fresco. En casa, salía todos los días, a recoger huevos y hortalizas, echaba a andar calle abajo en dirección a la tienda del pueblo a comprar leche y té, y regresaba por el camino de la playa. Además, la corta conversación había sido de lo más instructiva: saltaba a la vista que Joseph era presa de los encantos de su hija y que, por lealtad, Sarah no le llevaría nunca la contraria, al menos no delante de la familia. Anna se dio cuenta de que su prima podía convertirse en una importante aliada para ella.

Desde luego, agradeció enormemente ir acompañada de Lizzie cuando salieron: en las calles reinaba el mismo ruido, el bullicio y el caos que el día en que llegó a la ciudad.

—Ten cuidado con el suelo y asegúrate de que no pisas nada ni te tropiezas. Y ni se te ocurra mirar a nadie a la cara, sobre todo a los mendigos, o irán detrás de ti —le aconsejó Lizzie guiándola con paso decidido entre la multitud, atravesando la calzada sin miedo y esquivando hábilmente los coches de caballos y los carros que aparecían a gran velocidad de todas direcciones.

Al fin llegaron a un cruce y Lizzie señaló calle abajo.

—Ahí está. Christ Church. La terminaron hace solo diez o veinte años, no estoy segura. ¿A que es bonita?

El edificio era verdaderamente impresionante. La aguja llegaba tan alto en el cielo que a Anna no tardó en dolerle el cuello de tanto mirar arriba hacia el pináculo; a la luz del sol, la piedra clara relumbraba de un blanco casi cegador, recortada contra el azul del cielo y las sombrías calles grises en la parte inferior. Mientras subían la amplia escalinata que

conducía al gigantesco pórtico con su galería de columnas, Anna se sintió muy pequeña y humilde, como si estuviese a punto de entrar en un palacio o en algún sitio donde no merecía estar.

Abrieron las pesadas puertas de madera y accedieron al interior, donde reinaba un ambiente agradablemente fresco y recogido, con el apolvillado olor del transcurso de los años que parece impregnar todas las iglesias, incluso las nuevas.

La iglesia de su pueblo, una construcción de piedra con techumbre de madera y de una sola nave, con unas dimensiones muy reducidas entre las ruinas de sus orígenes medievales, solo tenía aforo para cien personas. Aquella sin duda debía de albergar a un millar, puede que más. Unas hileras de bancos recorrían los pasillos centrales y laterales, encima de los cuales había galerías de madera que, casi con toda certeza, contenían aún más bancos.

Parecían estar completamente solas, y sus pasos retumbaban en el espacioso interior, iluminado por el sol. «Qué eco más maravilloso debe de oírse aquí dentro cuando todos los feligreses recitan el padrenuestro o entonan los salmos», pensó recordando las tímidas y trémulas voces de la congregación de su padre.

Lizzie se sentó en un banco e invitó a Anna a hacer lo propio.

—¿Qué te parece?

—Me parece majestuosa —susurró Anna—. Se parece más a una catedral que a una iglesia. ¿Venís aquí todos los domingos?

La respuesta resultó chocante por su sinceridad:

—Huy, no, solo a veces —dijo—. Mamá viene cuando quiere rezar para que pase algo bueno, y papá porque le beneficia dejarse ver de vez en cuando, según dice, y a mí me gusta encontrarme aquí con mis amigas.

—¿Y William?

—Se niega a venir. Dice que la ciencia es su Dios, sea lo que sea lo que signifique eso.

—¿Es lo que quiso decir anoche cuando dijo que Dios era una conjetura interesante?

—Dice un montón de tonterías. Yo no le hago caso. Tiene tantas teorías... Cada vez que vuelve de su club, llega con alguna nueva. Todo aprendido de sus amigotes, eso seguro.

—¿De qué clase de club se trata?

—Por cómo huele cuando llega a casa, creo que hacen poco más que beber oporto y fumar puros. Él asegura que es una sociedad matemática, pero a mí me da que sus cálculos son más bien sobre las probabilidades de ganar en el juego.

—De pronto, Lizzie se levantó—. Vayamos al mercado antes de que se haga demasiado tarde. Algunos de los puestos cierran a la hora del almuerzo.

—Pero yo creía que...

—No me importa lo que diga mamá, y tú quieres ver las flores, ¿no?

Cuando se acercaban al edificio del mercado, a Anna le entró la aprensión.

—¿Y no llamaremos la atención de la gente? —murmuró—. ¿Y si nos ve alguien y se lo cuenta a tu madre?

—Querida Anna, ¿es que no te has fijado en cómo voy vestida hoy? —Lo cierto era que no se había fijado en absoluto, pero ahora veía que Lizzie vestía un atuendo más vulgar que de costumbre, y llevaba el pelo recogido con una simple cofia de algodón, muy parecida a la suya propia—. Parecemos un par de campesinas, ¿no crees? —Lizzie se rio

—. Nadie reparará en nosotras, pero ¡aguanta la respiración!
—gritó por encima del alboroto de los gritos de los mercaderes—. Gracias a Dios que no es viernes, porque el olor del pescado es aún más insoportable.

Anna agachaba la vista, sin querer mirar a los sanguinolentos animales y aves muertas, las muestras expuestas de hígado e intestinos y las cabezas de los cerdos decapitados, con las cuencas vacías y los hocicos rellenos de manzanas.

Luego, el olor se hizo más dulce, incluso fragante. En aquel pasillo, la fruta se apilaba formando pirámides de todos los colores: manzanas en un arcoíris de variedades, del amarillo más claro al escarlata más vivo, peras menudas y verdes junto a otras rosáceas y redondeadas, melocotones rojos, ciruelas amarillo intenso y violeta oscuro, aromáticos membrillos, albaricoques dorados, moras, higos, naranjas y limones. Los puestos de dulce ruibarbo rosado montaban guardia a cada lado. Cada uno de los puestos era una obra de arte individual, cada comerciante compitiendo por la mejor puesta en escena.

Pasaron por una hilera de puestos de hortalizas a cuál más artístico y colorido, tanto como los de frutas: lechugas en todas las tonalidades de verde, pepinos, puerros, apio, zanahorias y coliflores, coles rizadas verde oscuro, tomates de un rojo vivo —nunca vistos en el mercado de Halesworth— y altísimas montañas de repollos de todas las formas, tamaños y colores.

—¿Por qué habría de llamar alguien a otra persona «repollo»? —preguntó recordando el insulto de William.

—No lo digas tan alto, es de mala educación —susurró Lizzie—. ¿Dónde lo has oído?

—Lo decían en la calle. —No era una mentira, al menos no del todo.

—Hay quienes llaman «repollo» a los franceses porque comen mucho repollo... y eso les hace oler a repollo.

—Pero ¿por qué son tan desagradables con los franceses?

—Querida prima, tienes mucho que aprender —dijo Lizzie tomándola del brazo—. Ahora mismo, la mitad de Francia vive en Londres, aunque no entiendo por qué han decidido marcharse de su país. Muchos son tejedores, y buenos tejedores, además, lo que no gusta ni pizca a los ingleses. Supongo que algunos les guardan rencor, piensan que son raros.

Más adelante encontraron un pasillo con puestos de flores. A Anna le encantaba estudiar las flores silvestres que crecían en los campos y pantanos que rodeaban su pueblo, pero sabía muy poco sobre las variedades de jardín, salvo de aquellas que crecían alegremente en el descuidado jardín de la rectoría: campanillas y primulas en primavera, espuelas de caballero y rosas en verano. Al principio, las flores de aquellos puestos le parecieron exóticas y desconocidas, pero, a medida que las examinaba de cerca, había entre ellas algunas que supo reconocer: lavanda, menta de gato, claveles, lirios de los valles, pensamientos, primaveras y guisantes de olor. Se sorprendió sonriéndoles, como si fueran viejas amigas, pues sus colores y aromas vibrantes la transportaban a los días de verano transcurridos en el pueblo.

Cuando salían, Anna se fijó en una escalera de madera que había en una esquina y miró arriba para ver adonde conducía. Por encima de ellas, bajo el tejado del mercado, había una galería con más puestos de venta de productos. En las barandillas colgaban lo que parecían trapos viejos.

—¿Por qué venden trapos? —preguntó.

—No son trapos, tonta. Es ropa.

—Pero si está raída y sucia...

—Ay, Anna... ¿Es que no sabes nada? Eso es porque es ropa de segunda mano, pero aún conserva su valor, así que la gente la vende.

—Eso es horrible, llevar ropa que han llevado otros antes... Y ni siquiera de la familia...

—Algunas personas no tienen otra opción. No son tan afortunadas como nosotras. Vamos, debemos darnos prisa. Mamá nos estará esperando con la mirada fija en el reloj, contando cada segundo.

Cuando doblaron la esquina hacia Spital Square, Anna sintió un súbito cosquilleo en el estómago: en un lateral de la plaza había dos jóvenes sentados en un muro, a la sombra de un árbol de gran tamaño, entrechocando los talones y riéndose de algo que hablaban entre ellos.

Cuando las muchachas se acercaron, uno abrió muchos los ojos en señal de reconocimiento, y Anna vio que el joven lucía un moretón en la mejilla. Se levantó, se quitó el sombrero e hizo una leve reverencia. El pelo largo y oscuro le cayó alrededor de la cara.

Anna notó que Lizzie le tiraba del brazo y le susurraba:

—Vamos, Anna. No debes hablar con chicos franceses.

—*Mamselle* —dijo el joven con ese curioso acento suyo—. Espero que ya se encuentre plenamente recuperada.

—Estoy muy bien, señor, gracias por su ayuda. Quería disculparme...

Señaló en dirección a su mejilla, se miraron a los ojos y se sonrieron. Por un fugaz segundo, y para su completo asombro, Anna sintió como si hubiese conocido a aquel extraño desde siempre.

—*De rien*, no fue nada —respondió el hombre en voz baja, mirando al suelo.

Lizzie volvió a tirar a su prima del brazo y Anna trató por todos los medios de que se le ocurriera algo más que decir para poder prolongar aquel momento.

—¿Puedo saber cuál es su nombre? —preguntó.

—Me llamo Henri —respondió—. Henri Vendôme, tejedor de seda. *À votre service*.

Volvió a hacer otra reverencia.

—Y yo me llamo Anna —dijo ella—. Miss Anna Butterfield. Y una vez más, gracias por su amabilidad.

—Fue un placer —dijo él—. *Au revoir*, miss Butterfield.

Se dejó arrastrar por su prima. Así que era un tejedor de seda francés. Puede que sus ojos irradiasen cierto brillo travieso, pero no parecía en absoluto alguien con tendencia a participar en disturbios o mostrar violencia. De hecho, todo lo contrario.

—No sé en qué estabas pensando, hablar con un desconocido de esa manera... —la reprendió su prima.

—Me ayudó el otro día cuando me desmayé, habría sido descortés no detenerme a agradecerse.

—Habría sido más inteligente no haberlo hecho. —Lizzie miró a su alrededor con aire furtivo—. Recemos para que no nos haya visto nadie. Menudo escándalo...

3

Haz de lo industrioso un rasgo de tu carácter lo antes posible: muéstrate diligente y servicial ante tu patrón en todas las ocasiones; si es posible, anticipáte a sus órdenes, interpreta cualquier asentimiento, cualquier mirada, y haz más de lo que se te exija en lugar de menos de lo que te corresponda por tu deber.

*Consejos para
aprendices y oficiales
o Guía segura para
granjearse una buena
estima y un buen
patrimonio (1760)*

Cuando las muchachas desaparecieron por la esquina, Guy empezó a dar brincos y hacer movimientos danzarines alrededor de su amigo, dando sonoros besos al aire y sacudiendo las caderas con ademán sugerente.

—*Tais-toi, crapaud.*

Henri corrió tras él y le dio un brusco golpe en el brazo.

—*Pourquoi?* —repuso Guy devolviéndole el golpe—. *Elle est belle, non, la jeune anglaise?* ¿Otra incorporación al séquito de admiradoras rendidas a tus pies?

—*Ça n'a pas d'importance, idiot.* Simplemente la ayudé ese día, nada más.

Henri se alejó, tratando de convencerse a sí mismo de que eso era verdad. En realidad, no había dejado de pensar en ella desde ese primer encuentro.

Se llamaba Anna, y era sobrina del comerciante de telas Joseph Sadler; eso era todo cuanto sabía después del violento encontronazo con su primo William de hacía apenas unos días. Una pieza del puzle había encajado en su sitio, pero el resto seguía siendo un enigma: vestía como una criada, pero hablaba como una dama. A diferencia de la mayoría de las inglesas de su clase social, se había mostrado suficientemente educada y cortés para reconocerlo y darle las gracias, y estaba seguro de que habría permanecido más tiempo hablando con él si la muchacha más joven que la acompañaba no lo hubiese impedido. Era alta, casi tan alta como él, delgada y, al menos a primera vista, no especialmente guapa, con todas esas pecas y unos ojos que parecían indecisos, sin saber si decantarse por el verde o el azul. Lo cierto es que no había prácticamente nada en ella que llamase demasiado la atención, y pese a ello, no conseguía quitársela de la cabeza. Parecía recatada y pudorosa, a pesar de provenir de una familia que, según se rumoreaba, era implacablemente ambiciosa y estaba formada por los arribistas más presuntuosos y pedantes de la zona.

—Un tejedor con muchos humos, se cree mejor que el resto de nosotros, ese señor Sadler —había murmurado un día monsieur Lavalley al volver de entregar unas sedas al establecimiento de Spital Square—. Y eso solo porque un par de duques y duquesas llevan sus piezas.

Henri nunca llegó a averiguar qué motivo había llevado a monsieur Lavallo, normalmente un hombre apacible y sosegado, a hablar de esa manera del comerciante inglés. Supuso que debía de haber habido algún desaire sobre la calidad de la seda que le había ofrecido al señor Sadler, o tal vez sospechaba que el comerciante estaba importando telas extranjeras. Pero como simple trabajador, no estaba en posición de interrogar al patrón.

—*Pas si vite, Henri.* ¿A qué viene tanta prisa? —le gritó Guy corriendo para darle alcance—. Todavía tenemos quince minutos.

—Debo apresurarme —contestó Henri—. Solo me han enviado al recado de entregar los lustres a los Shelley. Aún me quedan dos piezas de damasco que tejer antes de que anochezca.

—A ti no te hace falta luz para tejer tus milagros.

Henri se ruborizó. En su momento, había sentido tanto entusiasmo al recibir aquel cumplido de monsieur Lavallo que, con muy mal criterio, se lo contó a Guy. Ahora su compañero se lo repetía a la menor ocasión.

—Es de un púrpura tan oscuro que es imposible ver los hilos sueltos a la luz de las velas, y tiene que estar listo mañana a primera hora. ¿Nos vemos mañana?

—*À demain.* ¿Volvemos aquí para ver a tu novia inglesa otra vez? ¿O la afortunada será aquella por la que bebías los vientos la semana pasada?

—*Vas au diable* —lo maldijo Henri en tono de chanza cuando se separaron y se dirigió hacia Princes Street.

Siempre experimentaba una sensación alegre y placentera, de seguridad interior, al recorrer aquellas calles, las calles de los tejedores de seda, sus calles, hileras de casas con las devanadoras encima de las puertas, el canto de los pájaros en sus jaulas y el estrépito de los telares desde

las buhardillas iluminadas a varios metros de altura de la calle.

Henri veía en monsieur Lavalle la figura de un padre y sabía muy bien que se lo debía todo al maestro tejedor. Apenas si recordaba a su propio padre, que había muerto tratando en vano de salvar a su hermana de morir ahogada en el golfo de Vizcaya durante su huida de Francia.

Tras muchas dificultades y subterfugios habían logrado escapar de los soeces *dragonnades* a quienes, junto con otras familias protestantes, se habían visto obligados a facilitar comida y alojamiento. Supuestamente, de ese modo demostraban haber renunciado a su fe, pero también tuvo como consecuencia que cayeran en la miseria, pues no tuvieron más remedio que vender sus telares para dar espacio a los soldados y satisfacer sus interminables exigencias de comida y vino. Cualquier negativa habría derivado en una paliza o algo peor. Su hermana mayor desapareció un día y no regresó. Había oído murmurar a la gente del pueblo, pero en aquel momento no entendió qué significaban aquellas murmuraciones: que se había resistido a las insinuaciones de un soldado y había pagado con la vida la defensa de su virtud.

—Aquí ya no hay nada que nos retenga —había susurrado su padre una noche mientras los soldados roncaban en sus camas—. Ha llegado el momento de marcharnos, mientras aún nos queden unas pocas *livres* con las que subsistir.

Caminaron fatigosamente los noventa y siete kilómetros que los separaban de la costa al abrigo de tres largas y frías noches, descansando durante el día para no ser capturados, pero cuando llegaron al puerto descubrieron que el barco

para el que habían adquirido los pasajes había sido destruido. Gastaron sus últimos ahorros en sobornar al capitán de una pequeña embarcación de pesca: quinientas *livres* antes de embarcar y la promesa de quinientas más a su llegada al puerto de Plymouth.

Henri había deducido todo aquello a raíz de lo que su madre, Clothilde, le había contado. Lo único que recordaba de aquella terrible travesía era cómo, en mitad de la noche, un capitán de barco de gesto ceñudo lo transportó con sus manos gigantescas por encima de las olas para meterlo, a través de una estrecha trampilla en la cubierta, en las oscuras sentinas de la nave, donde lo empaparon el hedor a pescado podrido y el terrible escozor de las montañas de sal de arenque ahumado tras las que se agacharon. Su madre le contó que, justo antes de zarpar del puerto, les habían dicho que se estuviesen muy quietos, en silencio, debajo de la manga de la cubierta, para que no les atravesasen el cráneo las espadas que los inspectores de aduanas clavaban en la madera para detectar a los polizones.

A veces, eran otros los recuerdos que atormentaban los sueños de Henri: el blanco de los ojos de sus padres en la oscuridad, mientras el barco se zarandeaba y avanzaba entre las olas, las arcadas de su madre, los gimoteos aterrorizados de su hermana. Y cómo, cuando el barco se tambaleó aún más violentamente y se vieron arrojados contra el costado de la bodega, la trampilla se abrió de golpe y el movimiento arrojó un torrente de agua de mar helada. Siempre se despertaba en ese punto, gritando y jadeando, sabiendo que aquel había sido el final de su vida como la había conocido hasta entonces.

No fue hasta al cabo de muchos años cuando su madre logró reunir el valor suficiente para describirle lo que ocurrió a continuación. A través de la trampilla, llegaron arrastrándose a la cubierta del barco, luchando contra las

cascadas de agua que azotaban la nave, y descubrieron que el pescador y su grumete habían desaparecido, seguramente arrastrados por aquella primera ola devastadora. Su única esperanza era atarse al mástil y rezar para que el barco lograra cabalgar sobre la tormenta, pero antes de conseguirlo, otra gigantesca ola les golpeó y se llevó consigo a la pequeña Marie, de doce años, arrojándola por la borda, engullida en la oscuridad. Su padre se lanzó de inmediato para rescatarla, pero el mar se los tragó a ambos y nunca más volvieron a verlos. Los últimos ahorros de la familia se fueron con ellos.

Los recuerdos de Clothilde acerca de cómo sobrevivieron eran vagos y confusos, pero al final madre e hijo llegaron a la costa de lo que Henri ahora conocía como el condado de Kent, donde fueron puestos a salvo por un grupo de buscadores de restos de naufragios. Debieron de sufrir una enorme decepción cuando descubrieron que su único botín eran una mujer y un niño pequeño, medio muertos de frío, pero una de las familias los acogió en su casa y, mediante sus cuidados y atenciones, los devolvió a la vida.

Henri casi no recordaba nada de lo sucedido a lo largo de los meses siguientes. Hallaron refugio en un cobertizo abandonado en la periferia de una ciudad pequeña, y fue como si su madre hubiera perdido las ganas de vivir; lloraba día y noche, encerrada en el pequeño espacio, mientras él salía a buscar comida, ropa y mantas.

Entonces, un día, lo sorprendió un comerciante del mercado, que lo acusó de ladrón y lo llevó de la oreja hasta la casa del secretario del concejo municipal. Aunque para entonces Henri ya había aprendido algunas palabras en inglés, no le bastaban para explicar que él solo pretendía rescatar restos de comida de entre la basura, y que él y su madre se estaban muriendo de hambre porque lo habían perdido todo en el mar.

El secretario municipal, un hombre gordo como un tonel con los ojos inyectados en sangre y con una peluca abundantemente empolvada ladeada sobre la cabeza y una larga barba que le caía en cascada sobre el pecho, se dirigió a él a voz en grito:

—A ver, ¿se puede saber cómo te llaman, muchacho?

Aterrorizado, Henri logró articular su nombre.

—¿*Onry*? ¿No es ese un nombre francés?

Henri asintió.

—¿Cómo has llegado aquí, entonces?

Entendió la pregunta y trató de buscar las palabras para contestar, pero no lo consiguió, y en lugar de hablar ilustró con mímica el movimiento de un barco zarandeado por la tormenta. Cuando el hombre continuó sacudiendo la cabeza con total desconcierto, Henri sintió que le invadían el miedo y la frustración y se echó a llorar.

Entonces sucedió el milagro. Una joven apareció por la puerta con una bandeja para el té. Además de la tetera, los platos, las tazas y los platillos, el azucarero y la jarra de leche, la bandeja contenía una fuente con bocadillos y otra con galletitas. Embelesado con la imagen de semejantes delicias pasando tan cerca de su rostro, las lágrimas de Henri se secaron en apenas un instante. Notó que se le hacía la boca agua y que le rugía el estómago. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no alargar los brazos y coger lo que fuera.

—¡Ah! —exclamó la joven—. No sabía que tenías visita, padre. ¿Quieres que traiga otra bandeja? Parece hambriento.

A continuación, siguió un angustioso silencio mientras ambos observaban al pequeño granuja con los pies descalzos y la ropa hecha harapos, con unas piernas y unos brazos tan delgados que parecían a punto de quebrarse de un momento

a otro.

El hombre lanzó un gruñido.

—Sí, supongo que será mejor que la traigas, querida. Ven y siéntate con nosotros. Voy a necesitar que me traduzcas.

Mientras ambos se sentaban junto al fuego, Henri permaneció de pie con aire diligente, comiendo todo cuanto le ofrecían y bebiéndose una taza entera de leche mientras respondía a la ráfaga de preguntas que el hombre le dirigía. El francés de la muchacha era muy rudimentario y algunas de las frases que le traducía no tenían demasiado sentido, pero respondió lo mejor que supo. A medida que el interrogatorio seguía adelante, aunque de forma entrecortada, se hizo evidente que muchas de las respuestas de Henri también se perdían en el proceso de la traducción.

Al final logró transmitirles a ambos que él y su madre eran hugonotes fugitivos, que su pobre padre, que había muerto ahogado, había sido tejedor de seda en su ciudad natal, y que su madre había trabajado como torcedora en el mismo gremio, torciendo los filamentos de seda más finos en la rueca para obtener el hilo de un calibre o *denier* determinado, según las exigencias del tejedor. A pesar de que el hambre que sentía era más que evidente, a ambos les costaba trabajo creer que él y su madre no tuvieran casa ni, literalmente, nada que llevarse a la boca, y que hubiesen sobrevivido hasta entonces de las limosnas y de lo que él obtenía rebuscando entre los desperdicios.

—Debemos hacer algo por él, padre —dijo la muchacha.

—Tendrán que ir al hospicio, supongo.

—Pero ¿no has oído lo que ha dicho de su madre? Tiene

un oficio, y podría ganarse un jornal si encontrase trabajo.

—Pero aquí no hay torcedores, querida.

—Sí los hay en Londres. ¿Qué me dices del tío? Trabaja en el gremio de la seda, ¿no es así?

—Bah. No querrá ver a unos mendigos llamando a su puerta, Louisa. Ya basta, muchacho. Te dejaré libre de la acusación de robo si haces lo que te digo. Trae aquí a tu madre y os llevaremos a Saint Dunstan's. Al menos allí os darán comida y una cama.

Cuando la muchacha lo acompañó a la puerta, le susurró:

—No vayas al hospicio, es un lugar horrible. Allí te separarán de tu madre. Baja por la escalera lateral y entra por la puerta de la cocina. *Cinq minutes*.

Se reunió con él en el umbral y depositó en sus manos un paquete envuelto en papel marrón.

—Buena suerte —le dijo—. Ahora vete antes de que te pille mi padre.

De camino al cobertizo abandonado, se escondió en una arboleda y desenvolvió el paquete con cuidado. Su interior albergaba un auténtico tesoro, mil veces mejor que el oro. Contenía una hogaza de pan duro, un buen trozo de queso y una bolsita de trapo con un chelín de plata y un papel donde se leía: «Mi tío, Nathaniel Broadstone, tejedor de seda, 5 Marks Lane, Bethnal Green, Londres. No menciones mi nombre».

Tardaron cuatro días a pie, alternando las caminatas con trayectos en carro según la buena voluntad de los carreteros que hallaron por el camino, porque los billetes en el coche de caballos costaban más de lo que podía cubrir el chelín, y ya

había anochecido para cuando llegaron a Bethnal Green. Había estado todo el día lloviendo y estaban calados hasta los huesos. El hombre que abrió la puerta miró a la extraña y harapienta pareja con aire suspicaz.

El miedo tensaba la voz de Henri, por lo que le salió una especie de chillido al hablar.

—Por favor, señor, venimos a ver al señor Broadstone.

—¿Y quiénes sois, si puede saberse?

—Henri Vendôme, señor, y mi madre, madame Clothilde Vendôme.

—Y bien, madame, ¿por qué ha traído a su hijo hasta mi puerta?

Ella negó con la cabeza.

—Habla, mujer.

—No podemos decírselo, señor.

¿Cómo iba a traicionar a la amable y bondadosa muchacha?

El hombre meneó la cabeza.

—Si no podéis decírmelo, ¿por qué habría de ayudaros? Largaos de aquí y dejad de molestarme.

Soportaron una incómoda y terrible noche acurrucados en unos soportales, tratando de rehuir la atención de los numerosos personajes de aspecto indeseable que parecían poblar las calles al anochecer. Una lluvia amarga caía sin cesar y los ruidos de la ciudad eran sonidos extraños e inquietantes para sus oídos. Más de una vez, Henri deseó estar de vuelta en el desangelado cobertizo de Kent, y no haber conocido nunca al secretario del concejo o a su hija, quien tantas esperanzas les había infundido de poder volver a empezar para que, acto seguido, fueran hechas trizas de una forma tan brusca en aquel lugar ruidoso y lleno de

olores nauseabundos.

Y pese a todo, por la mañana, el sol salió y les secó los huesos, y se detuvieron en el puesto de un mercado a comprar un par de pasteles de carne calientes con sus últimos peniques. Cuando Henri se esforzó por hablar en inglés con la tendera, la mujer sonrió y, milagrosamente, respondió en un francés fluido. ¡Una compatriota! Era la primera vez que oían su propio idioma, de boca de una hablante nativa, desde que habían llegado a aquellas costas arrastrados por las olas.

—*C'est gratuit* —dijo la mujer, dándoles los pasteles—. Guardaos vuestros peniques. Parece que os van a hacer falta.

Clothilde rompió a llorar.

—*Oh, merci, madame, merci mille fois! Dieu vous bénisse.*

Entre sollozos, desgranó la historia en un incontrolable torrente de palabras, como si se hubiese roto un dique. Por fin podía expresarse, por fin podía contar su historia a un oyente comprensivo.

—*Ah, les pauvres* —dijo la mujer—. Pero no se desanime, madame. Todavía tiene a su maravilloso hijo a su lado. Y están en el mejor de los lugares para volver a empezar.

Mon Dieu! No podían dar crédito a lo que les decía la mujer: aquel era un lugar donde, durante décadas, se habían establecido miles de refugiados franceses y flamencos que huían de las persecuciones en el continente, al igual que ellos. Los ingleses profesaban la misma religión que ellos, con algunas variaciones, y al menos oficialmente eran bienvenidos allí, aunque los lugareños no siempre se mostraban tan solidarios.

Aquella zona, les explicó, justo a las afueras de la muralla de la ciudad, era la que concentraba un mayor número de franceses. Había iglesias e instituciones benéficas y, lo mejor de todo, centenares, literalmente —«des

centaines, à chaque coin de rue»— de tejedores de seda, hiladores, torcedores, merceros y comerciantes.

Separó las manos en un amplio movimiento para expresar la magnitud de lo que trataba de transmitirles.

—Aquí hay trabajo para todos —dijo—. La seda hace furor en Londres.

Cuando al fin Henri y su madre se disponían a marcharse, la mujer les aconsejó que acudieran a la iglesia francesa de Fournier Street, a escasa distancia a pie de allí, en un lugar llamado Spitalfields. Los líderes de la iglesia sabrían cómo ayudarles, les dijo, de modo que siguieron sus instrucciones y se dirigieron al edificio más alto, a lo lejos.

Cuando se aproximaban, algo atrajo la mirada de Henri hacia arriba: la extraordinaria torre, dividida en varios pisos, como si de un pastel de boda se tratara, con su estilizada aguja remontándose en el aire casi rozando las nubes. Al mirarla sintió que se mareaba. Dejando aparte la aguja, el edificio parecía más bien un palacio: una ancha escalinata de granito conducía a una puerta hecha para gigantes y flanqueada por unas columnas inmensas para las que se necesitarían varios Henri cogidos de la mano si quisieran rodearla. La totalidad del edificio era de un blanco deslumbrante, más blanco que la nieve recién caída, y relucía como un faro a la luz del día, entre las oscuras y ruidosas calles de la ciudad.

Mientras contemplaban extasiados la iglesia, Clothilde empezó a llorar de nuevo.

—Es demasiado majestuosa —dijo—. ¿Cómo va a entrar un par de mendigos como nosotros en un lugar semejante?

Pero Henri la llevó a rastras escaleras arriba.

—¿Cómo vamos a saberlo si no lo intentamos, *maman*? ¿Qué otra cosa podemos hacer?

Justo cuando estaban a punto de alcanzar la puerta, salió un hombre alto y vestido de negro.

—¿Puedo ayudarles? —dijo mirándolos de arriba abajo.

—Buscamos la iglesia francesa.

—Entonces te has equivocado de sitio, muchacho. Esta es Christ Church —explicó el párroco señalando detrás de ellos—. L'Église de l'Hôpital está más allá.

«Me parece increíble que haga ya diez años de eso», se dijo Henri mientras bajaba con aire despreocupado por Lamb Street y Browns Lane y doblaba a la derecha hacia Wood Street, evitando el camino que lo llevaría a pasar por delante del puesto de almendras garrapiñadas. La muchacha era sin duda muy guapa, pero al principio se había resistido a sus zalamerías. Luego, tras varias semanas de dedicación y coqueteo constante, había conseguido arrancarle un beso dulce de aroma a almendra. Más recientemente, entre risas y grititos escandalizados, le había dejado palparle los pechos. Pero como otras tantas veces, y sin que entendiera muy bien la razón, una vez había conseguido ganar la partida en aquel juego, las atenciones de la muchacha pasaron a resultarle un fastidio. Tenía la mente en otra parte.

En el extremo de Wood Street, la iglesia relumbraba bajo la luz del sol, igual que aquel primer día de hacía tantos años. Cuando pasó por Fournier Street, vio la Église de l'Hôpital, un hermoso edificio en el cruce con Brick Lane, que se erguía con orgullo entre las hileras de casas adosadas de los tejedores.

Cuando trabajaba de aprendiz, Henri no tenía permiso para ausentarse de la casa en una jornada laboral, pero ahora que había ascendido de categoría y se había convertido en oficial, le pedían a menudo que saliese a hacer recados:

llevar y devolver mensajes entre tejedores y comerciantes, recoger y entregar más suministros de seda cruda para los torcedores y bobinas de hilo para los tejedores, o transportar seda ya tejida lista para ser empaquetada y ponerla a la venta. Disfrutaba enormemente de aquella nueva libertad de movimientos. Monsieur Lavallo confiaba plenamente en él y le delegaba la tarea de ayudarlo a formar e instruir a los otros aprendices de vez en cuando.

—*Bonsoir, Henri* —lo llamó monsieur Lavallo desde la oficina, en la parte delantera de la casa.

Apenas eran las cuatro y media, pero Henri sabía muy bien cuándo era mejor no discutir.

—Le pido disculpas por mi tardanza, señor —dijo asomando la cabeza por la puerta—. Los Shelley me han tenido veinte minutos esperando, pero aún luce el sol. Dispongo todavía de tres horas para terminar ese damasco. *Pas de problème.*

Monsieur Lavallo levantó la vista de su libro de cuentas, y lo miró por encima de los anteojos. Iba vestido de manera informal, como siempre que no tenía que tratar con clientes, con unos pantalones holgados y un chaleco que había visto tiempos mejores, y con su gorro favorito de terciopelo rojo tapándole la calva incipiente.

No era un hombre apuesto, pero su rostro rechoncho, surcado de arrugas y con la tez llena de marcas irregulares, hablaba de una vida de trabajo duro y placeres disfrutados: buena comida, bebida en abundancia y la satisfacción de amar y ser amado.

Sonrió con benevolencia a su *protégé*. Había sido testigo de la transformación del gofillo demacrado e infestado de piojos que, como la mariposa de seda que sale del capullo, se había convertido en un joven inteligente y lleno de vitalidad, con una notable capacidad para el trabajo duro y que había

completado su etapa de siete años como aprendiz con facilidad y ahora iba camino de llegar a ser todo un maestro.

Como miembro destacado de la comunidad hugonote de Spitalfields, monsieur Lavalley era un líder de la iglesia francesa que, con el tiempo, había desarrollado unos protocolos muy claros para ayudar a los centenares de compatriotas desposeídos de todo que llegaban cada año. Proveían a cada familia con ropa y botas de segunda mano, y se les ofrecía comida y cuidados en casa de algún feligrés durante varias semanas hasta que lograban encontrar trabajo y valerse por sí mismos.

Monsieur Lavalley recordaba perfectamente aquel primer encuentro con el joven. El terrible estado en que se encontraban madre e hijo le había llegado al alma: sus cuerpos esqueléticos, la ropa raída y el brillo de desesperación en los ojos. Se había ofrecido gustosamente a albergarlos en su casa temporalmente, sobre todo al saber que provenían de la misma región del centro de Francia que sus antepasados. No es que él hubiese vivido allí, pues sus padres habían huido del país antes de que él naciese, poco después de que empezasen las primeras persecuciones contra los protestantes.

En aquella época, antes de que tantos otros millares de personas siguiesen sus pasos, los ingleses los acogían con los brazos abiertos, pero tras las sucesivas oleadas de inmigración, y ante el hecho de que los franceses superasen en número a los autóctonos en algunas calles, la bienvenida se había vuelto más bien tibia. A pesar de que el gremio había levantado la prohibición de ejercer a los extranjeros y de que monsieur Lavalley, como muchos otros maestros franceses, había sido aceptado en el seno del gremio —la Compañía de Tejedores, llamada Company of Weavers en inglés—, el odio y el resentimiento habían ido en aumento y se habían formado agrias divisiones.

Las calles de Spitalfields podían resultar peligrosas a última hora de la noche, cuando los jóvenes más impulsivos llevaban ya varias horas bebiendo en las tabernas. Como mínimo, podían ponerse a insultar a diestro y siniestro, y no era rara la vez en que lo habían llamado «repollo», «gabacho» u «orinal franchute». Pocos días antes había recogido en la calle un panfleto con el título «Consideraciones sobre los infortunios que pueden surgir de otorgar demasiada indulgencia a los extranjeros», que había leído por encima antes de arrojarlo al fuego, asqueado.

A través de los contactos de monsieur Lavallo, Clothilde no tardó en encontrar trabajo como torcedora de seda. Ya tenía experiencia y su habilidad con el hilo estaba muy solicitada, máxime cuando estaba dispuesta a dedicar todas las horas necesarias y podía torcer el hilo rápidamente, con un movimiento consistente. Al cabo de unas pocas semanas, su reputación ya le había procurado suficiente trabajo regular y ganaba bastante como para alquilar un alojamiento por sus propios medios. Monsieur Lavallo los ayudó a encontrar una pequeña habitación cerca de Brick Lane.

Por primera vez en varios meses, Clothilde encontró algo por lo que vivir, algo con lo que aliviar la pena y el dolor que habían estado a punto de acabar con su salud mental. El nudo de congoja que parecía haberse instalado de forma permanente en su estómago empezó a aflojarse poco a poco y Henri incluso llegó a sorprenderla sonriendo de vez en cuando.

A él lo enviaron a la escuela de la iglesia, donde rápidamente aprendió a hablar y escribir en inglés, y donde también demostró una aptitud especial para la aritmética y una gran curiosidad por el mundo animal. Ya a una edad tan temprana, todos cuantos lo conocían quedaban prendados con los encantos del chico. Él, a su vez, descubrió que, mostrando simpatía y buena voluntad, ofreciendo su dulce

sonrisa, podía meterse a todo el mundo en el bolsillo. Cuando cumplió los doce años, monsieur Lavallo le ofreció trabajo en su taller como tirador de lazos.

Henri se sentaba debajo de un telar durante toda la jornada, de sol a sol, y, a la orden del tejedor, tiraba de los hilos de urdimbre necesarios para ir formando el motivo decorativo del tejido. Ya en aquellos primeros años se hacía muchas preguntas: quería saber cómo se plasmaba el dibujo del original pintado, cómo funcionaban exactamente los lizos o por qué se empleaba una determinada densidad de la seda. Fueron su curiosidad e interés evidentes, la entrega y dedicación al trabajo y una madurez considerable para su edad los motivos que llevaron a monsieur Lavallo a tomar a Henri como aprendiz cuando este tenía catorce años sin exigir la prima habitual.

Este acto de generosidad había sido bien recompensado: en general, el muchacho seguía las cláusulas del contrato de aprendizaje, la exigencia de «ser modesto, cortés, limpio y, por encima de todo, obedecer al maestro», y con el tiempo, monsieur Lavallo le había ido confiando encargos cada vez más complejos que ahora era capaz de tejer con gran destreza.

A los diecinueve años, cuando Henri completó su período de aprendizaje, aceptó con gratitud la oferta de monsieur Lavallo de trabajar a jornada completa como oficial, con sueldo y alojamiento. Cuando estuviese listo, Henri presentaría su «obra maestra» para demostrar que dominaba las técnicas del oficio necesarias para ser admitido en el gremio de tejedores, la Worshipful Company of Weavers, como maestro tejedor y podría montar su propio taller y emplear a otros aprendices y oficiales. Sin embargo, como era viudo sin descendientes varones, últimamente monsieur Lavallo había ido acariciando la idea de que tal vez Henri heredara algún día su negocio.

La única hija de monsieur Lavalle que había sobrevivido, Mariette, siempre había considerado a Henri como el hermano mayor que nunca había tenido, pero en tiempos recientes, con casi quince años, su comportamiento y reacciones habían cambiado sutilmente. Más de una vez había comentado lo apuesto que era Henri, admirando sus atractivos rasgos bretones, el pelo negro y espeso, tan largo que se veía obligado a recogerse para trabajar, y los ojos castaños de mirada inquisitiva e intensa a los que no parecía escapárseles nada.

Si en el pasado siempre tenía a punto una respuesta ingeniosa para las bromas de Henri, últimamente se limitaba a contestar con unas risitas aniñadas y bobaliconas. Si le dedicaba aunque solo fuese un simple cumplido, como cuando alababa la comida que le ponía delante en la mesa, sus mejillas se teñían inmediatamente de un rubor encendido.

Monsieur Lavalle observaba aquellos cambios y se sentía impotente ante aquella nueva fase de la vida de su joven hija, deseando por enésima vez que su esposa aún estuviese viva para poder manejar esa etapa. Con unos años más, aquellos dos formarían una pareja ideal. Una vez que Henri hubiese conseguido la categoría de maestro, Lavalle estaría en situación de iniciar el proceso de traspasarle el negocio y retirarse al fin, a leer sus libros y calentarse los pies junto al fuego. No se imaginaba un final mejor para su vida.

Henri subió los dos tramos de escaleras hasta alcanzar el último rellano y luego trepó por la escalera de mano y empujó la trampilla del taller de tejeduría. Conocía perfectamente hasta el último palmo de aquella sala, cada olor y cada sonido, la manera en que la luz atravesaba las ventanas y se derramaba sobre los telares en las distintas

estaciones y sus climas cambiantes. Había pasado once años de su vida en aquella sala espaciosa y aireada que ocupaba todo el ancho de la casa, con sus suelos de madera sin pulir, ventanas de buhardilla en la parte delantera y tragaluces en la parte de atrás de la cubierta. Tres robustos telares de madera, dos tornos y una cesta que contenía varios plegadores de urdimbre ocupaban la práctica totalidad del suelo, dejando apenas espacio para unos estrechos pasillos en medio.

A cada lado, las paredes estaban llenas hasta el techo de cajas de carretes, lanzaderas y canillas, todo cuidadosamente etiquetado por colores, torzal y *denier*. Unos plegadores de urdimbre vacíos colgaban del techo, listos para las bobinadoras. Aquellos enjullos, demasiado engorrosos para ser transportados por las estrechas escaleras, se sacaban por la ventana abatible y se bajaban a la calle mediante una cuerda con polea, mientras que para devolver los plegadores llenos y montarlos en el telar, se realizaba la operación inversa.

Aquella sofocante tarde de julio, las ventanas estaban abiertas de par en par: al estar en lo alto de la casa, justo debajo de las tejas, en el ático siempre hacía demasiado calor en verano y demasiado frío en invierno. Bajo los telares había unos jergones de paja sobre los que dormían el tirador de lazos y el aprendiz. Al final de su propia etapa como aprendiz, Henri había obtenido el privilegio de conseguir un catre en un pequeño almacén en el sótano de la casa, junto a la cocina, donde nunca hacía demasiado frío ni demasiado calor, cerca de las reservas de pan y queso que, actuando con moderación, conseguía hurtar sin despertar las sospechas de la cocinera.

—*Merde*, qué calor hace hoy aquí arriba... —exclamó Henri cerrando la trampilla con un suave empujón.

El tirador, que normalmente manejaba los lazos y las

cuerdas, había aprovechado la ausencia de Henri para echarse una cabezadita en su jergón. Benjamin, el aprendiz a su cargo, estaba recostado con aire apático en su telar, en el que se suponía que debía estar tejiendo un forro de tafetán básico y gris para chalecos de caballero.

—¿Cómo va ese tafetán? —preguntó Henri asomándose para comprobarlo por sí mismo—. ¿Qué has estado haciendo? He estado una hora entera fuera y apenas si has tejido un centímetro.

—Un hilo de urdimbre roto —masculló el muchacho—. He tardado un siglo en encontrarlo. No se ve un demonio en este color.

Henri examinó el tejido minuciosamente.

—Asegúrate de tirar del lizo bien fuerte cada vez que pases la lanzadera, para que la trama quede bien tirante. Nada de ligamentos flojos o el tejido quedará irregular y no se verá bien en una seda sencilla como esta. Ten cuidado y no des pie a que monsieur Lavalle vuelva a quitarte la cena.

El muchacho era perezoso y ya estaba medio muerto de hambre por ser maleducado con su maestro; era el hijo único y malcriado de un marinero inglés y hablaba con ilusión de su deseo de hacerse a la mar, pero su padre había decidido que el arte de la seda sería más rentable y menos peligroso. Henri dudaba que llegase a completar los siete años de su período como aprendiz, pero era un punto a su favor que monsieur Lavalle le hubiese confiado a él la formación del muchacho, y estaba decidido a perseverar costase lo que costase.

Despertó al tirador empujándolo con el pie.

—Es hora de mover los lazos, granuja.

El chico gimió y se restregó los ojos, luego se desperezó y se colocó en su sitio junto al telar.

En el transcurso de las siguientes horas, los tres muchachos trabajaron con ahínco, cada uno concentrado en su tarea, acompañados únicamente por el sonido de las lanzaderas, el traqueteo de los pedales que Henri accionaba con los pies, como si fuera un organista, y sus instrucciones secas al tirador sobre cuál de la docena de lazos numerados del ramo debía elevar:

—*Cinq, cinq, un, sept, dix, dix.*

Todos sabían que, cuando el sol se pusiese por detrás de los tejados de las casas que flanqueaban la calle, la luz no tardaría en menguar y tendrían que dejar de tejer. En las raras ocasiones en que el plazo de entrega era inamovible, podían tejer a la luz de las velas, pero avanzaban muy despacio y se ponía en peligro la calidad del resultado. Los hilos de seda más finos, visibles únicamente por su brillo, eran prácticamente imposibles de detectar a la luz de una vela y, más de una vez, Henri se había visto obligado a rehacer una pieza por los defectos que había descubierto al día siguiente, ante lo que monsieur Lavallo montaba en cólera por el desperdicio de un material tan precioso como la seda.

Más tarde, esa misma noche, después de una cena a base de huevos cocidos y tarta de manzana y seguida de una breve partida de *backgammon* con monsieur Lavallo y Benjamin, Henri se retiró a su cuarto en el sótano. En la habitación contigua, la cocinera aún seguía trajinando en la cocina, recogiendo platos, avivando la lumbre y preparando las verduras para el día siguiente, pero el ruido de la actividad doméstica nunca le había molestado, sino que le resultaba reconfortante; le recordaba cuando de niño, en Francia, oía a sus padres hablar y desplazarse por la casa bajo el suelo de su dormitorio, mucho antes de que

empezasen todos sus problemas.

Henri cerró los ojos y se preguntó qué estaría haciendo su madre aquella noche tan calurosa. El año anterior uno de sus clientes había estado cortejando a la viuda, un tejedor de Bethnal Green que, a la muerte de su mujer, se había quedado con cinco niños pequeños a los que criar en solitario. Sin embargo, el hombre tenía el rostro picado de marcas de viruela y había mostrado algún que otro acceso de mal genio, por lo que Clothilde había desconfiado de sus atenciones. Aunque el dolor aún proyectaba una larga sombra sobre su corazón, la mujer había encontrado su sitio en la sociedad, y había empezado a trabajar como voluntaria en la iglesia francesa y a ganarse bien la vida como torcedora, al tiempo que ya no era responsable de la manutención de Henri. A sus casi cincuenta años, había aprendido a disfrutar de su independencia y no tenía ninguna intención de hacerse responsable de una nueva familia. Por todo ello, cuando el viudo le propuso matrimonio, ella lo rechazó.

Por desgracia, el hombre se tomó su negativa como una afrenta personal y no había vuelto a realizarle ningún encargo desde entonces. Además, por lo visto, también había convencido a sus amigos, porque los encargos de otros clientes habituales también habían cesado a partir de ese momento. Era una mujer orgullosa y rara vez se quejaba en voz alta, pero a Henri no se le pasó por alto el hecho de que se había visto obligada a ceder la segunda habitación de la casa donde se alojaba, lo que significaba que tenía que trabajar, comer y dormir en un solo espacio, de tamaño reducido y sin ventilación. La comida en su despensa era escasa, y él le dejaba allí una hogaza de pan o un par de huevos siempre que podía.

Le había explicado la situación de su madre a monsieur Laval, quien intentaba derivar hacia ella el máximo número

de encargos posible. Más que nada en el mundo, ahora lo que Henri quería era obtener su nombramiento como maestro y luego reunir el dinero suficiente para alquilar su propia casa y sus propios telares, para proporcionar a su madre el confort y la seguridad que tan desesperadamente necesitaba.

En las semanas anteriores, había pasado los últimos momentos antes de caer vencido por el sueño imaginándose rodeado por los brazos y el dulce aroma de la vendedora de almendras garrapiñadas, pero esta vez, cuando se quedó dormido al fin, con quien soñó fue con la muchacha inglesa, con sus ojos azul verdoso de mirada penetrante y audaz, la muchacha que hablaba como una dama, pero vestía como una criada. Ella lo tomaba de la mano y lo conducía a una habitación con todas las paredes recubiertas de las sedas más hermosas que hubiese visto jamás, suntuosos ligamentos de satén decorados con intrincados, elegantes y delicados motivos florales en colores intensos y brillantes, la clase de telas que se tardaba varios meses en tejer, aunque solo fuese unos metros, las que costaban cientos de libras y de cuyos encargos los únicos destinatarios eran duques y duquesas, obispos y realeza.

Se despertó, en plena oscuridad, convencido de que aquel sueño era su futuro: para alcanzar su libertad y ser aceptado como miembro del gremio de tejedores, tendría que crear, diseñar y tejer una tela tan sumamente perfecta como aquellas, su obra maestra.

4

La dama no debe someterse en exceso a los dictados de la moda; al mismo tiempo, debe evitar la extravagancia o la excentricidad en el vestido. Hay quienes, en claro desafío al buen gusto y el buen juicio, siguen la moda hasta sus extremos; esto es una clara señal de vulgaridad.

*El libro de los buenos modales para
damas*

Anna había estado temiendo el día en que sus vestidos estuviesen listos, cuando tendría que desprenderse de sus cómodas faldas y chaquetas de lino, de las enaguas de batista, tan suaves después de los muchos lavados, y del corsé, tan blando y flexible tras el paso de los años.

Y lo que era aún peor: la sola idea de tener que pedir ayuda a la doncella de la familia para que la ayudara a vestirse dos veces al día, una vez por la mañana para su atuendo de día, y otra antes de la cena, para ponerse el vestido de noche, la preocupaba enormemente. Betty era buena y servicial —en algunos aspectos, Anna sentía más afinidad con ella que con el resto de la familia—, pero era la perspectiva de tener que depender de una forma tan

absoluta de otra persona lo que no podía soportar.

En la rectoría solo contaban con los servicios de una cocinera y una criada, pero solamente durante el día; no convivían con ellos, pues su padre prefería disfrutar las noches en la paz y la intimidad del hogar y la familia. La relación de su tía con el servicio le parecía inconsistente, oscilando entre la actitud dominante y el exceso de familiaridad, y a Anna le resultaba difícil saber cómo tratarlo. Sea como fuere, le desagradaba enormemente la idea de tener que compartir sus momentos más íntimos, el instante de vestirse y desvestirse, con otra persona.

Echaba tanto de menos la rectoría que la nostalgia le pesaba como una losa en el pecho, produciéndole un dolor casi físico que solo la lectura o la conversación podían aliviar, aunque de forma temporal. Otro tipo de distracciones eran escasas. Según había podido observar, la vida de una dama londinense en los círculos de la buena sociedad carecía de propósitos concretos, iniciativa, entusiasmo o estímulo intelectual. No tenía amigas con quien hablar aparte de Lizzie, a quien solo parecían interesarle los chismes, la ropa y otros asuntos igual de frívolos. Si intentaba entablar con su prima una conversación sobre alguna novela o sobre las últimas noticias de *The Times*, Lizzie la reprendía:

—¿A qué viene hablar de cosas tan serias, Anna? ¡Anímate! Siempre has estado con la nariz enterrada en los libros, ¿y a quién le importan las absurdas guerras o la política, o la última ocurrencia de los escoceses?

En ocasiones tenían invitados a cenar, en las que se discutían temas como los escandalosos excesos que cometían los pobres cuando bebían ginebra, o la vergonzosa avaricia y las tendencias violentas de los oficiales tejedores. Una o dos veces se había aventurado a intervenir en la conversación o formular una simple pregunta: «¿Por qué se manifiestan los tejedores?» o «¿Cómo pueden los pobres permitirse comprar

ginebra si no pueden permitirse comprar pan?».

Y en todas esas ocasiones, el tío Joseph se había mostrado desdeñoso con ella. «¿Para qué querría una jovencita como tú preocuparse por los aspectos más feos de nuestro mundo? —decía—. Será mejor que dediques tu tiempo y tu inteligencia a asuntos más placenteros, sobrina: la moda, la música, el arte... Esos son temas de conversación más adecuados para ti.»

Tras abandonar la mesa con las demás señoras para jugar al *whist* o charlar sobre los últimos tocados franceses, oía las airadas discusiones de los hombres en la sala contigua y ansiaba poder estar allí en lugar de con las mujeres, ansiosa por aprenderlo todo sobre cómo funcionaba la vida, el comercio y la política en la ciudad. Sin embargo, dejó de hacer preguntas y se contentó con leer atentamente los periódicos que su tío traía a casa todos los días.

Leyó las noticias sobre una crisis en la industria de la seda causada en parte por la introducción ilegal de importaciones francesas más baratas, y sobre cómo miles de tejedores se habían quedado sin trabajo e incluso pasaban hambre. Al parecer, los disturbios y desórdenes públicos reclamando pan, como el que habían encontrado durante su viaje a la ciudad, eran cada vez más frecuentes. Había rumores de que algunos maestros sederos contrataban a operarios sin formación, a veces mujeres y niños, para no tener que pagar los salarios que pedían los oficiales.

En la prensa había artículos sobre disturbios en los que se arrojaban piedras, sabotajes e incluso actos de escarnio público que el periódico llamaba «cencerradas»: cuando a un tejedor acusado de trabajar por debajo de las tarifas habituales lo ataban de espaldas encima de un mulo y lo llevaban por las calles acompañándolo con la «música» y la fanfarria de oficiales que lo jaleaban entrechocando tapaderas y cazuelas. Parecía algo horrible y violento, y pese

a que sentía lástima por quienes no tenían dinero suficiente para vivir, esperaba sinceramente que aquellos problemas no afectasen al negocio de su tío.

La añoranza de los suyos se hacía más acusada y dolorosa por las noches, cuando todo estaba cerrado a cal y canto y el resto de los ocupantes de la casa dormían, pero los ruidos extraños de la ciudad se colaban por las rendijas de las desvencijadas ventanas de su cuarto en la buhardilla. Los ladridos de los perros, las trifulcas de los borrachos y los silbidos de las que William llamaba las «mujeres de la noche» la mantenían despierta, llegando incluso a irrumpir en sus sueños.

Esperaba contra toda esperanza poder acostumbrarse, con el tiempo, a aquel nuevo mundo tan extraño, pero las noches interminables que permanecía en vela horas y horas, inevitablemente pensaba en Suffolk. Echaba de menos a su madre, por supuesto, como si tuviera un vacío en el alma. Aún podía visualizar su querido rostro, el pelo ralo, la mirada ausente, ligeramente distraída, la voz serena y sosegadora. De su madre había aprendido a dibujar y a pintar, a apreciar a los seres vivos, a reconocer las flores silvestres y a cultivar un jardín de hierbas aromáticas, a coser y a hornear pasteles. Estaba decidida a atesorar todas esas habilidades, a conservarlas cerca del corazón como el precioso legado de su amor.

Echaba de menos la vida en el campo: el mar con sus virulentos cambios de humor y el contorno variable de la costa; el constante y sosegador murmullo de las cañas, zarandeándose al viento en las marismas, y los lagos de agua salobre, poblados por los chillidos de las aves acuáticas; el páramo, con su transformación de colores: el amarillo explosivo de la retama, el delicado rosa y blanco de la rosa

canina, el rosa más intenso de la hierba de San Antonio y, por último, el púrpura brillante del brezo, desplegándose como un manto por la tierra de arena.

Echaba de menos también la apacible rutina del pueblo, las idas y venidas a la rectoría, a sus amigas de la iglesia, a su hermana, a su perro *Bumbles*, sus clases de dibujo con miss Daniels y, sobre todo, a su padre.

A medida que ella había ido entrando en la edad adulta, Theodore había ido confiándole cada vez más cosas a su hija mayor, quejándose de las exigencias de los miembros más díscolos y excéntricos de su congregación y lamentándose de las demandas imposibles que imponían desde arriba los líderes diocesanos. La invitaba a sentarse a su lado durante las reuniones con el contable para hablar de la economía familiar, con su abogado para discutir cuestiones legales relacionadas con la iglesia y a veces en las reuniones con el consejo parroquial si había que debatir algún asunto especialmente espinoso. Más de una vez le decía: «Eres la única persona en quien puedo confiar, hija mía, y necesito que seas mis ojos y mis oídos, para que puedas guiarme y saber si mis decisiones son las más acertadas».

Así que se sentaba a observar y escuchar, y aprendía cómo llevar a buen puerto una negociación sin que el oponente se diera cuenta siquiera de que acababa de dar su brazo a torcer; a volver a llevar las riendas de una conversación tras una maniobra dilatoria hablando de una afición personal por los caballos sin que el interlocutor advirtiese que acababan de ignorar por completo sus palabras; y a entender los principios elementales de la contabilidad básica y los rudimentos de un procedimiento legal.

En sus momentos más bajos, Theodore admitía que la larga enfermedad de su madre había puesto a prueba su fe, y debatía con ella el valor moral de seguir ejerciendo como

párroco y predicar pese a verse asaltado por dichas dudas. En momentos mejores, hablaban hasta altas horas de la noche de literatura, de política, tanto en el ámbito local como nacional, de ideas filosóficas, de los nuevos y apasionantes hallazgos de la ciencia y de la naturaleza. A pesar de no ser un hombre con inclinaciones artísticas —Anna había heredado ese talento de su madre—, apoyaba gustoso su deseo de aprender y le pagaba las clases privadas que le impartía una señora mayor del pueblo que había adquirido cierta fama local por su libro sobre ilustraciones florales.

Echaba de menos su intimidad. Una rectoría era un lugar público con frecuentes entradas y salidas de gente, pero, a pesar de ello, siempre encontraban algún rincón tranquilo donde cada miembro de la familia podía disfrutar del solaz de su propia compañía. Allí, en los espacios más delimitados de la casa de Spital Square, el único lugar en el que podía estar a solas era en su cuarto, pero si pasaba demasiado tiempo allí, y su prima Lizzie o su tía la descubrían, le hacían toda clase de preguntas: ¿por qué se había ido a la cama? ¿Acaso se encontraba mal?

Pero, por encima de todo, echaba de menos su libertad. Se moría de ganas de averiguar más cosas sobre los alrededores, de explorar las calles y, en especial, de encontrar temas y objetos que pintar y dibujar. Con ayuda de la cocinera, creó un bodegón en la mesa del comedor con platos, tazas, una hogaza de pan y algunos melocotones, pero con cada comida tenía que volver a deshacerlo y nunca lograba devolverlo de nuevo a su composición exacta original.

Bosquejó la vista del tejado desde la ventana de su cuarto, esforzándose por encontrar la perspectiva de todos aquellos ángulos; dibujó a Lizzie con su vestido favorito de damasco amarillo, con la cabeza reclinada sobre el bastidor de bordar. Las figuras siempre le resultaban muy difíciles, y

la luz de la casa, con su aparatoso mobiliario y sus pequeñas ventanas, era pobre e insuficiente, lo que le hacía admirar aún más a los maestros de los espacios interiores, a Rembrandt y Vermeer, cuyos cuadros había visto en reproducciones en las revistas de la casa de miss Daniels.

Sin embargo, lo que de veras estimulaba su imaginación artística eran los árboles, las flores y las plantas, organismos vivos en desarrollo: la forma en que las luces y las sombras recorrían el trazado de sus tallos, las hojas con infinidad de formas e infinitas tonalidades de verde, y los colores de sus pétalos, sutiles a veces, audaces en otras.

La última acuarela que había pintado antes de marcharse de Suffolk era de los ensortijados tallos verdes de aguileña que serpenteaban libremente por la valla de la rectoría, y se había sentido satisfecha con la intensa sensación de movimiento del resultado, acentuado por las flores blancas y brillantes con sus delicadas franjas rosa. Su padre la había felicitado y le había pedido si podía colgar la acuarela en la pared de su gabinete, «para poder acordarme de ti cuando me sienta solo». Anna ya había decidido que, cuando estuviese segura de haber creado algo mínimamente bueno, le enviaría su primer dibujo en Londres para su cumpleaños o como regalo de Navidad.

Allí, en la casa de Londres, no había muchas oportunidades de observar cosas vivas en proceso de desarrollo. Todo era rígido e inmóvil, siempre dentro de los límites impuestos por el decoro, y las instrucciones de su tía eran inequívocas: tenía prohibido aventurarse a salir a la calle sin ir acompañada por Lizzie o Betty, y sin un propósito claro y una hora determinada de salida o llegada. Pero Lizzie pasaba las mañanas estudiando, y Betty tenía que trabajar, de modo que Anna estaba casi todo el tiempo sola.

El intenso calor no cedía y más de una vez se sorprendió echando una cabezadita incluso durante el día. Era como si la

vida se le escapase por entre los dedos.

La tía Sarah le había prometido que cuando contase con el vestuario «adecuado», saldrían a hacer visitas sociales. A Anna le producía pavor la idea de semejantes formalidades, de tener que aparentar ser alguien que no era, de entablar una conversación cortés y educada con extraños, pero cualquier cosa sería mejor que aquel aislamiento y las horas de reclusión. Así pues, cuando su tía recibió un recado de miss Charlotte diciendo que los vestidos ya estaban listos, se sorprendió al descubrir que el miedo había sido reemplazado por una mezcla de curiosidad y entusiasmo.

Solo era un breve paseo andando —según su tía, no había necesidad de recurrir al tálburi—, pero el día era caluroso y cuando llegaron a Draper's Lane, Anna ya había empezado a sudar profusamente.

En el cartel situado encima de la puerta se leía: «Miss Charlotte Amesbury, *Costumière*». A través del cristal de la única ventana en saledizo, vio lo que parecía un grupo de damas y caballeros elegantemente vestidos, pero cuando atravesaron la puerta principal advirtió que se trataba de simples maniqués. Los vestidos eran muy bonitos, pero estaban adornados con tantos volantes, frunces y encaje que se preguntó cómo podía alguien hacer una vida normal vestido de esa manera. Rezó para que los vestidos que habían encargado para ella tuvieran un diseño más simple.

Alertada por el tintineo de la campana de la puerta, miss Charlotte apareció casi de inmediato desde la trastienda y dio la bienvenida a Anna y a su tía con una amplia sonrisa.

—Buenos días, señora Sadler, miss Butterfield. Lo tengo todo listo. Y ahora, si tienen la bondad de acompañarme...

Parecía tan segura de sí misma y tan llena de energía que a Anna le resultaba difícil adivinar qué edad tendría. Desde luego, no podía tener más de treinta y cinco, se dijo. Y,

sin embargo, no lucía anillo de casada. ¿Cómo había conseguido aquella mujer dirigir un negocio tan próspero y seguir siendo tan independiente? En su encuentro anterior, había admirado la actitud tranquila y serena de miss Charlotte; ahora se preguntaba si podría convertirse en una aliada, o incluso en una amiga, en aquel mundo tan extraño y confuso.

Las condujo por una amplia sala en la parte trasera de la tienda, donde los tablones de madera del suelo estaban cubiertos por una alfombra gastada. Un lado de la sala estaba amueblado a modo de salón sencillo y modesto, con cuatro sillas tapizadas de terciopelo azul gastado, situadas a cada lado de una chimenea vacía. La otra esquina estaba rodeada de largas cortinas de calicó blanco.

—Tomen asiento, por favor —dijo miss Charlotte—. ¿Les apetece algo fresco para beber?

Mientras esperaban, Anna se fijó en un maniquí en miniatura ataviado con un minúsculo abrigo de damasco morado oscuro, con cuello y puños de terciopelo y botones de perla.

—¡Qué abrigo más bonito! —exclamó Anna—. Va a ser un jovencito muy elegante, así vestido.

La costurera, concentrada en la tarea de servir un refresco a base de flor de saúco en tres copas, hizo una pausa y levantó la vista.

—Desde luego —dijo en voz baja, al tiempo que sus mejillas se teñían de un ligero rubor—. Es un regalo para su séptimo cumpleaños. Espero que le guste.

Tras un breve intercambio de muestras de cortesía, la tía Sarah dijo:

—Será mejor que pasemos al tema que nos ocupa, miss Charlotte. Enséñenos cómo planea transformar a mi sobrina campesina y pueblerina en una elegante joven dama de la

alta sociedad londinense. —Acto seguido añadió, casi en un aparte—: Todo un reto, se lo aseguro.

Anna sintió que se ruborizaba. ¿Por qué mostraba tanto empeño su tía por minar su autoestima? Miss Charlotte, que lo había advertido rápidamente, la tomó del brazo con delicadeza y la guió hacia la zona rodeada de cortinajes.

—Es un verdadero placer para mí poder vestir a una jovencita tan adorable —dijo con una sonrisa tranquilizadora—. ¿Está lista, miss Butterfield?

Tras las cortinas, cuidadosamente colgados de unas perchas de madera y recubriendo hasta el último resquicio de las paredes, había una serie de vestidos y enaguas de colores brillantes, como la paleta de un pintor, pensó Anna. En una alargada mesa auxiliar, aparecía un surtido de distintos modelos de ropa interior: camisolas de batista de color blanco, corsés, verdugados, puños y cofias de encaje y dos piezas de estómago bordadas.

—Si se pone esta camisola nueva, yo la ayudaré con el corsé y las enaguas de aro —le susurró miss Charlotte—. No se preocupe, no es muy complicado.

Se volvió discretamente mientras Anna se desvestía. A medida que iba desprendiéndose de las piezas de ropa, una a una, la joven se sentía cada vez más vulnerable, como si se despojara de su antiguo yo para convertirse en una hoja en blanco. Cogió una de las camisolas de la mesa y se la puso deslizándosela por la cabeza con alivio. El tacto de la suave batista blanca, tan delicada que le parecía como si unas plumas le acariciaran la piel desnuda, le resultaba reconfortante, y encontró el valor para carraspear con delicadeza, indicando así que estaba lista.

Se dispuso a colocarse el corsé nuevo con la abertura por delante, tal como tenía por costumbre, pero miss Charlotte negó con la cabeza y se lo puso del revés, de modo que el

lazado quedara en la parte de atrás.

—Puede atárselo por delante cuando se vista sola —murmuró—, pero ahora necesitamos que quede perfecto.

Tiró de las tiras del lazo con tanta fuerza que las ballenas se incrustaron en los costados de Anna y esta pensó que nunca volvería a respirar con normalidad. Al mismo tiempo advirtió alarmada que sus pequeños pechos empujaban hacia arriba y adquirirían una forma nueva y asombrosamente voluptuosa. Después del corsé era el turno del tontillo, que colgaba de unas tiras en los hombros y ajustado en la cintura, y formaba unas piezas rectangulares que le ensanchaban las caderas a ambos lados.

—Estoy convencida de que los tontillos serán cada vez más pequeños —comentó miss Charlotte, ocupada con los lazos del lateral—. Puede incluso que no tarden en pasar de moda por completo, pero le hemos hecho dos de momento de todos modos. Verá que resultan muy prácticos como bolsillos.

Dio a Anna un par de sencillas bolsitas de batista con cintas para atarlas alrededor de la cintura y así poder colgarlas del arco del tontillo a cada lado.

A continuación, era el turno de unas enaguas de seda de color crema, fruncidas a la altura del dobladillo y atadas en la cintura, y entonces miss Charlotte anunció que ya estaban listas para el vestido en sí. Tomó de dos de las perchas una creación de volantes de damasco amarillo claro.

—Me parece que este le va a gustar —dijo—. Se trata de la *robe à la française*, tal como hablamos. Este tipo de vestido es tremendamente elegante, y absolutamente *à la mode*.

Anna nunca había llevado nada de color amarillo, pues le parecía que confería un tono enfermizo a su piel, pero miss Charlotte le aseguró que era lo último de lo último, puesto que le daba una palidez que estaba «muy de moda».

Tenía que admitir que el vestido le sentaba muy bien, con los pliegues en la parte de la espalda que caían con elegancia a modo de capa de los hombros al suelo, las mangas ajustadas por debajo del codo, y el cuerpo enderezado con barbas de ballena y profusamente decorado con telas que miss Charlotte denominaba «adornos». Utilizó diminutos broches y enganches para unir las partes delanteras hasta llegar a la cintura y luego ató unos puños de volantes de hilo con ribetes de encaje a cada codo. Bajo la cintura, las enaguas asomaban por el borde de la falda a la altura justa para que solo se le vieran los dedos de los pies.

—Enseñar los pies es lo que se lleva estos días —señaló miss Charlotte—. Haremos un par de escaarpines bordados a juego con el vestido, pero los tacones no deberían ser muy altos, porque usted ya tiene una estatura considerable.

Por fin, tras muchos ajustes y retoques de la tela alrededor de hombros, cintura y mangas, la costurera declaró que el vestido estaba perfectamente colocado.

—¿Y no voy a llevar ninguna pieza de estómago? ¿O un pañuelo o un chal al menos? —murmuró Anna colocando las manos encima de la porción de carne que el cuerpo del vestido dejaba aún al descubierto.

Un profundo surco, completamente nuevo para ella, había aparecido entre sus pechos, que parecían sobresalir de forma harto impúdica.

—Taparse es propio de damas de edades más maduras, y puede parecer anticuado o mojigato en cuerpos más jóvenes. —Miss Charlotte sonrió—. Por favor, no se preocupe, miss Anna. Veamos qué dice la señora Sadler.

Cuando la modista retiró las cortinas, la cara regordeta de la tía Sarah, tan enfurruñada en estado de reposo, se iluminó con una sonrisa radiante.

—Oh, mi querida sobrina... —exclamó abanicándose la

cara sudorosa—. Qué transformación tan sumamente maravillosa... Todos los jóvenes formarán cola para conocerte. Tendremos que quitárnoslos de encima como moscas, ¿verdad, miss Charlotte?

«¿Y cómo vamos a quitárnoslos de encima? —se preguntó Anna—. ¿Tal vez con el hacha que usábamos para cortar leña en casa, o con el hacha pequeña que emplea padre con energía salvaje para cortar las malas hierbas?» El recuerdo le arrancó una sonrisa.

—¿Y qué tipo de sombrero cree que debería llevar?

Miss Charlotte desapareció por detrás de las cortinas y regresó con una caja redonda.

—Mi sombrerera me ha procurado varias muestras. Dice, y estoy de acuerdo con ella, que es mejor algo no demasiado elaborado para una dama con encantos juveniles. —Extrajo una cofia de paja de ala estrecha—. Este estilo lechera está rabiosamente de moda estos días, como puede que se hayan fijado.

Colocó el tocado en la cabeza de Anna, torciendo el ala hacia arriba con aire desenfadado, tanto por delante como por detrás, y atando la cinta —de un delicado color crema a juego con las enaguas— en un lazo suelto a la altura de la barbilla. Anna sonrió con gesto avergonzado, maravillándose de lo extravagante que resultaba una moda consistente en combinar varios metros de cara y lujosa seda con una simple gorra de campesina.

Giró obedientemente sobre sí misma mientras las dos mujeres hablaban sobre su figura, la forma del cuerpo del vestido, el corte de las mangas, la longitud de la falda, y se distrajo rememorando un poderoso recuerdo de su niñez: las muñecas de cartón que se podían vestir con un surtido de vestidos, sombreros y zapatos recortables. A ella y a Jane les divertía pasar horas y horas combinando la vestimenta de las

formas más estrambóticas y dispares posibles, mezclando colores que no hacían juego, o combinando camisonos de dormir con sombreros elegantes o galochas con vestidos de gala. En esos momentos se sentía como si fuera una de esas muñecas de papel, un juguete unidimensional con una sonrisa fija y los brazos rígidos y extendidos.

Sintió un súbito impulso de coger su antigua ropa y salir corriendo de vuelta a Suffolk y con su padre. Puede que aquella fuera, tal como él mismo le había explicado tan cuidadosamente, una vida sin perspectivas de futuro, pero al menos era su propia vida, y no una vida en la que simplemente era el juguete de otras personas.

Pero en vez de hacer eso, inspiró hondo.

—Es un vestido muy bonito, miss Charlotte. Muchísimas gracias. —La costurera aceptó el cumplido con un asentimiento cortés y el amago de una sonrisa—. Y ha sido usted muy generosa, tía Sarah —siguió diciendo Anna—. Escribiré a mi padre esta tarde y le diré lo amable y buena que ha sido conmigo.

Había un segundo vestido, también formal, de color crema con rayas y brocados de flores, de un estilo más corriente y modesto, y dos vestidos más para llevar durante el día o para estar en casa; más suaves y vaporosos, de un azul claro brillante y verde mar muy de moda, para llevar sin tontillo, y para el que miss Charlotte había diseñado un mandil y pañuelo a juego a fin de cubrir el escote. También había tres gorros redondos, con algodón y encaje y cintas que podían fijarse en lo alto de la cabeza o anudarse bajo la barbilla, además de cuatro pares de medias blancas de seda.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, la tía Sarah anunció que Anna y ella habían sido invitadas a tomar el té

con la señora Hinchliffe, la madre del mejor amigo de William, Charlie.

—¿Puedo ir yo también? —pidió Lizzie.

—Por supuesto que no —contestó su madre—. Tú te quedarás aquí, atendiendo tus estudios, como siempre.

—Pero eso no es justo... Su casa es muy bonita, y Susannah toca muy bien el clavicordio.

—Ya te llegará tu turno, cuando cumplas dieciocho años, Elizabeth. Bueno —añadió la tía Sarah dirigiéndose a Anna—, me parece que es la ocasión ideal para el vestido de brocado de color crema y esa encantadora cofia de lechera con el lazo color claro. Miss Charlotte es tan lista, ¿no crees? Está absolutamente de moda y tiene la ventaja de no hacerte más alta de lo que ya eres.

—Charlie estará allí, sin duda —dijo William con una sonrisa traviesa.

—La señora Hinchliffe dijo que dependerá de si debe atender a sus obligaciones como estudiante.

—Oh, estará allí, ya lo verás. Ya le he avisado. Además, siempre está fanfarroneando del poco tiempo que le exigen que dedique a encerrarse a estudiar. —William tomó un generoso bocado de pastel de carne y siguió hablando con la boca llena—. Será un buen partido para ti, prima. Definitivamente, es un hombre de mundo, sofisticado y amante de la diversión y de vivir el momento. Su madre es más rica que Creso. Dinero viejo de verdad.

—No seas tan vulgar, Will —lo reprendió su madre—. Los caballeros no hablan de dinero en presencia de damas.

—Pero ¿acaso no se trata precisamente de eso? ¿De encontrar un marido rico para nuestro ratón de campo? Simplemente, no menciones la bolsa de terciopelo, anda.

Anna bajó la vista hasta su regazo, tratando de dominar

su ira. Por si no fuera suficiente con tener que soportar los comentarios cáusticos de su tía, ¿qué había hecho para merecer las burlas constantes de William?

—¿Bolsa de terciopelo? —preguntó Lizzie.

—Es una lástima que Charlie perdiera hasta la camisa el fin de semana —explicó William—. «Es una apuesta segura», dijo, y convenció a unos cuantos para que lo secundasen también. A mí no, por suerte. Por poco lo linchan ayer por la noche.

El tío Joseph, que había estado rezongando en voz baja durante toda la conversación, intervino bruscamente.

—Ya basta, William. Termina el desayuno y baja a trabajar.

—Vaya, vaya... ¡Mírese usted, miss Anna! —exclamó Betty retrocediendo unos pasos después de fijar la cofia con unos alfileres—. Toda una joven dama de ciudad, si me permite que se lo diga.

—Pero es que hace tanto calor con todas estas capas... —protestó Anna abanicándose—. No voy a sobrevivir.

—No tendrá que caminar. La señora me ha pedido que solicite un carruaje.

—¿Está lejos?

—A solo tres kilómetros, por lo que yo sé. Pero a nuestra querida señora S. le gusta causar sensación —añadió Betty con un discreto guiño.

Anna fue obsequiada con una sonrisa de aprobación por parte de su tía, y cuando salieron a la calle, listas para cruzar la calzada y subirse al coche, dos caballeros que pasaban por allí en ese momento se detuvieron de repente y

se descubrieron, quitándose el sombrero. Qué extraordinario era de pronto que reparasen de ese modo en ella, pensó Anna, y todo por un vestido nuevo...

Las ventanillas del carruaje estaban abiertas y el vehículo avanzó repiqueteando por las calles empedradas arrancando una refrescante brisa. Cuando pasaron por el extremo de Paternoster Row, Anna miró de reojo la aguja de Christ Church, blanca y elegante, remontando en el aire, recordándole que desde su llegada a Londres ya habían pasado dos domingos. En los últimos tiempos, tenía escasa fe en Dios, pero asistir al servicio semanal era algo casi tan natural para ella como respirar. Justo después del oficio en la iglesia era el momento más sociable de la semana en el pueblo, cuando todos se reunían para saludarse o entablar conversaciones más largas. Al parecer, allí en la ciudad había muy pocas ocasiones para relacionarse de manera informal. Decidió que preguntaría si podía asistir al siguiente servicio dominical, tal vez eso le brindaría un momento de libertad o al menos la oportunidad de conocer a más personas.

El coche se detuvo un momento, dándole tiempo a observar la escena que transcurría en esa misma calle. Una horda de unos treinta hombres —jornaleros todos ellos según podía deducir por su ropa— estaba arremolinada en torno a una sola figura encaramada en lo alto de una caja. A su lado, otro hombre sostenía una pancarta hecha a mano con una inscripción de trazo grueso. «Bold Defiance: salario justo para todos», rezaba el letrero.

Con el rostro encendido y la boca abierta en un grito, el hombre de la caja intentaba hacerse oír por encima del clamor de la calle. De vez en cuando, su público levantaba los brazos por encima de la cabeza, entonando consignas y clavando los puños en el aire.

—Rufianes —dijo su tía—. Será mejor que corramos las cortinas. No queremos atraer la atención, ¿verdad que no?

Justo cuando Anna iba a asir el cordón para tirar de la cortina, uno de los hombres se volvió y la miró directamente a la cara. El rostro le resultaba familiar, y por una fracción de segundo tuvo la sensación de que él la reconocía a ella también. Entonces se dio cuenta: era Guy, el chico francés que estaba con Henri el día de su llegada, y otra vez en Spital Square.

Quiso saludarlo con la mano, llamarlo y preguntarle por su amigo, pero era imposible con su tía allí a su lado. El carruaje reanudó la marcha de nuevo y, mientras los cánticos se perdían en la distancia, Anna se preguntó si Henri estaba allí también, con aquel grupo de hombres furiosos. Pero ¿por qué? Sintió el ansia de volver a ver a los muchachos franceses, para averiguar a qué se debían aquellas consignas, pero semejante encuentro parecía muy poco probable ahora que estaba en proceso de convertirse en una respetable dama de sociedad.

Lanzó un leve suspiro, enderezó la espalda y fijó la vista adelante, preparándose para afrontar el calvario de «tomar el té».



5

Lo que os recomiendo a continuación es la frugalidad, cuya práctica es conveniente para todos, pero sobre todo para los que, como vosotros, como el gusano de la seda, sacáis vuestras riquezas de vuestro propio seno. Descuidar ese consejo equivale a exponerse a que una polilla os agujeree la bolsa y deje escapar todos los beneficios de vuestra industria.

*Consejos para
aprendices y oficiales,
o Guía segura para
granjearse una buena
estima y un buen
patrimonio*

El inconfundible sonido del silbido de Guy desde la calle atravesó el frenético golpeteo de los telares, el griterío de la calle, los gritos de los carretilleros, los ladridos de los perros y los cantos de los pájaros en sus jaulas.

Henri dejó su lanzadera y fue a asomarse a la ventana del taller. Guy gesticuló con grandes aspavientos.

—Baja. Tengo que decirte algo.

—Estoy en plena faena. ¿No puede esperar a la noche? — contestó Henri con exasperación.

—No, está relacionado precisamente con esta noche. *C'est très important*. Vamos, baja. Será solo un minuto.

—*Bon Dieu*, ¿qué será ahora? —masculló Henri.

Tras decirle al ayudante que se tomara un descanso y fuese a beber agua, se quitó los zapatos y bajó de puntillas por la escalera de madera, haciendo el menor ruido posible para no molestar a monsieur Lavallo, concentrado en sus cuentas en el despacho de la planta inferior. Puede que su patrón fuese más bien indulgente, pero a Henri no le gustaba tomarse libertades.

Su amigo se paseaba arriba y abajo por la acera, no se había afeitado y el pelo largo, que se había soltado de su trenza, le azotaba la cara. Henri sabía que Guy siempre tenía problemas para pagar el alquiler a tiempo y a veces apenas si ganaba lo suficiente para comer.

—¿Qué es eso tan urgente? ¿No te encuentras bien?

—Nunca he estado mejor, *mon vieux*. —Guy bajó el tono de voz hasta hablar en un susurro ronco—. Escucha, traigo buenas noticias. Hemos elaborado un Libro de Precios, ya sabes, unas tarifas para cada clase de trabajo, y vamos a imprimirlo y a dar una copia a cada maestro de la zona, para obligarles a pagar un salario justo, para variar. Estamos seguros de que el gremio nos respaldará esta vez. Se reúnen esta noche. Tienes que venir.

Retorció su gorra de fieltro con nerviosismo entre los puños.

Henri lanzó un suspiro.

—Llevo mucho retraso, Guy.

—Solo será media hora. Todas y cada una de las firmas

son importantes si queremos que el gremio esté de acuerdo. Tienes que venir.

—¿Dónde es esa reunión que dices?

—En The Dolphin, en Bethnal Green. Nos han dado permiso para utilizar una sala en la segunda planta.

—No tendrá nada que ver con los del calicó, ¿verdad? No puedo arriesgarme a que me detengan en una protesta...

El gusto creciente por el calicó estampado era una mala noticia para el comercio de la seda y, el año anterior, Guy había escapado por los pelos cuando, estando en compañía de un grupo de tejedores de cierta edad, estos habían lanzado *aqua fortis* sobre los vestidos de algodón de las damas de la pequeña nobleza. Dos habían sido detenidos y uno había acabado en la horca.

—No, no, nada de eso. Es solo para firmar una petición para que podamos obtener respaldo oficial para el Libro —dijo Guy apretando el brazo de Henri con apremio—. *C'est légal. Fais-moi confiance.* Entra por la puerta lateral y sube las escaleras. Estaré allí. Prométeme que vendrás.

A las siete de la noche, Henri subió las escaleras de madera con nerviosismo y entró en una habitación oscura llena de hombres sentados en torno a una mesa central, a la luz de una única vela. Sus rostros sombríos, marcados por la desesperación, y el hedor de la pobreza más sórdida le recordaron por qué estaba allí. Su firma era lo poco que podía ofrecer, si con eso contribuía a aliviar sus problemas.

Monsieur Laval le había apoyado cuando Henri le había dicho adonde iba.

—He oído hablar de ese Libro —dijo—. Probablemente sea una manera razonable de tratar de mantener la paz,

siempre y cuando las expectativas de los tejedores no sean demasiado altas. Tienen que aceptar que este es un mercado volátil, y el peso de soportar las fluctuaciones recae sobre todos nosotros.

—¿No le importa si añado mi firma a la petición?

—Siempre y cuando sea eso todo lo que hagas, muchacho. —Monsieur Lavallo le había mirado con gesto severo por encima de las gafas—. Cuidado con involucrarte en alguna marcha o cualquier otra acción de protesta. Es demasiado arriesgado en un momento como este, cuando estás a punto de ascender a maestro.

—*Ne vous inquiétez pas*, tendré cuidado —le había dicho Henri.

Vio a Guy entre las sombras, en un rincón de la habitación, y se abrió paso entre la multitud hacia él.

—*iMerveilleux*, estás aquí! —Guy lo abrazó con fuerza y luego exclamó—: Amigos, este es *mon cher ami* Henri Vendôme, oficial que trabaja para el estimado monsieur Lavallo, con la esperanza de obtener pronto su propio nombramiento como maestro. Está aquí para firmar la petición.

Varias docenas de rostros se volvieron para mirarlo. Monsieur Lavallo era muy conocido, y gozaba de muy buena reputación entre clientes y tejedores por igual.

Guy lo asió del codo y lo condujo a través de la multitud a la mesa.

—Lee esto. —Le pasó una gruesa resma de papel manuscrito, unido de forma rudimentaria con una cuerda. Al lado había una sola hoja, por separado—. Y luego estampa tu firma aquí.

«A la atención del presidente y los asistentes de la excelentísima Worshipful Company of Weavers —leyó Henri

—. Mediante la presente se informa de que, en la búsqueda de una forma serena y razonable de resolver las actuales dificultades, nosotros, los abajo firmantes, rogamos su acuerdo y apoyo en la publicación del Libro de Precios adjunto, consistiendo este en una lista de los precios acordados para ser pagados de conformidad con los diferentes tipos de trabajo en las diversas ramas de la fábrica de tejidos.»

El documento principal constaba de unas cuarenta páginas de texto abigarrado en columnas que fijaban los precios para todos y cada uno de los tipos de seda concebibles, según las múltiples especialidades de la tejeduría inglesa: los dos grupos principales, la Black Branch y la Fancy Branch, seguida de las Persians, las Sarsnets, Drugget-Modes, pañuelos Fringed e Italian, Cyprus y Draught Gauzes, y Plain Nets. Era un trabajo muy laborioso y debían de haber necesitado muchos días y muchos cerebros para acordar los precios y muchas manos para anotarlos por escrito. Examinando las especialidades con las que estaba familiarizado. Henri pensó que los precios parecían razonables.

Tomó la pluma, la sumergió en el tintero y firmó.

Más tarde, esa misma noche, después de una cena a base de repollo con queso y mantequilla y patatas nuevas, Henri le preguntó a monsieur Lavallo si podía robarle unos minutos para que examinase el diseño de su obra maestra.

Había estado trabajando en ella varias semanas, y la opinión de su patrón era de vital importancia para él. Técnicamente, el diseño era bueno, lo sabía, aunque tal vez un poco demasiado complicado. Había puesto tanto empeño en demostrar su destreza con el tejido que había incorporado

el máximo número de técnicas complejas posible. Sin embargo, el aspecto estético era con el que Henri se sentía más inseguro: intuía, sin saber muy bien por qué, que no estaba a la altura de su ambición.

En una mesa, junto a la ventana, dispuso sus dibujos de flores, hojas, guirnaldas y cintas, y juntó las distintas secciones de papel cuadriculado con sus diminutas cuadrículas que había pintado meticulosamente con acuarelas y un fino pincel, mostrando el diseño que se traduciría en tejido. Luego entregó a su maestro las páginas manuscritas que describían cómo las urdimbres, las tramas y los puntos debían disponerse en el telar.

Trató de no impacientarse mientras monsieur Lavalle examinaba su trabajo en silencio, levantando ocasionalmente la cabeza y revisando el diseño del papel. Finalmente, el anciano terminó de leer, irguió la espalda, se quitó el gorro de terciopelo y se alisó el pelo.

—Bueno, muchacho —dijo—, estoy impresionado. Técnicamente sería una muy buena pieza de artesanía, mucho más de lo que normalmente se espera de alguien de tu experiencia. Yo sé muy bien lo competente que eres, pero ¿no sería mejor un diseño más simple, más fácil de llevar a la práctica, que se pudiese tejer más rápido y que tuviese menos probabilidades de que algo saliera mal?

Henri se encogió de hombros y de repente se desanimó.

—Quería crear algo fuera de lo común, algo realmente llamativo.

—Hace unos años, los merceros y comerciantes se habrían matado entre ellos por algo así.

—¿Hace unos años?

—Cuando el rococó causaba furor; cuanto más audaz y ornamentado el diseño, mejor. Ahora las damas buscan un toque mucho más ligero. Es el nuevo *naif*, ya sabes,

simplicidad, realismo, elegancia delicada...

Henri sintió que el suelo se hundía bajo sus pies. Desde el comienzo de su período como aprendiz, siempre había admirado los grandes y coloridos diseños de los famosos maestros de la época, como James Lemman y su padre Peter. Ahora se daba cuenta de lo estúpido que había sido: las modas habían cambiado y él ni siquiera se había percatado.

—¿Por qué crees que prefiero tejer damascos, sedas sencillas y satenes? Puede que no se pague tanto dinero por ellas, pero dan muchos menos problemas porque los diseños no cambian cada temporada —prosiguió monsieur Lavallo—. Echa un vistazo a lo que llevan las damas de sociedad y verás lo que quiero decir.

Henri volvió a encogerse de hombros. Todo le resultaba confuso e incomprensible.

—De todos modos —dijo monsieur Lavallo doblando los papeles cuadriculados y colocándolos con los bocetos en un montón ordenado sobre la mesa—, harás lo que creas mejor. Eres un tejedor con mucho talento y no dudaría en recomendar que te nombraran maestro ahora mismo. Casi cualquiera de los diseños que has tejido en el último año demostraría que eres técnicamente muy capaz, pero si realmente quieres que tu obra maestra sienta las bases de tu reputación y te ponga en la senda de la fortuna, entonces tendrás que pensar un poco más.

Mariette levantó la vista de su labor de costura cuando entraron en la sala.

—¿Qué te ha parecido, papá? ¿La pieza de Henri causará sensación?

—Dejaré que hable por sí mismo —dijo monsieur Lavallo

cubriéndose la cabeza con el sombrero y dirigiéndose a la puerta principal con su pipa y su bolsa de tabaco—. Voy a tomar un poco el aire antes de cerrar.

Henri miró el rostro dulce y expectante de Mariette. Sabía cuánto lo admiraba, como a un hermano mayor, pero últimamente percibía una vaga y creciente sensación de íntima complicidad en la forma en que ella le respondía: la sonrisa burlona que le dedicaba a veces, la forma en que inclinaba la cabeza, la mirada de soslayo de sus ojos.

Aquellos cambios sutiles lo inquietaban. Mariette seguía siendo una niña, cada vez más guapa, sí, pero a sus ojos no era más que una hermana pequeña, muy querida y a veces molesta. Estaba convencido de que, con el tiempo, monsieur Laval buscaría un buen partido para su hija, el hijo de algún tejedor o un comerciante rico y bien establecido, quizás, que pudiera esperar heredar el negocio.

—¿Y bien? —dijo ella.

Henri suspiró, tratando de encontrar una manera de explicarse sin dejar traslucir lo abatido que estaba.

—No puede ser tan malo...

—No, en absoluto —dijo él rápidamente—. Tu padre dice... —dudó, y luego intentó hablar de nuevo—. Dice que técnicamente es bueno, pero creo que el diseño está pasado de moda.

—Pues eso, desde luego, es un problema.

—Lo que realmente necesito es alguien que pueda predecir las modas de la próxima temporada.

Ella se rio.

—Entonces necesitarás un adivino. Nadie puede predecir los caprichos de la moda.

—Entonces ¿quién decide qué llevarán las damas de sociedad? —preguntó sacudiendo la cabeza—. Es todo muy

confuso. ¿Cómo se soluciona? Es imposible que lo puedan deducir a partir de la nada.

—Supongo que, para empezar, hay personas influyentes que tienen las ideas en primer lugar, y entonces todo el mundo las sigue —respondió ella.

—¿Y quiénes son esas personas influyentes?

—Comerciantes, diseñadores, especialistas del gremio... —se calló de pronto. Luego, al cabo de un momento, lanzó un pequeño grito—. ¡Eso es! ¡Conozco a la persona idónea!

—¿Quién es?

—Miss Charlotte. Era una amiga de mamá y ella me hizo mi vestido de Confirmación, pero no la he visto mucho últimamente —comentó Mariette—. Vive en Drapers Lane.

—Pero no puedo permitirme pagarle por su asesoramiento.

—Ya le preguntaré yo —dijo Mariette apoyando la mano en su brazo con una sonrisa cómplice—. Como un favor para un amigo especial.

A la noche siguiente, después de la cena, Henri se dirigió a Draper's Lane y se detuvo frente a la tienda: «Miss Charlotte Amesbury, *Costumière*». Tras asegurarse de que no lo veía nadie, miró a través de los pequeños cristales de las ventanas los modelos del interior.

Mientras estudiaba los suntuosos y elegantes acabados de los vestidos, los delicados diseños de las telas con sus flores y hojas, tan vividas, y los remolinos de preciosas cintas sobre fondos de damasco de color crema o pastel, se dio cuenta con creciente desaliento de que debía de haber pasado los diez años anteriores en una especie de sueño. ¿Por qué no había prestado hasta entonces más atención a

los diseños que vestían las personas que iban a la moda? Había puesto tanto empeño e interés en dominar las complejidades técnicas de su oficio que había olvidado por completo la verdadera razón por la que la gente amaba la seda: hacía que quien la lucía se sintiese y se viese como la persona más hermosa del mundo.

Reparó en un par de ojos brillantes que miraban por el ventanal. Una mujer de cabello oscuro le hacía señas, indicándole que entrase en la tienda. Sacudió la cabeza, pero ya era demasiado tarde: estaba en la puerta.

—¿Puedo ayudarle en algo, señor?

—Estaba mirando —murmuró.

—¿Algo en particular? ¿Quizás algo para usted? ¿Para una ocasión especial? Tengo unos hermosos chalecos de seda de brocado que sentarían muy bien a un joven caballero como usted.

Sabía que sus palabras tenían como único propósito convencerlo para que comprase, pero vaciló unos instantes, intrigado por la actitud audaz y directa de aquella dama y halagado de que supusiera que podría tener los medios para comprar un chaleco de seda. Ella aprovechó su vacilación.

—¿Por qué no entra un momento? Puedo enseñarle algunos diseños que tal vez le gustaría considerar, sin ninguna obligación. No lo sabrá a menos que los vea por usted mismo.

Una vez dentro, la mujer sacó de los estantes varios chalecos con los colores y diseños de brocado más impresionantes que había visto en su vida, los colocó en el mostrador y los alisó con la mano con gesto cariñoso, como si fueran sus hijos. Luego lo guió hasta un espejo alargado sobre un soporte y apoyó uno de los chalecos contra su pecho.

—Los colores brillantes realzan su tez oscura, señor.

Hablaba con tanta certeza, como si creyera verdaderamente que era el tipo de persona que podría usar semejante prenda, y no un humilde oficial tejedor francés con unos gastados calzones de hilo y chaleco de sarga.

—Madame, debo ser sincero con usted —dijo al fin—. No puedo permitirme un chaleco tan elegante como estos. Por favor, permítame presentarme. Soy Henri Vendôme, artesano tejedor. La hija de mi maestro, Mariette Laval, mencionó su nombre y dijo que podría ayudarme.

La máscara profesional se deshizo en una sonrisa genuinamente cálida.

—Ya decía yo... —dijo sacando una nota del bolsillo—. Mariette me escribió esta mañana. Bienvenido, monsieur Vendôme. Es evidente que le tiene a usted en gran estima. ¿Cómo está la familia? No los he visto desde la triste y prematura muerte de su madre.

—Están bien, gracias. Mariette está muy mayor, tiene casi dieciséis años.

—¡Cómo pasa el tiempo! Bueno, ¿y en qué puedo ayudarle?

Mientras le explicaba su deseo de encontrar un diseño que estuviese de moda para crear la obra maestra que lo ayudase a granjearse una buena reputación, las pálidas mejillas de la costurera se tiñeron de rubor.

—Me siento halagada de que me considere alguien capaz de aconsejarle en ese menester. Yo solo soy una simple costurera, pero haré todo lo posible. —Lo condujo hasta los maniqués que había visto en el escaparate—. Dígame, ¿qué es lo que ve?

—Veo una seda de damasco fina de delicados amarillos y verdes claros —dijo palpando la calidad de la tela con los dedos—. ¿Son los colores de moda?

—Pues sí, pero ¿qué le parece este?

Señaló el tercer vestido.

—Veo un brocado floral de vivos colores sobre un fondo de damasco crema intenso —contestó.

—¿Y los motivos?

—Son unas flores...

—¿Qué clase de flores? —insistió ella.

—Unas flores sencillas, como las que se ven en un jardín o en los campos.

—Ya va entendiendo el concepto, monsieur Vendôme. Los nuevos diseños son realistas, no recargados como en el pasado. El rococó ha desaparecido, el naturalismo es lo que se estila ahora. —Pasó el dedo por las delicadas margaritas y campanillas—. ¿Se ha fijado en el reducido tamaño del dibujo, de tamaño natural o incluso menos? Hace unos años, la moda giraba en torno a la exageración. Cuanto mayor, mejor, con flores gigantes: rosas del tamaño de peonías y peonías del tamaño de coles. ¡Bah!

Alargó el brazo por encima del mostrador para coger una cofia y ponérsela en la cabeza, en un gracioso ángulo, tirando de las cintas por debajo de la barbilla para que el ala del sombrero se doblase a ambos lados y le enmarcase el rostro.

—¿Qué ve ahora?

—¿Una cofia de paja?

—¿Quién lleva este tipo de cofia?

Él sacudió la cabeza.

—Es la cofia de una campesina, del estilo que suelen llevar las lecheras. A las damas de sociedad más jóvenes les encantan. Figúrese, ¿damas ricas fingiendo ser pobres lecheras? Es ridículo, naturalmente, pero toda la moda es

frívola, y eso forma parte de su encanto.

En solo cinco minutos, miss Charlotte le había abierto los ojos ante un mundo completamente nuevo. Él le dio las gracias muy cordialmente, prometiendo transmitir sus saludos a monsieur Lavallo y Mariette, y regresó a Wood Street con una inquietante combinación de incertidumbre y entusiasmo rondándole la cabeza. Una cosa le había quedado ahora bastante clara: el diseño de su obra maestra sería muy diferente de aquel en el que había estado trabajando.

Pero cómo y dónde encontraría ese nuevo diseño... No tenía la menor idea.

Cuatro días más tarde, Guy llegó en el preciso momento en que Henri, Mariette y monsieur Lavallo disfrutaban de un café y un pastel de avena y miel en el salón, después de la cena. Le ofrecieron una porción de pastel, que engulló con avidez en apenas dos bocados.

Monsieur Lavallo lo invitó a sentarse y a sumarse a ellos para tomar café, pero Guy permaneció de pie, trasladando incesantemente el peso de su cuerpo de una pierna a la otra.

—¿Qué noticias hay del Libro, muchacho? —preguntó monsieur Lavallo.

—La petición ha dado resultado, señor. El Consejo de Asistentes del gremio se reunió anoche y le dio su respaldo. Ahora va a ir a imprenta. Recibirá su copia muy pronto.

—Excelente, excelente... —dijo monsieur Lavallo—. Ocupará un lugar privilegiado en el estante, al lado de la Biblia..., y leeremos un fragmento todas las noches antes de cenar.

—No bromees así, papá —repuso Mariette—. El Libro es un asunto serio, ¿verdad? Oh, siéntate, Guy, y toma otro

pedazo de pastel. Me estás poniendo nerviosa con tanto movimiento...

—Discúlpeme, miss Mariette —dijo Guy apoyándose en una silla y alargando el brazo hacia el plato—. Ahora mismo es una cuestión de supervivencia para nosotros los oficiales —prosiguió—. No todos los maestros tejedores son personas con escrúpulos como usted, honorable señor.

—Lo sé muy bien, muchacho —contestó monsieur Lavallo—. Y, tristemente, tampoco lo son todos los comerciantes.

Había un regusto de amargura poco característica en sus palabras y, como nadie estaba seguro de cómo responder, el silencio se adueñó de la pequeña habitación. Al final, Guy se aventuró a decir:

—¿Tiene más noticias?

—He averiguado qué es lo que había en el orden del día del Consejo de Asistentes de esta mañana —exclamó monsieur Lavallo cogiendo su pipa de arcilla y colmándola con cuidado con un pellizco de su tabaco favorito.

—¿Y qué era?

—Un informe sobre el aumento de sedas francesas de contrabando en los últimos seis meses —dijo—. Parece que cada vez hay más comerciantes dispuestos a eludir el pago de aranceles o derechos de importación para obtener ganancias rápidas, y a este ritmo en este país habrá poco o ningún trabajo para los maestros tejedores, y mucho menos para los oficiales.

—¿Qué comerciantes son? Deberíamos protestar.

—Las protestas conducen a la violencia, como sabes muy bien, Guy —lo reprendió monsieur Lavallo—. Y con violencia no se consigue nada. Lo que necesitamos es que se cumpla la ley.

—¿Por qué hay tanta demanda de seda francesa, cuando

nuestras sedas son igual de buenas? —preguntó Mariette.

—Nadie lo sabe con certeza —replicó su padre—. Se sospecha que hay aún más demanda precisamente porque está limitada. —Sacudió la cabeza—. No tiene sentido, lo admito, pero esos son los caprichos de los ricos. Aprecian cualquier cosa insólita o difícil de comprar, sin que les importe la calidad.

—¿Qué está haciendo el gremio de tejedores para poner fin al contrabando? —preguntó Henri.

—Se negaron a revelar nombres, pero creo que sospechan quiénes son los culpables y puede que envíen a sus inspectores. Es una tarea desagradable, y le va a costar al gremio sus buenos dineros, pero vale la pena si pueden conseguir disuadir a otros con condenas ejemplares.

—Cuanto más pronto, mejor —murmuró Guy—. Nos están destruyendo, *les salauds*.

Mientras Henri se dirigía a la puerta para despedirse de su amigo, Guy le guiñó un ojo.

—*La petite Mariette* cada día está más guapa.

Henri se llevó un dedo a los labios y cerró la puerta.

—Te hace ojitos todo el tiempo, amigo mío, tienes que admitirlo. Podrías meterte ahí dentro en un santiamén.

Hizo el ademán de introducir y bombear el dedo índice en un círculo hecho con los dedos y el pulgar de la otra mano.

—*Silence, sac à vin*. Es la inocente hija de un hombre al que quiero como a un padre. No pienso tolerar que hables de ella así.

—Te he tocado un punto sensible, ¿verdad? Recuérdame que no mencione a *la belle Mariette*, la monja de Wood

Street, nunca más. —Guy bajó los escalones—. Ah, casi se me olvida —añadió volviéndose—. Hablando de chicas guapas, adivina a quién vi el otro día.

—Según tú, hay tantas mujeres por ahí desesperadas por disfrutar de tu irresistible compañía, que no se me ocurre cuál de ellas puede ser, la verdad.

—No se trata de una de las mías, sino de una de las tuyas.

—Ah, ¿sí? ¿Quién?

Sería la vendedora de almendras garrapiñadas, estaba seguro. Había conseguido esquivarla durante casi diez días.

—La muchacha inglesa que rescataste en la calle hace unas semanas. ¿Cómo se llamaba?

—Anna —dijo Henri con demasiada rapidez.

—¡Ah! Así que la recuerdas muy bien, amigo mío —exclamó Guy encantado—. Sí, en efecto, la hermosa Anna. La vi en un carruaje cuando se detuvo junto a mí en la calle. Pareció reconocerme y traté de saludarla, pero siguió adelante.

Henri olvidó simular que no estaba intrigado.

—¿Un carruaje? ¿Y tenía buen aspecto? ¿Iba sola?

—*Délicieuse*, amigo mío, vestida de punta en blanco, hasta con una de esas cofias de lechera que causan furor. Iba con su tía gorda, la esposa de ese comerciante de dos caras, Sadler, *en route* para exhibirla en alguna merienda de sociedad, sin duda. La obligarán a casarse con algún cretino rico en menos de lo que se tarda en decir «ingresos».

—¿De dos caras?

—Te apuesto media libra a que es uno de los comerciantes de que hablaba monsieur Lavalley, amigo mío. Y si no, ya lo veremos.

Mientras lo observaba alejarse, Henri advirtió cierto aire arrogante en los andares de su amigo. Con un poco de suerte, una vez que se distribuyera el Libro de Precios y los maestros tejedores estuvieran obligados a pagar salarios justos, sentaría la cabeza y se ganaría la vida, en vez de quejarse constantemente.

Los comentarios de Guy sobre la joven inglesa le dolieron. Le había parecido una muchacha franca y directa, sin darse humos y sin los aires que parecía tener la mayoría de las muchachas. Sin embargo, ella estaba completamente fuera de su alcance, por lo que más le valía dejar de pensar en Anna.

Lo cual era mucho más fácil de decir que de hacer.

6

Durante una visita de cortesía, nunca hay que sentarse mirando con curiosidad alrededor como si se hiciese inventario mental del mobiliario. Demuestra una mala educación extrema.

*El libro de los buenos modales para
damas*

Anna alzó la vista hacia el enorme espacio que se abría encima de sus cabezas, las columnas que se elevaban vertiginosamente hacia arriba para sostener una serie de bóvedas de cañón a cada lado. El techo, de yeso blanco pintado de oro en cada esquina, era aún más alto. Se sorprendió preguntándose cómo habrían logrado construirlo a semejante altura.

El efecto global, de una intensa luminosidad y absolutamente majestuoso, estaba perfectamente diseñado para que el espectador se sintiese en presencia de algo mucho más grande que él. «Sublime» era la palabra más adecuada para describir el efecto. Su padre había usado una vez esa misma palabra para describir su propia iglesia en ciertas épocas del año, cuando los rayos del sol crepuscular

llegaban a través de la ventana occidental, inundando el altar con un cálido resplandor.

—No hacen falta oraciones e himnos para concitar la espiritualidad en esos momentos —solía decir—. Esa puesta de sol me va a dejar sin trabajo.

Anna entendía perfectamente lo que quería decir su padre. Aunque se esforzaba por creer en la existencia de Dios, lo cierto era que siempre podía encontrar consuelo en la naturaleza: la salida y la puesta del sol, la luz de la luna, la forma de una hoja o el sonido del coro del alba.

El párroco seguía musitando, con unas palabras casi indescifrables mientras reverberaban por el enorme espacio.

El desarrollo y las distintas partes del servicio en sí eran reconocibles, pero también diferentes; Anna sospechaba que la aproximación de Christ Church al propio culto era de carácter más «elevado» que el enfoque deliberadamente sencillo y modesto de su padre. Pero el sonido del órgano —mucho más poderoso que cualquier otro que hubiese oído antes, salvo por la vez que habían visitado Norwich— era un sonido extremadamente emocionante, que inundaba la iglesia de vigorosos acordes que parecían vibrar a través de su cuerpo. El organista parecía tener un dominio magistral de los tubos dorados en el interior de la estructura de madera tallada encima del porche de entrada, en el extremo más occidental de la iglesia.

Había descubierto con alegría que conocía la mayoría de los himnos y, envalentonada por los poderosos sonidos del órgano, cantó con la fuerte voz de soprano que había desarrollado tras liderar el coro de la iglesia en su hogar. A mitad del primer himno, advirtió que las voces de la tía Sarah y Lizzie, situadas a cada lado, eran casi inaudibles. ¿Tan escasas eran sus visitas a la iglesia que, simplemente, no estaban familiarizadas con las melodías? ¿Y si resultaba que no se consideraba apropiado cantar tan alto? Bajó la voz

hasta entonar en un susurro, escuchando el coro y deseando poder formar parte de él.

La noche anterior, cuando había expresado su deseo de acudir al servicio dominical, la tía Sarah la había mirado con un asombro apenas disimulado.

—¿Es que mañana es un día especial?

—No, no es ningún día especial.

En realidad, era una excusa para salir de casa.

—Por supuesto, seguramente estabas obligada a asistir todos los domingos a la iglesia, pobrecilla —señaló Sarah—. Imagino que no debe de ser muy cómoda, esa vieja iglesia de pueblo a cargo de tu padre. Solía escribirme diciéndome que a tu madre le costaba tolerar el frío. No importa, te llevaremos a Christ Church, ¿verdad, Lizzie? Es un lugar precioso y... —Se le iluminó el rostro ante la perspectiva—. Asisten muchas personas influyentes y bien relacionadas socialmente...

El tío Joseph y William, después de haber accedido de mala gana a «acompañar a las damas», habían descubierto con posterioridad razones importantes que les impedían hacerlo. Así que allí estaban, las tres mujeres de la familia, ataviadas con sus mejores galas de los domingos. Anna había elegido su vestido más sencillo, el de damasco azul, pero aun así se había visto obligada a pedir prestado un chal a Lizzie para cubrir el amplio escote e iba tocada con su nueva cofia de lechera.

La tía Sarah había insistido en empolvarle la frente, la nariz y la barbilla, y aplicarle luego un poco de colorete en las mejillas y carmín en los labios. Después de tantos retoques, Anna sentía que su vestuario era más adecuado para una salida al teatro o a un salón de conciertos que para acudir a la iglesia.

En ese momento, estratégicamente situadas en una fila a

medio camino del altar para, según le había susurrado su tía, «poder ver mejor a las personalidades más importantes sentadas en sus tribunas», Anna podía examinar discretamente a los demás fieles. Cuando el párroco citó el pasaje de Mateo acerca de que era más fácil para un camello pasar a través del ojo de una aguja que para un hombre rico entrar en el reino de Dios, pensó en la ironía de que, a su alrededor, seguramente serían pocos los que terminarían en el cielo. «Si el Señor nos está mirando ahora mismo, seguro que lo hace con una sonrisa divertida», pensó. Todo el mundo parecía haberse arreglado excesivamente para el oficio del domingo, engalanado con finas sedas, satenes y encajes, pelucas y cofias, de modo que empezaba a entender qué era lo que daba trabajo a tantos tejedores, merceros, modistas y comerciantes de tejidos en general.

Recordó en ese momento la visita a casa de los Hinchliffe, dos días antes. No había sido una experiencia demasiado cómoda. Antes incluso de llegar, la inquietó ver al amigo de Henri, Guy, en medio de una multitud reclamando un «salario justo» y, después de eso, su tía había pasado todo el camino hasta Ludgate Hill hablando sin cesar de la familia Hinchliffe, hasta que Anna comenzó a sentirse bastante incómoda por el hecho de estar a punto de conocer a esas personas por las que su tía se sentía fascinada de una forma tan obvia.

En el transcurso de los quince minutos de viaje, descubrió que el señor Hinchliffe era un comerciante de gran éxito que suministraba telas y tejidos para la nobleza, los obispos y miembros del Parlamento e incluso, en una ocasión memorable, a la antigua amante del rey, la condesa de Yarmouth; que, tal y como William había explicado en términos vulgares, se había «casado bien» con una mujer de medios considerables por derecho propio y que su éxito se debía, al menos en parte, a las relaciones familiares de su esposa; que su hijo mayor, Alfred, se había incorporado a la

empresa familiar y se había casado igualmente bien; que el hijo menor, Charlie —«de la misma edad que mi William, y son muy buenos amigos»—, era decididamente «un buen partido», y que en la actualidad estudiaba Derecho; y que su hija Susannah, que debía de tener ya diecisiete años —«¡Cielos! Hay que ver cómo pasa el tiempo...»—, tocaba tan sumamente bien el clavicordio que la gente recorría «literalmente kilómetros de distancia» para escucharla, y la señora Hinchliffe tenía grandes esperanzas de que pudiera hacer su presentación en la corte el siguiente año.

—Es una chica muy dulce y adorable. Tiene más o menos la misma edad que tú, querida sobrina, así que estoy segura de que Susannah y tú seréis grandes amigas.

Pero Anna había dejado de escucharla, porque el carruaje se había adentrado en la sombra de una enorme estructura, el edificio más grande que había visto en su vida. Ni siquiera inclinando la cabeza hacia arriba conseguía ver más allá de sus altas torres, y el carruaje tardó lo que parecía una eternidad en recorrer su inmensa longitud.

—Dios santo, ¿qué es eso?

—San Pablo —dijo su tía con impaciencia—. Tienes que prestar más atención a lo que te estoy diciendo, querida sobrina, para que estés preparada cuando te presentes a la familia.

Había oído hablar de la catedral de San Pablo, había encontrado en uno de los libros de su padre toda la información sobre su reconstrucción, con un diseño completamente nuevo, por parte del famoso arquitecto sir Christopher Wren después del Gran Incendio de 1666, y leído en el periódico que el famoso pintor italiano Canaletto había ido recientemente a Londres con el propósito expreso de pintarla, pero nunca había imaginado que llegaría a verla con sus propios ojos. Nada podría haberla preparado para aquella imagen de su inmensa figura de lustrosa piedra irguiéndose

en mitad de la calle. Christ Church le había resultado sin duda impresionante, pero aquello estaba absolutamente en otro nivel.

—Lo siento, tía, continúe. La escucho, de verdad —dijo apartando los ojos de la extraordinaria vista.

Poco después llegaron a su destino: un hermoso y robusto edificio con puertas de hierro forjado. Estaba muy lejos de cualquier casa que hubiese visitado antes. En lugar de encaladas o revestidas de paneles de madera, las paredes del vestíbulo estaban cubiertas de mármol estriado de color rosa y blanco, con el suelo de un ajedrezado de baldosas blancas y negras. La «salita de día», cubierta por completo con alfombras, sí tenía las paredes revestidas de madera y los muebles tapizados en tonos opulentos de seda de damasco verde y azul.

La señora Augusta Hinchliffe, una mujer alta, con un rostro equino de nariz prominente, disimulaba hábilmente su falta de belleza natural mediante el uso de maquillaje y recargados adornos artificiales de pelo en lo alto de la cabeza. Por algún afortunado milagro, su hija, Susannah, no había heredado la nariz materna y era, tal y como había descrito la tía Sarah, una joven «dulce y adorable» que parecía, tanto en el físico como en su personalidad, completamente eclipsada por la contundente presencia de su madre.

Tras las presentaciones de rigor y después de tomar asiento según las indicaciones de su anfitriona, aparecieron dos criadas de immaculado uniforme con teteras y bandejas de galletas de azafrán y sirvieron el té en tazas de porcelana con asas tan delicadas que Anna temía agarrar la suya con demasiada fuerza por si se le rompía entre los dedos.

—Bueno, y dime, ¿qué te parece nuestra gran ciudad? —preguntó la señora Hinchliffe—. Debe de ser muy emocionante después de tu tranquila vida en el campo,

¿verdad?

—Me gusta mucho, gracias, señora.

—Y estoy segura de que ya habrás sido presentada a muchas personas interesantes desde que llegaste, ¿no es así? Tus queridos tíos son muy respetados en su comunidad.

—Por supuesto que sí —intervino la tía Sarah antes de que Anna pudiera responder.

En realidad, apenas había conocido a personas ajenas a la familia, con la excepción de Henri y Guy, que seguramente quedaban fuera de la categoría de «interesantes» a la que había aludido la señora Hinchliffe.

—Charles se reunirá con nosotros muy pronto —prosiguió la señora Hinchliffe—. Es un buen amigo de tu primo William, como sabes.

Aunque la perspectiva la ponía nerviosa, Anna no podía evitar sentir cierta curiosidad por aquel hombre «sofisticado y amante de la diversión» que apostaba a los caballos y vivía «el momento». Parecía alguien muy jovial y, aunque era probable que también fuese un poco frívolo, seguramente sería un joven muy divertido.

La señora Hinchliffe empezó a explicarles que la familia se iba a ir a Bath durante todo el mes de agosto para escapar del calor de la ciudad, así como su intención de presentar a Susannah en sociedad. La tía Sarah asentía con la cabeza, a todas luces aprobando todos los planes y apoyando todas las opiniones expresadas por la otra mujer. Sin embargo, cuando Augusta mencionó a Thomas Gainsborough, el retratista de la sociedad que actualmente vivía en Bath, y a quien estaban considerando encargar un retrato del señor Hinchliffe en calidad de administrador principal del gremio de comerciantes de tejidos, la llamada Worshipful Company of Mercers, la sonrisa de Sarah se transformó en una mueca de enconada envidia. Un par de días antes, Anna había oído a su

tía mencionar la idea de ir Bath, así como la respuesta de su marido Joseph: «De ninguna manera, Sarah. ¿Acaso crees que nos sobra el dinero?».

Por fortuna, la conversación se centró en la cena anual de los comerciantes, en el mes de septiembre, en quién asistiría seguramente y quién se encargaría de organizar la disposición de los asientos en las mesas. Por la forma en que examinaban y discutían el asunto, parecía que todo el futuro de una persona podía definirse a partir de las personas con las que compartiese compañía durante esa única noche.

Anna se volvió hacia la hija, que apenas había pronunciado una palabra.

—Me alegro mucho de conocerte, Susannah. Mi tía me ha dicho que eres muy aficionada a la música.

—Toco un poco —susurró la muchacha con los ojos clavados en el suelo—. El clavicordio, sobre todo.

—Tienes que tocar conmigo alguna vez.

Susannah asintió, y se formó un silencio incómodo entre ellas.

—¿A ti también te gusta la música, Anna? —intervino la señora Hinchliffe.

—Toco el pianoforte y en ocasiones el organillo en la iglesia, pero muy mal —respondió rezando para que no la animaran a tocar allí mismo—. Pero mis verdaderas aficiones son el dibujo y la pintura.

—Ha dibujado un retrato encantador de nuestra Lizzie —comentó la tía Sarah.

Anna se sonrojó. En realidad, el retrato que había hecho solo por gusto era espantoso, pero, para su vergüenza, su prima había insistido en enseñárselo a sus padres.

—Prefiero pintar los detalles de la naturaleza, árboles y flores —replicó ella.

—Tengo que enseñarte nuestro jardín, querida Anna — dijo la señora Hinchliffe moviendo la cabeza en dirección a las puertas cristaleras—. Nos gustan mucho nuestros parterres de flores. Conocimos hace poco a un famoso botánico, un alemán llamado Georg Ehret, que vive actualmente en Londres. El señor Hinchliffe adquirió recientemente ese grabado de ahí. —Señaló la pared detrás de Anna—. Esperamos que sea el primero de muchos.

Era una curiosa composición: una llamativa rosa de Navidad de flores rosadas con hojas oscuras y serradas que eclipsaba a un humilde acónito de invierno amarillo. Por encima de ella revoloteaba una mariposa, sin duda una imagen insólita para principios de primavera, pensó Anna, cuando florecían esas dos plantas.

Pero no fue la curiosa composición lo que arrancó su entusiasmo, sino el dibujo. Cada una de las partes de las plantas había sido representada de una forma tan realista que casi tenía la sensación de tocarlas: los bordes ásperos de las hojas de eléboro, los delicados estambres amarillos, las estrías de los pétalos. Por fin, pensó, había alguien que compartía el placer que sentía ella misma al dibujar plantas.

Su reflexión se vio interrumpida por la irrupción de un hombre alto y de rostro delgado, vestido con una capa de damasco azul y una peluca empolvada.

—Buenos días, señoras —dijo haciendo una reverencia—. Espero que me permitan que me sume a su compañía.

De manera innegable, había heredado la nariz alargada de su madre.

—¡Charles! ¡Qué maravilla verte de nuevo! —exclamó Sarah tendiéndole la mano—. Ven, tengo el placer de presentarte a mi sobrina, Anna Butterfield, que ha venido recientemente a vivir a la ciudad desde Suffolk.

—Encantado, miss Butterfield —dijo con una sonrisa que

parecía suavizar la severidad de sus rasgos—, William me había hablado de su llegada. Espero que nuestra gran ciudad le haya causado una muy buena impresión, ¿es así?

—Por favor, siéntate, Charlie —le pidió su madre—. Me haces sentir incómoda, ahí de pie.

Su madre le sirvió una taza de té y le ofreció una galleta —él cogió dos— mientras Charles respondía cortésmente a las preguntas de la tía Sarah sobre sus estudios de Derecho. Se volvió hacia Anna y le dijo que lamentaba que la familia estuviera a punto de abandonar la ciudad durante todo el verano, pero como él y William eran tan buenos amigos, estaba seguro de que pronto tendrían la oportunidad de conocerse mejor, una vez llegado el otoño.

Ella sonrió, tratando de no mirarlo directamente a los ojos. Aunque no podía decirse de ningún modo que fuese un hombre apuesto, sí resultaba atractivo en cierto modo; la frase que había empleado su tía —«un joven muy agradable»— parecía hacerle justicia. Sin embargo, no tenía los ojos bonitos: eran demasiado penetrantes, demasiado cerca de las aletas de aquella nariz tan prominente; además, tenía los pómulos hundidos, por lo que, bajo una luz determinada, su rostro parecía casi cadavérico. La nuez de su alargado cuello se movía perceptiblemente cada vez que hablaba.

Pese a todo, parecía un joven educado, cordial y de trato fácil, y aquella evidente seguridad en sí mismo, consecuencia sin duda de la cómoda posición social de su familia, compensaba enormemente su falta de atributos físicos.

—Repetiré mi pregunta anterior —dijo sentándose a su lado—. ¿Le ha gustado la ciudad? Hay tanto por hacer y que disfrutar, ¿verdad?

—Me temo que todavía no he visto mucho de la ciudad —respondió Anna—. Pero sí, tengo entendido que hay mucho

que aprender y disfrutar. Tengo muchas ganas de conocerla mejor.

—Así se habla, miss Butterfield. —Charles rio resoplando como un caballo—. Pero déjeme advertirle: hay partes de Londres que debería evitar. No todo el mundo en esta ciudad es tan afable como los aquí presentes, ni tampoco en todas partes reina la tranquilidad que imagino domina un pueblo o aldea rural como el suyo. Lamentablemente, no todos somos tan afortunados. En Londres hay un oscuro submundo de miseria y crimen con el que una joven como usted no debería tener nunca la desgracia de encontrarse.

Aquello despertó la curiosidad de Anna. Tal vez Charles era más compasivo de lo que había pensado al principio.

—Por favor, cuénteme más —dijo ella—. ¿Por qué hay tal miseria? ¿Por qué no se hace nada para aliviar el sufrimiento?

El joven resopló de nuevo, más bien como un burro esta vez.

—¡Qué sentimientos tan conmovedores! Pero ¿no cree que los hombres son responsables de tomar las riendas de su destino con sus propias manos?

—Hasta cierto punto... —empezó a decir Anna, pero él la interrumpió.

—Si el pueblo es perezoso e indolente, está claro que no merece nada mejor, ¿no está de acuerdo? Si cometen delitos, deben recibir el castigo apropiado. ¿Acaso no somos responsables de nosotros mismos en esta vida? La nuestra es una sociedad civilizada; no somos salvajes que dejan su vida en manos de los designios del destino ni dependemos por completo de una figura divina para salvarnos; estoy seguro de que está de acuerdo conmigo, miss Butterfield.

—A decir verdad, pienso que la señal de que una sociedad es civilizada es precisamente cuando cuida de sus

miembros más desfavorecidos —declaró—. Y, al final, como cristianos, debemos sin duda tener fe en que solo Dios puede salvar nuestras almas.

Sus palabras, pronunciadas con cierta vehemencia, resonaron con fuerza en una habitación que se había sumido súbitamente en el silencio. Anna sintió que se le enrojecían las mejillas. No era cortés mostrarse en desacuerdo con alguien nada más conocerlo, lo sabía, pero descubrió que lo cierto es que no le importaba demasiado. Charles cruzó de un lado y luego de otro sus largas piernas, incómodo, mientras la conversación general se reanudaba lentamente. A su favor, su rostro, que se había quedado completamente atónito ante la reacción de la joven, estaba ahora iluminado con una sonrisa divertida.

—Veo que es usted una joven de fuertes convicciones, miss Butterfield. Espero con interés mantener muchos más debates así de apasionados, pero... —bajó la voz para hablar en un susurro y se inclinó acercándose a ella—, quizás sea mejor no mantenerlos delante de mi madre, ¿no cree?

Anna se sorprendió asintiendo levemente con la cabeza y arqueando una ceja. El joven ya empezaba a caerle mucho mejor.

Esperaba poder retomar la conversación sobre el tema del botánico alemán y que tal vez la invitaran a dar una vuelta por el jardín, pero justo en ese momento, el reloj de plata sobre la repisa de la chimenea sonó doce veces.

—Ya es mediodía —anunció la tía Sarah—. No debemos abusar de tu hospitalidad, querida Augusta. Nuestro carruaje estará esperando afuera.

—¿Debéis marcharos tan pronto? —dijo la señora Hinchliffe—. Me disponía a sugerir que Charlie y Susannah os enseñasen el jardín antes del almuerzo.

Anna abrió la boca para pedir prolongar la visita solo diez

minutos más, pero la cerró de nuevo, sabiendo que solo conseguiría irritar a su tía. Estaba descubriendo que en los actos sociales de la ciudad nada era espontáneo, sino que todo debía ser planeado y ejecutado cuidadosamente, porque cualquier hecho inesperado podría poner en peligro el orden establecido de las cosas.

—Estoy segura de que ambas disfrutaríamos mucho, pero hoy hace mucho calor y me temo que tenemos asuntos en casa que atender —se excusó su tía poniéndose de pie para dejar claras sus intenciones mientras se alisaba la falda del vestido—. Cuando volváis de Bath, tal vez.

Charles se puso de pie y le tendió la mano a Anna. Ella la tomó, avergonzada por la formalidad, pero sabiendo que era lo que se esperaba de ella. Lo que no había previsto era que el joven le sujetara firmemente los dedos y se los llevara, apenas unos segundos, a los labios. Aquella audacia le produjo una leve inquietud: actuaba como si se hubiese establecido entre ellos alguna clase de intimidad. «Este hombre es poderoso, alguien muy seguro de su lugar en la sociedad, acostumbrado a conseguir lo que quiere —pensó Anna—, no es una persona con quien convenga mostrar descontento.» Tendría que tener cuidado con él.

El sermón terminó al fin, cantaron un himno más y el párroco les dio las últimas bendiciones. Antes de darse cuenta, ya estaban saliendo de la iglesia. Cuando llegaron a las grandes puertas del exterior, Anna vio una figura familiar con el pelo oscuro recogido en una trenza asomando por las escaleras del órgano del piso superior, pero al avanzar entre la multitud, la figura desapareció de su vista. Luego, mientras su tía intercambiaba bromas con otros miembros de la congregación y ella y Lizzie esperaban en la acogedora sombra del pórtico, volvió a verlo caminando hacia ellas.

—Miss Butterfield —dijo quitándose el gorro y haciendo una pequeña reverencia—. Es un placer volver a verla.

Todavía iba vestido con su sencilla ropa marrón de trabajo, con zapatos gastados y sin peluca.

Lizzie carraspeó con fuerza.

—Anna, no debes hablar con ese chico —murmuró.

—Monsieur Vendôme, ¿no es así? ¿Puede ser que lo haya visto bajar de la sala del órgano? ¿Acaso es el organista?

—¡Ah! Ya me gustaría... —Su risa era contagiosa, y Anna se sorprendió sonriéndole, aunque no sabía por qué—. Han solicitado mi ayuda porque el ayudante del ministril, que es quien se encarga de insuflar el aire al órgano, está... ¿cómo se dice? *Indisposé*. Me pagan bastante bien.

—¿Insuflar el aire?

—Es quien se encarga del fuelle. Con grandes palancas —explicó extendiendo los brazos—, para hacer sonar los tubos. Yo lo hago en mi iglesia, la iglesia francesa.

—Creía que era tejedor de seda...

—Por eso tengo los brazos fuertes —dijo con su sonrisa burlona.

Las miradas de ambos se habían fundido de tal forma que parecía como si el mundo a su alrededor hubiese dejado de existir.

—Pero... esta es una iglesia anglicana. ¿Eso no... ?

—Yo también soy protestante. —No lo dijo bruscamente, pero Anna sintió una punzada de culpa de todos modos—. El Señor no ve ninguna diferencia.

—Claro, por supuesto. Lo siento...

Lizzie le tiró de la manga.

—Anna, tenemos que irnos. Viene mi madre.

—Adiós, monsieur Vendôme —se despidió de él.

—*Au revoir, ma belle demoiselle* —lo oyó decir pese al bullicio de la multitud—. *À bientôt.*

7

El dibujo, como la música, debe cultivarse temprano. Sus cualidades son los hábitos de la perseverancia y la concentración, los cuales induce; y el deleite adicional que procura a las obras, tanto de la naturaleza como del arte.

El libro de los buenos modales para damas

Mi querida hija:

Tengo el corazón embargado por la felicidad y me siento triplemente dichoso por haber recibido no una, sino dos cartas, además de tu encantador dibujo del jardín de Spital Square, que ya está colgado encima de mi escritorio. Has capturado bien la perspectiva, en especial de las ventanas de la parte trasera de la

casa, y has logrado reproducir las luces y las sombras de la morera de manera verdaderamente magistral.

Tus descripciones de Christ Church han sido tan evocadoras que era como si la viera con mis propios ojos. Espero sinceramente poder ir a visitar algún día contigo ese espacio «sublime». Quizás podríamos visitar también la catedral de San Pablo, si no está demasiado lejos.

Deduzco por lo que explicas que tus vestidos nuevos son muy bonitos, y me encantaría ver a mi muchachita ataviada con las mejores sedas y esa cofia de lechera. Jane se moría de envidia cuando le leí ese pasaje y ya he escrito a Sarah para agradecerle su generosidad.

Por aquí todo va bien salvo por tu ausencia, que deja muy sola y silenciosa esta casa. Parece que haga una eternidad desde que te fuiste, aunque solo hayan pasado cuatro semanas. Tu hermana está haciendo todo lo posible por atender la casa, y conseguimos ir tirando gracias a la ayuda de la señora M. y Joe, a quien estoy viendo ahora mismo tratando de domeñar

el jardín mientras te escribo estas letras.

Mi única preocupación, querida Anna, es que detecto cierta soledad en tus palabras. Llamémoslo «intuición de padre». Me cuentas que pasas el tiempo con tu prima Lizzie, y que tomaste el té con la familia Hinchliffe, pero no hay alegría en lo que escribes. Como siempre te he dicho, no tienes ninguna obligación de quedarte allí si eres infeliz, pero te ruego que seas paciente: concédete tiempo para aposentarte, y date seis meses más antes de tomar cualquier decisión. Tienes un alma inquieta y estoy seguro de que habrá muchos motivos de fascinación para ti en la ciudad, una vez que te familiarices con sus usos y costumbres.

Dices que el jardín es el único espacio al aire libre en el que puedes dibujar, lo cual es una lástima. Sé lo mucho que significa para ti observar y pintar el mundo natural. ¿Quieres que le pregunte a mi hermana si puede ayudarte a encontrar una solución?

Escríbeme de nuevo pronto. Tus cartas me levantan el ánimo. Que Dios te

bendiga.

Con todo mi cariño,

TU PADRE

La carta solo sirvió para aumentar la sensación de soledad de Anna. Su queridísimo padre... Aunque había tratado de ocultar cualquier rastro de infelicidad en sus cartas, la conocía demasiado bien. Lo que le daría por verlo una vez más, con Jane a su lado...

«Sé lo mucho que significa para ti [...] el mundo natural.» Las palabras resonaron en su cabeza. Aquella falta de libertad, de espacio, de plantas verdes y cielos abiertos la hacía sentirse como si fuera una planta privada de la luz del sol. La única esperanza era que pudiera visitar el jardín de los Hinchliffe, pero ahora se habían ido a Bath y no volverían hasta principios de septiembre, por lo que aún tendría que esperar un mes entero.

Una mañana particularmente calurosa, las paredes parecían a punto de sofocarla, arrancándole hasta el último aliento de su cuerpo con su aplastante peso. Intentó leer en el jardín a la sombra del árbol, pero, a medida que el sol fue desplazándose, el calor se hizo demasiado insoportable. Subió a leer a su cuarto, pero incluso con la ventana abierta de par en par, en la parte superior de la casa aún hacía más calor y más bochorno que en el jardín. Se acostó en la cama y cerró los ojos.

En días calurosos como aquel, en Suffolk, una vez completados sus quehaceres diarios, podía ir a pasear por la playa con *Bumbles*, lanzarle palos para que los recogiese y quizás incluso remojarse en el mar. Con los ojos cerrados,

casi podía ver el sol brillando como si un millón de diamantes reverberasen en la superficie ondulada del agua, la delicada filigrana de espuma sobre la arena plana y húmeda que dejaban las olas en su vaivén por la orilla. A veces podía convencer a su madre y a Jane para que la acompañasen y las tres salían con una cesta de picnic y una manta grande para pasar la tarde sobre la arena o en las dunas, charlar y reír, o leer tranquilamente, combatiendo el calor con la refrescante brisa del mar hasta que la fuerza del sol disminuía.

El recuerdo le formó un nudo en la garganta. Su madre estaba muerta, y aquellos días no regresarían jamás. Respiró hondo, tratando de evocar el penetrante olor salado de las algas marinas, pero lo único que percibió fue el intenso olor a aguas residuales y estiércol de caballo que impregnaba la ciudad en aquellos días calurosos y sin aire.

«No lo aguanto más —se dijo al borde de las lágrimas—. Si no respiro un poco de aire fresco, aunque solo sea un rato, me ahogaré.»

De pronto, tuvo una idea imprudente y repentina: ¿qué pasaría si se vestía como una sirvienta, como había hecho aquel primer día? Si conseguía salir de la casa sin que nadie lo advirtiera, podría pasear a su antojo por la ciudad, porque no conocía a nadie y nadie la conocía a ella. Trató de no seguir acariciando la idea, pero esta era cada vez más insistente, y su imaginación echaba a volar al verse paseándose libremente por el mercado, con sus puestos de frutas y flores de colores brillantes.

Antes, en el desayuno, su tía había anunciado que estaría fuera de visita durante la mayor parte de la mañana. Los hombres estaban en la oficina, como de costumbre, y Lizzie se hallaba estudiando. Si no se iba en ese momento, perdería su oportunidad.

Rápidamente, antes de que desapareciera el valor,

decidió cambiar el vestido que llevaba por uno de hilo y el delantal más raído que tenía, se puso una vieja cofia de algodón alrededor de la cara y metió su cuaderno de dibujo y los lápices bajo un pañuelo en el interior de una cesta pequeña, para poder aducir luego que había salido a comprar unas cosas. Con el corazón palpitándole con fuerza, bajó sigilosamente los tres tramos de escaleras, y salió por la puerta principal, bajo la cegadora luz del sol.

Pese al calor abrasador, su emoción fue inmensa al doblar la esquina de Spital Square. Era completamente libre, paseándose inadvertida entre la multitud. La sensación de anonimato que tan desalentadora le había parecido a su llegada, ahora le resultaba maravillosamente liberadora. Caminaba con paso resuelto, con la cabeza agachada para no cruzar la mirada con nadie, andando en línea recta a lo largo de la calle, salvo cuando tenía que sortear a los vendedores callejeros y a los mendigos que se interponían en su camino.

El mercado estaba a pocas calles de distancia, así que estaba segura de que no se perdería. Efectivamente, el olor a pescado podrido y carne putrefacta que flotaba en el aire le confirmaron que estaba cada vez más cerca. Dobló dos esquinas de la plaza del mercado hasta que unos aromas más fragantes le indicaron la proximidad de la zona de los puestos de frutas y flores que ella y Lizzie habían descubierto la última vez.

Una vez más, cuando entró a través de los pórticos y sus ojos se acostumbraron a la penumbra de la extensa sala, se vio deslumbrada por el arcoíris de colores intensos, y el sentido del olfato asaltado por dulces y delicados perfumes. Avanzó despacio por el pasillo en una nube de dicha y aturdimiento, ajena al bullicio del mercado y a la cacofonía que formaban los gritos de los tenderos. Estaba tan absorta en lo que veían sus ojos que era como si el resto de su cuerpo hubiese perdido toda conciencia de sí misma y

hubiese olvidado su anterior vergüenza y su miedo a que alguien la reconociera.

De pronto, un tipo de fruta que no reconocía atrajo su mirada. Aquellas manzanas de apariencia leñosa, con la piel sonrosada y una pequeña corona en lo alto, parecían simples en su parte externa, pero una estaba cortada por la mitad y el interior revelaba una masa de jugosas semillas de color carmesí rodeadas por un entramado de hebras de pulpa de color amarillo encendido.

—Son granadas, muchacha. De Persia. Pruébalas —le dijo el frutero ofreciéndole un puñado de semillas rojas—. Te las dejo por solo un chelín cada una, jovencita. ¿Cuántas quieres? —Anna retrocedió unos pasos sacudiendo la cabeza, pero él siguió hablando—. ¿Y qué me dices de una guayaba? Esa sí que es una fruta curiosa: por fuera parece una manzana verde llena de grumos, pero sabe a gloria por dentro. ¿O un poco de uva, tal vez? Está deliciosa. Y no sirve solo para hacer vino.

Arrancó un par de granos verde pálido del racimo y se metió uno en la boca, ofreciéndole otro pequeño racimo a Anna.

—Nuestra cocinera dice que hay que cocer o asar todas las frutas para evitar las enfermedades.

—Entonces vuestra cocinera está muy atrasada con respecto a los tiempos que corren, si me lo permites. Cocinarlas sería estropear estas frutas, como sabe todo el mundo que esté al corriente de las últimas novedades en cocina. Ahora, de lo que habla todo el mundo es de esta fruta, también nueva —añadió blandiendo un fruto de apariencia erizada que parecía más bien una porra, y no una fruta—. Se llama piña. Una vez que la pruebas, no puedes olvidar su sabor.

—¿Cuánto cuesta? —preguntó Anna pensando que podía

comprarla como regalo para sus tíos.

—Cincuenta chelines, jovencita, y es un precio muy barato, ya que sirve como tentempié para un grupo nutrido de gente. Esta pequeña maravilla viene nada más y nada menos que desde las costas de África.

«Qué exageración... —pensó Anna mientras seguía andando apresuradamente—. Una fruta que cuesta casi lo mismo que medio cerdo, o el salario semanal de una criada.»

Se tropezó con un pequeño puesto que no había visto la vez anterior. Era un despliegue de flores silvestres dispuestas tan hábilmente que se vio transportada de inmediato de vuelta a los campos que tan bien conocía. Había matas de hinojo, altas y amarillas, con sus hojas tan delicadas como finos cabellos; varas de oro de un amarillo brillante; el color rosado del malvavisco y las humildes caperuzas de las campanillas, de un púrpura más oscuro. Los tallos resacos del cardo, con sus cabezas espinosas, se entrelazaban con la aguileña, enroscándose con elegancia hacia arriba en dirección a sus llamativas flores blancas.

Aún más que la impresionante variedad de colores, vibrantes y sutiles a un tiempo, lo que espoleó su imaginación de artista fue la vertiginosa variedad de formas: de los tallos, las hojas, las flores y las corolas. Sintió un hormigueo en los dedos con el ansia de plasmar toda esa belleza sobre el papel.

Escondido en un rincón había una muestra de una de sus favoritas, el sello de Salomón, algo sorprendente en los últimos coletazos del verano. Le gustaba no solo por sus tallos, gráciles y arqueados, así como por las minúsculas florecillas blancas, sino también por la historia bíblica relacionada con ella. De hecho, su propia madre preparaba el té con sus hojas secas como remedio curativo siempre que alguien de la familia sufría del estómago, o como cataplasma para golpes y moretones.

Mientras paseaba la mirada por la exhibición de flores imagino, aunque solo fuera por un momento, que en realidad había ido andando desde los campos hasta las costas de arena del mar del Norte. Allí crecía la vigorosa siempreviva azul, formando un alfombrado púrpura sobre las marismas cada mes de julio; los audaces tallos verticales del altramuz amarillo, el espinoso cardo marino, con sus hojas azul grisáceo delicadamente veteadas y sus flores erizadas, las adelfillas, con sus hojas lanceoladas y sus flores en espiga, y los grandes racimos de brezales tapizando los páramos que rodeaban el pueblo, en un espectáculo tan explosivo de púrpura y rosado que los visitantes caminaban varios kilómetros para verlo.

Una voz áspera sacó a Anna de su ensueño.

—¿Vas a comprar algo, muchacha? Te vendo dos ramilletes de lavanda por un penique.

Anna miró a los ojos de la mujer corpulenta y de rostro rubicundo que había detrás del puesto.

—Lo siento. Solo estaba mirando.

—Yo no vivo de que mires o no mires, jovencita. Así solo te pones en medio y no dejas ver a otros clientes.

Anna murmuró una nueva disculpa y, cuando fue a dar un paso, dio un traspié y estuvo a punto de caer al suelo, pero logró impedirlo alargando la mano para agarrarse a un costado del puesto, y dio un grito cuando, dolorosamente, su piel rozó las púas de los espinosos cardos.

—¡Válgame Dios! —exclamó la vendedora tirando de ella con fuerza—. Por poco te caes redonda al suelo. ¿Te encuentras mal, muchacha? Te has puesto pálida. Hoy hace un calor terrible, ¿no es así?

Llevó a Anna a un lado del puesto y sacó un rústico taburete de madera.

—Siéntate aquí y descansa un momento. Te traeré un vaso de agua.

Anna se sentó, bebiendo agradecida el agua a sorbos, todavía un poco aturdida y, a la vez, sintiéndose extrañamente eufórica por su descubrimiento. Allí, delante de ella y encima de una mesa, estaba todo cuanto deseaba para su paleta de artista. Si pudiera pintarlo, allí mismo, en ese preciso instante...

—¿Te encuentras mejor, jovencita? —El tono de voz era ahora más amable, menos impaciente.

—Sí, me encuentro mejor, muchas gracias —contestó—. Pero me preguntaba...

—¿Sí?

—Me preguntaba si podría quedarme un rato e intentar dibujar su maravillosa mercancía, aquí en el puesto de flores.

—¿Dibujar? —La miró de reojo—. ¿Acaso eres pintora o algo así? ¿No me irás a pintar a mí también, como ese tal Hogarth?

—No, no, no se preocupe. Me encanta dibujar y pintar flores —se apresuró a tranquilizarla Anna—. No tardaré mucho. Apenas unos minutos.

—Mientras no me molestes ni te pongas en medio, puedes tardar todo el tiempo que quieras, querida. Podría ser un bonito pequeño señuelo para atraer a los clientes —murmuró como en un aparte.

Mientras Anna empezaba a dibujar, era como si sus manos y sus dedos se moviesen casi automáticamente, unidos a la percepción de sus ojos por hilos invisibles ajenos al pensamiento consciente. Rápidamente, las flores comenzaron a cobrar forma en el papel —los arcos de los tallos, los dientes serrados de las hojas y las sombras de la luz que se filtraban a través de los pétalos translúcidos— y

una sensación de alivio se le extendió por el cuello y los hombros como un bálsamo. A su alrededor, el mundo se retiraba a un segundo plano, en un trasfondo tenue y casi imperceptible.

Había llenado una hoja entera de bosquejos e intentaba captar la forma en que la campanilla se entrelazaba a través de los tallos más resistentes del cardo cuando una idea extraordinaria comenzó a tomar forma. Era un dibujo de tallos y flores entrelazados, tal como había visto una vez en un seto no lejos de su casa, en Suffolk, una trama de formas y figuras que parecían reflejar la maravillosa belleza y unidad del mundo natural.

Diez minutos más tarde, alguien apoyó una pesada mano en su hombro, produciéndole un fuerte sobresalto.

—Siento molestarte, muchacha, pero tengo que salir un momento. Es una llamada de la naturaleza, no sé si me entiendes... ¿Te importaría cuidar del puesto unos minutos?

La mujer pasó por delante de ella y desapareció.

La interrupción hizo perder la concentración de Anna, y la llevó de vuelta al mundo real. Miró a su alrededor alarmada, pues se dio cuenta de que había perdido la noción del tiempo que llevaba allí sentada. No había oído las campanadas de la iglesia a mediodía, pero tampoco los ruidos del ajetreo en el mercado, de tan absorta como estaba en sus bocetos. ¿Ya era la hora del almuerzo? ¿Estaría la familia sentada a la mesa, mirando su silla vacía con aire acusador?

La mujer parecía haber desaparecido hacía una eternidad. ¿Cómo podía tardar tanto tiempo? Guardó el cuaderno de dibujo, puso el asiento detrás del puesto y se quedó allí con la cabeza agachada, rezando para que no se detuviera ningún comprador. No tenía idea de qué hacer ni qué decir. Después de lo que le pareció una media hora, pero que probablemente solo fueran unos pocos minutos, empezó

a pasearse arriba y abajo y a mirar con ansiedad entre el gentío para ver si veía a la florista.

Al final, ya no pudo soportar la ansiedad por más tiempo. Rasgó una hoja de su cuaderno de bocetos y garabateó en la parte de atrás: «Siento haber tenido que irme. Por favor, acepte esto en gratitud por haber dejado que me sienta a dibujar aquí en su puesto». Dejó la nota en el mostrador y se dirigió corriendo al siguiente puesto.

—La señora de aquí al lado me pidió que le vigilara el puesto de flores, pero ahora tengo que irme. ¿Le importaría encargarse usted?

Prácticamente corría para atravesar el mercado, bajar por las escaleras y volver a enfilar el camino de vuelta a la casa por las calles de Londres, recordando justo a tiempo caminar con paso más pausado y recobrar el aliento antes de llegar a Spital Square.

Entró por la puerta principal sin que nadie reparara en ella y se adentró en la profunda oscuridad del pasillo, avanzando a tientas hasta el pie de las escaleras para subirlas de puntillas, tratando de hacer el menor ruido posible con sus pisadas. Aún medio cegada por la brillante luz del sol, tropezó en el escalón superior y estuvo a punto de caer al suelo. Se agarró de la barandilla y se detuvo, con el corazón en la boca, temiendo que alguien la hubiese oído. Sin embargo, no oyó ningún ruido, y ya había llegado al pie del tercer tramo de escaleras, las que conducían a su buhardilla, cuando oyó a su tía llamarla desde el dormitorio principal:

—¿Eres tú, Anna querida? El almuerzo se servirá dentro de quince minutos.

—Sí, soy yo —dijo conteniendo el aliento—. Enseguida

me reúno con usted, tía.

Se quitó apresuradamente la cofia y el «disfraz de criada» y se puso su mejor vestido, se recogió el pelo en un moño y se prendió un pasador de encaje recién almidonado en la cabeza. Se refrescó rápidamente la cara y las manos con la jarra de agua fresca que tan amablemente Betty había repuesto desde la mañana, y bajó las escaleras para reunirse con la familia en el comedor.

El almuerzo fue de lo más tedioso. En la habitación hacía un calor tan sofocante e irrespirable que nadie parecía tener mucho apetito y aún menos ganas de conversación. Tras el entusiasmo por las aventuras de la mañana, Anna sintió que se desinflaba, pensando en cuánto le gustaría tener a alguien con quien compartir su alegría y excitación. William parecía más taciturno que de costumbre, y solo Lizzie hablaba, quejándose del clima y de las declinaciones en latín que su tutor le había obligado a aprenderse de memoria.

—Es una lengua muerta, ¿de qué sirve?—protestó—. No es justo. Y encima, yo también estoy medio muerta de calor. Además, lo odio.

Se volvió hacia Anna.

—Supongo que tú sí habrás disfrutado de una hermosa mañana, prima. No sabes la envidia que me has dado. ¿Qué has comprado?

A Anna por poco se le para el corazón.

—¿Comprar? No he comprado nada. He estado leyendo en mi habitación.

—Pero si llevabas una cesta en el brazo cuando has vuelto, hace un momento... Creí que habías...

La joven se calló de repente al ver el rubor que asomaba a las mejillas de Anna y la expresión confusa de su madre.

—Ah... Debo de haberte confundido con alguien —

terminó la frase en un tono poco convincente.

Asombrosamente, no se volvió a mencionar el asunto, ni durante la comida ni inmediatamente después. Más tarde, cuando salieron al jardín a tomar el aire, Lizzie susurró:

—Lo siento mucho... Creía que mamá sabía que habías salido. ¿Te meterás en algún lío?

—No te preocupes, prima —respondió Anna tratando de sonar más valiente de lo que se sentía en realidad—. Estoy segura de que no habrá ningún problema.

No fue hasta la hora del té cuando la tía Sarah la llamó para que fuera al salón, sin ser invitada a sentarse.

—¿Es cierto que has salido de casa esta mañana sin ir acompañada?

Anna ya había decidido que la sinceridad era la única alternativa.

—Hacía tanto calor que creía que me moriría si me quedaba encerrada en casa, así que fui a dar un corto paseo, a tomar un poco el aire. Ha sido muy poco tiempo.

—Eso es lo de menos. ¿Acaso no te he dicho, con toda claridad, que es impropio que te pasees sola por la calle? No conoces la ciudad ni cómo son sus gentes, y podrías correr toda clase de peligros. Y, sin embargo, escogiste ignorar mi consejo.

Anna agachó la cabeza, así era más fácil morderse el labio. Ya había decidido que si trataba de defenderse lo único que conseguiría sería buscarse más problemas. El silencio se hizo casi asfixiante.

—¿No tienes nada más que decir? —La tía Sarah alzó la voz con irritación—. Al parecer, no tienes la menor idea de las consecuencias de tus actos. Imagínate si te hubiese visto alguien... Ahí fuera, sola, por tu cuenta, sin acompañante. ¡Habría sido un escándalo!

Las palabras se le escaparon de la boca antes de que pudiera detenerlas.

—Pero es que no conozco a nadie en la ciudad, tía, así que es casi imposible que alguien me reconozca...

La tía Sarah se puso lívida de ira, con la frente sudorosa brillante bajo los rayos de sol.

—No seas impertinente, muchacha —dijo bruscamente—. No te conviene.

Se secó la frente con un pañuelo de encaje y suspiró.

—Es obvio que mi pobre hermano ha descuidado tus modales y no te ha enseñado a comportarte educadamente en sociedad, así que tendré que enseñarte yo. Cuando todo el mundo haya regresado a la ciudad en septiembre, organizaremos meriendas y cenas para asegurarnos de presentarte a las personas adecuadas. Así se hacen las cosas en la ciudad. Hasta entonces, solo saldrás de la casa en compañía de otro miembro de la familia o de Betty, y únicamente con mi permiso. ¿Te ha quedado claro?

8

Si alguna vez cometieras alguna ofensa involuntaria, no pretendas ocultarla con una mentira, pues la última falta redobla la primera; y cada una hace la siguiente más inexcusable.

*Consejos para
aprendices y oficiales,
o Guía segura para
granjearse una buena
estima y un buen
patrimonio*

¿Qué diantres hacía la chica inglesa dejando un trozo de papel de dibujo entre las flores silvestres?

Henri se había acercado al mercado a comprar un par de calzones baratos para su ayudante, el tirador de lazos, a quien se le había enganchado su único par en un clavo de los tablones del suelo del taller. Mariette había dicho que era imposible remendarlos y al muchacho le daba demasiada vergüenza salir a la calle así para ir al mercado. Finalmente, después de mucha discusión en la mesa del desayuno, monsieur Lavallo perdió la paciencia.

—¡Por Dios santo! —gritó—. ¿Por qué armas tanto escándalo por eso, muchacho? ¿Acaso crees que tu trasero es tan hermoso que las señoritas se van a desmayar al verlo?

El chico empezó a llorar.

—¿Quiere que vaya yo? —se ofreció Henri—. Solo tardaré un cuarto de hora y volveré antes de que se dé cuenta.

—Gracias por ahorrarme esta irritación —suspiró monsieur Lavalle dándole su bolsa con dinero por encima de la mesa.

Henri se dirigió a la galería de la planta principal del mercado y, cuando estaba a mitad de la escalera, miró a través de los puestos y vio una figura entre los vendedores de flores. No le veía la cara, porque estaba reclinada sobre un libro, pero la curva de su cuello, la palidez de su piel y sus largos y elegantes dedos eran inconfundibles.

Se quedó mirando absorto durante un rato y luego subió a lo alto de las escaleras y rodeó la galería, pasando ante los vendedores de ropa de segunda mano, hasta situarse justo por encima de la muchacha inglesa. Ella no podía verlo, pero, a apenas medio metro de distancia de ella, él sí la veía perfectamente desde arriba. Ahora sí lo entendía: tenía un cuaderno en el regazo y estaba dibujando las flores.

Y qué dibujos... Vio de inmediato, a pesar de que solo eran contornos y no había aún ningún retazo de color, que había logrado capturar la forma de cada tallo, hoja y flor para hacerlos reconocibles, incluso para *un ignorant* como él, que nunca había estudiado el mundo natural salvo en los diseños que tejía. Y no eran nada comparados con las representaciones realistas que la joven estaba realizando.

Observó embobado cómo, mientras las líneas fluían por la página en arcos fuertes y poderosos, y afloraban luego las curvas tenues y delicadas, así como en movimientos más

ligeros para sombrear los tallos, las hojas y los pétalos, sus formas cobraban vida con una extraordinaria autenticidad tridimensional. Trabajaba rápidamente, a un ritmo casi febril, como si tuviera hambre de capturar las formas, y la hoja no tardó en llenarse de viñetas de plantas diferentes.

«Si pudiera dibujar así, me ganaría la vida como diseñador de seda, como Leman o Baudoin», pensó Henri. Entonces se le ocurrió una idea: «¿Y si ella me enseña?». Pero la desechó de inmediato. «¡Idiota! —se despreció a sí mismo—. ¿Por qué iba una joven dama a enseñar a un pobre tejedor francés como yo?»

De todos modos, mientras la observaba, no veía nada malo en soñar despierto: en pensar en cómo se sentaría a su lado, en que colocaría suavemente su mano sobre la de ella para guiarla por el papel...

La muchacha pasó a una hoja en blanco y empezó un nuevo diseño, dibujando dos líneas equidistantes negras y serpenteantes en diagonal, desde la parte superior del papel hasta la esquina opuesta en la parte inferior, y luego dos más, cruzando la primera de las otras esquinas, para formar una especie de rejilla abierta y curva. Siguió cada una de esas líneas con trazos más ligeros a ambos lados y las sombreó, y no tardó en hacerse evidente que estaba dibujando los sinuosos tallos de una planta trepadora. Siguió la mirada de ella mientras contemplaba el modelo del dibujo, la aguileña entrelazada con el cardo, y vio que ahora estaba reproduciendo sus hojas en forma de corazón y sus delicadas flores de campanilla, con sus pétalos translúcidos, sombreándolos con pequeños toques hasta que también ellos se hicieron reconocibles de inmediato.

Empezaron a aparecer más plantas en la hoja, entrelazándose en toda la superficie de la rejilla: margaritas de ojo de buey de porte audaz y orgullosas campanillas (aunque no había rastro de ellas en el puesto), los pétalos

rizados de una rosa canina y las delgadas hojas, finas como la pelusa de un recién nacido, de una planta que no reconocía. Le costó unos minutos entender cómo su obra podía ser tan auténtica y realista, tan convincente: si bien los dibujos en sí eran perfectos, lo cierto es que también reflejaban las imperfecciones de la naturaleza, la hoja rota, la flor descolorida, y el pétalo aplastado o doblado.

Henri estaba fascinado. Se olvidó del calor, del olor del mercado, de los calzones del ayudante, de la irritación de monsieur Lavalle y de la pesada bolsa de monedas que llevaba colgando del bolsillo. De pronto, el reducido plazo para terminar el brocado en el que estaba trabajando ese día no tenía la menor importancia.

La idea cobró forma muy despacio, pero una vez que se dio cuenta del potencial de lo que podía ver en aquella hoja de dibujo, apenas si pudo contener su entusiasmo. A pesar de que seguramente la muchacha no era consciente de su importancia, aquel era el diseño para una tela más elegante, bonito y delicado que había visto en su vida. Captaba con precisión certera justo aquello de lo que la modista, miss Charlotte, le había estado hablando: las flores silvestres, el aire a campo, la representación realista de las imágenes y las hermosas líneas curvas de la naturaleza que sin duda —y se ruborizó al pensarlo— reflejaban las formas perfectas del cuerpo de una mujer.

La simplicidad de la idea hizo que el corazón le palpitara con fuerza. Ya se imaginaba el diseño trasladado con puntos de colores al papel cuadriculado, y cómo organizaría el telar y sus lazos para tejerlo.

Entonces, de repente, con una determinación asombrosa que lo invadió con una intensidad casi física, dándole incluso vértigo, decidió que era el diseño perfecto para su obra maestra. Ya lo sentía como propio: estaba destinado a ser suyo.

Pero ¿cómo? ¿Debía abordarla sin más y preguntarle si podía comprar aquel dibujo? ¿Se ofendería ella? ¿O simplemente se reiría en su cara?

En ese momento vio a la gruesa florista alejándose del puesto. La muchacha guardó el taburete detrás del mostrador, escondiéndolo de su vista. ¿Qué estaba haciendo? Se quedó inmóvil, clavado en el suelo por la indecisión. Al cabo de unos minutos, la joven reapareció, paseándose por el pasillo de madera enfrente del puesto. Luego desapareció otra vez y reapareció con su cesta. La vio arrancar la hoja del cuaderno con su dibujo y garabatear unas palabras en el revés del papel, tan apresuradamente que no pudo leerlas, y depositarla boca arriba entre las flores. Antes de que se diera cuenta, ya se había ido.

Estaba a punto de seguirla, cuando, al advertir su nerviosismo, el instinto le dijo que cualquier interrupción o intervención no sería bien recibida. Además, el dibujo seguía allí en el mostrador, como un pájaro blanco que estira las alas en un campo sembrado de flores. La dueña de la tienda no había regresado aún.

Andando lo más rápido posible, pero tratando de no llamar la atención, Henri rodeó la galería hasta llegar a la escalera de madera, se deslizó por ella y se dirigió hacia el puesto sin saber muy bien qué haría al llegar allí. Y entonces, para su consternación, vio a la florista acercarse, contoneando sus anchas caderas, desde la dirección opuesta. Para entonces, Henri estaba ya tan cerca del puesto que casi podía alargar la mano y coger el boceto sin que la mujer se diera cuenta.

—¡Eh! ¡Devuelve eso, muchacho! —Lo detuvo el áspero grito de un hombre, del otro lado del pasillo—. Eso lo han dejado ahí para Mags, para que te enteres.

Y de un brusco y veloz salto, la voluminosa Mags se plantó a su lado y le arrebató el papel de las manos.

—Devuélveme eso, ladronzuelo —exclamó, y lo golpeó tan fuerte en la cabeza que Henri tropezó y cayó entre los restos pisoteados de fruta podrida y plantas.

Se escabulló para evitar la patada que siguió, y corrió a esconderse bajo un puesto cercano, tratando de recuperar el aliento.

—Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? —Con la respiración jadeante a causa del esfuerzo, miró el bosquejo y giró el papel—. ¿La muchacha se ha largado, entonces?

—Me pidió que le echara un vistazo al puesto —dijo el hombre.

Los dos examinaron el dibujo por unos momentos y empezaron a discutir sobre su valor.

—¿Tú cuánto pagarías por él?

—Entonces ¿no lo quieres?

—A mí me parecen unos simples garabatos, la verdad. No valen nada.

—Entonces no te daría nada.

—Eres un desvergonzado. Creo que lo voy a romper, ¿qué te parece?

—¡No! —gritó Henri levantándose y saliendo de su escondite de un salto, con la bolsa de monsieur Lavallo en la mano—. Yo se lo compro.

El carácter arisco de la mujer se suavizó de inmediato. Sabía que con su sonrisa podía engatusar a los hombres y convencerlos para que gastaran mucho más de lo que pretendían cuando compraban flores para sus amantes. Casi estaba oliendo las chuletas de cerdo que se compraría con el dinero del chico para la cena de esa noche.

—Dos chelines —dijo ella.

A su lado, el hombre lanzó un silbido entre dientes.

—Dos peniques, querrá decir —respondió Henri recordando el recado al que lo habían enviado al mercado.

No había comprobado cuántas monedas había en la bolsa, pero por su peso juzgó que no muchas, y no podía volver sin haber comprado calzones para el ayudante.

—Un chelín, entonces —dijo la mujer poniéndose con los brazos en jarras y las piernas separadas, ocupando todo el pasillo.

—Tres peniques —replicó Henri sacando pecho para plantar cara a la mujer—. Tengo que hacer otras compras y eso es todo lo que puedo pagar.

La florista lo miró a los ojos y levantó en el aire el pedazo de papel, situando las manos a cada lado como si fuese a romperlo.

—Seis peniques, entonces —espetó el joven, como si su vida dependiera de ello.

La mujer vaciló, volvió a examinar el pedazo de papel como para convencerse de que no valía más, y luego, para alivio de Henri, dijo:

—Trato hecho.

El ayudante se paseaba por el taller del telar contoneando las caderas y cantando una vieja canción francesa, a todas luces encantado con sus calzones verdes de sarga, aunque eran varias tallas más grandes que la suya y tenía que atárselos con un lazo viejo para que no se le cayeran. Ya estaban muy desgastados, con la parte de las rodillas y el trasero brillantes, y tal vez ni siquiera le duraran lo suficiente, pero nada de aquello parecía enturbiar su felicidad.

Henri no podía sentir ninguna satisfacción ante el placer

infantil del muchacho, atormentado como estaba por la culpa que sentía al haber gastado el dinero de monsieur Lavallo en el dibujo de la muchacha inglesa sin el permiso de su maestro. Los calzones eran los más baratos que había podido encontrar —solo costaban nueve peniques— y ahora se enfrentaba al dilema de cómo dar cuenta de los otros seis peniques faltantes. No tenía dinero propio para pagar la deuda, pues había empleado todo el salario de su trabajo como ayudante en el órgano de la iglesia en pagar el alquiler de su madre, pero tenía la intención de hacerlo en cuanto pudiera.

A su regreso, monsieur Lavallo estaba ocupado con un cliente, por lo que se limitó a devolverle la bolsa sin dar más explicaciones. Por un momento se le pasó por la cabeza afirmar que los calzones le habían costado un chelín y tres peniques, pero el maestro le consideraría un tonto por haber pagado tanto. El problema lo reconcomió durante el resto de la mañana, pero la magia que había sentido mientras miraba a la joven inglesa seguía impregnándole el corazón. No quería compartir eso con nadie, al menos por el momento.

Antes del almuerzo, se dirigió a su cuarto y se sacó con cuidado el pedazo de papel de debajo de la camisa, donde lo había llevado escondido toda la mañana. El milagro seguía allí, las delicadas hojas, los pétalos encrespados, los tallos curvados, y el corazón se le aceleró de nuevo al imaginarlos plasmados en el diseño de una tela. Empezaría a marcarlo y señalarlo en el papel cuadriculado esa misma noche, después de la cena. Entonces podría mostrarle a monsieur Lavallo el dibujo y el diseño, y le sería más fácil convencerlo de que los seis peniques habían sido dinero bien empleado.

Al final, no fue él quien tomó la decisión. A la hora del almuerzo, monsieur Lavallo indicó al ayudante que le enseñara los calzones nuevos, le dio una palmada en la espalda y le dijo:

—Tienen que durarte hasta que te hagas un hombre.

Luego se volvió hacia Henri con un gesto de naturalidad absoluta y le preguntó cuánto habían costado.

—Nueve peniques, señor —a Henri se le quitó el apetito inmediatamente—. Eran los más baratos que he podido encontrar.

—Entonces, si no me equivoco, faltan seis peniques.

Henri tomó otro bocado de pan para ganar tiempo para pensar.

—¿Puedo hablar con usted en privado, después del almuerzo?

Monsieur Lavallo asintió con la cabeza, pero Henri percibió cómo la pregunta planeaba por encima de la mesa como una nube durante el resto de la comida. Incluso Mariette parecía estar inusualmente callada. El almuerzo terminó al fin y los otros se marcharon.

—¿Y bien, muchacho? ¿Dónde están los seis peniques que me faltan?

—Por favor, perdóneme por gastarme su dinero sin su permiso, señor. Lo recompensaré tan pronto como pueda, cuando vuelvan a solicitar mi ayuda con el órgano.

—Nunca he cuestionado tu *honnêteté*, *tu sais*, pero necesito una explicación.

Henri respiró hondo y empezó a hablar.

—He estado pensando mucho desde nuestra conversación sobre mi diseño. Mariette me sugirió que le pidiera consejo a la modista miss Charlotte Amesbury, a quien creo que usted conoce, ¿no es así? —Monsieur Lavallo asintió y Henri siguió hablando—. Me enseñó que la última moda tiene que ver con las representaciones más realistas de las formas naturales, de flores, hojas y esa clase de cosas.

—En efecto. Las modas cambian con el viento, como ya te dije, pero sin duda esa es la moda que rige en este momento.

—Así que decidí empezar de nuevo, cambiar mi diseño por otro que estuviese más a la moda. El problema es cómo encontrar a un diseñador que me ayude.

—Pues no vas a conseguir la ayuda de un diseñador muy bueno por seis peniques, eso lo sabes, ¿verdad?

Henri hurgó en el interior de su camisa y sacó el papel con el dibujo.

—Pero tengo algo que creo que puede servir como buen comienzo.

Monsieur Lavallo desdobló el papel y lo alisó sobre la mesa. Transcurrieron dos largos minutos, durante los cuales el tictac del reloj de pared del rincón parecía hacerse cada vez más intenso.

El maestro levantó la vista al fin.

—¿Debo entender que es en esto en lo que has gastado mis seis peniques?

Henri asintió con la cabeza.

—¿Y puedo preguntarte quién te lo ha vendido?

El joven trató de explicárselo todo de la mejor manera posible, aunque monsieur Lavallo tuvo que pedirle que volviera a empezar varias veces: le relató que había visto a una muchacha dibujando junto al puesto de flores, que la joven le había regalado el dibujo a la florista, que no lo quería, y que él le había ofrecido seis peniques para que no lo hiciera trizas. Omitió la identidad de la joven, y tampoco mencionó que ya la conocía, aunque solo ligeramente, o que era la sobrina del mezquino comerciante Sadler. No tenía sentido complicar las cosas por el momento.

—¿Dijo la muchacha cómo se llamaba?

—La reconocería si la viese de nuevo —contestó Henri tratando de evitar mentir—. Pero ¿qué importa eso, señor? Si he pagado por él, sin duda el dibujo es mío, ¿no es así?

—Por supuesto que importa —replicó monsieur Lavallo—. Puede que hayas pagado por su dibujo, pero no has pagado por el derecho de reproducirlo en tela. Si esperas que el tejido tenga salida comercial y se distribuya ampliamente, ¿no crees que la joven lo reconocerá y te preguntará cómo lo conseguiste?

Henri meneó la cabeza, aturdido.

—Por supuesto, tiene razón. Tendré que pedirle permiso.

—Y espero que tengas suerte y no quiera cobrarte además por reproducirlo —dijo monsieur Lavallo.

Henri sabía que su patrón no lo decía con mala intención, sino porque era un hombre realista. «Las grandes riquezas no son el único camino hacia la felicidad —le había dicho en cierta ocasión—. Una conciencia limpia es el camino hacia un buen nombre y una vida feliz.»

Guy jadeaba como si hubiera corrido un kilómetro entero.

—Tengo que hablar con monsieur Lavallo. Le traigo noticias muy importantes. ¿Puedo pasar?

—Es tarde —dijo Henri—. Puede que ya se haya retirado, y yo estoy ocupado.

Lo último que le apetecía era escuchar otra perorata de su amigo sobre el escándalo de la paga de los oficiales y jornaleros.

—Por favor. Es muy importante —le suplicó Guy.

Monsieur Lavallo apareció en lo alto de la escalera.

—Estaba a punto de tomar una taza de *chocolat* antes de acostarme. ¿Os apetece una a vosotros también? Mariette, ¿tenemos suficiente leche?

Guy sonrió.

—*Alors*, ¿me dejarás entrar?

Cuando se instalaron en el salón, Mariette trajo una bandeja con tazas de leche caliente en la que había derretido virutas de un preciado trozo de chocolate que un agradecido comerciante de hilados había regalado a monsieur Lavallo la Navidad anterior. El oscuro tesoro se guardaba a buen recaudo en el lugar más fresco del sótano, y su uso solo era permitido con moderación.

Monsieur Lavallo tomó un sorbo.

—*C'est délicieux, ma petite* —murmuró con aprecio antes de dirigirse a Guy—. Así que ahora ya puedes contarnos cuáles son esas noticias tan importantes, amigo mío.

Cogió el papel desastrado que le ofrecía el joven. Mirando por encima del hombro del maestro tejedor, Henri pudo distinguir el encabezamiento, «*Soie de Lyon*», seguido por una lista de una docena de nombres. En mitad de la hoja figuraba escrito: «Joseph. Sadler e hijo».

Monsieur Lavallo lo leyó de arriba abajo, aspirando entre dientes.

—Son hombres importantes. ¿Por qué están sus nombres en esta lista?

—Han importado seda francesa, señor, desde Lyon, sin pagar los aranceles. Eso es lo que sospechamos.

Por un segundo, Henri se olvidó de respirar. ¿El gran Joseph Sadler había infringido la ley? Le importaba bien poco aquel hombre y el cerdo de su hijo, pero el escándalo podría significar un desastre para su sobrina.

Monsieur Lavallo suspiró y se rascó la cabeza bajo el

gorro de terciopelo.

—Esta es una información peligrosa. ¿De dónde la has sacado?

—La semana pasada estaba en la taberna con unos amigos hablando del Libro de Precios cuando alguien dijo que era una pérdida de tiempo porque las importaciones francesas nos pondrían a todos en la calle en menos que canta un gallo —dijo Guy—. Unos compañeros de la mesa de al lado oyeron nuestra conversación y dijeron que podían ayudarnos: tenían información sobre quiénes compraban seda francesa.

—¿Y dónde habían obtenido ellos su información, si puede saberse?

—Son trabajadores del puerto de Londres, señor. Ellos ven todo lo que entra y sale. Vieron muchos paquetes, rollos de tela dirigidos a comerciantes de Londres, que no iban marcados con los derechos de importación, por lo que abrieron un par y descubrieron que eran de seda francesa. Algunos muchachos pensaron que podrían ganar un poco de dinero chantajeándolos, pero se echaron atrás y decidieron que era más seguro acudir a la Compañía de Tejedores y decírselo.

—¿Y lo hicieron?

Guy asintió.

—Hace dos días fui a una reunión de los maestros tejedores. ¿No lo tendrían que haber mencionado allí?

—Ese es el problema, señor. Que no pasó nada. Los muchachos dan por sentado que la compañía ha enterrado el asunto porque en la lista figuran nombres muy importantes.

Monsieur Lavallo sacudió la cabeza.

—No, que yo sepa. Pero, por lo que veo, ¿luego os vendieron esta lista a vosotros, en la taberna?

—La compró el grupo de los oficiales tejedores, de los fondos de su campaña —contestó Guy—. Es el grupo que elaboró el Libro de Precios.

—¿Y qué es lo que ese grupo propone hacer ahora con la lista? —preguntó monsieur Lavalle.

—Por eso estoy aquí, señor, para pedirle consejo. Usted conoce a esas personas. ¿Cuál es la mejor manera de proceder?

Monsieur Lavalle tomó un largo sorbo de chocolate y se limpió el bigote con el pañuelo.

—Tengo que pensarlo detenidamente, Guy. Este asunto requiere un abordaje delicado o estallará como un barril de pólvora y podrían salir malparadas personas inocentes. Tengo que hablar con algunos de mis compañeros maestros, aquellos en quienes puedo confiar. Vuelve el fin de semana, el domingo por la tarde, ¿quieres? Hablaremos más, y tal vez tomemos un poco de *chocolat*. ¿Puede esperar tu grupo?

—Les preguntaré esta noche, pero me temo que a menos que vean alguna acción pronto, tomarán cartas en el asunto ellos mismos. Dicen que las importaciones francesas están quitándoles el pan de sus hijos, y es hora de que las autoridades muestren mano dura. Se ha hecho oídos sordos a todas sus protestas, y se les acaba la paciencia. —Hizo una pequeña inclinación—. Gracias por su tiempo, monsieur Lavalle. El *chocolat* estaba delicioso, miss Mariette. Buenas noches a todos.

Cuando se despidieron antes de ir a acostarse, monsieur Lavalle le susurró a Henri:

—Tu amigo está en un grupo muy pendenciero, y temo que pueda meterse en líos. ¿Has leído los artículos en el periódico sobre los «cortadores» y un grupo que se llama a sí mismo «Bold Defiance»? Los guardias se están impacientando con sus protestas y si los detienen, no

tendrán piedad con ellos. Por favor, avísale para que tenga cuidado.

Al llegar al pie de la escalera se volvió hacia Henri.

—Sé que es un buen amigo tuyo, pero si Guy persiste en frecuentar esa clase de compañías, sería prudente distanciarse de él. Tengo grandes esperanzas para tu futuro, muchacho. Me rompería el corazón verte metido en problemas.

Nadie volvió a mencionar la lista de Guy ni este volvió a aparecer por la casa, para alivio de Henri. Sin embargo, notó que monsieur Laval se ausentaba con frecuencia. Henri esperaba que pudiera resolver el asunto discretamente, para que Guy pudiera desentenderse y no hubiese así ningún escándalo que pudiera afectar a la familia de Anna.

A lo largo de los siguientes días encontró distintas excusas para visitar el mercado tan a menudo como pudo. Cada vez, cuando Anna no aparecía, él se llevaba una decepción y, al mismo tiempo, sentía un gran alivio.

En vez de seguir esperando, decidió enviar una carta. Tardó una noche entera en escribirla y reescribirla, sintiendo mucha inseguridad ante las palabras inglesas desconocidas y cómo deletrearlas. Por fin se quedó satisfecho con el resultado, pero luego retrasó el momento de entregarla otros dos días, tratando de armarse de valor.

Por fin, cuando terminó un encargo media hora antes de lo esperado, pudo permitirse no seguir postergando el momento. Varias veces, de camino a Spital Square, vaciló en su resolución. ¿Qué le diría si se encontraba con ella en la calle o, peor aún, en la puerta? «Tengo una carta para ti.» ¿Y si se lo soltaba sin rodeos? «Le compré el dibujo que hiciste a la florista del mercado. ¿Me das permiso para usarlo como

diseño en mi obra maestra?»

Era una petición muy sencilla, así que, ¿qué tenía aquella chica que lo hacía sentirse tan nervioso, incómodo e inseguro?

9

Las opiniones varían con respecto al momento en que las señoras deben retirarse a la sala de estar una vez finalizada la comida mientras los hombres se entregan al oporto, los puros y la conversación masculina. El mejor consejo es seguir el ejemplo de los anfitriones.

*El libro de los buenos modales para
damas*

Anna leyó la última página de su libro, lo cerró y suspiró. Aún faltaba más de una hora para la cena.

Había leído la novela varias veces, y cada vez que la releía le parecía más desalentadora. Pobre y triste Clarissa, presionada por su familia para casarse con el malvado Robert Lovelace. ¿Acaso era aquello lo único que podía esperar de la vida una mujer joven, ser vendida como simple mercancía en el mercado del matrimonio? ¿Y era esa la única alternativa a la pobreza, la infamia y la muerte?

Trató de recordarse que su situación estaba muy lejos de

la trágica situación personal de Clarissa. Para empezar, no había coacción: ella estaba allí en Londres única y exclusivamente por su propia voluntad, y la suya era una familia cariñosa y generosa que, aunque tal vez fuese eso lo que esperaba de ella, no la presionaba para que se casara. Podía cambiar de opinión y regresar a Suffolk cuando quisiera y, por el momento al menos, no había conocido a nadie todavía, y mucho menos a un villano como Lovelace.

Entonces ¿por qué no podía librarse de esa sensación de tristeza y desolación? Ya no había rastro de la chica habladora y alegre, siempre dispuesta a desafiar y cuestionar a su interlocutor, a veces incluso creándose problemas por ello, pero nunca dudando ni por un momento del amor de su familia y amigos. Si antes se sentía tan segura de cuál era su lugar en el mundo —aunque fuese el pequeño mundo del pueblo—, allí, en la ciudad, deambulaba sin rumbo, sin saber cómo comportarse, o ni siquiera qué pensar. «¿Y si me estoy perdiendo a mí misma? —se preguntó—. ¿Tal vez sea eso lo que pasa cuando una se hace mayor?» O ¿y si simplemente no había encontrado todavía su lugar en esa sociedad?

Se dirigió a la ventana abierta y miró por encima de los tejados, algo que en ocasiones la ayudaba a aliviar su soledad. «Hay un mundo ahí fuera esperando a ser descubierto.» Una vez que encontrara la manera de desenvolverse por la ciudad y aprender sus secretos, ya sabría determinar cómo disfrutar de ese mundo.

Un leve movimiento en la calle captó su atención y se asomó por la ventana para mirar por encima del alféizar. Alguien estaba cruzando la plaza y se dirigía directamente a la puerta principal. Su figura le resultaba familiar, incluso desde tanta altura, y cuando volvió la cabeza para comprobar si alguien lo observaba, Anna reconoció de inmediato al tejedor francés. Observando su paso firme y seguro, las piernas desnudas por debajo de los calzones, la modesta

chaqueta de lino con camisa blanca y pañuelo suelto en el cuello, y la trenza oscura que le caía sobre el cuello, Anna no pudo evitar recordar el momento en que había vuelto en sí después de desmayarse y se había sorprendido en sus brazos, percibiendo su olor desconocido, pero de algún modo reconfortante, y la extraña lengua en que hablaba a su amigo.

Llevaba un papel en la mano, supuso que alguna factura por el importe de la seda tejida. Por culpa del alero del porche, no pudo ver si realmente llamaba a la puerta, pero momentos después volvía a cruzar la plaza. Acababa de desaparecer de su vista cuando oyó el ruido presuroso de los pies de Lizzie en la escalera y un golpe llamando a la puerta.

—Anna, ¿estás ahí? Tengo algo para ti.

—Pasa —dijo Anna dando la espalda a la ventana, cogiendo el libro de nuevo y abriéndolo por una página al azar.

—La han entregado en mano —dijo la joven y le entregó una carta.

—Gracias, prima —le contestó ella tratando de disimular la agitación que sentía en el pecho, una especie de aleteo, como las alas de un pájaro diminuto.

—¿No la vas a abrir ahora? ¿Por favor? Me muero de curiosidad. —Solo podré saciar tu curiosidad cuando yo misma haya averiguado de quién es la carta y cuál es su contenido. Por favor, cierra la puerta cuando te vayas.

Su prima hizo una mueca, enfatizando su decepción con cada pisotón al bajar por la escalera de madera.

Anna se quedó muy quieta, respirando despacio durante varios minutos. Aun así, no pudo evitar que le temblaran las manos cuando al fin logró coger la carta. Rompió el sello y la abrió.

Querida miss Anna:

Soy yo, Henri Vendôme, el tejedor de seda. Es difícil explicarlo por carta, pero desearía hablarle sobre unos asuntos de gran importancia. ¿Habría posible que nos viésemos, por favor? ¿Podría contestarme, a esta misma dirección, con su respuesta, un sí o un no? Espero sinceramente que sea un sí.

Henri

Su primera reacción instintiva fue reírse de la terrible redacción de la carta, pero se contuvo. Después de todo, la lengua materna del chico era el francés. Ella, desde luego, no podía hablar una sola palabra de la lengua de él, ni de cualquier otra lengua, de hecho, así que ¿qué derecho tenía ella a ser crítica?

En cuanto al contenido de la carta, sentía una enorme curiosidad. ¿De qué podría tratar ese asunto de tanta importancia? Ya había aprendido que la gente de la ciudad solo se mezclaba socialmente con los del mismo círculo social: señores con señores, comerciantes como su tío con otros comerciantes, obreros con otros trabajadores manuales. Esa rigidez social le parecía una verdadera lástima: probablemente sería más divertido pasar tiempo con

Henri y su amigo Guy, pensó con nostalgia, que en las aburridas meriendas que organizaba su tía.

Apenas lo conocía y, sin embargo, cada vez que lo tenía delante, experimentaba una extraña familiaridad, y sentía como si ya lo conociese desde hacía mucho tiempo, como en otra vida. ¿Acaso había conocido a alguien que se parecía físicamente a él, sería esa la explicación? Pero por mucho que se esforzase por recordar, no llegaba a ninguna conclusión. Así que tal vez esa sensación de intimidad solo era una consecuencia del hecho de que hubiese acudido en su auxilio aquellas confusas horas de su primer día en Londres, nada más.

Tan entusiasmada estaba pensando aquellas cosas tan desconcertantes y en el dilema que se le presentaba por aquel inesperado giro de los acontecimientos, que perdió la noción del tiempo. Sonó la campanilla que anunciaba la cena y, apresuradamente, escondió la carta bajo un montón de papeles.

La mesa era un generoso espectáculo de delicados manjares: fiambres, jamones y carne salada, hogazas de pan recién horneado, patatas hervidas, judías verdes y huesos de tuétano asados. El tío Joseph, que por lo general era el primero en alcanzar la carne y servírsela en el plato, estaba inmóvil, con las manos en el regazo. Su atención parecía estar en otra parte. Cuando Sarah le insistió, murmuró con irritación que esa noche no tenía mucho apetito y que por favor lo dejara tranquilo.

Mientras todos los comensales, Sarah, Lizzie, William, Anna y los dos empleados, se servían sus porciones y comenzaban a comer, entrechocando los tenedores en el inquieto silencio, el plato vacío de Joseph parecía mirarlos

cargado de reproches.

Sarah lo intentó una o dos veces más:

—¿No te encuentras bien, esposo? ¿Por qué no pruebas un pialo de los nuevos encurtidos de la cocinera, acompañados con un pedazo de queso, querido, aunque solo sea un poco? —Y después, insistió—: Estos melocotones están muy maduros, se pudrirán si no nos los comemos esta noche. Come solo un trozo, ¿quieres? Para coger fuerzas...

Cada vez que ella hablaba, Joseph le contestaba:

—Deja ya de insistir, Sarah.

O bien decía:

—¿Es que uno no puede estar desganoado una noche?

William y los otros dos muchachos hablaban de su trabajo en un lenguaje comprensible solo para ellos, la tía Sarah estaba como ausente y Lizzie parecía a punto de echarse a llorar. Anna estaba impaciente por que acabase la cena.

Las damas se levantaron de la mesa y fueron al salón y, poco después, se oyeron las pisadas de William y los otros dos muchachos bajando la escalera. Probablemente se dirigían a algún café, pensó Anna con envidia mientras se cerraba la puerta principal. Sarah sacó su labor de bordado, pero se sentó con el bastidor en el regazo, con la mirada perdida y sin dar una sola puntada.

A petición de su madre, Lizzie se sentó al clavicordio y tocó algunas notas, pero cometía los mismos errores una y otra vez y no tardó en rendirse. Anna abrió un libro y trató de leer, pero el texto le danzaba ante los ojos. Ella solo veía la letra con florituras de Henri: «¿Con su respuesta, un sí o un no? Espero sinceramente que sea un sí».

Incluso con las dos ventanas abiertas, el aire en la habitación estaba espeso por el calor y la inquietud, y se

hacía difícil respirar.

Anna sugirió jugar al *backgammon* y Lizzie se levantó con ansia para sacar la caja de su estante.

—Me temo que esta noche no voy a acompañaros — respondió la tía Sarah devolviendo el bastidor con la labor de bordado a su cesto—. Tengo que atender a tu padre. Parece muy disgustado.

Poco después, se oyeron unas voces muy alteradas, procedentes de la habitación contigua. Anna y Lizzie intentaron continuar con el juego, pero no tardaron en abandonarlo y permanecieron en silencio, compartiendo únicamente una mirada de preocupación o arqueando una ceja de vez en cuando. La conversación se oía claramente a través de las grietas en el arrimadero de la pared.

Primero oyeron la voz gutural de su tío:

—Déjame tranquilo. No es ningún asunto de tu incumbencia.

—Sí es de mi incumbencia si mi querido esposo no puede comer —dijo la tía Sarah con un tono más suave—. Por favor, dime qué es lo que tanto te preocupa.

—No es nada. Estaré de mejor humor por la mañana.

—Debo saberlo, querido esposo. No descansaré hasta que me lo digas.

Se produjo un largo silencio durante el cual Lizzie tomó la mano de Anna, buscando consuelo. Entonces oyeron un chillido escandalizado:

—¿Qué es esto, esposo? ¿Quién lo ha enviado?

—El gremio de comerciantes de tejidos.

—No puedo creer lo que veo. ¿Estás seguro de que es para ti?

—Mi nombre figura en el sobre.

—Te acusa de comercio ilegal y de no pagar el impuesto de importación correspondiente. No puede ser cierto...

Siguió otro prolongado silencio.

—¡Me voy a morir si me tienes así, en suspenso, Joseph! Dime que están equivocados.

—Es una sarta de sandeces. ¡Es indignante y un maldito ultraje!

El estallido de furia hizo que ambas jóvenes se encogieran de espanto tras escuchar su voz, tan fuerte y agresiva que incluso las velas parecían parpadear por la agresividad de sus palabras.

—¿Qué derecho tienen a interferir así? Fue una sugerencia de William y estuve de acuerdo con él. ¡Es mi negocio, y tengo todo el derecho a decidir lo que compro y a quién se lo vendo!

Cuando respondió, Sarah lo hizo con una voz asombrosamente serena y comedida. Anna se la imaginaba conteniéndose al máximo, con voluntad más férrea que las ballenas de su corsé.

—¿No deberías haber advertido a William que pagar el impuesto es lo obligatorio por ley? ¿No tienes una reputación que considerar, esposo?

—Es una ley ridícula, totalmente desacreditada. Dicen que su intención es proteger a los tejedores ingleses, pero ¿cómo podemos obedecer la ley cuando toda la sociedad demanda tejidos importados?

—Pero ¿qué tiene de malo la seda inglesa?

—Quizás los diseños franceses sean más refinados, pero la verdadera razón es porque son raros y difíciles de conseguir... precisamente por esa ley.

—Entonces, parece una ley estúpida.

—Sí, y por eso ninguno de los comerciantes la acata. Quieres que prosperemos, ¿verdad? Que nos mudemos a una zona mejor, y que tengamos una casa grande en Ludgate Hill, como los Hinchliffe, ¿no es así? ¿Cómo podemos prosperar si no suministramos lo que nos pide el mercado?

—Entonces, sin duda lo que deberías hacer es quejarte al gremio, a la compañía, ¿no crees, querido esposo? Eres muy respetado entre tus compañeros, tu voz debe de tener peso entre ellos. ¿Acaso no se barajaba tu nombre como administrador principal para dentro de un año?

—Me he quejado muchas veces ante el consejo, pero últimamente ha habido algunas peticiones, y la presión de los tejedores cada vez es más difícil de ignorar. Tienen miedo de las protestas y de que haya disturbios.

—Pero ¿no irán a ceder ante tales amenazas?

—Por desgracia, hay pocas opciones; la ley es la ley.

La conversación terminó de pronto y luego oyeron un sollozo, seguido de pequeños murmullos conciliatorios de Joseph.

—¿Tú crees que es un problema muy grave? —susurró Lizzie.

—Estoy segura de que es solo un error —contestó Anna tratando de transmitir más seguridad de que la sentía—. Tu padre es un hombre muy respetado. No le pasará nada.

—Pero si ha infringido la ley, ¿irá a la cárcel? ¿Y William también? ¿Qué será de nosotros?

Una lágrima resbaló por la mejilla enrojecida de Lizzie.

—Tranquila, prima... —dijo Anna rodeándola con un brazo—. Como con todas las cosas, esto también pasará.

Recordó a su padre utilizando esas mismas palabras, tratando de consolarla cuando su madre estaba gravemente enferma. Su madre murió poco después. Al final, todo

pasaba, pero eso no impedía que fuese motivo de sufrimiento.

Esa noche durmió intranquila. En tan solo unos instantes de conversación captada de forma furtiva, el mundo parecía haber cambiado irrevocablemente. Se había acostumbrado a la familia y a la ciudad, y ya se sentía más segura —aunque sus movimientos estuvieran demasiado limitados— y esperaba con ansia que llegase septiembre, cuando habría más reuniones y ocasiones sociales y la gente regresara de sus retiros en el campo. Sin embargo, el futuro que tan sólido le había parecido hasta entonces ahora parecía tambalearse, como cuando, a la orilla de un río, el terreno que parecía firme cedía de repente y se hundía en un pantano traicionero.

A la mañana siguiente, en el desayuno, su tío anunció que Sarah sufría de dolor de cabeza y se quedaría en su habitación, al menos hasta la hora del almuerzo. Betty le había llevado algunos bocados para tentar su apetito. Joseph y William comieron rápidamente; iban a una reunión, dijo, y estarían fuera la mayor parte del día.

Cuando las dos jóvenes se quedaron a solas, Anna preguntó a su prima:

—¿Conseguiste dormir anoche, querida prima?

—Un poco —respondió Lizzie—. Tenía una pesadilla en la que papá iba a la cárcel.

—No creo que eso vaya a pasar. Además, ¿no crees que ahora mismo tu padre y William han salido a resolver el asunto? Yo creo que sí.

Anna no se decidía sobre cómo responder a la carta del muchacho francés. Su cabeza era un torbellino. A veces pensaba que era mejor no hacer caso de su petición, evitar involucrarse en algo que sin duda su tía desaprobaba; pero, otras veces, estaba decidida a averiguar qué quería el joven, aun a riesgo de provocar la ira de su tía.

Lo que seguía inalterable era la abrumadora curiosidad que sentía por aquel oficial tejedor francés, alguien normal y corriente, cuyo rostro y físico le resultaban tan extrañamente familiares. Era imposible resistirse a esa curiosidad. Al volver a su cuarto, después del desayuno, arrancó una hoja de papel de su cuaderno de dibujo y escribió:

Estimado monsieur Vendôme:

Gracias por su carta. Estaré en Christ Church el domingo y podré hablar con usted después, pero solo si mi tía no me acompaña. Espero que lo entienda.

Atentamente,

Anna Butterfield

Dobló el pedazo de papel y lo ató con un pedazo de cinta. Pero ¿cómo entregarlo? De alguna manera tenía que encontrar una excusa para salir de la casa. Regresó a la habitación de Lizzie.

—¿Tu tutor viene a las diez, como de costumbre?

—Es horrible. Estoy demasiado cansada y no me apetece sentarme a estudiar.

—Será una buena distracción para ti, y luego tal vez esta tarde podríamos pintar. Iré con Betty al mercado a comprar flores, ¿de acuerdo? No puedo confiarle a ella sola esa tarea,

no me compraría las flores adecuadas.

—¿No deberías consultarlo con mamá?

—No quiero molestarla, si no se encuentra bien. Si pregunta por mí, estoy leyendo en mi habitación, ¿de acuerdo?

Miró a su prima fijamente y la joven accedió asintiendo con la cabeza.

Anna corrió escaleras abajo para decirle a Betty cuál era su plan y luego subió a su habitación para cambiarse y ponerse lo que había empezado a llamar su «disfraz de criada».

Cuando llegaron al mercado, dio a Betty instrucciones estrictas de que pasara mucho tiempo haciendo sus compras y luego la esperara en el puesto de los pasteles, cuando el reloj de Christ Church señalara las doce del mediodía. No estaba del todo segura de dónde estaba Wood Street, pero recordó la dirección en la que el muchacho había señalado ese día, cuando se encontraron en las escaleras de Christ Church, y sin duda no podía estar muy lejos.

Caminó apresuradamente hasta el punto más lejano del mercado, en la esquina de Lyon Street y Paternoster Row, y luego se dirigió a Church Street, pasando junto al imponente edificio blanco de la iglesia, que se erigía por encima de los demás edificios. El calor parecía haber silenciado incluso a los pájaros que cantaban en sus jaulas, pero a través de las ventanas abiertas de los talleres, en las plantas de arriba, Anna oía el ruido de incontables telares, un sonido que Lizzie le había señalado su primer día allí, cuando los tejedores empujaban sus lanzaderas de un lado a otro.

No tardó en llegar a una calle más amplia llamada Brick

Lane, una bulliciosa callejuela de carros y carruajes, buhoneros, puestos de mercado temporales, mendigos, tiendas, posadas y tabernas. Los vendedores ambulantes anunciaban sus mercancías a los cuatro vientos:

—¡Anguilas, truchas y pescadillas, frescas de hoy!

O bien:

—¡Gorros y sombreros! Compro, vendo o cambio.

Sin embargo, tal como le había advertido Lizzie, ella nunca los miraba a la cara.

Abriéndose paso entre el tráfico y las multitudes, se maravillaba de que, en tan solo unas pocas semanas, ya se hubiera acostumbrado a aquella extraordinaria ciudad, al incesante trajín de carros y coches de caballos, a las prisas y empujones de la gente, a los olores de los caballos, de carne y pescado podridos mezclados con el del humo de madera y tabaco. Y, sin embargo, sabía que a solo kilómetro y medio de distancia había campo abierto: jardines, campos y bosques. Si seguía caminando, podría encontrar algo parecido a su hogar, coloreado en tonos verdes en lugar del gris y los tonos oscuros de la ciudad.

Estaba tan absorta en sus pensamientos que se encontró paseando tranquilamente como si estuviera en su pueblo, pero cuando pudo asomarse y ver a través de una brecha en las calles, la aguja de Christ Church parecía estar más lejos de lo que esperaba, y más a la izquierda de lo que recordaba.

Al fin, después de preguntar a varias personas, dio con el camino a Wood Street. Desde su llegada a la ciudad, había sentido intriga por los números que se exhibían con grandes trazos en la puerta de cada casa.

En el pueblo, cada edificio tenía un nombre que hacía referencia al carácter o ubicación de sus ocupantes: Five Bar Cottage, Butchers House, High Elms Lodge o Little Barley Farm. Simplemente, vivir en un número le parecía algo muy

anónimo, muy aburrido.

Sin embargo, ese día descubrió lo necesarios que eran cuando cada casa parecía idéntica a la casa contigua. Y allí estaba, número 37, un edificio alto y estrecho en una hilera de edificios idénticos de ladrillo rojo, cada uno con una ventana a ras de suelo que daba a la acera, tres pisos más y las ventanas alargadas en el taller de los tejedores, que ocupaba la totalidad del ancho de la azotea.

Observó que parecía un lugar bastante respetable, aunque pensaba que le faltaba cierto toque femenino: no había pájaros cantando en las ventanas, ni macetas de flores en el porche; los alféizares estaban cubiertos de polvo y la madera definitivamente necesitaba una mano de pintura.

Mirando a uno y otro lado para comprobar que no la veía nadie, Anna subió los escalones de la entrada y estaba a punto de deslizar su nota por debajo de la puerta principal cuando un señor mayor la abrió y la sorprendió allí. El hombre llevaba el pelo gris recogido en una trenza bajo un gorro rojo de terciopelo.

—*Bonjour, mademoiselle. Je peux vous aider?*

—Solo quería entregar esta nota, señor —dijo tartamudeando, tratando de recobrar la compostura—. A monsieur Vendôme.

Una expresión divertida asomó al rostro del hombre, una expresión que le hizo sospechar que sabía exactamente quién era y de qué trataba la carta.

—¿Quiere hablar con él en persona?

—¡Oh, no! —contestó ella apresuradamente—. No quiero molestarlo en un día de trabajo.

—Entonces ¿puedo decirle de parte de quién es la carta?

—Soy Anna. Anna Butterfield.

—Un nombre muy bonito —dijo—. Me aseguraré de que

Henri la reciba, mademoiselle Butterfield.

Envalentonada por el éxito de la mañana, Anna planeó su siguiente movimiento con meticuloso cuidado. Después del almuerzo pasó casi cuatro horas ayudando a Lizzie a crear una composición razonable con el arreglo de flores silvestres que había comprado en el mercado. Su pupila tenía poca paciencia para la observación cuidadosa y Anna había optado por encargarse ella misma de buena parte del dibujo antes de dejar que Lizzie aplicara la acuarela.

Una vez terminado, lo llevaron a la tía Sarah, pues convinieron en que eso contribuiría a distraerla de sus problemas.

—¡Cuánto talento tienes, querida hija! —exclamó Sarah sosteniendo el cuadro en el aire para verlo mejor—. Si haces algo más, podríamos organizar una pequeña muestra de tu trabajo. Y sería ideal que comprásemos un vestido nuevo para la ocasión, ¿no?

Lizzie se puso a dar palmadas de alegría.

La tía Sarah sacó los pies de la cama y se levantó.

—Declaro que tu acuarela me ha alegrado tanto el día que creo que podré levantarme para cenar.

Más tarde, cuando Lizzie la abrazó con auténtica gratitud, Anna supo que era el momento de confiar en la chica. Le explicó el contenido de la carta del muchacho francés. No podía negarse por temor a parecer grosera, explicó, por lo que había accedido a reunirse con él después del servicio dominical. Con la condición de que Lizzie fuera su carabina el domingo siguiente y acordara mantener en secreto lo que ocurriera allí, Anna continuaría las lecciones de dibujo y pintura hasta que la hicieran merecedora de su

vestido nuevo.

Lizzie contestó, malhumorada, que le parecía una acción muy imprudente, aunque no tuvo más alternativa que aceptar.

Esa noche Anna de nuevo tuvo dificultades para conciliar el sueño, alterada por las emociones del día y fantaseando con el significado de las misteriosas palabras del muchacho francés: «asuntos de gran importancia».

Cuando al fin la venció el sueño, la despertaron unos gritos repentinos y broncos procedentes de fuera, de la calle, un sonoro estruendo y el ominoso estrépito del cristal al hacerse añicos. Oyó el grito aterrorizado de su tía desde el dormitorio de la planta inferior, seguido por un grito de rabia de su tío, y luego la voz de William, un griterío envuelto en pánico y el ruido atronador de unos pasos en las escaleras.

Al asomarse a la oscuridad, divisó unas sombras que desaparecieron por la esquina de la plaza. Encendió su vela con manos temblorosas, se puso un chal y bajó las escaleras de madera. La tía Sarah y Lizzie estaban acurrucadas en el rellano, Lizzie con el rostro muy pálido y temblando, su madre con la ansiedad dibujada en la cara, inclinándose de vez en cuando sobre la barandilla para dar instrucciones: «¡Llama al vigilante nocturno!», «¡Ten cuidado, esposo, pueden ser violentos!» y «Por el amor de Dios, no salgas a la calle...».

Arañándose las mejillas, gritó:

—Dios mío, ¿qué va a ser de nosotros?

Bajaron al salón y encendieron el máximo número de velas posible para disipar las sombras que ahora planeaban imbuidas de amenaza, y esperaron en un tenso silencio,

escuchando ruidos en la planta inferior.

Oyeron la voz animada del vigilante nocturno en la puerta principal, la voz más grave de su tío y luego un claro: «No se preocupe, señor. Pronto prenderemos a esos sinvergüenzas. Ahora, por favor entre y cierre todas sus puertas y ventanas. Regresaré tan pronto como tengamos noticias».

Cuando Joseph entró en el salón, parecía estar metiéndose algo en el bolsillo.

—No hay nada de qué preocuparse, queridas. Gracias a Dios, todas nuestras ventanas están cerradas, así que solo ha sido el farol de encima de la puerta principal lo que se ha roto. William está poniendo un tablón para que no se caiga.

—¿Es por la seda francesa, papá?

Los tíos de Anna intercambiaron miradas.

—No sé a qué te refieres, hija, pero si es algo que has oído, todo es una vil mentira —gruñó Joseph—. Esto es un estúpido acto vandálico, así que no quiero volverte a oír repetir algo así nunca más, ¿me has entendido?

Anna siempre había sentido cierto temor ante su tío, le daban miedo su presencia dominante y su voz intimidante, pero en ese momento se dio cuenta, por primera vez, de que era vulnerable. ¿Cuáles serían las consecuencias para su negocio? ¿Y para aquellos que lo rodeaban, para su familia y ella misma?

Joseph respiró hondo y enderezó los hombros, recobrando la compostura.

—Ahora ya no hay ningún motivo de preocupación, queridas, así que creo que deberíais volver a la cama y disfrutar de vuestro merecido descanso. William y yo esperaremos a que regrese el vigilante nocturno.

A la mañana siguiente, después de un sueño intermitente y escaso, Anna se despertó temprano y fue la primera en desayunar. Betty había puesto huevos y pan en la mesa, y regresó a la cocina a coger el queso y los fiambres. Cuando Anna se disponía a sentarse, se fijó en algo escondido detrás de uno de los candelabros de la repisa de la chimenea. Era un pedazo de papel sucio que alguien había arrugado y luego alisado otra vez y doblado en dos. Se acercó a él con cuidado, lista para apartarse de pronto si entraba alguien en la habitación. Cogió el papel y lo desdobló. Las palabras, en grandes letras mayúsculas, eran aterradoras y encerraban malos presagios: «ESTO ES POR VENDER SEDA FRANCESA ILEGAL, SADLER. ABANDONA ANTES DE QUE TU CASA SEA PASTO DE LAS LLAMAS».

10

No puedes pecar de exceso de celo en la elección de aquel a quien llamas tu amigo, como tampoco comprometer tu afecto de tal modo que quede sometido por entero a él. Es peligroso confiar la felicidad de uno mismo en otro, o verse impotente para rechazar lo que podría ser tu ruina.

*Consejos para
aprendices y oficiales,
o Guía segura para
granjearse una buena
estima y un buen
patrimonio*

La ola de calor estalló en mil pedazos y unas pesadas nubes de color púrpura grisáceo se deslizaron desde el oeste y eliminaron de un plumazo los despiadados rayos del sol por primera vez en semanas. Henri no tardó en oír el estruendo de los truenos, primero a lo lejos y luego acercándose cada vez más, hasta que parecían estar justo

encima de sus cabezas. Entonces empezó a llover, tamborileando con fuerza sobre los tejados de pizarra, con tanta intensidad que él y Benjamin no tenían más remedio que gritar para oírse.

El cielo se oscureció adelantándose al anochecer, dificultando la tarea de distinguir los finos hilos de seda. El tirador de lazos chillaba aterrorizado con cada rayo y no podía concentrarse en mantener la secuencia correcta de los lazos. Pronto se hizo evidente que era imposible seguir tejiendo hasta que la tormenta amainase.

Llevaron al muchacho a la cocina del sótano, donde el fragor de la tormenta llegaba más amortiguado y, mientras la cocinera lo sentaba a la mesa y calentaba una taza de leche para calmarle los nervios, Henri aprovechó la oportunidad para escabullirse a su habitación. Una vez allí sacó de nuevo la carta de Anna de su escondite, escondida cuidadosamente con su dibujo bajo el colchón.

Cuando monsieur Lavallo le había preguntado si la carta contenía el permiso que buscaba, Henri tuvo que admitir que la joven aún no había accedido.

—Espero reunirme con ella en Christ Church después del servicio del domingo —dijo maldiciendo el color rojo que le subía por el cuello hasta las mejillas.

—Ya veo —dijo el hombre con una sonrisa comprensiva—. Parece una muchacha encantadora y sus habilidades artísticas son extraordinarias. —De pronto, su expresión se tornó más seria—. Confío en que abordarás esa reunión de una manera totalmente profesional, ¿verdad, Henri? Puede que vista como una criada, pero por su acento y por su porte debes entender que no es una de los nuestros.

—Es una proposición de negocios, nada más, se lo aseguro —dijo Henri, tratando de creerlo él mismo.

Por lo general, se sentía completamente seguro de sí

mismo con las mujeres, confiaba por entero en su propia buena apariencia. A menudo pasaba días planeando cómo llamar la atención de una chica y se alegraba de su éxito cuando finalmente la obtenía, pero por lo general se desencantaba al descubrir que una vez que había ganado la partida, el premio solía perder su atractivo.

Esta vez era más complicado. No sabía qué era lo que le aceleraba más el corazón: la perspectiva de volver a ver a la chica, de estar cerca de ella y oír su voz, o la idea de obtener su permiso para usar el dibujo para su obra maestra.

Lo peor de la tormenta parecía haber pasado cuando oyeron a la cocinera gritar:

—Henri, tu patrón te llama.

Llegó a lo alto de la escalera del sótano y vio que monsieur Lavalle había abierto la puerta de entrada a una figura desaliñada.

—Vamos, entra y ponte a resguardo de esa lluvia, Guy. ¿Cómo se le ocurre salir con esta tormenta? Pareces una rata ahogada. Henri, ¿dónde estás? —gritó el hombre—. Ah, ahí estás. Lleva al muchacho abajo y haz que se seque, por el amor de Dios.

El rostro de su amigo, siempre pálido, tenía ahora una tonalidad casi gris, el cerco alrededor de sus ojos de un morado púrpura, como si no hubiera dormido desde hacía días.

—¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo? —preguntó Henri llevándolo a la cocina—. Ven, quítate la camisa y sécate. Cocinera, ¿podría servirnos un poco de leche, por favor?

Le dio una toalla vieja mientras la cocinera fruncía el ceño con reproche ante aquella intrusión en sus dominios.

Con un suspiro de resignación, sirvió la leche y le ofreció la taza a Guy mientras este se sentaba, temblando, a la mesa.

—¿Qué pasa? —preguntó Henri.

—No puedo hablar aquí —susurró—. ¿Podemos hablar en privado?

Henri subió las escaleras para pedir permiso a monsieur Lavalle para usar el salón.

—Te doy un cuarto de hora, no más —dijo su patrón—. Y, por favor, dile a tu amigo que, en adelante, pase a buscarte fuera de las horas de trabajo.

—Lo entiendo, señor, y lo siento, pero creo que es urgente —contestó.

El hombre asintió con la cabeza.

—Muy bien. Diles a los otros dos chicos que la tormenta ha pasado y que deben volver al trabajo.

—*Bon Dieu*, tienes muy mal aspecto. ¿Qué pasa ahora?

—Estoy metido en un buen lío, amigo mío. Necesito tu ayuda.

La camisa le colgaba del cuerpo escuálido, pero al menos sus mejillas habían recuperado algo de color.

—Anoche estuve con mis amigos en The Dolphin para tomar unas pintas de cerveza.

—Sigue.

La historia le empezaba a resultar dolorosamente familiar.

—Empezaron a hablar de la lista de la *soie de Lyon*, de lo indignados que están por que no se haya hecho nada contra los comerciantes que nos están dejando sin trabajo. Traté de

recordarles que monsieur Laval se estaba encargando de eso, como había dicho, que lo había transmitido a los canales adecuados, pero con cada ronda estaban cada vez más exaltados, diciendo que estaban hartos de que el maldito gremio actuara mientras se morían de hambre por falta de trabajo, y querían demostrarles a esos sinvergüenzas que iban muy en serio.

»Sugerí que escribiéramos a cada uno de los comerciantes de la lista, no para amenazarlos, sino simplemente para decirles que sabemos lo que están haciendo. Así que alguien sacó un papel, pluma y tinta, y empezó a escribir cartas allí mismo. Ya estaban borrachos y decididos a entregarlas esa misma noche. Sinceramente, era como ver una tetera a punto de arrancar a hervir. Sabes que la tapa va a saltar volando por los aires en cualquier momento, pero no hay nada que puedas hacer para impedirlo.

—Entonces ¿qué pasó? —preguntó Henri temiéndose lo que seguía a continuación.

—Salieron corriendo y empezaron a ir de casa en casa, gritando y envalentonándose, abriendo contraventanas y arrojando piedras, ya sabes, con las notas envueltas alrededor, para romper las ventanas de las casas. En una vivienda incluso prendieron fuego a un manojito de hierba seca y lo metieron por un cristal roto. Se volvieron locos —explicó Guy empezando a temblar de nuevo—. Estaba aterrizado al pensar que nos iban a pillar.

—Imagínate si hubierais matado a alguien o quemado a toda una familia. ¿Acaso atacaron la casa de Sadler?

Henri contuvo el aliento, temiendo la respuesta.

—Rompieron el farol de la entrada con una piedra envuelta en una nota, nada demasiado grave.

—Por el amor de Dios, ¿por qué has tenido que

involucrarte? ¿Por qué fuiste con ellos?

—Creí que podría detenerlos. Lo intenté, de verdad, pero no me hicieron caso. —Guy se mordisqueó una uña—. Y entonces vimos a la patrulla de vigilancia nocturna asomando por la esquina.

—¿Te vieron?

—No lo sé con seguridad, pero los guardias vinieron a preguntar por mí esta mañana, cuando estaba fuera haciendo una entrega. Mi casera les dijo que estaría de vuelta al cabo de media hora, así que hui y vine aquí.

—*Bon sang de bon Dieu.*

Henri sacudió la cabeza. Guy estaba metido en un buen lío.

—Lo sé, lo sé, estoy muerto de miedo. Si me detienen, nunca volveré a trabajar.

Henri sabía que podía ser mucho peor que eso.

—¿No es mejor que te entregues, que expliques que tratabas de detenerlos, como me has dicho a mí?

—Bah, ¿y crees que me creerían?

Henri oía el sonido de la lluvia gorgoteando por las canaletas, salpicando la calle. Cuando su amigo se inclinó para acercarse a él, percibió su aliento, impregnado de miedo y abandono.

—He venido a pedirte algo, como mi amigo más antiguo y cercano que eres. —Guy se calló tratando de encontrar las palabras correctas—. Lo único que me salvará es una coartada, alguien que diga que estuve con él anoche.

Henri sintió que la sangre no le afluía al rostro.

—¿Me estás pidiendo que mienta por ti? ¿A la ley?

—Es mi única salida.

—Escucha... Incluso si miento por ti, cualquiera de los otros podría jurar que estuviste con ellos, y más todavía las otras personas que te vieron en las calles anoche. Sería mi palabra contra la de montones de personas.

La mente de Henri era un torbellino de miedo por sí mismo, por su madre, por monsieur Lavallo, por Mariette y por todos aquellos a los que podría implicar.

—Por favor. Hazlo por mí.

El silencio entre ellos se espesó con la desconfianza. Henri se dirigió a la ventana y miró hacia la calle lluviosa y a las casas opuestas. De espaldas a la habitación, evitando la mirada de desesperación en la cara de su amigo, se armó de valor para expresar lo que sabía que debía decir.

—Eres mi mejor amigo. Si los guardias te apresan, ofreceré mi testimonio de tu buen carácter y buenas intenciones, te lo prometo, y les diré que trataste de detener la violencia. Pero no puedo mentir por ti.

Oyó el súbito estrépito de la silla cuando Guy se levantó de golpe y pasó por su lado, a punto de tirarlo al suelo.

—No, gracias por tu ayuda, amigo. No te molestes en acudir a mí cuando tengas problemas.

El portazo hizo salir a monsieur Lavallo de su despacho.

—¿Qué le pasa a ese ahora?

—Ha sido un idiota, eso es todo.

—¿Es por esa lista otra vez?

—No puedo decirle más, señor.

—Entiendo que puede ser difícil, pero debes decirle a Guy que no vuelva a venir, Henri. Lo siento por él, pero no ha hecho caso de nuestras advertencias y temo por su seguridad. Es un asunto muy peligroso. No puedes permitirte que te relacionen con él.

—Sí, señor —contestó—. Lo entiendo.

Monsieur Lavalle supo que no debía insistir. Advirtió, por la palidez de Henri y su frente sudorosa, que la conversación con su amigo le había afectado mucho. No tardaría en averiguar qué había ocurrido, sin duda.

—Entonces será mejor que vuelvas al trabajo —se limitó a decirle.

Henri estaba hecho un manojito de nervios, asustándose con cada golpe en la puerta, pero pasaron dos días sin que hubiese ninguna novedad. Guy no apareció por la iglesia el domingo por la mañana y, mientras el párroco seguía con su sermón, Henri intentó imaginar dónde podría estar su amigo: ¿se habría escondido como un zorro herido, oculto en casa de otro amigo o quizás en el campo?, se preguntó. Lo mejor sería que se mantuviera alejado de él, al menos durante una temporada. Por mucho que quisiera a Guy, últimamente sus intrigas, su ira y su resentimiento hacia el mundo habían aportado una nota amarga a su amistad.

La noche anterior, mientras cenaba con su madre en su cuarto, como tenía por costumbre hacer en el fin de semana, había encontrado el valor para contárselo. Clothilde era la única persona, aparte de monsieur Lavalle, en quien podía confiar, y esta se apresuró a tranquilizar a su hijo diciéndole que había tomado la decisión correcta.

—*La vérité finit toujours par éclater* —le dijo—. *Et vous éclate au visage.* —«La verdad siempre acaba por salir a la luz y vuelve para mordernos.»

Cuando Henri salió de la iglesia francesa antes de las

últimas oraciones, volvía a ser un manojito de nervios, pero por otro motivo. Corrió hacia Christ Church, donde el servicio también estaba llegando a su fin, y se deslizó silenciosamente entre las sombras detrás de los escalones que conducían a la sala del órgano. Quería estar seguro de que Anna estaba sola o acompañada solo por su prima, antes de dejarse ver. Su preocupación por Guy había conseguido distraerlo y que no pensase en aquel encuentro, pero ahora volvía a sentir mariposas en el estómago.

Trató de adelantarse a su reacción, pero era imposible imaginarla. ¿Quién sabía cómo pensaban las chicas, y mucho menos las muchachas inglesas? ¿Estaría enojada cuando admitiera que había comprado su dibujo en el puesto de flores o se sentiría halagada? Se había obsesionado tanto con el diseño que ni siquiera se había parado a pensar en qué haría si ella no aparecía o, peor aún, si se negaba a darle permiso para usarlo.

El servicio terminó y, cuando las damas y los caballeros comenzaron a desfilar con sus vestidos y chaquetas de seda brillante, con sus exquisitos sombreros y sus pelucas repeinadas, se dio cuenta, dolorosamente, del aspecto tan desastrado que lucía, con su raída chaqueta de hilo, unos simples calzones de sarga y apenas una gorra de paño marrón para cubrirse la cabeza. Eran sus mejores galas, por supuesto, pero, aun así, ¿cómo podía ella permitirse ser vista en su compañía?

A medida que la iglesia se vaciaba, empezó a temer que tal vez no hubiera venido después de todo, pero luego la vio, rezagada. Estaba con su prima, la muchacha de los rizos, pero no había ni rastro de la señora o el señor Sadler, ni de William, lo que significaba que seguramente lo buscaba a él.

Retrocedió unos pasos en las sombras, listo para echar a correr y salir huyendo de allí, pero, antes de que se diera cuenta, ella ya se había plantado frente a él.

—Monsieur Vendôme, ¿cómo está? —preguntó tendiéndole la mano.

Henri se quedó tan sorprendido que se quedó vacilante y luego reaccionó justo a tiempo. Sus dedos se tocaron unos instantes, con torpeza, pero ambos los retiraron rápidamente.

—Miss Butterfield —dijo sintiendo el rubor hasta en las raíces del pelo—. Por favor, llámame Henri.

—Entonces tú debes llamarme Anna. —Vio otra vez ese brillo audaz en la mirada, el mismo que parecía atraerlo inmediatamente hacia su máxima confianza—. Y esta es mi prima Lizzie Sadler. Lizzie, te presento a Henri Vendôme, el tejedor del que te he hablado.

Lizzie frunció el ceño e inclinó la cabeza en reconocimiento, pero no le ofreció la mano.

Henri se quedó en blanco y un silencio incómodo se instaló entre ellos. Lo único que sabía era tenía que confesar lo ocurrido con el dibujo. Empezó a intentar explicarlo pero, al no encontrar las palabras, sacó el dibujo que llevaba cuidadosamente doblado dentro de la chaqueta, lo desplegó y, con una mano temblorosa, se lo tendió a Anna.

—Pero... ese dibujo es mío —reconoció ella—. Es el que hice en el mercado, el que le regalé a la florista. ¿Cómo lo has conseguido?

—Se lo compré —dijo con los ojos clavados en el dibujo, con miedo a mirarla a ella—. Pagué un buen dinero. Todo... ¿cómo se dice? Regateando un poco. Estaba en la planta de arriba, en el mercado, y le vi dibujando y luego...

Se quedó sin palabras otra vez, recordando la extraña sensación de revelación que había tenido ese día mientras observaba la cabeza inclinada de ella, cautivado por los dibujos que surgían de la punta de su lápiz.

Levantó la vista y descubrió aliviado que su expresión no era de ira, sino de auténtico asombro.

—Bueno, me siento halagada, por supuesto —contestó—. Pero ¿puedo preguntar qué es lo que te llevó a comprar este tosco dibujo mío?

—Sabes que soy tejedor de seda, ¿verdad?

Anna asintió.

—Para convertirme en maestro tejedor debo confeccionar un tejido que demuestre mi habilidad. El resultado se llama la «obra maestra». Si lo aprueban, seré maestro tejedor y podré establecerme por mi cuenta.

—Pero ¿por qué quieres mi dibujo para hacer eso?

—Es difícil de explicar —dijo mirando de reojo a Lizzie—. Y solo leñemos unos pocos minutos.

Por detrás de Anna, podía ver a los ayudantes de la iglesia apagando las velas del altar, doblando los paños blancos que se empleaban para la Eucaristía, recogiendo himnarios, preparándose para cerrar la iglesia. Se volvió hacia Anna y su sonrisa, y sintió un deseo incontenible de tomarla de la mano.

Lizzie se había alejado y se asomaba a las escaleras que conducían a la sala del órgano.

—¿Puede subir? —preguntó Anna.

Por un segundo, apoyó la mano en la manga de la chaqueta de él. A pesar de que la retiró casi de inmediato, la calidez del momento persistió con un hormigueo en su piel.

—*Mais oui*. El órgano no suena a menos que alguien esté accionando el fuelle.

—Ten cuidado —dijo Anna.

—Lo tendré.

La muchacha desapareció y se quedaron a solas.

Envalentonado de repente, Henri la condujo a uno de los bancos que flanqueaban el pasillo de la iglesia, donde el sol que se derramaba a través del cristal transparente de las ventanas en arco se reflejaba en el techo y en las paredes blancas con una luz etérea. Estar allí sentados, uno al lado del otro, le parecía la cosa más natural del mundo.

Metió la mano en el bolsillo de los calzones y sacó el trozo de papel cuadriculado al que había intentado trasladar una parte del diseño con puntos de color en cada uno de los cuadrados diminutos. Lo desdobló y lo alisó encima de las rodillas.

—Así es como hacemos los diseños para el tejido —dijo entusiasmado al percibir el calor del cuerpo de ella cuando se acercó a examinarlo—. Así sabemos cómo disponer el telar, cómo unir los lazos que tiran de los hilos de la trama y la urdimbre, si tienen que ir por encima o por debajo, hasta componer el patrón del dibujo.

Mientras, en su inglés rudimentario, intentaba describir en términos sencillos el complejo proceso, descubrió que los movimientos de las manos muchas veces eran más fáciles y elocuentes.

Mirando de soslayo para comprobar si entendía sus descripciones, se asomó al peligro de perderse en su rostro: la seriedad de sus ojos de color azul verdoso, la forma en que lo escuchaba, con tanta atención, la hendidura en la frente, que se hacía más profunda con la concentración.

Sentía que su interés era genuino, no forzado.

—¿Así que la urdimbre va de arriba abajo, y la trama de un lado a otro? —le preguntó. Y luego añadió—: ¿La urdimbre es lo que le da la firmeza y la trama, por lo general, se ocupa del color? Y si quieres formar un bloque sólido del mismo color, ¿solo tienes que dejar que el hilo de la trama se quede arriba?

—Sí, pero si esto es demasiado grande, el tejido —juntó las palmas de las manos y luego las separó un centímetro.

—¿Se separará, quieres decir? —preguntó—. ¡Yo sería un desastre como diseñadora de seda!

Riéndose con ella, viendo cómo se le iluminaba el rostro, Henri se sintió más feliz en ese instante de lo que recordaba en toda su vida. El tiempo parecía haberse detenido por completo; no tenía ninguna sensación de urgencia, solo la emoción de sentir su curiosidad, y su propio deseo de ayudarla a entender por qué aquello significaba tanto para él.

—Oh, si vieras el telar... —dijo exasperado por no encontrar las palabras adecuadas—. Así es como aprendo, viendo a otros tejedores.

—No importa. Ya estoy aprendiendo mucho —respondió ella—. La idea de tejer un dibujo tiene mucho sentido, porque la naturaleza nunca es un solo bloque de color —dijo—. Mira las flores que he dibujado aquí. —Señaló el dibujo que todavía tenía en las manos—. Ésta podría ser una flor rosa, pero, para colorearlo de una manera natural, tendría que usar una docena de tonalidades rosas, naranjas, rojas y púrpuras, incluso negras, para dar el sombreado que hace que la flor parezca real.

Había sombreado los pétalos de las flores de forma tan realista que era como si las flores estuvieran a punto de salirse del papel. Ni una sola hoja, ni un tallo ni un pétalo eran planos, sino tridimensionales, entrelazados alrededor de sí mismos, tan auténticamente vividos que parecían mecidos por el viento. Y ni uno solo de ellos era el mismo: había reflejado todas las imperfecciones de la naturaleza, la hoja rota, el pétalo rizado, el tallo doblado.

Anna empezó a recogerse la falda del vestido.

—Nos esperan en casa.

Él no quería que llegase el momento de despedirse.

—Tengo que hacerte una pregunta —le dijo—. Ese era el asunto de tanta importancia.

—Dime.

En ese momento estaban de pie, el uno frente al otro, y de repente se encontró sin habla.

—¿Puedo...? Quiero decir... ¿Sería posible que...? — Esperando que él terminase de hablar, Anna levantó la cara hacia la de él con expresión amable, alentadora. Al final, Henri se armó de valor—: Me gustaría usar tu dibujo para mi obra maestra, pero primero debo obtener tu permiso.

Anna se rio con alivio.

—Claro que te doy mi permiso. Estaré encantada.

Ambos volvieron el rostro a la vez, mirándose a los ojos, separados por muy poca distancia. Henri casi sentía la presión de aquellos suaves labios sobre los suyos. Si hubiese sido cualquier otra chica, la habría besado en ese mismo momento, atreviéndose incluso a acercar la mano a su pecho, pero esta vez se sentía cohibido y limitado.

En su lugar, le cogió la mano. Ella no se resistió ni la apartó, sino que la dejó allí, una mano suave y liviana, irradiando una ola de calor que le recorrió el brazo y todo el cuerpo.

—Gracias —dijo él.

—Me siento muy halagada, de verdad —dijo Anna con una sonrisa que lo dejó sin aliento.

Permanecieron inmóviles durante unos minutos más, felices, iluminados por el sol que atravesaba la ventana, acompañados únicamente por el sonido de voces y murmullos de los párrocos en la sacristía, el arrullo de las palomas fuera en la calle y los golpes ligeros de los dedos de Lizzie en las teclas del órgano de arriba.

—¿Podré ver la tela cuando la hayas tejido?

—Me gustaría invitarte a la casa de monsieur Lavallo, para que la veas en el telar —le dijo—. Pero tal vez no sea fácil...

Una sombra asomó al rostro de ella.

—Creo que tienes razón. Lo siento.

Él sabía que era verdad, y había poco más que decir, pero la idea de no volver a verla lo sumió en una profunda congoja. Al cabo de un momento, ella tomó la mano de él entre las suyas. Él la observó, sin decir una sola palabra, mientras ella se preparaba para despedirse, alisándose la falda, irguiendo los hombros, comprobando que el sombrero conservaba el ángulo perfecto sobre su cabeza.

—Te deseo lo mejor con tu obra maestra. —Le sonrió con una expresión tan dulce y pesarosa a la vez, que fue como si acabara de arrebatarse el aliento. Llamó a su prima—: Venga Lizzie, es casi la hora del almuerzo.

Se oyó el ruido de unos pasos en la escalera de madera y el hechizo se rompió.

11

Al conversar con caballeros dedicados a una profesión, nunca se debe preguntar por asuntos relacionados con sus ocupaciones. Un escritor puede ofrecer, voluntariamente, información de interés sobre el tema central de sus obras, pero cualquier pregunta ajena sería extremadamente grosera.

*El libro de los buenos modales para
damas*

El encuentro con Henri Vendôme no había durado más de un cuarto de hora, pero cada vez que se quedaba a solas, Anna revivía cada segundo pasado en su compañía, hasta el más mínimo detalle.

No había dudas de que el encuentro la había dejado inquieta. Allí estaba, tratando de acostumbrarse a una ciudad desconocida, adaptándose a las expectativas de la sociedad. Él era un extraño de otra esfera social, de otro país incluso, y era consciente de que hablando con él de esa manera íntima

había cruzado los límites de una conducta aceptable, arriesgándose a sufrir la ira de sus tíos y, potencialmente, a poner su reputación en peligro.

Lizzie no había ocultado su desaprobación.

—¿En qué pensabas, hablando todo ese tiempo con el muchacho francés, para que todo el mundo lo viera, como si fuera uno de nosotros? —le preguntó cuando volvían camino a casa.

—Es un ser humano, Lizzie, como tú y yo. Quería permiso para usar mi dibujo para su tejido. No veo qué hay de malo en eso —replicó ella con brusquedad—. Pero bueno, dime, ¿qué quieres que pintemos esta tarde?

—Siempre y cuando sea eso lo único que quiera... —replicó Lizzie.

A Anna apenas le importaba. Esos pocos minutos en la iglesia le parecían un sueño dorado y brillante, un espejismo resplandeciente. Qué cómoda se había sentido en su compañía, con qué claridad había respondido a sus preguntas, tropezando un poco con el idioma, por supuesto, pero con tanta sinceridad...

Hablar con él era como un soplo de aire fresco después de las duras conversaciones de sus tíos, quienes, de algún modo, nunca parecían capaces de decir exactamente cómo se sentían, o lo que querían, sin completar sus frases con palabras y explicaciones innecesarias. Nunca decían nada directamente. Sin embargo, con Henri, la conversación había fluido de una manera directa y sencilla, como si hiciese años que se conocían.

Trataba con todas sus fuerzas de entender aquella sensación: el temblor en su pecho cuando lo miraba a aquellos ojos oscuros, el hecho de que le hubiese parecido perfectamente natural que él la cogiera de la mano, como si fueran dos mitades unidas para formar un todo. Había sido

una experiencia emocionante y absolutamente irresistible.

Esa noche se acostó en la cama, maravillada por aquel extraordinario cambio en su vida. ¿De veras creía Henri que su boceto, dibujado tan apresuradamente, podía ser lo bastante bueno para recrearlo en una tela de seda? Se sentía halagada y orgullosa de que él hubiese mostrado tanta confianza en su diseño, pero al mismo tiempo le abrumaba la idea de que pudiera tener algún tipo de responsabilidad en la futura carrera del muchacho. Iba a ser la labor de tejeduría más importante de su vida, de la que dependía su nombramiento como maestro tejedor de seda.

Si al menos estuviese más informada sobre cuáles eran las técnicas relacionadas con el arte de tejer, podría entender cómo se traduciría en un diseño elegante, o incluso lo que podía considerarse como un tejido de moda. Solo se había asomado a aquel mundo, como quien se asoma al quicio de una puerta, hacia un maravilloso mundo nuevo de arte e ideas, pero el alcance de su ignorancia era como una cerradura que le impedía entrar por esa puerta.

Daba vueltas y más vueltas en la cama mientras los pensamientos le bullían en la cabeza. Y entonces lo recordó, con una claridad tan meridiana que se incorporó de golpe en la cama, con los ojos bien abiertos: en su primer día en la casa, el tío Joseph le había enseñado las docenas de libros de muestras encuadernados en cuero y apilados en estantes en la sala de exposición de la tienda. Cada libro contenía docenas de dibujos y diseños en papel cuadriculado y muestras de la seda acabada, adheridas a las páginas. Debía de haber cientos de diseños de seda allí en la casa, apenas tres plantas por debajo de su cuarto. ¡Qué idea más tentadora! Ojalá pudiese estudiarlos y aprender más cosas acerca de lo que se consideraba un buen diseño para tejer en seda.

Se le ocurrió pedirle al tío Joseph o a William que la

ayudaran, pero desechó la idea casi de inmediato. El tío Joseph le diría que no se preocupara de esas cosas o, peor aún, podría preguntarse por qué tenía tanta curiosidad por los diseños de seda. William estaba siempre tan huraño y de mal humor que probablemente le diría que se ocupara de sus cosas y lo dejara en paz.

Pero ¿qué le impedía ir a ver los libros de muestras por sí misma? Incluso en ese mismo momento. Todos estaban dormidos. La casa estaba en total silencio y oscuridad. Se dijo que no debía ser tan impetuosa, que era mejor esperar hasta el día siguiente y tal vez hablarlo con la tía Sarah, pero cuanto más acariciaba la idea, más convencida estaba de que debía hacerlo.

Encendió una vela, se echó un chal sobre los hombros y bajó las escaleras, escogiendo cuidadosamente los escalones que sabía que no crujirían bajo sus pies. La parte más peligrosa era el rellano de la planta superior, donde se hallaban los otros dormitorios, pero logró franquearlo sin hacer un solo ruido. Ya estaba viendo los libros en la estantería. Estaban casi a su alcance.

Cuando llegó a la planta baja al fin, la puerta de la oficina estaba cerrada y temía que pudiera estarlo con llave. Respiró hondo para serenarse, hizo girar el pomo y la abrió.

Al principio, no advirtió que el resplandor en la habitación emanaba de otra vela además de la suya. Un segundo después percibió la presencia de alguien escondido detrás de aquella luz, al otro lado de la mesa. Antes de que sus piernas hubieran comprendido la orden de su cerebro, instándole a salir huyendo de allí, ese alguien levantó la vista: era el primo William, con el rostro blanco como el papel y una mueca de alarma, inmóvil al verla. Trató de interpretar lo que veían sus ojos: frente a él, encima de la mesa, había una caja de caudales y sostenía en la palma de la mano varias monedas de oro.

En ese preciso instante pareció recobrar la capacidad de movimiento. Cogió la caja de dinero y la metió en un cajón debajo de la mesa, y luego, rápido como el rayo, se metió las monedas en el bolsillo del batín, donde fueron a caer entrechocando con un fuerte tintineo. Pero también, en esa fracción de segundo, Anna comprendió lo que había visto: William estaba robando dinero. Ni siquiera la titilante luz de las velas podía ocultar la expresión de su rostro: era una mirada de culpa absoluta.

—¿Anna? ¿Qué diablos estás haciendo aquí abajo a estas horas de la noche?

El corazón le palpitaba con fuerza en el pecho, pero se las arregló para responder con calma.

—Podría preguntarte lo mismo, William.

—No es asunto tuyo. En cualquier caso, no tienes permiso para entrar aquí. —Se volvió y le dio la espalda, como si estuviera ocupado con unos papeles en el escritorio cercano—. Te sugiero que te vayas a la cama y no diré nada a nadie.

Anna lo habría hecho, pero la ira se lo impidió. ¿Cómo se atrevía a ser tan insolente, tan desagradable, cuando era a él a quien había sorprendido in fraganti?

—¿No es asunto mío decir que te he visto cogiendo monedas de la caja de caudales? —preguntó asombrada por su propia audacia.

William se volvió de nuevo y se acercó a la mesa con los puños cerrados y el rostro encendido de furia.

—¿Esa es tu respuesta? —se oyó decir Anna a sí misma. Cada músculo de su cuerpo quería echar a correr, pero se mantuvo firme—. ¿Quieres pegarme?

Por un momento William pareció quedarse petrificado, con los puños todavía en alto, pero luego dejó caer los brazos

a los lados, con una expresión confusa en el rostro, y Anna se dio cuenta de que esta era de total consternación. Se desplomó en una silla, enterró la cabeza en las manos y lanzó un fuerte gemido.

—¡Dios santo! —murmuró—. ¿Por qué no se lo dices al mundo entero? Estoy acabado de todos modos, así que, ¿qué más da?

Anna se alarmó aún más cuando vio que le temblaban los hombros, encorvados hacia delante.

La imagen la dejó estupefacta: ¿William, el hombre sofisticado y duro, rompiendo a llorar delante de ella? Ahora le resultaría fácil huir si quería, pero ¿qué obtendría con eso? Había olvidado su propósito inicial; ahora, lo que realmente le producía curiosidad era saber qué era lo que le estaba causando a William una angustia tan intensa y cuál era el motivo que lo había llevado a sacar dinero de la caja esa noche. Acercó una silla a él y esperó a que se calmara su llanto.

William levantó la vista con los ojos vidriosos y enrojecidos.

—Por el amor de Dios, ¿por qué sigues aquí? Te dije que te volvieras a la cama —insistió limpiándose la cara con la manga del camisón.

—Estoy preocupada por ti, primo —le dijo.

—No es nada que deba preocupar a esa cabecita tuya.

Anna hizo caso omiso de su desdén.

—Pero el caso es que sí me preocupa. Lo he visto en tu cara estas últimas semanas. Y también te ha llevado al robo, si no me equivoco. Así que, como miembro de la familia, lo cierto es que me preocupa bastante.

William se irguió, con el rostro pétreo, y trató de mirarla a la cara.

—A menos que... —añadió ella en voz baja— quieras que se lo pregunte al tío Joseph.

Dejó los dedos en el regazo.

—¿Cómo sé que no me descubrirás de todos modos?

—Te doy mi palabra, William. Y haré lo que pueda para ayudarte —contestó ella—. Aunque parezca que no me tienes en mucha estima.

William suspiró profundamente haciendo parpadear la vela.

—Debo dinero —empezó—. Y si no lo devuelvo, emitirán una orden judicial para llevarme ante los tribunales. Podría terminar en prisión a causa de mis deudas.

—¿Cuánto dinero?

—Casi doscientas libras.

Anna sintió que la cabeza le daba vueltas.

—¡Doscientas libras! Una pequeña fortuna. ¿Cómo...? —empezó a decir.

—Por el juego. Soy un idiota. Fue Charlie quien me metió en esto y luego una cosa llevó a otra. Pensé que, con una sola racha de suerte, podría liquidar mis deudas y no volver a contraer ninguna de nuevo. Pero no funciona así y ahora algunas personas muy poderosas están decididas a destruirme, a menos que pague a finales de esta semana. Sinceramente, no sé qué más hacer.

Anna se quedó pensativa un momento, sopesando las posibilidades.

—¿No sería mejor confiar en tu padre y pedirle que te preste el dinero? Puedes pagarle una determinada cantidad cada semana.

—¿Es que todavía no has visto cómo es mi padre? —se burló William—. Si se enterara de que tengo problemas con

el juego, me echaría de casa.

—Él tampoco es ningún modelo de virtud —contestó—. ¿Qué me dices de esa seda francesa importada de forma ilegal?

William abrió los ojos como platos.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—No importa. Simplemente, lo sé.

Se produjo otro largo silencio antes de que empezara a hablar de nuevo en voz baja.

—El caso es que fui yo quien encargó esa seda. Fue otro intento de pagar mis deudas y se suponía que mi padre nunca debía llegar a enterarse, pero se descubrió y la cosa salió horriblemente mal. Desde entonces ha estado cubriéndome las espaldas para intentar sacarme del atolladero.

Ahora le tocó el turno a Anna de quedarse estupefacta. ¿William había puesto en peligro la reputación de su padre, el negocio y a toda la familia solo para alimentar su afición al juego? Ahora comprendía perfectamente por qué había estado tan malhumorado los últimos días. Era una situación verdaderamente espantosa.

—¿No tienes amigos que te puedan prestar dinero? —Seguía sin gustarle aquel hombre y nunca le perdonaría sus actos, pero no podía dejar de sentir pena por la situación tan lamentable en la que se había metido—. ¿No puedes pagar la deuda a plazos, unas pocas libras cada semana?

William lanzó una carcajada áspera y despectiva.

—¿Qué es lo peor que podría pasar si no pagas?

—Me darán una paliza, tal vez incluso de muerte. Al menos con eso es con lo que me han amenazado.

—Sin duda, el tío Joseph se daría cuenta si desaparece

dinero de la caja, ¿no es así?

—Puedo cubrirlo con ajustes contables, hasta que pueda pagarlo.

—Pero no jugando otra vez... Dime que no volverás a correr ese riesgo.

—Puede que sea un idiota, pero ya he aprendido la lección, de eso puedes estar segura —dijo mirándola a los ojos por primera vez—. No, pagaré un poco cada semana, y nadie lo sabrá jamás.

No quería saber qué significaba «ajustes contables» y tampoco quería que pareciese que excusase su conducta y falta de honestidad, pero empezaba a comprender que, si no se lo decía al tío Joseph, aquello podía ser la única manera de que William evitase que lo matasen de una paliza. Anna sintió un escalofrío involuntario.

—¿No le dirás esto a nadie, Anna? ¿Puedo confiar en ti?

—No mencionaré nada de esto a nadie, con dos condiciones. Primero, que no menciones tú tampoco que me has visto aquí esta noche y, en segundo lugar, que aceptes ayudarme con el propósito con el que he venido aquí.

—¿Y cuál es ese propósito?

Haciendo acopio de valor, Anna respondió:

—Quiero aprender cómo se plasma un diseño de seda sobre un tejido, y qué es lo que lo convierte en un buen diseño.

—¿Puedo preguntarte por qué quieres saber eso?

—No puedo decirte por qué —dijo—, salvo que siento cierta afición por el dibujo y la pintura y ahora que vivo rodeada de seda y tejidos, ese mundo ha despertado mi interés.

El color había vuelto al rostro de William y Anna vio que,

por una vez, su primo no la miraba con una sonrisa burlona de desprecio, sino con una sonrisa sincera, una sonrisa de respeto.

—¿Y quieres mirar esos diseños esta noche?

—¿Por qué no? Estoy despierta y disponemos de este sitio solo para nosotros.

—De acuerdo, te los enseñaré —dijo él.

Se desplazó rápidamente por la habitación, encendiendo tres velas más y sacando varios libros de muestras de la sala de exposición. Durante la siguiente hora cumplió su palabra, explicando todo lo que sabía sobre el arte y el diseño de la seda. Le enseñó que, al desplegarse, cada doble página contenía una copia del diseño original, el papel cuadriculado coloreado y una muestra de la tela acabada, junto con instrucciones escritas sobre el color, el hilo y el tejido.

—En primer lugar, el diseño original se pasa a estos pequeños recuadros y cada uno se colorea de forma que represente el patrón el dibujo que crearía cada uno de los movimientos de los hilos de urdimbre, los que van a lo largo —explicó. Describió cómo el tipo de tela determinaba el número y la proporción de hilos de urdimbre y trama—. Por ejemplo, el raso tiene más hilos de urdimbre que la popelina, y cada color requiere una lanzadera diferente, así que, cuantos más colores tengas, más complicado será el tejido y, por lo tanto, más caro el tejido acabado —explicó.

Los patrones o dibujos no podían ser más anchos que el ancho del telar, de entre cuarenta y ocho y cincuenta centímetros.

—Y deben repetirse bien en anchura y en longitud —añadió—, para que sea más fácil tejer sin fruncir o sin distorsionar el diseño.

—Son muchas cosas para recordarlas todas... —suspiró Anna.

Tardaría toda una vida en aprenderlo todo.

—Muchos de los mejores diseñadores también son tejedores dijo William—. Pero hay libros sobre el tema. Veré si puedo encontrarte alguno.

Continuó hablando sobre el diseño en sí, sobre la importancia de no tener demasiadas pasadas —«eso es una sola pasada de la lanzadera»— o daría como resultado una sección de tejido «flotante» que lo haría vulnerable a tirones y lo convertiría en «inestable». También le habló de la dificultad de tejer líneas curvas, especialmente curvas poco profundas, «cuando, básicamente, solo tienes hilos que suben y bajan o cruzan», y cómo el sombreado puede requerir habilidades especiales, particularmente en el plano horizontal.

—Es más fácil sombrear con hilos de trama que con la urdimbre —explicó, aunque a ella le costaba comprender exactamente lo que quería decir.

Cuanto más hablaba William, más se convencía Anna de que su propio dibujo sería imposible de tejer. «Todas esas curvas, todo ese sombreado, todos esos colores —pensó para sí—. ¿Sabe Henri lo que tiene entre manos o tendrá que simplificarlo para adaptarse a las dificultades de traducirlo al tejido?»

William cerró el libro y enderezó la espalda.

—¿Suficiente por esta noche?

—Gracias, William —dijo ella.

—No vas a contar, Anna... ya sabes...

—Te doy mi palabra, primo. Pero por favor, ten cuidado. No te metas en líos.

—Te lo prometo —dijo él.

A la mañana siguiente, Anna estaba en el salón con la tía Sarah, tratando de leer mientras luchaba por mantener los ojos abiertos, cuando Betty llegó con el correo.

Las pretensiones de la familia nunca dejaban de divertirla: aparte de la cocinera diaria, Betty era su única sirvienta, por lo que se esperaba de ella que se comportara como mayordomo, lacayo, doncella y sirvienta, todo a la vez. Sin embargo, ella parecía encajarlo con admirable buen humor.

—Una carta dirigida al señor y la señora Sadler, y una para usted —dijo ofreciéndole la bandeja de plata a la tía Sarah con una reverencia—. ¿Quiere más té, señora?

—No, puedes llevarte la bandeja, gracias.

La tía Sarah la despidió con un ademán de muñeca y cogió el abrecartas de marfil.

La primera, extraída de su sobre con gran ceremonia, era la invitación formal a la cena de otoño de la Company of Mercers que se celebraría la semana siguiente, el acontecimiento objeto de discusión en la visita a los Hinchliffe. Sarah examinó durante unos minutos la gruesa tarjeta de bordes dorados con letra cursiva también dorada antes de pedirle a Anna que la colocara en la repisa de la chimenea.

—No, no, querida. En el medio, donde todo el mundo pueda verla —dijo lanzando un suspiro ante la incapacidad de su sobrina de apreciar la más simple de las sutilezas sociales.

Anna no había vuelto a oír hablar de la seda francesa desde la noche del incidente con las piedras. Tal vez, pensó, aquella invitación era una indicación de que todo se había solucionado, cosa que esperaba sinceramente.

—Tu tío y yo seguramente ocuparemos un puesto muy ventajoso en la mesa, porque el señor Sadler es candidato a ostentar el título de administrador principal el próximo año. Es muy respetado, ya lo sabes, y es el puesto de mayor prestigio de la compañía. —Sarah se abanicó la cara con el sobre—. Ay, querida, me llena de orgullo cuando lo pienso... Y tendré que lucir mi mejor aspecto a su lado. Tengo que encargarme de un vestido nuevo a miss Charlotte cuanto antes.

Cogió la segunda carta.

—¡Y esta es de la querida Augusta! —exclamó desplegando la nota doblada y leyendo en voz alta—: «Ahora que ya hemos regresado de Bath, Charles, Susannah y yo estaríamos encantados de recibir a miss Sadler y miss Butterfield para tomar el té mañana por la tarde». ¡Qué generoso por su parte! ¿Has oído eso, Anna? Charles se reunirá con nosotras otra vez. Es una excelente noticia. Quedó prendado de ti la última vez que lo vimos.

—Es sin duda un joven muy agradable —dijo Anna recordando el rostro cadavérico y su nuez, moviéndose de forma angustiosa en su garganta.

—Me muero por que me cuenten todo de su estancia en Bath continuó Sarah—. Y si Susannah ha sido presentada a algún joven adecuado. Ah, y me pregunto si se reunieron con el señor Gainsborough para hablar sobre el retrato del señor Hinchliffe. Eso me interesa muchísimo. De hecho, también yo me he planteado si no deberíamos encargarnos de uno, para que pinte a tu tío engalanado con su traje de administrador principal.

Anna conocía de sobra la reputación del señor Gainsborough, quien había hecho retratos de muchos miembros de la pequeña nobleza, y dudaba que su tía tuviera idea de lo mucho que podía llegar a costar semejante retrato. Pero la posibilidad era ciertamente intrigante: la oportunidad de conocer al famoso pintor o incluso de verlo

trabajando, sería una oportunidad extraordinaria. Había visto reproducciones de su obra en revistas y a pesar de que el retrato como variante pictórica no ofrecía ningún interés para ella, las representaciones de la naturaleza en los fondos de sus cuadros —sobre todo aquellos maravillosos árboles y cielos— eran insuperables.

Sarah estaba leyendo el resto de la carta: «Recordando el interés de miss Butterfield por la botánica, también he dispuesto que el artista señor Ehret nos visite al mismo tiempo. Esperemos que el clima clemente nos permita a todos ver el jardín del señor Hinchliffe».

—Qué detalle. Estoy segura de que eso nos va a gustar mucho...

Sarah no parecía muy convencida, pero Anna estaba desbordante de entusiasmo: ¡Georg Ehret, uno de los más célebres maestros de la ilustración botánica! Y ella iba a conocerlo al día siguiente... Se moría de ganas de que llegase mañana.

El día siguiente amaneció gris y lluvioso, y Anna pasó la mañana mirando al cielo con ansia, tratando de detectar cualquier indicio de que las nubes se dispersaban. Tenía un nudo en el estómago a causa de los nervios.

Por fortuna, para cuando llegó el carruaje, el cielo parecía empezar a despejarse, y el sol se asomaba tímidamente a través de un delgado velo de niebla. Anna se llevó consigo dos cuadernos de diferentes tamaños y unos cuantos lápices recién afilados. Ni siquiera el incesante parloteo de Lizzie durante todo el viaje pudo mitigar la mezcla de ansia y entusiasmo que sentía.

El señor Ehret ya estaba allí cuando llegaron: un hombre alto, delgado y de mediana edad, con una nariz prominente y

unos labios carnosos, con una peluca bien empolvada y vestido sobriamente con chaqueta negra y chaleco. Calzaba los zapatos negros más brillantes que Anna había visto en mucho tiempo.

Cuando entraron, el hombre se puso en pie de un salto, entrechocó los talones y, en respuesta a las presentaciones de la señora Hinchliffe, hizo una breve reverencia formal a cada una de las llamas, repitiendo, con un ligero acento, cada vez: «Encantado, señora...»

—Nuestra amable anfitriona me ha comentado que usted también pinta, miss Butterfield —le dijo—. Me ha dicho que le interesa el dibujo botánico.

—Solo soy una pintora aficionada, señor. Sin embargo, he visto su trabajo y es un honor para mí conocerle.

—¿Tiene la bondad de sentarse conmigo para que podamos hablar de pintura? —dijo dando unas palmadas a su lado, en la *chaise longue*. Miró hacia la ventana—. Si el sol decide concedernos esa gracia, podemos dar un paseo para admirar las hermosas plantas de la finca del señor Hinchliffe.

La conversación formal se vio interrumpida por el ofrecimiento de té y pasteles, seguido de varias insistencias y negativas corteses. Cuando ella y el señor Ehret callaron, Anna dirigió su atención al otro lado de la mesa de té, donde Susannah y Lizzie parecían haberse convertido en muy buenas amigas. Lizzie se interesaba por las clases de entretenimiento que había disfrutado la familia en Bath.

—¿Cuántos bailes dices que te pidió?

—Cinco, incluyendo el último.

—Ah, pues debe de estar muy enamorado de ti. ¿Es maravillosamente guapo?

—Alto y delgado, con los ojos marrones más oscuros imaginables. —Susannah bajó la voz mirando al otro lado de

la mesa para asegurarse de que su madre no la oía—. Trabaja en la guardia.

—¿Es de los que llevan esas preciosas chaquetas rojas?

Susannah asintió con la cabeza y se ruborizó.

—Oh... Qué suerte tienes... —suspiró Lizzie—. Qué ganas tengo de cumplir dieciocho años.

—Debes venir con nosotros a Bath el próximo verano.

Lizzie miró a Anna.

—¿Y podría venir mi prima?

Susannah rio alegremente.

—¡Por supuesto! Cuantos más mejor. Lo pasamos muy bien.

Anna se obligó a sonreír. Por lo que había oído, la temporada de verano en Bath era un mercado donde las madres hacían desfilas a sus hijas delante de sus potenciales pretendientes, como ganaderos mostrando sus ovejas o el ganado a compradores de carne. Solo de pensar en ello sentía escalofríos.

La conversación animada e informal entre Lizzie y Susannah no hacía más que resaltar sus diferencias con ellas: su entusiasmo compartido por la moda, el baile y los posibles maridos era un mundo muy alejado de sus propios intereses, más centrados en el arte, la literatura y en cómo era el mundo. La hizo sentirse más extraña aún que nunca.

Finalmente, terminaron los formalismos y, cuando salieron al jardín, el sol corrió a saludarlos. Tras perder el valor en el último momento, Anna se dejó la cesta con el cuaderno de dibujo y los lápices en la casa.

El jardín era mucho más amplio y extenso de lo que ella

esperaba, oculto por los cuatro costados detrás de altas paredes de ladrillo. El desfile de mujeres, seguidas por el señor Ehret, recorrió los caminos de grava entre los amplios rectángulos, exclamando y suspirando sobre una flora que, ya a principios de septiembre, era una exhibición colorida de margaritas, dalias y rosas tardías, además de otras frondosas plantas que Anna no supo identificar.

—Mi querida Augusta, verdaderamente, es un espectáculo que levanta el alma —exclamó la tía Sarah—. Qué suerte tienes de disponer de un terreno tan extenso para tu colección de plantas. En Spital Square tenemos un pequeño espacio al aire libre, pero su tamaño es tan reducido que casi no merece la pena el esfuerzo de plantar nada en él.

Al fondo del jardín, el camino zigzagueaba entre una hilera de árboles de espaldera cargados de manzanas rojas y doradas y conducía a una hermosa pérgola cubierta de parras de uva que daba sombra a tres bancos de piedra. Anna se las ingenió para sentarse de nuevo junto al señor Ehret, quien de inmediato empezó a examinar las hojas de la parra, que ya empezaban a adquirir las tonalidades del otoño.

—¿Lo ve, miss Butterfield? —dijo arrancando una hoja—. ¿Ve cómo el tallo ya ha empezado a teñirse de rojo por la zona del peciolo y luego de dorado hacia la base de la hoja? —Anna asintió con la cabeza, ansiosa por aprender con sus observaciones—. Y la propia hoja es algo muy hermoso, un estudio fascinante. Los puntos más externos son los primeros en colorearse, y el área alrededor de los nervios lo hace en último lugar —dijo señalando los bordes enrojecidos y el esqueleto dorado de los nervios que salían de donde estaba el tallo.

—Pero todavía hay manchas de verde, entre el rojo y el amarillo —señaló Anna—. ¿Por qué ocurre eso?

—Buena observación, miss Butterfield —dijo Ehret—. Lo cierto es que aún no sabemos por qué sucede eso en algunas

hojas y no en otras. Hay variados y numerosos estudios entre los botánicos para tratar de averiguar cómo y por qué las hojas se tiñen de color y mueren en el invierno. Es uno de los muchos misterios que aún no hemos logrado desentrañar. Mientras tanto, lo mejor que podemos hacer es detallarlo lo más rigurosamente posible. Ese es mi modesto papel en la gran aventura científica.

Sostuvo la hoja a contraluz, bajo el sol.

—¿Ve cómo se filtra la luz de diferentes maneras, en función de la profundidad de color? —dijo él—. ¿Cómo el rojo es casi negro, y el amarillo se vuelve dorado? ¿Y cómo la red de diminutos capilares se vuelve semitransparente?

El experto se inclinó hacia delante para señalar otra hoja, sobre la que todavía caían gotas de lluvia.

—Es fascinante —dijo—. Cada gota de agua actúa como una lupa, de modo que vemos los capilares con mayor claridad aún cuando miramos a través de ella.

Anna estaba cautivada.

—A pesar de las muchas horas que he pasado dibujando, ahora siento que he estado prácticamente ciega —suspiró.

—No se preocupe, querida —dijo él con una sonrisa amable—. Tiene toda la vida por delante, y lo único que tiene que hacer es observar hasta que sienta que conoce cada detalle de cada hoja, cada pétalo, cada tallo. Y entonces debe memorizarlo, y mirar, y mirar de nuevo, y mirar una vez más. Según me han dicho, ya tiene el talento, y veo, por la manera en que escucha que también tiene la pasión de llegar a ser una gran pintora algún día.

Se metió la mano en el bolsillo interior y sacó un pequeño cuaderno de dibujo y un lápiz corto y bien afilado con el que empezó, con trazo seguro, a dibujar en miniatura la hoja con la gota de lluvia.

—El filo serrado de la hoja se hace así... luego hay que sombrear la hoja de este modo para dar profundidad... pero si observamos el revés de la hoja, mire, es mucho más claro... todos los nervios están en la base del tallo, no a la mitad, como con algunas hojas. Y aquí están nuestras gotas de lluvia, dos... no, tres, en diámetro descendente... Ahora mire cómo brilla el papel blanco y cómo refleja la luz del sol... así.

Era una verdadera lección magistral, y Anna sabía que debía intentar comprender y recordar cada palabra. El hombre completó el boceto al fin. Lo firmó con una floritura, lo arrancó del cuaderno y se lo regaló.

—¿Para mí? —dijo ella sonrojándose.

Él asintió.

—No puedo aceptarlo. Es demasiado generoso.

—Pues claro que debe aceptarlo, querida —dijo con la más amable de las sonrisas—. Lo he hecho para usted.

Antes de darle tiempo a seguir poniendo objeciones, un grito estridente los interrumpió.

—¡Ahí estáis todos! Os he estado buscando por todas partes.

—Charles, querido —dijo su madre mientras la figura desgarrada avanzaba caminando por el sendero hacia ellos—. Hemos disfrutado de los rayos del sol con el señor Ehret. Ven y únete a nosotros.

El señor Ehret se puso en pie de un salto a modo de saludo y Charlie se dirigió a las damas para saludar a cada una. Cuando llegó hasta Anna, le agarró la mano una fracción más de segundo, llevándosela a los labios. La joven sintió que su mirada la traspasaba y la dejaba inmovilizada como si fuera una mariposa clavada en el interior de un marco.

—Miss Butterfield, qué placer volver a verla. Por lo que veo, la ciudad la ha tratado bien, porque luce un aspecto aún más encantador de lo que recuerdo. —Se sentó a su lado en el espacio que el señor Ehret había desocupado—. Cuénteme, ¿qué ha hecho desde la última vez que nos vimos?

—No mucho, me temo —respondió ella. Aunque sí habían sucedido muchas cosas, ninguna de ellas debía llegar a oídos de los Hinchliffe—. La ciudad parece estar muy tranquila en agosto.

—En efecto. Todas las personas sensatas se van de la ciudad en verano —dijo él, aparentemente ajeno a la afrenta que podían causar sus palabras—. ¿Y cómo está mi buen amigo William?

—Está bien, creo.

De hecho, en los últimos días había notado que su primo parecía más apagado que nunca. Al principio lo había achacado al problema con sus deudas y al asunto de la seda francesa, pero en la cena de la noche anterior parecía sudoroso y tenía un aspecto un tanto enfermizo, y dejó intacto gran parte del plato. Se había levantado de la mesa temprano, como hacía siempre, pero no había salido corriendo como de costumbre. Ansiaba encontrar la oportunidad de preguntarle si había podido devolver el dinero que había robado de la caja de caudales, pero nunca encontraba el momento adecuado. Antes de poder levantarse también ella de la mesa, Anna lo había oído subir las escaleras hasta su habitación, y no había vuelto a verlo durante el resto de la velada.

—Por favor, dígame que lo veré en el club esta noche. Lo esperamos. Y ¿puedo ir a visitarla a la casa Sadler, tal vez mañana o pasado mañana? —le preguntaba Charlie.

—Eso sería estupendo —contestó ella.

El aire se había enfriado mientras el sol se hundía en el

cielo, y Anna contuvo un escalofrío.

No tardaron en convenir que hacía demasiado frío para seguir en el jardín y entonces la tía Sarah anunció que era hora de irse. Al despedirse, el señor Ehret volvió a hacer otra de sus reverencias formales.

—Ha sido un placer hablar con otra artista como yo, miss Butterfield. Espero que tengamos la oportunidad de hablar más en un futuro no muy lejano.

—Eso me encantaría, desde luego —dijo Anna con las mejillas resplandecientes por el cumplido—. Intentaré practicar lo que me ha enseñado, señor Ehret. Y guardaré su boceto para siempre.

—Querida, no merezco su adulación, pero se lo agradezco de todos modos —respondió con una inclinación aún más pronunciada esta vez.

Charles fue invitado a tomar el té en Spital Square al día siguiente.

Enviaron a Betty a comprar té, leche, pasteles y dulces.

—Niñas, tendréis que preparar el salón para recibir a nuestra visita —les ordenó Sarah—. Aseguraos de que los almohadones estén bien ahuecados y colocad libros y revistas atractivos en las mesas, queridas, para que podamos impresionarle con nuestro amplio abanico de intereses. Suele servir como estímulo para la conversación. Lizzie, por favor, practica tus mejores piezas para clavicordio, por si decidimos que queremos entretenimiento musical.

Cuando Charles llegó, la tía Sarah insistió en que se sentara al lado de Anna y, después de haber terminado el té y soportado otros diez minutos incómodos de conversación cortés, Lizzie se dispuso a tocar el clavicordio y Sarah

recogió su bastidor de bordado y se desplazó a un asiento junto a la ventana.

—No os importa si os dejo a los jóvenes solos para que charléis entre vosotros, ¿verdad? Necesito luz para mi labor de bordado. Prometí que le bordaría este pañuelo a una amiga y no puedo retrasarme.

Anna observó aquellas maniobras con una mezcla de divertido escepticismo e inquietud. Esta era la oportunidad cuidadosamente diseñada que Charlie había estado esperando.

—Miss Butterfield... —empezó a decir.

—Llámame Anna, por favor.

El día que lo había conocido, aquellos ojos, tan próximos a la prominente nariz, le habían parecido harto penetrantes y desagradables, pero su rostro parecía haberse suavizado un poco, sus pómulos ahora más llenos y no tan amarillentos.

—Anna. Me complace enormemente la oportunidad de conocerte un poco mejor, pero mi visita guarda relación con un propósito adicional: el sábado mi familia y yo asistiremos al baile anual de otoño en los Inns of Court y sería un inmenso placer si pudieras acompañarnos.

Anna sintió que el rubor se extendía por todo su pecho, tan vulnerablemente expuesto por el escote de su vestido, y le subía por el cuello hasta impregnarle las mejillas. A pesar de sus celos, le halagaba que Charles sintiera tanto aprecio por ella como para invitarla a un evento tan importante, en los Inns of Court, nada menos. Pero ¿un baile? Cuando comprendió las implicaciones de aquello, empezó a sentir verdadero pavor. Había oído hablar de los elegantes bailes de estilo francés que celebraba la gente de la ciudad, pero lo más parecido que había presenciado ella eran las salas de reunión de Halesworth y allí solo se bailaba la polca y otras

danzas más rudimentarias. ¿Cómo iba a asistir a un baile formal con tan poco tiempo de antelación para prepararse? Solo había intentado bailar el minué una vez en su vida, y le había bastado para comprobar hasta qué punto era un baile complejo, cuánta seguridad y elegancia en la ejecución se necesitaban para bailarlo adecuadamente. Iba a hacer el ridículo.

—Pues, yo... —comenzó ella—. Me parece que no... Verás, Charlie... Sin una carabina, mi tío... no creo que...

—El señor Sadler estará perfectamente satisfecho cuando sepa que también estarán allí mi madre, mi padre y mi hermana, ¿no lo cree usted así, señora Sadler?

—Ah, sí, desde luego —respondió Sarah de inmediato. Había estado pendiente de cada palabra, por supuesto, desatendiendo su labor de bordado, con la aguja colgando lánguidamente del hilo—. Estoy segura de que será perfectamente aceptable.

Cuando Charlie se despidió, todo quedó resuelto. Después, la tía Sarah, entusiasmada, la llamó al salón.

—Esta es una oportunidad maravillosa, querida —dijo—. ¡Figúrate, los Inns of Court! Un acontecimiento tan prestigioso... Va a haber tantas personalidades importantes e influyentes... Me alegro mucho por ti. Debemos asegurarnos de que vayas vestida con tus galas más preciadas. Lo mejor será el *robe à la française* en damasco amarillo, ¿no crees? Estás radiante con ese vestido. Pero necesitarás ropa de abrigo para el camino, empieza a refrescar por las tardes. ¿Una capa? ¿No? ¿No tienes capa? Cielo santo, tenemos que hacer que miss Charlotte se ponga manos a la obra inmediatamente.

La tía Sarah empezó a abanicarse tan violentamente con su bastidor de bordado que la aguja salió disparada del hilo y voló por los aires hasta el otro extremo de la habitación.

—Charles es un joven encantador, ¿no crees? Y con un gran porvenir. Un abogado, ¿te imaginas? Los abogados siempre tienen trabajo. Te tendremos la vida solucionada para finales de año, querida, te lo prometo. Ay, qué ganas tengo de contárselo a tu padre...

Anna sintió que el corazón le daba un vuelco, pero se mordió la lengua. Debía escribirle de inmediato, antes de que su tía pudiera hacerlo. Ella no quería que nadie le «solucionara» la vida, como si fuera un negocio. Quería enamorarse.

12

Sed cautos y discretos en todos los asuntos en materia de disputa entre terceros. Porque el que sopla las brasas en las peleas con las que no tiene nada que ver, no tiene derecho a quejarse si las chispas le alcanzan el rostro.

*Consejos para
aprendices y oficiales,
o Guía segura para
granjearse una buena
estima y un buen
patrimonio*

Fue a mediodía, en la pausa para almorzar tras detener el funcionamiento de los telares, cuando oyeron por primera vez el bullicio de las voces, como truenos lejanos, retumbando sobre los tejados y reverberando por las calles.

—¿Qué es eso?

El aprendiz, Benjamin, se levantó de un salto y se dirigió a la ventana. Al abrirla, el ruido se amplificó convertido en

un rugido por encima del cual se oían gritos individuales, aunque no identificables. Henri, Benjamin y el tirador de lazos se miraron y abrieron los ojos como platos, en una mezcla de curiosidad y alarma.

Miraron hacia la calle. Muchos de los vecinos habían salido a la puerta, y algunos echaban ya a andar hacia el final de la calle, en dirección al origen del ruido. Los tres bajaron por la escalera de mano y luego por los dos tramos de escaleras hasta la planta baja, adelantándose unos a otros a codazos, luchando por ser el primero en llegar. Monsieur Lavalley ya estaba en la puerta.

—¿Qué cree que sucede, maestro? —preguntó Benjamin.

—Se rumorea que los oficiales tejedores van a hacer una marcha al Parlamento hoy, para protestar contra un proyecto de ley que permitirá la importación de sedas extranjeras —dijo—. La compañía ya ha enviado representantes, pero parece que los parlamentarios han hecho oídos sordos a sus demandas, por lo que los oficiales están tomando cartas en el asunto personalmente. Me temo que todo esto podría resultar en enfrentamientos violentos —suspiró—. Lo que no contribuye para su causa.

—¿Puedo ir a ver? —preguntó Henri—. Para poder informar de lo que suceda.

Monsieur Lavalley frunció el entrecejo.

—No puedo detenerte, muchacho, porque ya no eres un trabajador no remunerado y tienes derecho a tu descanso de mediodía, pero debo advertirte que no tienes mi bendición para sumarte a la marcha, por muy persuasivas que sean las exhortaciones de tus compañeros oficiales. Y ten cuidado, porque si hay que guiarse por lo ocurrido en las manifestaciones anteriores, habrá violencia. Sé muy prudente. Asegúrate de que no te hallas en modo alguno cerca de esa clase de estallidos ni junto a cualquier persona

que tome parte en ellos, en especial del grupo Bold Defiance. La guardia los reprimirá sin piedad.

—*Absolument, monsieur* —respondió Henri bajando los escalones de un salto—. Tendré mucho cuidado, y volveré dentro de media hora, se lo prometo.

Al final de la carretera ya veía la multitud bajando por Red Lyon Street, agolpándose en todas direcciones. Era la mayor concentración de gente que Henri había presenciado jamás, y llegaba tan lejos que ni siquiera veía dónde terminaba. «Debe de haber más de dos mil hombres» pensó; hombres con rostros hambrientos, ojos hundidos en la sima de la desesperación. Muchos iban vestidos poco más que con harapos y algunos estaban incluso descalzos. «Qué amarga ironía», se lamentó, tratándose de los hombres que tejían las telas más lujosas de la Tierra.

Le recordaron la época en que él y su madre habían estado a punto de morir de hambre, cómo habían gastado las suelas de los zapatos andando todo el camino hasta Londres y cómo habían ido descalzos hasta que la iglesia francesa los acogió y los vistió. Sin embargo, nunca había presenciado las penurias económicas a esa escala. Era una imagen de vértigo. «Qué protegido he estado —pensó—. Qué afortunado he sido por haber sido acogido por monsieur Lavalley.»

Cocheros, carreteros y vendedores ambulantes protestaban indignados mientras trataban de abrirse paso entre la multitud para llegar al mercado, pero no les servía de nada: la atención de la multitud estaba en otra parte, centrada en un hombre alto y barbudo que gritaba a través de un megáfono en forma de cono desde lo alto de la escalinata de Christ Church.

—No podemos tolerar más retrasos —vociferaba—. Las cartas y las peticiones a través de los canales oficiales no han hecho mella en sus señorías. Parece que les preocupa mucho más cubrir sus propios traseros perezosos... —La

muchedumbre soltó un abucheo en ese momento e imitó una ventosidad—. Y los pechos de sus amantes de finas sedas francesas... —El público lanzó más abucheos, acompañados de gestos vulgares—. Y no tanto acabar con la pobreza de sus propios compatriotas.

Henri examinó la multitud, tratando de encontrar a Guy, hasta que le escocieron los ojos. No había visto a su amigo desde aquella desesperada noche dos semanas antes, pero estaba seguro de que debía de estar allí, en alguna parte. Si no lo veía, temía tener que asumir lo peor.

—Hoy es la apertura del Parlamento, por lo que todos los diputados estarán allí. Pero debe ser una manifestación pacífica, ¿entendido? No habrá golpes ni piedras. Un motín solo serviría para socavar nuestra causa. ¿Tengo vuestra palabra?

El orador fue recompensado con un murmullo de asentimiento, aunque algunos de los presentes portaban palos y estacas, lo que seguramente significaba que estaban dispuestos a pelear. Sus coléricas expresiones y sus murmullos exaltados no hacían más que subrayar sus intenciones, más que obvias.

—Vamos a por esos cabrones.

—Sí, a hacerlos sufrir.

—A demostrarles que ya no pueden tratarnos como a animales.

—Una paga justa por una jornada de trabajo, es lo único que queremos.

—Tienen que detener ese comercio ilegal de seda francesa. Nos está arruinando.

—Nos está matando de hambre.

—Ya basta, no aguantamos más.

—Vamos a decírselo. Alto y claro.

El reloj de Christ Church dio la media. Cuando Henri se marchaba, oyó una voz familiar:

—*Henri, ça va?*

Era Guy, más delgado y desaliñado incluso que días atrás, pero al menos no estaba en la cárcel. Henri corrió hacia su amigo y lo abrazó.

—¿Dónde te habías metido? ¿Acaso la guardia...?

—He estado escondido. Pero ya ha pasado bastante tiempo, así que pensé... —Guy señaló a su espalda—. ¿Por qué no vienes con nosotros?

Henri sentía la atracción de la multitud, la emoción y la camaradería.

—No puedo. No puedo permitirme desobedecer a monsieur Lavallo, no en este momento. Tienes que tener cuidado, Guy.

Guy frunció el ceño con desaprobación.

—¿Vas a poner a tu patrón por encima de tus compañeros de trabajo, a obedecerlo a él, *par le sang de Dieu?*

—No es eso. Ya sabes por qué. Tengo que mantener a mi madre... No puedo permitirme perder mi trabajo.

Los tambores habían empezado a sonar de nuevo, decenas de banderas de colores se izaron en el aire, y la multitud se puso en marcha, presionando hacia delante de forma que Guy se vio arrastrado por ellos.

—*Maudit cadavre pestiféré* —masculló por encima del griterío, colocándose el puño delante de la entrepierna—. ¿Cuándo crecerás y te harás un hombre?

La posada Red Lyon estaba abarrotada de oficiales que habían regresado de la manifestación, con los rostros enardecidos de triunfo y cerveza:

—Había por lo menos tres mil, lo juro.

—Los cordoneros cumplieron su promesa: había varios cuantos centenares, doy fe, engrosando nuestras filas...

Al parecer, solo había habido uno o dos brotes de violencia y los daños se habían limitado a unas pocas ventanas rotas en la Cámara de los Comunes. Cinco hombres habían sido arrestados, aunque tres de ellos habían sido puestos más tarde en libertad sin cargos. A pesar de eso, todos coincidieron en que la manifestación había sido un gran éxito.

—Tenemos a esa panda de engolados muertos de miedo, ¿verdad? se jactaban—. Están tan preocupados que han llamado a los Artilleros.

—Esperemos que ver a todos esos hombres hambrientos mueva al Parlamento a entrar en acción —murmuró monsieur Lavallo con tristeza. Había insistido en acompañar a Henri para recabar información sobre la manifestación, y, según suponía Henri también, para asegurarse de que no se metía en ningún lío—. Algunos ni siquiera pueden permitirse comprar pan. Si esto continúa mucho más tiempo, morirán miles de hambre.

—No pueden permitir que eso suceda, ¿verdad?

—Hacemos lo que podemos en la iglesia, pero la caridad por sí sola no puede hacer frente a ese sufrimiento.

En el camino a casa se encontraron con Guy, quien claramente se había excedido con la cerveza.

—Has tenido un buen día, ¿verdad? —murmuró cruzando la calle hacia ellos—. ¿Cuidando de tu propio culo gordo

mientras arriesgamos nuestros pellejos para apoyar a nuestros amigos?

—Ha sido por culpa mía por lo que no ha podido acompañarte —dijo monsieur Lavallo interponiéndose entre ellos—. No le he dejado porque tenemos un plazo de entrega para un pedido importante y nadie puede permitirse el lujo de rechazar un trabajo. Pero me alegro de saber que la manifestación fue pacífica. Estoy seguro de que tendrá el efecto deseado.

—El efecto deseado, *mon oeil* —murmuró Guy tambaleándose y tratando de enfocar la mirada.

Resopló y escupió una gruesa bola de flema a sus pies, antes de dar media vuelta y alejarse zigzagueando por la calle.

Lo que monsieur Lavallo había dicho no era mentira. Henri y Benjamin habían estado trabajando en un importante pedido de seda para las ricas colonias al otro lado del océano Atlántico. Era un encargo tan prestigioso y el diseño tan secreto que monsieur Lavallo no podía arriesgarse a subcontratar a otros oficiales, lo que significaba que los dos telares de Wood Street funcionaban a pleno rendimiento y que Henri no había podido avanzar en el nuevo diseño de su obra maestra.

Habían transcurrido cinco días desde su encuentro con la joven inglesa, Anna, y ahora le parecía un sueño, irreal e imposible. Sin embargo, se sorprendía pensando en ella la mayor parte del tiempo, deseando volver a estar en su presencia, para oírla hablar con esa franqueza y de esa forma tan directa; para contarle las anécdotas más divertidas de su vida, así como los momentos tristes, para compartir sus esperanzas y sus temores, para hablar de la culpa y el

dolor que sentía por su viejo amigo Guy.

El ansia era aún peor de noche, en la oscuridad, en su jergón. Era entonces cuando se le aparecía otra vez, apoyando la mano en su manga, el calor de su cuerpo trepándole por el brazo y recorriéndole todo el cuerpo. Cuando aquello se traducía en hambre física, se sentía avergonzado, como si estuviera ensuciando su recuerdo, pero no podía resistirse a complacerse con la visión de aquel rostro ante sí.

Con la mañana llegaba la realidad y el convencimiento de que, con toda probabilidad, nunca volvería a hablar con ella. Le había dado su permiso para usar el diseño, y eso era todo. Ella se casaría con un respetable personaje de la alta sociedad y él volvería a coquetear con otras chicas —y volvería a llevarse una decepción tras otra— hasta que pudiera ganar suficiente dinero para conseguir una esposa, probablemente una mujer hogareña que cocinaría y cosería, y cuidaría de él en su vejez.

Seguía sintiendo la misma admiración por el dibujo que el primer día, pero a medida que pasaba el tiempo, empezó a dudar de su habilidad para tejerlo. Le preguntó a su patrón una vez más: ¿era lo suficientemente bueno para una obra maestra? Pero el anciano no cambiaba de opinión.

—Es un dibujo muy bueno —le contestó—. La muchacha tiene un gran talento, pero te corresponde a ti el reto de plasmar ese dibujo sobre un pedazo de seda fina.

Mariette bullía de entusiasmo.

—¡Oh, es divino! —exclamó—. Completamente maravilloso. Lo quiero para mi vestido nuevo. —La joven lo miró con aquellos ojos tímidos y chispeantes—. Ese dibujo no lo has hecho tú, ¿verdad que no? ¿De dónde lo has sacado?

Cuando vio que él no contestaba, ella insistió.

—Dime, Henri. ¿Quién es el extraordinario artista? ¿A

qué viene tanto secreto?

—No puedo decírtelo hasta que termine la pieza —improvisó él—. Pero entonces, te prometo que revelaré el secreto.

—Eres muy cruel. ¡Te odio! —exclamó, y salió del comedor.

Cuando Henri pasó por la sala poco después, oyó el martilleo del clavicordio en las manos inexpertas de Mariette y las muchas notas discordantes que este emitía.

Y entonces se dio cuenta... ¡Por supuesto! ¿Por qué no lo había pensado antes? La única persona en cuyo juicio podía confiar realmente era en miss Charlotte. Ella recibía a una clientela muy exigente todos los días de la semana, en eso consistía precisamente su negocio, en saber lo que estaba y lo que no estaba de moda esa temporada. ¿Acaso no había sido amable con él cuando la había visitado la primera vez? Recordaba sus palabras con claridad: le había dicho que no dudase en volver a visitarla si necesitaba cualquier ayuda adicional, ella estaría encantada de prestársela. Le mostraría a miss Charlotte el diseño y, si le gustaba, eso resolvería la cuestión.

Dos días más tarde, cuando estuvo terminado el pedido para las tres Américas y se hubo recogido las telas de los telares, las embalaron cuidadosamente y las bajaron a la calle por la polea para entregárselas al intermediario. Luego, Henri se pidió la tarde libre. Habían estado trabajando muchas horas para cumplir con el plazo, a menudo a la luz de las velas cuando ya había anochecido, y monsieur Lavalley estaba de buen humor.

—Te has ganado unas horas de libertad, desde luego —dijo, sacando su bolsa—. De camino a casa, cómpranos unos pasteles de carne calientes para la cena y unas botellas de cerveza negra. ¿Y por qué no invitas a Clothilde a cenar con

nosotros? Es momento de celebraciones.

Al salir de la casa, Henri sintió que se le levantaba el ánimo. La perspectiva de una velada alegre, con buena comida y bebidas vigorosas, era muy alentadora, y su madre estaría encantada con la invitación. Desde su separación del viudo, Clothilde rara vez frecuentaba el trato social, y tanto monsieur Lavallo como Mariette le caían muy bien. De hecho, Henri se había preguntado algunas veces si su patrón no habría considerado alguna vez volver a casarse, porque lo cierto es que su madre sería la candidata perfecta: entendía el negocio de la seda, sabía cocinar y llevar una casa y, a pesar de las dificultades y los disgustos que le había dado la vida, había conservado su figura y su atractivo físico. Sin embargo, al parecer, el viejo maestro tejedor aún seguía afligido por la pena. Nunca mostraba el menor interés por otras mujeres.

Subió por Drapers Lane con paso más seguro esta vez. Alertada por el tintineo de la campanilla de la entrada, miss Charlotte apareció inmediatamente por una puerta al fondo de la habitación.

—Monsieur Vendôme —dijo con una dulce sonrisa—. ¡Qué agradable verle de nuevo! ¿Qué puedo hacer hoy por usted?

Henri sacó el dibujo de Anna del bolsillo interior y lo desdobló para depositarlo encima de la mesa, frente a la ventana, alisando los pliegues como pudo.

—¿Qué es esto? —preguntó la modista tomando asiento.

—Es un dibujo de unas flores silvestres, aunque no es mío, *bien sûr* —respondió él—. Creo que podría ser un buen diseño para un tejido de seda, pero me gustaría saber su opinión. ¿Cree que es buena idea?

La mujer inclinó la cabeza sobre el diseño, estudiándolo con mucho cuidado.

—Es un dibujo precioso, con tanto detalle y naturalismo.
—A continuación, mirándolo fijamente con sus oscuros ojos, preguntó—: ¿Puedo preguntar quién es el autor?

Henri se ruborizó.

—Lo siento... No puedo decírselo.

—¡Qué delicioso misterio! —Una mueca divertida afloró a su rostro—. Apuesto a que lo ha hecho una mujer. Pero lo que encuentro de veras fascinante es esto de aquí... — Observó el papel con más detenimiento y recorrió con el dedo el trazo de los tallos curvados de enredadera que cruzaban el dibujo zigzagueando etérea y alegremente y alrededor de los cuales se enrollaban las flores y las hojas—. Me ha recordado algo. Espere aquí un momento, ¿quiere?

Reapareció segundos más tarde con una revista ilustrada en las manos y se sentó, hojeando las páginas hasta encontrar la que estaba buscando.

—Aquí, mire —dijo enseñándole la ilustración.

Se trataba de un aguafuerte en blanco y negro: una colección extraordinaria y aparentemente aleatoria de esculturas clásicas en un extraño paisaje de edificios, paredes y tejados, con dibujos anatómicos de los músculos de la pierna a un lado y libros abiertos al otro. La escena aparecía rodeada por unos recuadros numerados con dibujos de flores, candelabros, caras —algunas muy cómicas—, un torso traspasado por una larga aguja, una falda de mujer que le tapaba las piernas y lo que parecía una serie de corsés de distintas formas curvadas.

—¿Qué es esto? —preguntó Henri—. Nunca había visto nada igual.

—¿Ha oído hablar del artista William Hogarth?

—Por supuesto —dijo Henri—. Monsieur Lavallo tiene un grabado que siempre enseña a los aprendices nuevos: *Los*

aprendices compañeros en sus telares. Su intención es advertirnos sobre los peligros de la ociosidad y la bebida.

—Ese es. Siempre se ha interesado por Spitalfields. Nació en un lugar no demasiado lejos de aquí. Su esposa, Jane, ha sido durante mucho tiempo cliente mía, una mujer encantadora y también pintora, y hace poco tuvo la amabilidad de traerme este artículo de la revista sobre el nuevo libro de su marido, *El análisis de la belleza*.

—Parece complicado.

—Sí que lo es, pero la señora Hogarth trató de explicármelo. El señor Hogarth ha soportado muchas críticas por tener la arrogancia de tratar de definir lo que constituye la belleza y el buen gusto, pero creo que lleva parte de razón: eso es lo que está tratando de ilustrar en este grabado.

—Haré todo lo posible por entenderlo.

—Resumidamente, sostiene que la infinita variedad de líneas curvas en la naturaleza es mucho más agradable para el ojo que las líneas rectas y los ángulos que crean los seres humanos —explicó—. Estas esculturas clásicas están repletas de curvas, porque siguen la anatomía. La naturaleza está llena de curvas, como estas flores. El fabricante de muebles Chippendale lo sabe, aquí están las patas de su silla de madera.

Con creciente entusiasmo, Henri empezó a comprender lo que miss Charlotte estaba tratando de decirle: los tallos curvos de la planta que inundaban el diseño de Anna eran la esencia misma de esa belleza.

—¿Y las líneas curvas de mi dibujo son así?

—Exactamente así —dijo volviéndose hacia los estantes de la pared trasera de la sala.

Regresó con un trozo de tela y desplegó un pequeño

pedazo de brocado de seda brillante, con un patrón de rombos de líneas llenas de diseños florales.

—Esta tela no se distingue en gran medida de su diseño, pero le falta algo —dijo—. Las líneas son rectas, los ángulos son agudos, y contrastan enormemente con la naturalidad de las flores. Su diseño es mucho más agradable a la vista, porque está situado sobre un armazón de tallos curvados de forma natural, lo que el señor Hogarth llamó la curva serpentina.

Henri la miró a la cara y luego volvió a bajar la vista hacia el dibujo, mudo de asombro. Cuando volvió a coger el dibujo, le temblaban los dedos.

—Así que usted piensa... ¿que este dibujo sería la base de un buen diseño para un vestido de seda?

—Creo que sería magnífico. Es diferente a todo cuanto haya visto antes —dijo, y su sonrisa le iluminó las pálidas mejillas.

—Muchas gracias. Me ha hecho muy feliz.

—Es un placer, monsieur Vendôme.

—Por favor. Puede llamarme Henri.

—Si así lo deseas... En ese caso, tú debes llamarme Charlotte dijo ella—. Y ahora que hemos pasado a tutearnos y que no espero a mi próximo cliente hasta dentro de media hora, ¿tomarás una taza de té conmigo?

Lo invitó a entrar en la espaciosa sala de la trastienda, uno de cuyos laterales estaba amueblado como un salón y el otro, decorado con cortinajes de calicó blanco detrás de los cuales se suponía que su clientela podía ocultar su modestia durante las pruebas de los vestidos.

La modista desapareció para poner la tetera al fuego y él se estaba poniendo cómodo en la sala, hojeando los libros de moda que había encima la mesa, cuando oyó el tintineo de la campanilla en la puerta. Masculló una maldición en voz baja: debía de ser algún cliente cuya irrupción sin duda pondría fin a aquella encantadora reunión con miss Charlotte. Tal vez, si ella no lo había oído y él no decía nada, el cliente se marcharía por su propia iniciativa, pero entonces empezó a preocuparle la posibilidad de que el extraño aprovecharse aquel rato a solas para caer en la tentación de coger un poco de tela, un par de guantes o un puño de encaje, y marcharse sin pagar.

—Miss Charlotte —dijo en voz baja—. Creo que tienes un cliente.

La mujer subió corriendo las escaleras, disculpándose, con la respiración jadeante, y fue a la parte delantera de la tienda, cerrando la puerta a su espalda.

—Miss Charlotte, siento mucho llegar tan temprano, el trayecto a pie era mucho más corto de lo que recordaba.

¡Esa voz! Fue como si el corazón de Henri se hubiese detenido.

—¿Está ocupada con algún otro cliente? Le pido perdón. Puedo regresar más tarde si es mucha molestia.

—Por favor, no se preocupe, miss Butterfield. Estaba preparando té para un amigo, pero eso puede esperar. Ha venido a recoger su capa, ¿verdad? Está lista, déjeme ir a buscarla.

Charlotte volvió a entrar en la sala trasera, detrás de las cortinas, y regresó con una capa de terciopelo azul oscuro con un forro de raso de color rubí y un cuello negro de pieles.

—No tardaré ni un minuto —le dijo a Henri cerrando la puerta al salir.

Las voces se oían ahora más apagadas, pero todavía eran audibles. Henri se sorprendió aguantando la respiración mientras escuchaba, ansioso por captar cada sílaba. Anna expresó su alegría por la capa y por lo bien que le sentaba, de modo que felicitó a la costurera. Charlotte sugirió que una estufilla de las mismas pieles en color negro que el cuello podría ser un accesorio útil y, al parecer, le enseñó algunas muestras, porque las dos mujeres se echaron a reír mientras Anna trataba de elegir. Sus risas aññadas sonaban como auténticas explosiones de alegría en sus oídos. Cuánto desearía poder estar allí fuera para compartir su diversión y no estar escondido detrás de la puerta como un ladrón, robando migajas de su presencia a través del sonido de su voz.

—Esta es perfecta. Me la llevo.

—¿Quiere ponerse ya la capa y llevársela hoy, o prefiere que tome nota para que se la entreguen en casa? —preguntó Charlotte.

—Me llevaré la capa, pero no creo que haga tanto frío hoy para llevar la estufilla, ¿no cree? Creo que sería un poco ridículo. ¿Quizás podría envolvermela?

—Por supuesto, lo haré enseguida.

A continuación, siguió un largo y angustioso silencio, seguido de una exclamación de asombro y de la voz de Anna, ahora más tranquila.

—Disculpe, miss Charlotte, perdóneme por la indiscreción, pero ¿podría preguntarle de dónde ha salido esto de aquí?

Siguió una nueva pausa y luego miss Charlotte contestó despreocupadamente:

—Ah, eso. Es un boceto en el que alguien estaba interesado. Quería saber mi opinión sobre él.

Henri sintió que le flaqueaban las rodillas y se apoyó contra la pared, respirando profundamente para tratar de disipar el vértigo que amenazaba con vencerlo. ¡Su boceto! Debía de haberlo dejado en la mesa junto al grabado de Hogarth. ¿Cómo podía haber sido tan descuidado?

—Me resulta muy familiar —oyó decir a Anna—. ¿Puedo tener la osadía de preguntar quién lo ha hecho?

—¿Quiere decir que ha visto antes este diseño?

—En efecto, miss Charlotte. —Al cabo de un momento, Anna se echó a reír—. ¿Puedo confiar en usted?

—Por supuesto.

—Ese dibujo es mío.

—¿Es suyo? Pero ¿cómo...? Quiero decir... ¿dónde...?

—Ahora pertenece a un tejedor francés, monsieur Vendôme. Me pidió permiso para usarlo.

El sonido de su propio nombre alertó a Henri. Se sentía obligado a dar explicaciones a miss Charlotte y a Anna. Durante unos segundos, vaciló, con los dedos en el pomo de la puerta y luego, respirando hondo, abrió la puerta y entró en la habitación.

Allí estaba ella, a escasos pasos de él, más alta de lo que recordaba, resplandeciente con su elegante capa nueva. La mirada de sorpresa en su dulce rostro casi le arrebató el aliento.

—¡Henri! —exclamó Anna—. Quiero decir..., monsieur Vendôme. Es usted.

—*Mam'selle Butterfield*. —Hizo una profunda reverencia, tal como había visto hacer a los caballeros ante las damas de sociedad. Le ardían el cuello y las mejillas. Ella también se había sonrojado, con un rojo casi tan intenso como el forro de su capa—. *Tout le plaisir est pour moi* —empezó a decir, y luego se recordó que debía hablar en inglés—. El placer es

todo mío.

—No sabía que conocía a miss Charlotte —dijo Anna alternando la mirada entre uno y otro con confusión.

—Es una vieja amiga de la familia de mi patrón —se apresuró a explicar—. Me ha sido de gran ayuda —añadió mirando a la costurera, que se había quedado paralizada en el acto de envolver el paquete, con un trozo de cuerda aún en la mano alzada en el aire—. Estaba solicitando consejo a miss Charlotte: le he preguntado si cree que el diseño es bueno para plasmarlo en un vestido de seda.

Anna asintió con la cabeza, satisfecha.

—Ah, ahora todo está más claro.

—Me ha explicado que el autor del grabado, el señor Hogarth, está muy a favor de las curvas. Él dice que son «la esencia de la belleza».

Anna rio de nuevo, haciendo que a él se le acelerara el corazón.

—Pero las mías simplemente son los tallos de la aguileña común dijo—. Solo es un esbozo copiado de la naturaleza.

—Pero con mucho realismo —respondió miss Charlotte—. Esa es una habilidad muy especial.

—Decididamente, mi habilidad se va a poner a prueba —dijo Henri—, para poder hacer lo mismo en el tejido.

—Estoy segura de que, con su experiencia, no tendrá ninguna dificultad —respondió Anna y, por un momento, sus ojos se encontraron exactamente igual que en Christ Church, con una mirada cómplice tan poderosa que parecía como si pudiera ahondar en su alma desnuda.

En esa fracción de segundo, fue como si el resto del mundo se hubiese hundido en la insignificancia.

Miss Charlotte rebuscaba en un cajón detrás del

mostrador.

—Tengo aquí algo que podría inspirarle aún más, monsieur Vendôme —dijo sacando un pedazo de seda y desdoblándolo sobre el mostrador—. Son los restos de un vestido que hice hace mucho tiempo, de seda francesa... importada legalmente, debo añadir.

Era un atrevido diseño de rosas y peonías de grandes dimensiones, estridentes y de colores brillantes, rodeadas por un follaje exuberante en un fondo azul pastel. Los diseños eran poderosamente realistas.

—Ya sé lo que estás pensando —dijo—. Esto se consideraría pasado de moda hoy en día, pero es una muestra de la técnica que los tejedores de Lyon utilizaban en otros tiempos, creo que fue empleada por primera vez por un diseñador llamado Jean Revel, y que les permitió introducir el sombreado. Se llamaba *points rentrés*. ¿Quizás tu monsieur Lavallo la conozca, Henri?

Se acercó la tela de seda para verla mejor, lamentando no llevar consigo la lente de aumento que utilizaban para escudriñar el tejido de las telas. Reconoció la técnica: los hilos de urdimbre y trama de diferentes matices se entrelazaban para crear los delicados y sutiles bordes de las flores y las hojas, en lugar del método más habitual que creaba una línea definida. Lo había visto en los diseñadores de una época anterior, Leman y otros, que había estudiado durante su etapa como aprendiz, pero era evidente que la técnica había sido abandonada cuando la rueda de la moda giró hacia diseños florales más pequeños y no tan llamativos.

Fue como si alguien hubiese accionado una llave y se hubiese desbloqueado el misterio. Lo único que tenía que hacer era averiguar cómo colocar los lazos y los ligamentos simples en el telar para recrear la innovadora técnica de Revel a una escala mucho menor, lo que reproduciría los efectos de sombreado a lápiz de Anna.

—Miss Charlotte, *vous êtes merveilleuse* —dijo—. Has solucionado mi problema.

—¿Qué es lo que has visto? —dijo Anna—. Explícate.

—Lo haré lo mejor que pueda —respondió Henri.

—Entonces, vamos a escucharte con mayor comodidad —sugirió miss Charlotte—. Miss Butterfield, estábamos a punto de tomar el té en el salón. ¿Tiene unos minutos para sumarse a nosotros?

Ninguna joven debe acudir a un baile sin la protección de una mujer casada o un caballero de edad.

El libro de los buenos modales para damas

Mi querido padre:

Hoy ha sido el día más feliz de toda mi estancia en Londres hasta el momento, porque he hecho una amiga. Su nombre es Charlotte y es modista o, de manera más precisa, debería llamarla costumière, porque eso es lo que hoy escrito en el cartel de la puerta de su tienda. Ha confeccionado todos mis vestidos con verdadera maestría, y hoy he recogido una capa de terciopelo maravillosa con cuello de piel y estufilla a juego. ¡Voy a ser la muchacha más abrigada de la ciudad!

Realmente es una persona admirable, es una mujer independiente y está soltera, por lo que he podido ver, y dirige

lo que parece ser un negocio con mucho éxito ella sola. Hoy, cuando he ido a recoger la capa, me ha invitado a tomar el té y hemos mantenido una deliciosa conversación sobre arte y moda.

Lo que más admiro es que a ella parece traerle completamente sin cuidado el estatus social. A pesar de estar en el mundo del «comercio», como diría la tía Sarah, Charlotte habla con todo el mundo: con la gente de la alta sociedad y con el pueblo trabajador, hombres y mujeres, tratándolos siempre de la misma manera, directa y con franqueza, y sin mostrarse condescendiente o servil. Es como si, para ella, todas las clases sociales y ambos sexos fueran exactamente iguales. ¡Qué maravilloso sería si se nos tratara así a todos!

Por favor, no les menciones nada de esto a los tíos, pues estoy segura de que no lo aprobarían. Pero es que estoy tan encantada con la velada que he pasado que, simplemente, tenía que compartirlo con alguien.

Ah, y seguramente la tía Sarah te escribirá sobre una invitación que he recibido para ir a un baile en las Inns of Court, con un joven llamado Charles Hinchliffe, un abogado. Ella piensa que es la pareja perfecta para mí. Es un joven interesante, pero no siento una gran sintonía con él, así que, aunque ella está muy entusiasmada con la idea, no compartas tú también la misma expectación acerca de novedades en ese terreno en un futuro próximo.

Dale un fuerte abrazo a Jane y dile que le escribiré de nuevo muy pronto.

Tu querida hija,

Anna

Estás muy callada esta noche, Anna —comentó Lizzie—
-E durante la cena.

—Esta noche tienes más color en las mejillas, sobrina. ¿Has recibido alguna buena noticia de tu familia, tal vez?

Anna logró esquivar sus preguntas sin mentir.

—Es que estoy tan contenta con mi nueva capa, querida tía, así como con la estufilla, que no puedo evitar sonreír todo el tiempo. Muchas gracias por tu enorme generosidad.

Su carta solo contaba una parte de la historia, por supuesto: su alegría era doble. Ciertamente, le había gustado conocer mejor a Charlotte, y sentía un respeto cada vez mayor por su forma de vida, tan independiente, por la seguridad en sí misma que irradiaba y por la fuerza de su carácter. Desde luego, le gustaría contarla entre sus amigas, aunque no tenía idea de si el sentimiento era recíproco.

Pero en su mayor parte, la alegría de Anna, la que la hacía sonreír sin motivo aparente y lo que le cortaba el aliento cada vez que pensaba en ello, se debía a la casualidad de haberse encontrado allí con Henri. Lo interpretaba como un regalo inesperado y maravilloso, la oportunidad de conversar con naturalidad con él, como un igual, sin culpa ni miedo de ser descubierta.

El contenido de esa conversación había sido fascinante y

desafiante: comenzaron con una discusión sobre *El análisis de la belleza* de Hogarth, y Charlotte dio su opinión acerca de cómo podría aplicarse al mundo de la moda. A continuación, Henri explicó el concepto de los *points rentrées* y cómo esperaba organizar su telar para conseguir trasladar al tejido todo el realismo de su esbozo. Cuando Anna se atrevió a mencionar al señor Ehret, ambos dijeron haber oído hablar de él, y estaban muy impresionados de que Anna hubiese tenido la oportunidad de hablar sobre dibujo botánico con un maestro tan respetado.

Durante toda la conversación, Anna se esforzó por apartar los ojos de la cara de Henri. Simplemente la cautivaba por completo: el intenso castaño de sus ojos, su piel aceitunada y su inglés entrecortado, su modestia y su sentido del humor. Le fascinaba la amplitud de sus conocimientos y la evidente confianza al hablar de su trabajo.

Cuando hablaba de su maestro tejedor y de su madre viuda, lo hacía con tanto cariño y respeto que Anna sintió ganas inmediatamente de conocerlos, para decirles lo afortunados que eran de tener a aquel joven en sus vidas. Ahora sentía su ausencia como un dolor casi físico y ansiaba verlo de nuevo, para saber más cosas de él y compartir más aspectos de sí misma con él.

Y, sin embargo, recordó con súbita y desagradable aprensión que, en realidad, esa amistad entre ellos no tenía futuro. Estaba allí en Londres para encontrar un marido rico y era una locura fantasear con un pobre artesano tejedor de seda, y francés, además. Por otra parte, a ojos de su tía estaba prácticamente comprometida con Charlie Hinchliffe. Sarah estaba convencida de que la invitación al baile, que debía celebrarse en tan solo tres días, era una declaración de intenciones, y que pronto seguiría una propuesta de matrimonio. Anna era incapaz de decidir cuáles eran sus

sentimientos ante semejante perspectiva.

Una parte de ella se sentía halagada porque sin duda, Charles era lo que su tía llamaba «un buen partido». En poco tiempo, seguramente sería un hombre de posibles, siempre que pudiera controlar su afición al juego, capaz de mantener a su esposa y sus hijos con bastante comodidad. Pero, por mucho que intentase que esa imagen la tranquilizase, lo cierto era que no podía imaginar alegría alguna en esa vida. Ella se convertiría en una señora de su casa y en una elegante dama, un adorno en la vida de Charles para deslumbrar a los ricos clientes de este y ayudar a su ascenso en la sociedad. ¿Cómo podía una mujer soportar una existencia tan inútil?, se preguntó suspirando. Sin duda, ella moriría de aburrimiento al cabo de solo un año.

Pero ¿qué otra cosa podía hacer una mujer, cuando los hombres parecían tener todo el poder y manejar todos los hilos? Si al menos tuviera alguna habilidad con la que ganarse la vida, como miss Charlotte... Pero aparte de llevar la casa, hacer la colada y cocinar, no tenía ningún otro don, ¿y quién quería ser un ama de casa el resto de su vida? Podía pintar, por supuesto, y mejorar su técnica con el clavicordio, pero no podía ganarse la vida con esas aptitudes excepto tal vez convirtiéndose en una institutriz, y esa siempre le había parecido una existencia triste y solitaria. Se sentía como un: ratón atrapado en una jaula, desgarrando desesperada e inútilmente las paredes de malla de alambre, negándose a aceptar lo inevitable.

Al no encontrar solución, decidió arrinconar el problema en su mente y concentrarse en cuestiones más atractivas.

Para empezar, tenía que abordar los defectos en el dibujo de Henri. En la tienda de Charlotte, lo había visto con ojos nuevos y había sido dolorosamente consciente de sus deficiencias. Era un dibujo muy rudimentario, obra de aficionados, descuidado y ejecutado apresuradamente.

Advirtió de inmediato sus defectos artísticos, la falta de simetría, el contorno poco realista de las hojas, el ancho de los tallos, igual en toda su curva desde el pie hasta la parte superior de la página, sin estrecharse como lo harían en la naturaleza. Podría haber sido mucho mejor si hubiera puesto en práctica los consejos que el señor Ehret le había dado.

Antes de salir de la tienda de miss Charlotte, le había preguntado a Henri si le permitiría trabajar más a fondo en el dibujo, para hacer las figuras florales aún más realistas, tal vez incluso para añadir un poco de color. Él había contestado que el dibujo estaba perfecto tal y como estaba, pero luego había accedido, siempre y cuando ella no lo cambiara demasiado. Anna prometió darle una nueva versión esa misma semana.

Al día siguiente, después del desayuno, se retiró a su habitación y se sentó a la mesa junto a la ventana, tratando de recrear el dibujo. Con cada intento, la confianza en su pericia disminuía. «¿Qué rayos me pasa? —se reprendió arrugando otra hoja de papel desperdiciada hasta hacer una pelota y arrojándola contra la pared—. No tengo ningún talento, ni inspiración, ni habilidad. Qué desastre. Es imposible.»

Se arrojó sobre el colchón y cerró los ojos. Una secuencia de imágenes desfiló por la parte interior de sus párpados: las líneas y las curvas que fluían del lápiz del señor Ehret, las relucientes gotas de lluvia y las sombras rojas y naranjas que se derramaban sobre las hojas de otoño. Estaba en el jardín de los Hinchliffe, de nuevo con la voz de Ehret hablándole al oído y exhortándola a «mirar, mirar y mirar de nuevo».

Las campanas de Christ Church, anunciando el mediodía, la despertaron de su ensueño. Se dio cuenta de lo que había estado haciendo mal, y lo que tenía que hacer ahora.

Después del almuerzo, le pidió a Betty que la

acompañara al mercado. Allí volvió al puesto de flores, aliviada al descubrir que en lugar de la mujer de rostro rubicundo ahora había un hombre, y gastó casi dos chelines en un ramillete de lavanda, lupino de árbol amarillo, acebo de mar y brezos de diferentes colores. A su regreso a casa, se llevó a su cuarto una jarra grande de agua e hizo un arreglo con las flores que le levantó el ánimo, pues le recordaba las postrimerías del verano en su pueblo junto al mar.

«Ahora puedo hacer justicia a los consejos del señor Ehret», se dijo.

Al final del día siguiente, a pesar de las frecuentes interrupciones de Lizzie, ya había recreado su dibujo original con la sinuosa celosía de tallos de aguileña, pero con mucho más detalle en las representaciones botánicas: los nervios de las hojas, las sombras en un pétalo rizado, los capullos de flores y otras en plena floración, flores marchitas y arrugadas, cayendo mientras se desvaía su color, gotas de agua congregadas en la base de un tallo. Incluso un pequeño escarabajo negro que descubrió en el arreglo de flores quedó inmortalizado en la versión final del dibujo.

A continuación, aplicó las acuarelas, usando su vieja caja de pinturas traídas de Suffolk y, cuando estas se hubieron secado, añadió sombra con tiza y repasó algunas de las líneas con tinta para dar mayor énfasis.

Apoyó la pintura acabada en la cómoda y se sentó en la cama para estudiarla desde mayor distancia. «Es muy bueno —pensó para sí—. Mucho mejor que el anterior, el color y el sombreado dan más profundidad y realismo.» Satisfecha al fin con el resultado, lo enrolló en un cilindro, envolvió otra hoja alrededor para protegerlo y adhirió una etiqueta con el nombre y la dirección de Henri. Ahora solo tenía que encontrar una forma de conseguir que llegara a su destinatario sin preguntas incómodas.

El día del baile en los Inns of Court se acercaba y Anna había comenzado a preocuparse por su falta de dominio de las técnicas de baile. En la biblioteca de la familia había descubierto un libro titulado *El arte del baile* y había hecho todo lo posible para seguir los complicados diagramas que mostraban, a través de una serie de líneas curvas y de flechas, el sentido en el que debían ir los pies. Pero, sin la música, le resultaba imposible dominar los tiempos o el ritmo, o, incluso, lo que debían hacer sus brazos y piernas. Cada vez que lo intentaba, la tarea parecía más desesperante. Aunque no podía admitir sus fracasos, parecía que no iba a tener otro remedio.

—Tenemos que asegurarnos de que estás preparada para el baile, querida sobrina —declaró la tía Sarah aquella tarde—. ¿Estás familiarizada con el estilo francés en materia de danzas, querida?

—Me temo que no, tía. No sé absolutamente nada de bailes.

—Entonces me pondré en contacto con un maestro de baile enseguida. La señora Hinchliffe recomendó a un instructor excelente que enseñó a Susannah con bastante éxito. Pediré sus servicios, con un acompañante de clavicordio, para mañana y el viernes por la mañana.

—Dijiste que yo también podía tomar lecciones de baile —gimoteó Lizzie—. No falta mucho para que me inviten a un baile, y también yo debo estar preparada, desde luego.

—Puedes observar y aprender, Lizzie —dijo su madre con firmeza—. Cuando llegue el momento, concertaremos unas clases especialmente para ti, pero por ahora la prioridad es asegurarnos de que Anna sea presentada en sociedad con el mayor de los éxitos, ¿no es así, señor Sadler?

El tío Joseph gruñó en el interior de su copa de burdeos.

«Monsieur le Montagne» consiguió mantener el acento francés durante la mayor parte de la clase de baile, y solo se pasó a su *cockney* natal cuando la ineptitud de Anna lo llevó al borde de la frustración. No era un hombre atractivo, llevaba peluca blanca y lucía un exceso de colorete en las mejillas —«un auténtico dandi inglés», observó Lizzie—, y vestía una chaqueta de seda y unos calzones con unas medias blancas ligeramente sucias. Pero se conducía con modales exquisitos y era extremadamente profesional en su trabajo.

—Para el minué, tenemos que trazar un hermoso dibujo en el suelo con los pies, miss Butterfield, así —dijo enseñándose.

Habían apartado las sillas y enrollado la alfombra en el salón, dejando al descubierto los agrietados tablones del suelo, cuyo lamentable estado convertía en harto peliaguda la tarea de «trazar un hermoso dibujo» con los pies.

—Hay que colocar los pies ligeramente hacia fuera, así, con elegancia. Nunca hacia atrás, así, que es grotesco. —Frunció el ceño como una gárgola—. Primero nos ponemos de puntillas y luego nos inclinamos, así, ¿lo ve? —dijo irguiéndose y agachándose de nuevo como los patos del estanque del pueblo en época de apareamiento, pensó Anna, luchando por contener un ataque de risa—. Nos inclinamos —repitió— y creamos una hermosa forma serpenteante, como un río, con los pies, las manos y el... mmm... —Desplazó las manos por el aire como si rodeara las curvas de una mujer imaginaria—. *Comme ça*.

—Es como Hogarth. Dice que la curva serpentina es la esencia de la belleza.

Monsieur le Montagne sonrió con benevolencia a su nueva discípula.

—Por supuesto, miss Butterfield. Qué lista es usted. El señor Hogarth también ha dicho que el minué es la perfección de todos los bailes. Ahora, intentémoslo otra vez. Recuerde, sin prisas, sin mirar a los pies. Dedos distendidos, brazos elegantes, sostenidos en sentido opuesto a la dirección de sus pies. Así, muy bien. Ahora, uno, dos y tres... abajo, arriba, abajo otra vez...

Anna lo intentaba una y otra vez sin lograr cumplir sus exigentes expectativas, pero poco a poco, a medida que pasaban las tres horas, ganó confianza y cometió menos errores. La tía Sarah y Lizzie aplaudían para alentarla desde el rincón.

—Ya casi lo tienes, Anna. Mañana lo harás perfecto —exclamó su prima.

—Al menos no soy lo bastante importante para que estén todos pendientes de mí. Todos estarán mirando a los demás bailarines —dijo Anna bebiendo del vaso de agua que le había ofrecido su tía.

—¡Oh, no! —exclamó monsieur Montagne—. Cada pareja debe bailar por separado, esa es la gracia del minué.

—¿Quiere decir que todo el mundo me estará observando?

Su alegría se convirtió en terror.

—Sí, me temo que sí —dijo—. Lamento que nuestro tiempo se haya acabado por hoy, pero mañana perfeccionaremos su técnica y le prometo que será la reina del baile. *Au revoir, madame, mesdemoiselles* —dijo inclinándose profundamente para despedirse de ellas—. *Á demain.*

Anna estaba agotada de los esfuerzos de la mañana, pero no iba a tener ningún descanso. Tenía la tarde completamente ocupada por asuntos como su vestuario y otros detalles que debían decidir para el baile: peinado, zapatos, medias, colorete, maquillaje para las cejas, perfume, abanico... ¿de seda pintada o encaje? Escribieron cartas a miss Charlotte y prepararon una visita a la mañana siguiente para recoger otros artículos que la tía Sarah consideraba esenciales: un chal de seda del mismo damasco amarillo que el vestido, pasadores de encaje para el pelo con cintas amarillas y un abanico a juego.

Luego le tocaba una lección de media hora sobre el uso del abanico.

—Abstente de colocar los dedos en la punta —dijo la tía Sarah haciendo una demostración—. Se interpretaría como una invitación de que deseas hablar con la persona a la que estás mirando. Y nunca, bajo ninguna circunstancia, lo cierras abarcándolo con una sola mano, así.

—¿Por qué es eso tan malo? —preguntó Lizzie.

—Se supone que transmite que odias a la persona con la que estás.

Anna se echó a reír.

—Dudo que haya muchos hombres que se molesten en aprender el lenguaje de los abanicos.

—Eso tal vez sea así —contestó su tía frunciendo los labios—. Pero las otras señoras sí dominan el lenguaje, y los rumores se propagarían enseguida.

Lizzie cogió otro abanico y se lo llevó a los labios.

—¿Qué significa esto, mamá?

La tía Sarah se ruborizó y arrebató el abanico a su hija.

—Que no te vea yo haciendo eso, Lizzie.

Cuando su tía no la escuchaba, Anna preguntó a su prima por el significado de aquello.

—Significa «bésame».

—Entonces, evitaré hacer eso.

—¿Es que no quieres que Charlie te bese? Si vas a casarte con alguien, eso es lo que más deberías desear, ¿no es así?

—Cállate, Lizzie —replicó Anna—. No adelantemos acontecimientos.

Más tarde, en su cuarto, reflexionó sobre su reacción. ¿Por qué no le producía entusiasmo la idea de que Charlie la besara? ¿No era eso lo que más quería cualquier mujer, cuando nacía el romance? Era un hombre amable y de buena posición, que se dirigía a ella con el más profundo de los respetos. Sin embargo, cuando pensaba en él, solo veía aquellos miembros alargados, los pómulos huesudos y la nuez balanceándose en su garganta. Algún día, con el tiempo, ¿lo encontraría lo suficientemente atractivo para querer besarlo o tomar parte en aquellos otros aspectos de la vida matrimonial que su madre alguna vez le había insinuado con aire sombrío, pero sobre los que tan poca información tenía?

«Tal vez debería estar agradecida de que alguien sienta interés por mí —suspiró mirándose al espejo—. ¿Quién soy yo para ser tan exigente?»

A la hora del almuerzo del viernes, después de otras tres horas de clases intensivas, ya se sentía mucho más segura e incluso estaba empezando a esperar con ilusión la llegada del día del baile. Pero antes tenía que ir a la tienda de miss

Charlotte para recoger los últimos detalles que complementaban su vestido.

La tía Sarah sugirió que enviaran a Betty, pero Anna insistió.

—Es mejor que vaya yo en persona, porque tal vez tenga que tomar algunas decisiones, o esperar que me haga algún otro arreglo —dijo—. Solo son unas pocas calles y puedo encontrar fácilmente el camino de vuelta, como hice la última vez.

Para su sorpresa, la tía Sarah estuvo de acuerdo.

Esperaba que miss Charlotte la invitara a tomar el té de nuevo, quizás con la perspectiva de mantener con ella una conversación amena y agradable. Al pensarlo más detenidamente, se dio cuenta de que aquella visita le brindaba la oportunidad perfecta: le preguntaría a miss Charlotte si tendría la amabilidad de entregarle su nuevo dibujo a Henri.

Cuando se aproximaba a la tienda en Draper's Lane, Anna vio que Charlotte tenía clientes en el interior. Se detuvo y cruzó hacia el otro lado de la calle, donde podría esperar sin que nadie la viera.

A través del ventanal vio a una mujer sujetando la mano de un muchacho con la cara pálida que llevaba el precioso abrigo de damasco de color ciruela que había visto en la tienda varias semanas antes. Miss Charlotte abrazó a la joven un momento y luego se arrodilló para ponerse a la misma altura que el muchacho, apoyó las manos en sus mejillas y lo besó en la frente. Era una escena de intimidad llena de ternura, pero inesperada.

Poco después, la puerta se abrió y la pareja salió de la tienda. Miss Charlotte se demoró unos instantes en las escaleras, diciendo adiós. Después de unos diez pasos, el muchacho volvió la cabeza y levantó la mano para

despedirse con un gesto recíproco. Entonces sucedió algo inesperado: el niño se alejó de la mujer que le sujetaba la mano y, haciendo caso omiso a sus llamadas de atención, echó a correr para volver a la tienda. Extendió los brazos y Charlotte, que había bajado los escalones hasta la calle, se agachó y abrió los suyos para fundirse con el niño en un abrazo.

La otra mujer volvió a su lado y trató de agarrarlo, pero el niño se aferró a miss Charlotte con fuerza, enterrando el rostro en su cuello mientras ella parecía susurrarle palabras de consuelo. Al cabo de unos minutos se puso de pie, obligándolo a soltarla, y la joven lo agarró de la mano una vez más. Se lo llevó a regañadientes y esta vez miss Charlotte entró inmediatamente y cerró la puerta.

Fue una escena tan conmovedora que Anna esperó unos minutos más antes de cruzar la calle para llamar a la puerta de la tienda. Se alegró de haber esperado, porque la costurera tardó un tiempo en acudir a abrir y, cuando lo hizo, tenía los ojos llorosos y las mejillas enrojecidas. La modista se recobró de inmediato:

—Ah, eres tú, Anna —dijo recuperando su habitual sonrisa de bienvenida—. Qué agradable sorpresa.

—He venido a buscar las cintas y los lazos de encaje para el baile al que voy a asistir este próximo sábado.

—Pasa, pasa.

—No he podido evitar verla diciéndole adiós a ese niño. Estaba encantador con ese precioso abrigo de damasco que hizo para él.

Miss Charlotte se sonrojó.

—Es mi sobrino. El abrigo era para su séptimo cumpleaños.

—Parece sentir mucho afecto por usted —dijo Anna.

—Así es... —Sus palabras se apagaron y la sonrisa se desvaneció—. Bueno, sobre esos lazos que querías...

Cuando terminaron la transacción y tomaron el té, Anna sacó el paquete y le explicó lo que quería de ella.

—Estaré encantada de entregarlo de tu parte —dijo miss Charlotte—. Pero ¿por qué no se lo llevas tú? A menos que mi memoria me engañe, cuando estuviste aquí la semana pasada Henri te invitó a visitarlo para que comprendieras mejor el funcionamiento del telar y los diseños de seda.

—Sí, eso me gustaría muchísimo —respondió Anna—. Pero no les he dicho a mi tía ni a mi tío nada sobre el diseño y estoy segura de que considerarían indecoroso que visite la casa de un tejedor francés.

Miss Charlotte asintió con simpatía.

—Puedo entregárselo de tu parte el martes por la tarde, cuando cerramos, si te parece bien.

—Me parece perfecto —dijo Anna.

Decidieron que Anna iría en un carruaje a casa de los Hinchliffe después del almuerzo del sábado y que se vestiría allí, junto con Susannah, y asistida por su criada.

Anna pasó todo el trayecto hecha un manojo de nervios, deseando estar muy lejos de allí y no tener que enfrentarse a que un grupo de prominentes y ricos desconocidos juzgaran sus habilidades sociales y sus pasos de baile. Sin embargo, la señora Hinchliffe la recibió como a la hija pródiga:

—Debes llamarme Augusta, querida —dijo—. Estamos encantados de que hayas podido unirme a nosotros. Estoy segura de que disfrutaremos de una velada deliciosa. Charles dice que el baile atrae a invitados muy interesantes y

distinguidos.

—Mi querida Anna, estoy que no quepo en mí de entusiasmo —susurró Susannah—. Tengo un nudo de nervios en el estómago. ¿De qué color es tu vestido?

—Es una *robe à la française* de damasco amarillo claro, según dijo la *costumière*. La verdad es que me hace sentir muy elegante.

—Qué maravillosamente *à la mode*... Me muero de ganas de verlo —dijo Susannah—. El mío es de color azul pastel, y llevo los zapatos de baile más bonitos que puedas imaginar.

—Estoy segura de que vais a ser las *belles* del baile —dijo la señora Hinchliffe—. Será un placer acompañaros a las dos.

Después del té, ambas se retiraron a la cámara de Susannah, donde su doncella —«Una criada personal, qué lujo», pensó Anna— se encargó de ayudarlas a vestirse. Anna esperaba poder disponer de un momento para conversar con Susannah, para ver qué podían tener en común. Después de todo, era la única joven de su misma edad a la que le habían presentado.

—¿Qué te gusta leer, Susannah? —preguntó entre respingos, mientras la criada le tiraba de los lazos del corsé, tratando de forzar su cintura a adoptar el mismo contorno diminuto que el de su joven señora.

—De todo un poco —respondió Susannah distraída por un puño de encaje que no acababa de cerrarse correctamente—. Estos no han sido bien almidonados, Hannah.

—Lo siento, señorita. Iré a buscar otro par.

—Date prisa. ¿Qué me decías, Anna?

—Me preguntaba si te gusta leer novelas, ya sabes, novelas románticas como *Pamela* o *Clarissa*. O ¿qué te parece Jonathan Swift? A mí me encantan sus sátiras.

Susannah la miró con aire inexpresivo. Anna lo intentó

de nuevo.

—O tal vez te gusta la poesía... ¿Thomas Gray? A mí me encanta su *Elegía sobre un cementerio de aldea*.

—¿Cómo es el poema?

Susannah se miró en el espejo, volviendo la cabeza de un lado a otro.

Anna se quedó pensativa un momento y luego empezó a recitar.

—«El tañido de la campana dobla al caer el día, los balidos del rebaño cruzan con sosiego el prado; vuelve a casa el labriego con paso cansado, dejándonos el mundo a la noche y a mí.»

—Demasiado triste para mí. —Susannah extendió los brazos para que Hannah pudiera ponerle los nuevos puños y luego se acercó a la cómoda, arrastrando a su doncella, y cogió un volumen delgado—. Mamá me dio esto —dijo.

En la portada del libro había una ilustración de dos hermosas jóvenes. Cada parte de su anatomía, el volumen de sus cabellos, el tamaño de sus ojos, la pronunciada curva de sus escotes y la delgadez de su cintura parecían exageradas, no se parecían a ninguna joven que Anna hubiese visto.

—«*El libro de los buenos modales para damas* —leyó en voz alta, y pasando páginas hasta detenerse en una continuó —: Ninguna dama que se precie debe beber vino en la cena. Incluso aunque su cabeza sea lo suficientemente fuerte para soportarlo, descubrirá, poco después de su ingesta, que tiene las mejillas coloradas y calientes en exceso, y se sentirá muy incómoda.» Por desgracia, parece que yo no tengo modales, porque mi tío sirve vino todas las noches iy yo me lo bebo!

Volvió a leer otro fragmento:

—«Ninguna joven debe acudir a un baile sin la protección

de una mujer casada o un caballero de edad.»

Susannah se echó a reír.

—Gracias a Dios tenemos a mamá y papá con nosotros esta noche. Ella está casada y él es un caballero de cierta edad.

La conversación se prolongó animadamente durante un rato, pero no tardó en decaer y Anna se vio tratando de encontrar temas de interés mutuo con los que llenar el tiempo. Entonces las llamaron al fin; el coche de caballos las estaba esperando.

Al llegar a los Inns of Court, un lacayo de librea roja y dorada recogió sus capas y las condujo a la antesala más inmensa que Anna hubiese visto, con brillantes alfombras persas, bancos tapizados en cuero a ambos lados y, en ambos extremos, paredes cubiertas de retratos de hombres de aire pomposo. Charles las esperaba para recibirlas.

—Miss Butterfield, es un inmenso placer disfrutar de tan grata compañía esta noche. —Se inclinó y se llevó su mano a los labios, susurrando—: Estás preciosa.

La joven se ruborizó, muy a su pesar. Tenía que admitir que él lucía un aspecto impresionante: le sacaba al menos una cabeza, llevaba peluca e iba espléndidamente ataviado con una casaca de brocado de seda a la última moda con volantes de encaje blanco en el cuello y los puños. Tal vez fuera por el pasillo de espejos o por la luz de tantos candelabros, pero lo encontró mucho más apuesto de lo que recordaba.

Aceptando su ofrecimiento de una copa de vino, Anna se lo bebió con entusiasmo, esperando que el alcohol le calmara los nervios. «Al diablo con *El libro de los buenos modales*

para damas», se dijo. Conversaron durante un rato, aunque la conversación se veía interrumpida constantemente por hombres que saludaban a Charles con voz fuerte y enérgica, dándole palmadas en la espalda y llamándolo «amigo mío». Él la presentaba a todos y cada uno de ellos, pero después de las cortesías iniciales, la mayoría la ignoraban por completo.

Anna recibió con cierto alivio las primeras notas de la orquesta, y Charles la invitó a bailar. El salón de baile parecía al menos del tamaño del campo de críquet de su pueblo, y el techo de la altura de una iglesia, sostenido por columnas de mármol e iluminado por una docena de lámparas de araña.

Antes de que le diera tiempo a pensar siquiera, los dos ya estaban ocupando su sitio y se hizo evidente que el primer baile era, en efecto, un minué. Por fortuna, otras cuatro parejas ocuparon el recuadro central delante de ellos, todas aparentemente expertas en el arte de la danza, dejándole así a Anna tiempo para repasar los movimientos antes de que fuera su turno.

Recordó que debía mantener las puntas de los pies hacia fuera, que no debía mirar al suelo y, la mayoría de las veces, en qué momentos ponerse de puntillas o doblar las rodillas. Cuando llegó el momento del dar el paso en diagonal a través del recuadro central del suelo, el momento más importante del baile, Charles sostuvo su brazo hacia fuera con suficiente antelación para indicarle que ese era el momento en que sus muñecas debían tocarse al girar.

Cuando terminaron el baile, ella hizo una reverencia con toda la elegancia que supo reunir, él se inclinó y, mientras le ofrecía su brazo para acompañarla desde el salón, el conjunto del resto de los bailarines y los espectadores aplaudieron con admiración.

—Un éxito, miss Butterfield —susurró—. Eres una bailarina consumada.

El resto de la velada pasó volando mientras bailaba dos veces con Charles, una vez con el señor Ehret y otra con el señor Hinchliffe. Susannah la saludaba alegremente con la mano cada vez que pasaba por delante de ella, con un nuevo compañero de baile cada vez. Cuando al final empezaban a dolerle los pies, oyó anunciar el último minué, y fue Charles quien la reclamó.

Antes de darse cuenta, ya estaban todos en un carruaje de camino a casa, Susannah charlando alegremente con su madre sobre todos los jóvenes maravillosamente guapos con los que había bailado, y el señor Hinchliffe y Charles intercambiando información sobre las personalidades importantes a las que habían visto o con quienes habían conversado durante la noche, y los contactos de negocios que habían hecho.

Al parecer, a los hombres le interesaba mucho más conocer a clientes potenciales de las altas esferas sociales y con abundantes medios que disfrutar, y su conversación hizo que Anna se sintiera un poco decepcionada. Sabía que aquellos eventos eran, en esencia, mercados matrimoniales, pero no se había dado cuenta hasta entonces de que también podían ser mercados comerciales.

Mientras se preparaba para marcharse a la mañana siguiente, después de desayunar, Charles la apartó a un lado y susurró:

—He disfrutado mucho de tu compañía, Anna. ¿Puedo tener la osadía de invitarme a hacerte una visita a Spital Square la próxima semana?

El martes por la mañana Anna recordó que miss Charlotte había prometido entregar su nuevo dibujo a Henri esa tarde. Intentó imaginarse la escena, pero no lo consiguió: no tenía ni idea de cómo sería el interior de la casa donde vivía o del taller de tejeduría. ¿Qué pensaría del nuevo boceto?, se preguntó. ¿Podría incorporar sus

elementos naturalistas en el diseño de tejido? ¿Cómo traduciría los muchos matices de color en la seda? Deseaba con toda su alma estar allí con él, participar en sus discusiones, observar sus reacciones y, tenía que admitirlo, oír su voz y ver su sonrisa.

A medida que avanzaba la mañana, se sentía cada vez más abatida. Era injusto que miss Charlotte tuviera la libertad de visitar a quien ella quería y cuando quería, mientras ella, Anna, no podía. «Es como estar encerrada en una prisión —pensó—. Dentro de los muros invisibles de la corrección social.»

Miró por la ventana a través de los tejados, recordando la libertad de que gozaba en su vida anterior. Se imaginó corriendo, con la pequeña Jane, cruzando la playa chapoteando entre las olas a la orilla del mar, y se sorprendió a punto de llorar.

—Quiero irme a casa —les dijo a las palomas.

Joseph y William no acudieron a la hora del almuerzo, y la tía Sarah anunció que ella, Anna y Lizzie habían recibido una invitación para tomar el té con unos amigos en Hackney.

—Está un poco lejos, pero te sentará bien —le dijo a Anna—. Te veo un poco alicaída, querida.

La idea se le ocurrió entonces, tan súbita e inesperada como un trueno.

—Lo siento mucho, querida tía —dijo, tocándose la sien—. Tengo un terrible dolor de cabeza. ¿No os importa si no os acompaño en esta ocasión? Creo que me sentaría mejor descansar.

14

Cuando por casualidad o por elección te encuentres en la sugerente compañía de las mujeres, considéralas a todas sirenas, de ojos fascinantes, música en sus lenguas, y malicia en sus corazones. Si vuestras inclinaciones hacen su compañía absolutamente necesaria para vuestra felicidad, ¡dejad que sea vuestra prudencia la que os guíe, no vuestro apetito!

*Consejos para
aprendices y oficiales,
o Guía segura para
granjearse una buena
estima y un buen
patrimonio*

El ruido de los telares en el taller de tejeduría solía sofocar cualquier sonido de la calle, pero la casualidad y la suerte hicieron que tanto Henri como Benjamin detuviesen el movimiento de sus lanzaderas al mismo tiempo.

En ese segundo de silencio se oyó el tintineo de la pequeña campana de hierro junto a la puerta principal de la casa, tres pisos más abajo. Henri soltó el tiralizos y se dirigió a la ventana. Sujetándose con una mano al anclaje metálico de la polea, asomó el cuerpo para ver qué ocurría en la calle y vio la coronilla de las cabezas de dos mujeres, una junto a otra en las escaleras de la entrada.

—*Monsieur Lavalle n'est pas à la maison cet après-midi. Puis-je vous aider, mesdames?* —les gritó desde arriba.

Dos caras miraron entonces hacia arriba, dos rostros como pálidas lunas con sus cofias blancas. En ese momento de asombro, al reconocer quiénes eran, Henri estuvo a punto de soltar el anclaje de la polea y perder el equilibrio.

—*Mamselle Anna! Et Charlotte! Êtes-vous vraiment?*

Miss Charlotte le contestó mirando hacia arriba.

—Sí, somos nosotras. Llevamos cinco minutos llamando a la puerta. Estábamos a punto de darnos por vencidas.

Henri se asomó aún más para ver mejor, con el cuerpo colgando a medias de la estructura que empleaban para subir rollos de urdimbre y cajas de pesadas bobinas.

Anna se echó a reír.

—Ten cuidado, Henri, o bajarás volando.

En ese momento, lo cierto es que se sintió lo suficientemente poderoso para volar, con el cuerpo ligero como una pluma e inundado de alegría. La muchacha que había estado invadiendo sus sueños durante las últimas semanas estaba allí mismo, en su puerta. Y lo había llamado Henri.

—Esperad, por favor —gritó—. Ahora mismo bajo.

No fue hasta que hubo bajado la escalera de mano del taller y los dos siguientes tramos de escaleras cuando se le ocurrió preguntarse por qué nadie había abierto la puerta.

Monsieur Lavalle estaba fuera, eso lo sabía, pero ¿dónde estaban Mariette y la cocinera? Apenas reparó en ello un momento. Lo importante era que Anna estaba allí.

Al darles la bienvenida a ambas en el salón, comprendió el propósito de su visita. Bajo el brazo, Anna sostenía un largo paquete cilíndrico; debía de ser el nuevo bosquejo que había prometido. Después de un intercambio de saludos, todos callaron, escuchando el tictac del reloj de pared de monsieur Lavalle.

—Oh, perdonadme, por favor, sentaos —recordó decir finalmente.

Las dos mujeres se sentaron y él les ofreció algo de beber, pero ellas rechazaron el ofrecimiento. Él ocupó el asiento de monsieur Lavalle y sonrió, esperando que una de las dos dijera algo. No pudo evitar mirar a los ojos de Anna, a esa mirada que parecía deslumbrar al mundo entero. Durante unos extraños segundos, fue como si ella hubiese olvidado por completo el objeto de su visita.

—¿No tienes nada que enseñarle a Henri? —preguntó Charlotte instándola a hablar.

Anna parpadeó, como si despertase de un sueño.

—Ah, sí —dijo nerviosa—. Te traigo mi nuevo dibujo. He añadido acuarela y más sombreado. Espero que te guste.

Henri desató la cuerda y el envoltorio y luego desplegó el boceto sobre la mesa, junto a la ventana. Ambas se colocaron de pie a su lado mientras Anna explicaba cómo su encuentro con el botánico señor Ehret le había abierto los ojos a la necesidad de utilizar la técnica del sombreado con más cuidado aún para lograr el naturalismo que buscaba.

—Me di cuenta de que tenía que volver a observar la vida real, así que compré más flores silvestres. También he tenido en cuenta la técnica de los *points rentrées* que nos enseñó Charlotte la semana pasada —explicó—. Espero que te

parezca ahora más plausible para su traslado al tejido...

—Es un dibujo realmente delicioso —comentó miss Charlotte—. Este sombreado de aquí, por ejemplo, funciona perfectamente. Y los colores son perfectos.

Henri estaba fascinado. Le había encantado el dibujo anterior, el que ahora le resultaba tan familiar, pero la nueva versión, con más colores, era mucho más vivida, mucho más audaz y aún más natural. La estructura de celosía plagada de tallos serpenteantes seguía allí, y la reproducción de las plantas y las flores era tan realista que se imaginaba fácilmente a sí mismo tumbado en la hierba entre ellos. El escarabajo que mordía despreocupadamente una hoja parecía tan real que, por un segundo, fue como si viera que movía las patas.

—Huelo el aire fresco del campo —dijo por fin, respirando hondo—. Es maravilloso. Gracias.

Durante unos minutos que parecían eternos, los tres permanecieron en silencio, admirando el boceto. Estaban tan cerca que Henri casi podía sentir el calor de Anna, el rubor que le inundaba el cuello y las mejillas. La mano de ella rozó la suya durante una fracción de segundo, y la descarga eléctrica de su tacto le quemó la mano, el brazo y la cara.

Monsieur Lavalle había intentado explicarle alguna vez el trabajo de William Gilbert sobre la electricidad estática y el magnetismo, y a Henri le había parecido un concepto extraño y confuso: ¿cómo podía ser tan poderoso algo invisible? Pero ahora lo entendía. Cuando Anna volvió la cara hacia él para preguntarle qué le parecía el boceto, fue como si ambos fueran polos magnéticos, y tuvo que recurrir a todas sus reservas de autocontrol para resistirse a la fuerza de atracción. El más leve movimiento con la cabeza habría impulsado sus labios hacia los de ella.

Charlotte fue la primera en romper el hechizo.

—Cuando nos vimos el otro día nos hablaste de enseñarnos el taller de tejeduría, Henri. ¿Sería ahora un buen momento?

—Oh, sí, por favor —exclamó Anna—. Si monsieur Lavallo no se opone.

—Él estará fuera toda la tarde, pero será un placer para mí, siempre que no os importe trepar por una escalera de mano.

El rostro de Anna se iluminó de entusiasmo.

—Yo siempre estaba subiéndome a los árboles en mi pueblo. ¡Tregar por una escalera de mano será un juego de niños!

En su inglés entrecortado, Henri hizo todo lo posible para explicar el funcionamiento de los dos diferentes telares: el telar de tiros para las sedas con motivos decorativos y el telar de seda simple en el que Benjamin estaba tejiendo, y ambas mujeres lo escuchaban fascinadas, lanzando preguntas que lo obligaban a pensar cuidadosamente las respuestas. Algunos términos franceses no tenían equivalente en inglés —*momme, drogue, décreusage*— pero Benjamin lo ayudaba con la traducción.

Habló de las sutiles diferencias que había en la seda cruda, en función de si se cultivaba en Italia, en la India o en el Lejano Oriente, y observó cómo los ojos de Anna se abrían maravillados. Para él la idea de que la seda debía viajar desde el otro extremo del mundo era algo normal, pero vio que, para alguien menos habituado al negocio, esos países parecían muy lejanos, extremadamente exóticos. Aquello le hizo sentirse un hombre más mundano, más fuerte y más alto.

—La seda llega en madejas, por lo que en primer lugar pasa por un torcedor de seda, que la reduce a un cabo o hilo solamente, y luego la une en dos o tres hilos retorcidos

juntos que hacen la trama. Para la urdimbre, que son estos hilos que se extienden a lo largo, utilizamos organcín, que requiere una torsión mayor para hacerlo más fuerte.

»Mi madre es torcedora —añadió—. La que más le gusta es la seda italiana.

—¿Dónde vive tu madre? ¿Vives con ella?

—No, pero vive cerca de aquí. La veo cada semana. Mi patrón me ha pedido que me quede cuando termine mi etapa de aprendizaje. Le gusta que esté aquí, creo.

No llegó a añadir que monsieur Lavallo era para él como un padre. Parecía un poco vanidoso por su parte, dicho así.

Estaban los tres tan absortos en la conversación y con sus animadas risas que cuando las campanadas de Christ Church anunciaron las cuatro en punto, ninguno daba crédito a que hubiese pasado ya media hora.

—¿De veras es ya esta hora? —preguntó Anna—. Tengo que volver a casa enseguida.

Bajar por la escalera con aquellas faldas era una misión más difícil que subirla. Henri fue el primero y luego guió a Charlotte mientras baja de espaldas. Entonces fue el turno de Anna. La tomó de la mano para ayudarla a bajar los últimos peldaños. Cuando llegó al pie de la escalera, sana y salva, no le soltó la mano. Charlotte ya se dirigía a la planta baja de la casa.

Estaban solos en el descansillo. Él la miró a los ojos, levantó los dedos de la mano de ella y se los besó.

—Anna. Yo...

Henri sintió un nudo en la garganta; no encontraba las palabras para decir lo que ansiaba con toda su alma decirle.

—Lo sé —respondió ella en voz baja sin apartar la mirada—. Yo siento lo mismo.

El corazón le palpitaba con tanta fuerza en el pecho que estaba seguro de que ella también lo oía.

—¿Podemos vernos otra vez?

—No lo sé —susurró ella—. Es difícil.

—Lo entiendo, pero, por favor, tenemos que encontrar una manera...

Ella asintió. «Qué bien huele», pensó él en esos pocos segundos; era una mezcla de flores silvestres, de hierbas y sol. Solo su propia y activa resistencia, tanto con la cabeza como con los músculos, le impidió atraparla en sus brazos y sumergirse en esa fragancia embriagadora, sintiendo el calor de su cuerpo contra el suyo. Había experimentado el deseo físico por muchas otras mujeres antes, pero esto era diferente: nunca había deseado algo con tanta intensidad.

—Charlotte... Debo irme —dijo ella al fin.

Cuando avanzaban por el siguiente tramo de escaleras, Henri oyó el silencioso chasquido de un pestillo a su espalda. Era la puerta de la habitación de Mariette.

—¿Por qué no viniste a saludar? —le preguntó Henri a Mariette cuando la encontró sentada a la mesa de la cocina—. Eran miss Charlotte y su amiga, la señorita Anna. Debiste de oírnos, ¿no? Querían ver los telares.

—Eso me pareció entender —murmuró—. Parecías estar pasándolo tan bien que no quería interrumpirte.

Percibió su disgusto, pero no se explicaba qué le pasaba. ¿Acaso le reprochaba que hubiese descuidado su trabajo en ausencia de monsieur Lavalley? ¿O era algo que había sucedido mientras ella estaba fuera? Lo cierto era que, en esos momentos, el motivo no le preocupaba demasiado, de tan eufórico como estaba después de la visita y de su último

intercambio de susurros con Anna. Fuera lo que fuese lo que irritaba a Mariette era su problema, decidió.

Monsieur Lavalle volvió de su reunión malhumorado.

—El gobierno no parece dispuesto a aprobar el proyecto de ley para aumentar los impuestos sobre los tejidos importados —explicó durante la cena—. Temen que otros países sigan el ejemplo y que eso afecte a nuestras exportaciones. Pueden rebajar los derechos de importación sobre la seda cruda y prohibir las importaciones de cintas de seda, medias y guantes, pero temo que esas medidas no supondrán ninguna diferencia para la mayoría de nosotros.

—¿Qué se puede hacer? —preguntó Henri—. Usted mismo dijo que muchos morirían de hambre si el proyecto de ley no seguía adelante.

—Me temo que no les importa mucho la situación de los tejedores. Lo que les interesa es la prosperidad general del país.

—Y engordar sus malditos traseros —añadió Benjamin, cuyas palabras le valieron una mirada fulminante.

Monsieur Lavalle no toleraba el lenguaje malsonante delante de Mariette.

Henri estaba todavía tan exultante por los acontecimientos del mediodía que le resultaba difícil entristecerse.

—Por lo menos tenemos el Libro de Precios. Los patrones tendrán que pagar un salario justo.

—Pero no todos lo aceptan, y cuando solo haya trabajo para unos pocos, ¿qué sucederá con el resto? Algunos maestros pueden sentir que no tienen otra opción que pagar salarios más bajos simplemente para mantener su negocio a

flote, y ¿quién puede culparlos en realidad? Los oficiales están amenazando con ejercer la violencia contra los que no firmen, y el gobierno está hablando de desplegar soldados en la zona para proteger a los ciudadanos.

Henri se estremeció. Se parecía demasiado a las historias que contaba su madre sobre los *dragonnades*.

Más tarde, Henri sacó el dibujo de Anna y lo extendió sobre la mesa junto a la ventana, para captar los oscuros rayos de la luz crepuscular. Mientras estudiaba los detalles, admirando una vez más la delicadeza de los colores añadidos y el notable naturalismo de sus trazos lineales, volvió a sentirse cerca de ella, casi como si Anna estuviera físicamente presente, mirando por encima del hombro. Sacó sus pinturas y un pincel pequeño, y comenzó a traducir el diseño en puntos de color en el papel cuadriculado que guiaría la disposición del telar. Mientras trabajaba, se sorprendió canturreando arrastrado por el placer de la tarea que tenía entre manos.

Cuando la luz se desvaneció al fin, supo que corría peligro su precisión en la aplicación del color y que tendría que dejarlo por hoy. Enrolló el papel y se lo acercó a la mejilla como invocando el tacto de la piel de ella contra la suya, sintiendo una vez más la intensidad del anhelo que había experimentado en su presencia.

Encendió una vela y sacó un trozo de papel. Esta vez no le importaba si su ortografía y gramática eran correctas o no para escribir su carta.

Querida Anna:

Mi propósito es agradecerte desde lo más hondo del corazón tu nueva peinture. Es preciosa y naturalista, mucho más aún que la primera. Esta tarde empiezo a trabajar en el diseño para el telar y espero tejer pronto. Como es una época de trabajo tranquila, monsieur Lavalle me permite montar el telar para tejerlo, por lo que, si Dios quiere, tendré mi obra maestra terminada a finales del próximo mes. El comité se reúne en enero, ese es mi objetivo.

No es fácil tejer todas esas delicadas curvas, pero mientras trabajo pienso en ti, Anna. Espero que podamos volver a vernos pronto.

Con los mejores deseos,

Henri

En el preciso instante en que iba a rubricar la carta con su nombre, se arrepintió. Si la carta caía en manos de quien no debía, ¿podría causar dificultades con su familia? «Es

difícil», le había susurrado ella, y sabía muy bien por qué. «Pero un sentimiento tan poderoso no puede ser negado por nadie —pensó para sí—. Y ella siente lo mismo. Lo ha dicho ella misma. Encontraremos una manera.» Pero, por el momento, tal vez era mejor ser discreto. Reescribió la carta, firmándola simplemente con una «H», lo que le pareció aún más íntimo y emocionante.

A pesar de que aún no hacía suficiente frío para encender la chimenea, monsieur Laval se acomodó, como de costumbre, en su sillón favorito junto a la chimenea vacía, cómodo en su atuendo informal que usaba para estar en casa: el batín de color verde oscuro de suave sarga, el gorro de terciopelo rubí y sus zapatillas bordadas.

—¿Tiene un momento? Tengo algo que enseñarle —le preguntó Henri.

Si su patrón aprobaba el nuevo diseño, tenía que pedirle algo importante: que le permitiera usar el telar y los servicios del tirador de lazos durante tres semanas, para poder montar y tejer los cuatro metros y medio requeridos para su obra maestra.

—Más tarde, más tarde —dijo—. Cierra la puerta y siéntate conmigo, muchacho. Tenemos algo que discutir.

El hombre llenó su pipa de arcilla con una pizca de tabaco y la encendió. Succionó y luego exhaló una bocanada de humo aromático.

—Nunca hemos hablado de tu futuro, ¿verdad?

—He estado trabajando en el diseño de mi obra maestra y algún día espero convertirme en maestro tejedor —dijo Henri—. Sabe que siempre lo he tenido en gran estima, señor.

—Y yo a ti. Te tengo muchísima estima. De hecho, durante algún tiempo te he considerado como el hijo que nunca tuvimos.

—Ha sido el mejor de los padres para mí.

—Pero las implicaciones son complicadas... —Monsieur Lavallo hizo una pausa, como tratando de encontrar las palabras correctas. Al cabo de unos instantes, fue como si le salieran apresuradamente en torrente—: Me estoy haciendo viejo y estoy cansado, Henri. Pero no tengo a nadie que se ocupe de mi negocio, salvo tú.

—¿Yo? Pero señor..., no podía permitirme comprar su negocio.

—No quiero venderlo, muchacho. Quisiera que lo heredaras. Como lo haría un hijo.

Una vena empezó a palpar en la sien de Henri. Era una noticia tan inesperada que no acababa de asimilarlo. Había fantaseado con la idea de reunir tal vez dinero suficiente para alquilar una pequeña habitación y un telar, como había hecho Guy, en Bethnal Green, donde los alquileres eran más baratos, e ir ampliando el negocio muy despacio; tal vez, con el tiempo, llegando incluso a comprar una casa con taller de tejeduría en Spitalfields y contratar a sus propios aprendices. Pero ahora se le ofrecía la oportunidad de heredar un negocio de tejidos de seda ya establecido y muy respetado. Estaba mucho más allá de lo que hubiera podido soñar jamás.

—No sé qué decir... —respondió Henri, casi sin resuello.

—Pero, como he dicho, hay complicaciones.

—Por supuesto. Debe considerar todos los aspectos con sumo cuidado. Las cuestiones jurídicas y demás.

—Me estás malinterpretando. Esos son simples detalles administrativos y fáciles de resolver. Mi principal

preocupación es Mariette.

Henri frunció el ceño. ¿Mariette? ¿Cómo podía suponer ella un problema?

—No hace falta que se preocupe por Mariette, señor. Yo la quiero mucho, como a una hermana. Por supuesto, esta siempre sería su casa, hasta que se casara. Yo cuidaría de ella de la mejor manera posible.

—Ella es mi auténtica heredera —dijo monsieur Lavallo—. ¿Cómo podría dejarte a ti el negocio y asegurarme al mismo tiempo de que ella reciba su legítima herencia?

Henri empezaba a comprender la realidad del dilema. Las mujeres trabajaban como torcedoras, como su madre, y había oído hablar de una o dos que tejían también, pero nunca había oído hablar de una maestra de tejeduría. En cualquier caso, Mariette no aspiraría a trabajar, sino que merecía algo mejor, como el matrimonio, y una vida de comodidades y ocio, y Henri sabía que su padre quería que así fuese.

—Dentro de poco tiempo será una mujer casadera, ¿no? Y una joven tan hermosa sin duda tendrá una cola de pretendientes...

—Y ahora es cuando llegamos a la conclusión, muchacho, al verdadero meollo del asunto.

Monsieur Lavallo bajó la mirada hacia su pipa y pasó unos minutos rellenándola con suma parsimonia. Parecía enfrascado en ese meollo del asunto, fuera lo que fuese.

—Por favor, señor. Estoy en suspenso.

—Me ha contado Mariette que ayer vinieron a la casa dos jóvenes.

Esas palabras eran lo último que esperaba Henri. ¿Qué tenía que ver su visita con aquello?

—Sí, la *costumière* miss Charlotte, vino acompañada de

otra joven, la que hizo el dibujo que compré como diseño de mi obra maestra —explicó—. Lo ha revisado y ha hecho una nueva versión, con más colorido. Lo tengo aquí, señor, ¿le gustaría verlo? En realidad, quería preguntarle...

—¿Y el nombre de esa señorita?

—Miss Anna Butterfield.

—Ah, sí, la conocí una vez, cuando acudió a la puerta con una nota. ¿Y de dónde ha salido la señorita Butterfield?

No había escapatoria.

—Es la sobrina del comerciante Sadler —admitió Henri—. Sé lo que piensa de su tío, pero la muchacha tiene mucho talento y es encantadora. No hay ningún mal en ella.

—Sadler, ¿eh? —El maestro encendió su pipa y la aspiró lentamente—. Ese maldito ladrón... Bueno, el caso es que... —Hizo una pausa de nuevo—. Al parecer, Mariette cree que hay algo entre tú y esa chica.

Henri se sintió acorralado. No tenía sentido tratar de ocultar la verdad ahora. Se aclaró la garganta.

—Bueno, para serle sincero, señor, creo que sí. Aunque solo Dios sabe qué futuro tendría eso, pues somos de mundos tan diferentes...

—Es ese afecto lo que preocupa a Mariette —dijo monsieur Lavallo succionando su pipa.

—Soy consciente de que quizás fuera testigo de un breve encuentro entre miss Butterfield y yo —admitió Henri—. Pero puedo asegurarle que no ocurrió absolutamente nada inapropiado. No veo por qué Mariette debería estar preocupada por mí...

—¿Acaso estás ciego, muchacho? —Monsieur Lavallo casi estuvo a punto de gritarle—. Eres tan listo en todos los demás aspectos y, en cambio, pareces no haberte dado cuenta en absoluto de que mi hija está enamorada de ti.

Henri se quedó boquiabierto, mudo de asombro.

—Pero si todavía es una niña, señor...

—Tiene quince años, la edad en que muchas muchachas se prometen en matrimonio —dijo monsieur Lavallo—. He presenciado su creciente respeto hacia ti, pero me he guardado de decir nada, pensando que el afecto podría llegar a ser mutuo, con naturalidad, a su debido tiempo. No lo admitió ante mí hasta ayer por la noche.

Henri sintió que su cabeza daba vueltas como un torbellino. ¿Mariette, enamorada de él?

—Voy a ser completamente sincero contigo —continuó diciendo monsieur Lavallo—: Esperaba que esta pudiera ser, en algún momento en el futuro, la solución a mi dilema.

—¿La solución?

El verdadero significado de sus palabras golpeó a Henri como una bofetada en la cara: monsieur Lavallo esperaba que se casara con su hija. De hecho, parecía sugerir que se trataba de una condición para que Henri heredase el negocio. Durante unos instantes Henri se había imaginado a sí mismo como el más afortunado de los hombres, pero ahora de pronto todo se había vuelto mucho más complicado.

Porque ¿cómo podía él casarse con Mariette, la niña con la que había crecido, con la que había compartido juegos infantiles, a quien había considerado su hermana pequeña hasta entonces?... En otros tiempos, se habría sentido profundamente halagado, y su madre estaría encantada. Habría sido un excelente partido para el joven inmigrante llegado a Inglaterra sin dinero en los bolsillos.

Pero no era necesario darle más vueltas, porque ahora sabía lo que era realmente estar enamorado.

Toda aquella noche y en el telar al día siguiente, la cabeza de Henri era un torbellino. Parecía haber extraviado la brújula que lo había guiado a través de la vida hasta ese momento —trabajo duro y obediencia— y, aunque veía claramente cuál era su deber, no sabía cómo seguirlo. Necesitaba hablar con la única persona en la que realmente podía confiar. Después del trabajo, se dirigió a Bethnal Green a ver a su madre, llevando consigo dos pasteles de carne, una patata al horno del puesto de Brick Lane y algunos granos de café de la cocina de monsieur Lavalle.

Como de costumbre, encontró a Clothilde junto a su huso, trabajando a la luz de una sola vela. «Qué vieja y cansada parece, por culpa del exceso de trabajo y la falta de descanso», se dijo. Era difícil conseguir encargos, y muchas veces le pedían que entregara la seda torcida en un plazo de tiempo casi imposible. No podía permitirse el lujo de rechazarlos, y muchas veces se quedaba despierta toda la noche para asegurarse de que cumplía con la fecha límite. Aparte de las visitas semanales a la iglesia, tenía poco tiempo y pocas oportunidades de socializar.

Su rostro macilento se llenó de alegría al verlo.

—*Henri, quel plaisir* —susurró mientras se abrazaban.

Él sacó dos platos de peltre del armario, los colocó en la rudimentaria mesa de madera, y desenvolvió los pasteles y la patata que llevaba envueltos en la bufanda que llevaba en el interior de su chaqueta.

—Ven a comer antes de que se enfríen, madre. Luego podrás volver al trabajo y podremos hablar mientras trabajas. También he traído café.

—Qué lujo. Me tienes muy consentida. —Dejó el huso y se acercó a la mesa—. ¿Cómo te va todo, muchacho? —preguntó mordiendo el pastel de carne con su hambre habitual.

—Por fin he decidido cuál va a ser el diseño para mi obra maestra —dijo—. Ahora lo único que necesito es que monsieur Lavallo esté de acuerdo en dejarme usar el telar unas semanas.

—¿Y puedo verlo?

—Lo tengo aquí mismo, pero será mejor que lo veamos cuando ya no tengamos los dedos sucios.

Terminaron de comer y Henri encendió un pequeño fuego para poner a hervir agua suficiente para dos tazas de agua. Después de admirar el boceto y alabar la naturalidad de sus formas, su madre preguntó:

—¿Y quién es el autor?

Henri comenzó la larga explicación de cómo había obtenido el primer dibujo de Anna y cómo luego ella había mostrado tanto interés por ayudarlo que había hecho una nueva versión, con más colorido. Era consciente de que estaba hablando demasiado, mencionando su nombre con demasiada frecuencia, pero no podía evitarlo: le producía una inmensa alegría al pronunciarlo. Con su intuición de madre, Clothilde fue directamente al grano.

—Es evidente que esa chica tiene mucho talento. Pero hay algo más, ¿verdad, Henri?

Él asintió, bajando la cara para ocultar el rubor que le teñía las mejillas.

—No puedo negarlo. Creo que estoy enamorado de ella, y creo que ella siente lo mismo por mí.

Clothilde sonrió con aire alentador, pero, por dentro, le dio un vuelco el corazón. ¿Cuánto duraría esta vez esa pasión? Henri ya se había ganado cierta reputación en la iglesia por la alarmante frecuencia con la que parecía enamorarse, a menudo con la clara desaprobación de los padres de las chicas, pero el enamoramiento nunca duraba

demasiado. Solo podía esperar que algún día llegara a comprender que una cara bonita no era necesariamente una buena esposa.

—¿Cuándo podré conocer a esa joven? —preguntó.

Era imposible evitar la verdad, porque sin duda afloraría con el tiempo. Le habló de la familia Sadler, y sobre cómo temía que no lo consideraran lo suficientemente bueno para su sobrina, para quien probablemente estaban buscando un buen partido entre sus círculos sociales. Omitió mencionar su rechazo hacia los tejedores franceses y la acusación contra ellos por las importaciones ilegales.

Mientras su hijo hablaba, el rostro de Clothilde se ensombreció.

—Tienes que tener mucho cuidado con aspirar a algo que está fuera de tu alcance, hijo. Debes renunciar inmediatamente a la idea de estar con esa joven —dijo.

—Pero es que la amo, madre. Moriré si no puedo estar con ella.

La mujer se rio de su trágica expresión.

—¿Cuándo no crees tú estar enamorado, Henri? —le preguntó—. Créeme, solo te llevarás un desengaño una vez más.

Fue como sentir un inmenso peso que le aplastaba el pecho y lo dejaba sin respiración: la certeza de saber que su madre tenía razón y que su amor por Anna era simplemente una fantasía, que nunca se haría realidad por la diferencia entre su posición en la sociedad. Le dieron ganas de huir para evitar enfrentarse a la verdad de sus palabras.

El agua estaba hirviendo. Henri añadió los granos de café, los removió y sirvió el café a través de un trozo de muselina en dos tazas de barro.

—¡Qué lujo! —exclamó ella llevándose la taza a la nariz

para inhalar su dulce aroma.

—Hay algo más —dijo Henri armándose de valor.

—Sigue.

—Lo que hace que esto sea aún más complicado.

—Soy toda oídos.

De la manera más sencilla posible, describió la conversación que había tenido con monsieur Lavalle la noche anterior.

Incluso antes de que hubiera terminado, Clothilde ya bullía de frustración.

—Escúchate a ti mismo —dijo ella—. No puedo creer que tenga un hijo tan tonto. Has venido de la nada más absoluta y te han ofrecido una oportunidad extraordinaria de heredar un negocio rentable y muy respetado, una buena casa y la oportunidad de contraer matrimonio con una hermosa joven. ¿Y no sabes decidir si aceptas? Eres un idiota, muchacho. Si fueras más joven, te pondría sobre mi regazo y te haría entrar en razón a base de azotes.

—Pero yo no amo a Mariette —dijo Henri con el corazón resquebrajándose en silencio.

En ese momento lo miró con gesto severo y le habló con voz intransigente.

—Es hora de dejar a un lado esas ideas infantiles, Henri. Pocos tenemos el lujo de casarnos por amor y muchos envidiarían ser objeto de los afectos de Mariette. Es una muchacha encantadora y hermosa, y su padre es uno de los maestros tejedores de seda más respetados de Spitalfields. ¿Qué tiene de malo eso? Llegarás a querer a esa chica, de eso no tengo ninguna duda. No puedes permitirte no hacerlo.

La vela empezó a apagarse; se había consumido casi por completo.

—No hagas caso de mis palabras si no quieres, *mon fils*, pero que conste que ya te lo he advertido —continuó—. Dios te ha bendecido con la oportunidad de tener una buena vida. Te lo ruego, no la rechaces.

Mientras recorría los tres kilómetros de regreso a Wood Street bajo una llovizna fina, Henri no podía pensar en otra cosa que no fuera Anna. No podía imaginar no poder verla, no volver a mirar aquellos ojos azul verdoso ni experimentar ese intenso calor de afinidad y comprensión mutua y tácita.

—¡La amo! —gritó al aire—. ¿Cómo puedo renunciar a eso?

Sus palabras resonaron por las calles vacías. No obtuvo respuesta, pero sabía cuál debía ser esa respuesta y cuál era su deber; su respeto por monsieur Lavalle y todo lo que había hecho por él, la responsabilidad que sentía por su madre y el honor por el recuerdo de su familia perdida, todo ello constituía un deber que debía cumplir.

Sus perspectivas eran doblemente malas: si rechazaba la posibilidad de heredar el negocio de monsieur Lavalle, estaría desechando la oportunidad que le permitiría ascender en la sociedad y tener incluso alguna posibilidad, por nimia que fuese, de casarse con una joven de la posición social de Anna. Y, sin embargo, no heredaría nada a menos que renunciase a cualquier posibilidad de futuro con ella.

—Salgo perdiendo si lo hago, y si no lo hago, también —murmuró con enojo, mientras empezaba a llover con más fuerza.

Llegó de nuevo a Wood Street calado hasta los huesos y se encontró a un monsieur Lavalle con el rostro muy serio, leyendo el periódico. Se lo pasó a Henri en silencio.

ALTERCADO DE LOS CORTADORES

24 de noviembre de 1760

El pasado martes por la noche, en Bethnal Green, una multitud de violentos oficiales de tejeduría que decían ser miembros del movimiento Bold Defiance irrumpió en la casa del señor John Poor, tejedor, amenazándolo a él y a su esposa con un mosquete y destruyendo muchos de sus telares, cortando en trozos valiosas y numerosas piezas de seda.

Afirman que estaba trabajando para monsieur Chauvet y que había infringido «el libro», en referencia al «Libro de Precios» que pretenden imponer por su trabajo. Diez hombres están detenidos en Newgate, a la espera de juicio.

Al leer las duras palabras, Henri sintió que la sangre no le afluía al rostro.

—¿Tiene esto algo que ver con Guy? —preguntó.

Monsieur Lavalle asintió con la cabeza.

—Su madre me llamó antes para verme. Está desesperada y quería que yo lo ayudara. Se mezcló con la gente equivocada, como me temía, y salió a participar en el ataque de los cortadores.

Naturalmente, Henri había oído rumores acerca de los grupos de oficiales de tejeduría desesperados que habían entrado en las instalaciones de los maestros tejedores que no pagaban las tarifas y habían cortado las piezas de seda de sus telares, pero no podía creer que Guy participase en algo tan peligroso.

—¿Qué pasó? ¿Por qué demonios estaba Guy allí?

Tenía la boca tan reseca que apenas podía conseguir que las palabras le brotasen de los labios. Sintió un escalofrío cuando monsieur Lavallo terminó de llenar su pipa y la encendió.

—Mal asunto, me temo. Estaba con una pandilla que fue a cortar y destrozar las piezas de seda de la casa de un tejedor, un tal Poor, que trabaja para el maestro Chauvet. Alguien amenazó a la esposa de Poor con un arma. Guy fue capturado y arrestado, y está en la cárcel. A su madre le han dicho que, si lo declaran culpable, podría ser deportado o incluso ahorcado.

Henri se quedó sin respiración. Chauvet era poderoso y famoso por prohibir que sus trabajadores se sumaran a los clubes de tejedores o que pagaran impuestos. Había habido incluso disturbios a las puertas de su casa, razón por la cual había contratado a sus propios guardias y atacaron a uno de sus tejedores en vez de atacarlo a él. Pero ¿por qué se había involucrado Guy? Dudaba que tuviera una pistola, eso era imposible. A veces se ponía furioso, pero nunca violento. Henri no lo podía entender.

—*Saleté!* Es una noticia terrible.

Sus propias preocupaciones parecían ahora insignificantes, frívolas incluso.

No conseguía quitarse de la cabeza la sombría imagen de su amigo, muerto de frío, asustado y hambriento, encadenado en una celda húmeda y triste en compañía de sabe Dios cuántos hombres peligrosos y enfermos. Podía ser obstinado y un poco tonto, pero no era un criminal. Al igual que él, Guy había salido de la nada, había completado su etapa como aprendiz sin apenas una mancha en su carrera, había logrado alquilar una habitación y un telar y había conseguido sus buenos contratos como oficial. Por supuesto,

era joven y apasionado y, como Henri, se enamoraba de todas las chicas que le pasaban por delante, pero había compartido muchas veces con él sueños de llegar a tener una casa y dirigir su propio negocio, de casarse, tener una familia y de vivir una vida larga y próspera.

Ahora, esa vida podía desaparecer para siempre de un plumazo, por decisión de un juez.

—¿Pueden los líderes de la iglesia hacer algo para ayudarlo? —preguntó.

Monsieur Lavalle negó con la cabeza.

—Podemos tratar de sacarlo bajo fianza, pero dudo que sirva para algo. Lo visitaremos en la cárcel y veremos qué podemos hacer para que su estancia sea más llevadera. Pero, al final, nadie puede hacer nada para eludir el peso de la ley.

Justo cuando pronunciaba esas palabras, casi como para enfatizarlas, se oyeron unos fuertes golpes en la puerta principal.

—Santo cielo, ¿quién puede ser a estas horas de la noche? —murmuró monsieur Lavalle.

La respuesta llegó de inmediato.

—Abran, abran. Aquí la guardia. Si no abren, romperemos la puerta.

Monsieur Lavalle la abrió y, sin pedir ni siquiera permiso, cinco fornidos hombres con gruesos uniformes y pesadas botas irrumpieron en la casa y se dirigieron al salón. De pronto, la sala pareció muy pequeña y estrecha.

El más alto, a todas luces el cabecilla, fulminó a Henri con la mirada.

—¿Henri Vendôme?

—Sí, señor —respondió Henri tratando de disimular el temblor de su voz.

—Tenemos motivos para creer que ha estado conspirando con un hombre acusado de asesinato —dijo el hombre—. ¿Guy Lemaitre?

—Es un compañero oficial de tejeduría, un miembro de nuestra iglesia, señor. Lo conozco desde hace años.

—¿Firmó usted el llamado «Libro de Precios»?

—Sí, señor. Creí que podría aliviar las posibles dificultades del gremio y el malestar general.

—Bueno, pues estabas equivocado, muchacho. Tu firma aparece junto a la de Lemaitre y otros que han participado en actividades delictivas. ¿Dónde estabas el martes por la noche?

—En casa, aquí, señor. Mi patrón, monsieur Laval, puede dar fe de ello.

Los cinco hombres ocultaban la figura de monsieur Laval, pero este habló con voz poderosa y enérgica.

—Desde luego que puedo corroborarlo, y estaría dispuesto a jurarlo sobre la Biblia. Hace más de diez años que conozco a Henri Vendôme y es un joven temeroso de Dios, respetuoso con la ley, que nunca jamás se plantearía siquiera involucrarse en algo ilegal. Su presencia en esta casa no es bienvenida, señores —prosiguió—. Y ahora les ruego que se vayan inmediatamente antes de que importunen a mi hija.

—Muy bien —dijo el cabecilla—. Pero asegúrate de que no te metes en ningún lío, muchacho. —Acercó el rostro tanto al de Henri que a este le llegó su aliento fétido a cerveza—. O te juro que me encargaré personalmente de asegurarme de que sigues a tu amigo a la horca.

Los demás hombres se echaron a reír y los cuatro empujaron a monsieur Laval tan bruscamente que este tuvo que agarrarse a la puerta para no caerse.

15

Es una magnífica idea disponer de libros y láminas de dibujos en la mesa de centro, así como esparcidos por el salón. Por supuesto, es necesario conversar con todas las visitas, pero esas fruslerías sirven de excelente pasatiempo, y son ideales como temas de conversación.

*El libro de los buenos modales para
damas*

A Anna, los días siguientes a su visita a Wood Street se le hicieron eternos, días que transcurrían a paso de caracol.

Había leído y releído la carta de Henri hasta que el papel se desgastó y los pliegues empezaron a romperse. La intimidad llena de ternura de aquellas últimas palabras la dejaba sin resuello: «No es fácil tejer todas esas delicadas curvas, pero mientras trabajo pienso en ti, Anna. Espero que podamos volver a vernos pronto».

Apretó el papel contra su corazón. «Ese momento fue

real —pensó para sí—. Él siente lo mismo que yo.» Se lo imaginó en el telar, trabajando en el complejo sistema de lazos y ligamentos necesarios para crear el diseño, percibió el olor dulzón y a nueces de la seda y sintió el tacto de las juntas rugosas e irregulares del telar bajo sus pies.

Pero ahora, la perspectiva de ver a Henri de nuevo parecía tan remota que los recuerdos solo la hacían sentirse más desgraciada aún. Ese día, después de despedirse de miss Charlotte, Anna había calculado que tendría mucho tiempo libre. La tía Sarah y Lizzie irían de camino a Hackney para tomar el té, por lo que era poco probable que regresaran antes de las cinco como muy pronto.

Si ella volvía a casa a las cuatro y media, esperaba poder escabullirse, sin que nadie la viera, en su cuarto y reanudar su «descanso» mucho antes del regreso de ellas. Se acercó a Spital Square con cautela para pasar desapercibida y entró en la casa con el mayor de los sigilos para que nadie en el despacho de al lado reparara en ella.

Al principio creyó que eran imaginaciones suyas, pero entonces la oyó de nuevo, sin ninguna duda, la voz de su tía, que la llamaba desde la sala:

—Anna, ¿eres tú?

No había escapatoria. Anna se detuvo en la puerta, alisándose la falda del vestido y atusándose el pelo bajo su cofia mientras intentaba desesperadamente idear una excusa verosímil.

—Ha vuelto temprano, tía —dijo con la sonrisa más amplia que supo esbozar.

—Al parecer, nos citaron el día equivocado —contestó la tía Sarah—. Hicimos todo el viaje y luego no había nadie en casa para recibirnos. Ha sido muy humillante, la verdad. No volveremos a aceptar ninguna invitación futura de esa familia.

—Lo siento mucho. La buena noticia es que ya no me duele tanto la cabeza después de un breve paseo para tomar el aire.

—Es una buena noticia, sobrina, pero no me consuela. La verdad es que estamos en casa desde antes de las tres de la tarde, y tú ya no estabas. No informaste a Betty diciéndole que ibas a salir y acabas de regresar ahora, de modo que has estado fuera una hora y media. Por favor, cierra la puerta y toma asiento, porque estoy muy contrariada y necesito escuchar tus explicaciones.

—He ido a visitar a miss Charlotte, para revisar unos arreglos que está haciendo. Tomamos el té y mantuvimos una conversación muy agradable —explicó Anna—. El tiempo se me pasó volando.

La tía Sarah frunció el ceño, sacudió la cabeza y suspiró.

—Si hay algo que me disgusta más que la desobediencia, es la falsedad. —Su voz era un agudo gruñido—. Me estás mintiendo, jovencita. No pienso tolerarlo.

A Anna empezó a darle vueltas la cabeza. ¿Cómo podía saberlo su tía?

—Cuando al cabo de media hora no habías vuelto todavía, empecé a preocuparme por ti. Lizzie sugirió que tal vez habías ido a visitar a miss Charlotte, ya que creía que habíais hecho buenas migas. Ya hablaremos más tarde de esto, sobrina, ya que es del todo inapropiado que una joven de tu rango cultive semejante amistad con una modista, por muy agradable que sea. En cualquier caso, sé perfectamente que la tienda de miss Charlotte no abre nunca los martes por la tarde, porque es su día de cierre. Al final envié a Betty a comprobarlo y, por supuesto, la tienda estaba cerrada. Llamó a la puerta, una y otra vez, pero nadie le abrió.

Anna bajó la mirada para eludir la expresión furiosa de su tía mientras trataba frenéticamente de decidir su

siguiente maniobra. ¿Debía probar a decir otra media mentira o era mejor confesar? De todos modos, estaba metida en un buen lío.

—¿No tienes nada que decir, muchacha?

Trató de evocar la amable cara de su padre, cuya voz resonó en su cabeza, clara y sosegada, como si estuviera escuchándolo mientras leía el evangelio en la iglesia: «Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres».

—Siento no haber dicho a Betty dónde había ido, debía haberlo hecho para que nadie se preocupase, pero no le he mentado, tía. Visité a miss Charlotte, porque disfruto con su compañía y no me disculpo por esto, porque no tengo otros amigos aquí en la ciudad y a veces me encuentro muy sola.

Sarah trató de interrumpirla, pero Anna insistió.

—Tomamos el té, pero después ella tenía que hacer un recado y decidí acompañarla. Fue a entregar un diseño a un tejedor. Nos invitó a entrar a ver sus telares para que pudiéramos comprender mejor cómo se tejía la tela. Fue algo tan fascinante que nos quedamos más tiempo de lo que pensábamos.

La tía Sarah se quedó muda de asombro; ya no intentaba interrumpirla.

—El caso es que, tía, no siento que haya ningún motivo para pedir disculpas. Tengo dieciocho años, estoy acostumbrada a Londres y tengo la máxima estima y confianza en miss Charlotte. No debe culparla a ella en absoluto, porque la decisión de acompañarla fue exclusivamente mía. Ella no habría consentido ninguna falta al decoro por mi parte y en ningún momento nos separamos. He disfrutado de una tarde maravillosa y didáctica y no entiendo qué puede tener eso de malo.

La tía Sarah se dirigió a la chimenea y estuvo recolocando las figuras decorativas y las tarjetas durante

unos segundos eternos antes de volverse hacia Anna, con un gesto furioso que distorsionaba sus rasgos por lo general afables.

—Eres una mujer muy terca y obstinada. —Hablaba con un tono de voz tranquilo y controlado, pero las manchas rosadas de sus mejillas dejaban traslucir la cólera que dominaba en su interior—. Deberías saber perfectamente cómo comportarte en la sociedad educada. No podemos encerrarte en casa, pero si sigues actuando así, sin tener en cuenta tu reputación, temo que tengamos que devolverte a Suffolk. Tendré que discutir el asunto con el señor Sadler, pero mientras tanto, por favor, vete a tu habitación y permanece allí hasta la hora de la cena, o hasta que yo te llame.

La cena transcurrió prácticamente en silencio, y después llamaron a Anna en presencia de su tío, quien le dijo que escribiría a su padre para explicarle las circunstancias actuales. Mientras tanto, no se le permitiría salir de casa salvo para ir a la iglesia o con algún propósito preestablecido.

Anna logró mantener la compostura hasta que regresó a su cuarto. Una vez allí, se arrojó sobre la cama y lloró amargamente hasta sentir un fuerte dolor de cabeza, con los ojos enrojecidos por el llanto.

Era otra tarde aburrida, con la lluvia acribillando las ventanas y la sala de estar sumida en una penumbra tan intensa que era como si hubiese llegado el anochecer, aunque solo eran las dos de la tarde. Anna estaba leyendo junto a la ventana mientras Lizzie tocaba el clavicordio, repitiendo los mismos errores una y otra vez hasta que parecía un resorte repicando cada vez más fuerte. «En cualquier momento voy a ponerme a gritar y a tirarle el libro a la cabeza, o algo peor.»

Betty llamó a la puerta: era una carta de Charles, que le preguntaba si podía visitarla esa misma tarde. El corazón le

dio un vuelco.

—Oh, querida, es una noticia excelente —exclamó la tía Sarah radiante de felicidad—. Tal vez este sea el gran momento.

«Solo se alegra porque si él me propone matrimonio, podrá deshacerse de mí», pensó Anna con amargura.

Su tía seguía de buen humor.

—Pide a Betty que lleve a tu cuarto dos jarras grandes de agua tibia y mi mejor pastilla de jabón perfumado, para que huelas a la dulzura de un día de verano. Deberías ponerte el vestido de damasco verde, ¿no crees? Tienes que estar deslumbrante sin que parezca que te has arreglado demasiado, y te dejaré mis mejores puños de encaje, querida, y unas cintas almidonadas para el pelo. No hay nada como el encaje de Taunton para llamar la atención hacia unas muñecas delicadas y un cuello esbelto y elegante.

Anna sonrió educadamente y agradeció a su tía su amabilidad, pero se sorprendió sintiéndose extrañamente indiferente, como si toda la atención estuviera centrada en otra persona, que se parecía a ella y hablaba como ella, pero que no ocupaba el interior de su cuerpo. Se sentía como una mercancía embalada para la venta por su tía, desesperada por cerrar el trato y liberarse para siempre de esa responsabilidad.

A solas en su cuarto, Anna respiró profundamente varias veces, tratando de calmar sus acelerados pensamientos y de pensar racionalmente. «¿Y si de veras me propone matrimonio esta misma tarde? ¿Tengo el deber de aceptar la primera oferta que reciba porque no hay otras opciones?» Bien mirado, ¿acaso sería el fin del mundo casarse con un joven acomodado de la ciudad? No tendría que preocuparse por el dinero, y el enlace sin duda le garantizaría un cómodo porvenir para su padre y para Jane. Al menos ella escaparía

de su encierro en Spital Square, y podría entretenerse con la pintura y otras aficiones.

Charles llegó puntualmente a las cuatro. Se anunció el té y la familia se reunió para dar paso al deprimente ritual de conversación banal y fórmulas de cortesía. Estratégicamente sentado por la tía Sarah en la *chaise longue* junto a Anna, Charles adoptó la postura propia de un dandi, con la barbilla apoyada en las yemas de los dedos.

—Estás preciosa esta tarde, Anna.

—Gracias —dijo dando un respingo ante el tono de familiaridad.

—¿Has hecho muchos dibujos últimamente?

«Está haciendo un esfuerzo. Debo mostrarme educada.»

—Por desgracia, no. Me encanta dibujar flores al natural, pero ha hecho tan mal tiempo estos días...

—Observé cuánto disfrutabas en el jardín de mi padre, cuando viniste con el señor Ehret. ¿Tenéis un buen jardín aquí en Spital Square?

Anna tuvo que reprimir un acceso de risa al ver cómo la nuez de él bajaba y subía cómicamente por su garganta, como un pequeño animal atrapado. ¿Y si resultaba ser un pequeño roedor de verdad? Tal vez escaparía, saltando de golpe de su boca y corriendo por toda la sala como una bola enloquecida, dejando a Charles sin palabras.

—No, apenas una pequeña parcela de hierba, con un árbol. No es gran cosa como inspiración para el dibujo. ¿Cómo van tus estudios? —preguntó ella rápidamente—. El Derecho debe de ser un tema fascinante.

—Sí, lo parece, pero me obligan a memorizar los detalles de millares de casos, y mi pobre cabeza no da para más. Me temo que resulta demasiado fácil distraer mi atención.

Aquella dosis de autocrítica le arrancó una sonrisa.

«Quizás tiene sentido del humor, después de todo», se dijo Anna.

—¿Qué casos te parecen más interesantes?

—Lamento tener que admitir que son los delitos graves los que me producen más interés.

—¿Por ejemplo?

—He estado estudiando casos de asesinato y homicidio. ¿Qué puede llevar a un hombre a cometer tales crímenes?

—No creo que nadie en su sano juicio pueda matar a otra persona, de lo que se deduce que solo puede hacerlo alguien que no está bien de la cabeza. No puedo creer que alguien sea malo por naturaleza.

—Cambiarías de opinión si conocieras a algunos de los criminales de Newgate. Créeme, la horca es demasiado buena para muchos de ellos.

—Rezo al cielo para que nunca tenga que hacerlo. —Había leído relatos aterradores sobre la famosa prisión y sobre las multitudes de morbosos espectadores que se concentraban para ver las ejecuciones—. Pero ¿de veras matar a un hombre es el castigo adecuado si quien cometió el crimen lo hizo sin estar en su sano juicio?

—Todo el mundo tiene elección. Eso es lo que creo yo. Los pobres pueden elegir mejorar a través del trabajo duro, pero los criminales y los inmorales son una maldición para la sociedad, y estamos mejor sin ellos.

—Bien dicho —intervino William—. Y por eso estás estudiando para abogado, ¿no es así, Charlie? Para poder enseñarles una lección.

Anna no daba crédito a sus oídos. ¿William, el ladrón, pontificando sobre la defensa de la ley? Deseó poder denunciarlo ahí mismo, en ese preciso instante, pero tuvo que contentarse con fulminarlo con la mirada, a lo que él

respondió con una sonrisa indiferente.

Después del té, Joseph y William se excusaron, diciendo que tenían que volver al trabajo. Lizzie fue a ocuparse de sus estudios y Sarah se inventó un asunto urgente que debía discutir con la cocinera. Anna y Charles se quedaron solos. Ella deseó poder estar en otro lugar, pero él extendió una de sus largas piernas a través de la alfombra, frente a ella, como una barrera que le impedía escapar.

—Mi querida Anna, disfruto muchísimo con nuestras pequeñas charlas —susurró—. Eres una joven inteligente y vivaz, y eso me parece muy atractivo. —Cuando él le cogió la mano y se inclinó hacia ella, Anna percibió el olor de su aliento, ligeramente rancio—. Cada día siento más estima por ti y, si no me equivoco, creo que es posible que tú también sientas lo mismo.

Ella lo miró a la cara, tratando de leer su expresión, tratando de convencerse a sí misma. «Si él me ama de verdad, ¿tal vez mi amor por él podría crecer con el tiempo?» Sin embargo, vio algo malo: aunque sus labios sonreían, su mirada era fría. Era como si Charles se estuviese embarcando en una transacción comercial. En ese momento, Anna comprendió que debía escuchar a su propio corazón, y supo cuál debía ser su respuesta.

Lo que ocurrió a continuación fue una sorpresa absoluta. Su mano empezó a temblar y pareció que vacilaba. Hubo un silencio tenso mientras miraba hacia la ventana y volvía a mirarla a ella. Charles respiró hondo y le preguntó.

—¿Vendrás a cenar a Ludgate Hill la próxima semana?

Anna sintió que una oleada de alivio le recorría todo el cuerpo, como el oleaje en la orilla del mar. Los nervios de Charles en el último momento —o tal vez su cobardía— la habían liberado. O tal vez se había dado cuenta de la verdad: que ninguno de los dos amaba al otro. Solo mordiéndose el

labio con toda su fuerza consiguió evitar reírse a carcajadas.

—Gracias, eso sería estupendo —contestó cruzando los dedos por detrás de la espalda.

—¿Y bien? —le preguntó la tía Sarah en un susurro, una vez que Charles se hubo ido.

—Hemos pasado un rato muy agradable —dijo Anna—. Me ha invitado a cenar en Ludgate Hill la próxima semana.

Observó cómo el gesto de su tía se nublaba y luego se iluminaba una vez más. «Qué desesperada está por verme comprometida. Le ha dado su palabra a mi padre y no descansará hasta que lo haya conseguido.»

La tía Sarah daba saltos de entusiasmo. Augusta Hinchliffe había enviado una nota para informarle de que el retratista Gainsborough iba a viajar a Londres desde su casa en Bath durante unos días y que estaría disponible para atender posibles clientes en su salón de pintura de Pall Mall.

—El señor Sadler ha accedido a la idea y hemos concertado una cita para mañana por la mañana —anunció en el desayuno—. Tiene mucho sentido encargarse un retrato para cuando el señor Sadler sea elegido administrador principal, ¿no os parece?

Anna había oído y leído mucho sobre aquel hombre; sin duda era el pintor de moda entre la alta sociedad. Aunque se ganaba la vida con retratos, se decía que disfrutaba más pintando paisajes, y ciertamente sus árboles y plantas, muchas veces simples bosquejos, eran maravillosamente realistas. ¡Ojalá ella también pudiera conocer al señor Gainsborough!

Después del desayuno, Anna sondeó a la tía Sarah.

—El señor Gainsborough es una elección excelente. Sin duda hará justicia al nuevo nombramiento del tío Joseph como administrador.

—¿Conoces su trabajo?

—¿Que si lo conozco? ¡Lo adoro, tía Sarah! Sus paisajes y sus pinturas rurales son maravillosos. Daría cualquier cosa por conocerlo.

Sarah sonrió cariñosamente a su sobrina.

—Quizás cuando Charles y tú os caséis podríais encargarle uno vosotros también.

—Qué idea tan espléndida —dijo Anna viendo su oportunidad—. En ese caso, ¿no sería esta una buena oportunidad para conocerlo ya de antemano?

Su tía se quedó pensativa un momento.

—Supongo que no habría nada de malo. Se lo preguntaré a tu tío. Si está de acuerdo, podrás venir a acompañarme.

Las casas del West End de Londres eran mucho más majestuosas que cualquier otra que Anna hubiese visitado. El carruaje se detuvo frente a una imponente mansión de ladrillo rojo y ella se maravilló de que un pintor, por muy famoso que fuese, pudiera ganar lo suficiente para permitirse una casa así.

Sin embargo, la casa del señor Gainsborough resultó ser solamente una pequeña parte del edificio, apenas dos habitaciones en la planta baja. Al parecer, no tenía servicio, y abrió la puerta él mismo: un hombre alto y apuesto, de unos treinta y tantos años, con una buena cabellera de color oscuro, una nariz larga y labios carnosos que le conferían

una expresión permanentemente divertida.

Los guiaron a una amplia sala que olía fuertemente a óleo y trementina, una habitación casi vacía salvo por una *chaise longue*, una mesa y unas sillas. A un lado había otra mesa repleta de pinceles y útiles vejigas de pintura, varios botes y jarras, una mano y un mortero y lo que Anna reconoció como un tiento, que servía para que el pintor apoyara la muñeca cuando trabajaba en los detalles. De pie en el suelo había un pequeño maniquí de madera vestido como un niño y un caballete alto que sostenía un gran lienzo oculto con un paño.

Tras las presentaciones de rigor, los invitaron a ocupar sus asientos y el señor Gainsborough desapareció en un cuarto trasero, para volver minutos más tarde con un cuaderno y una resma de papeles.

—¿En qué puedo ayudarles?

El tío Joseph explicó el motivo de la visita.

—Qué honor, señor Sadler, será un placer para mí aceptar el encargo —dijo el señor Gainsborough—. Mi familia se dedicaba al mismo oficio, en menor escala. Mi padre era tejedor de lanas.

Hablaron sobre las dificultades del mercado textil durante unos minutos antes de centrarse en el encargo en sí. El señor Gainsborough explicó los tipos de retrato que podía ofrecer: el más económico era una sola figura representada de cintura para arriba, con un fondo claro, donde no aparecían las manos, y luego seguía hasta el más caro, un retrato de grupo de cuerpo entero o pareja con paisaje de fondo, y un extra para los animales.

El pintor tomó notas y contestó algunas preguntas antes de enseñarles los papeles.

—Aquí encontrarán ilustraciones de cada tipo de retrato y ejemplos del coste de cada uno. Por favor, no dude en

escribirme en cualquier momento con cualquier pregunta. Necesitaré hasta un máximo de seis sesiones, dependiendo de la composición que elijan, y pueden tener lugar aquí o en Bath, lo que les resulte más cómodo.

Acto seguido siguió un silencio que Anna deseó ansiosa poder llenar con preguntas sobre el cuadro que había en el caballete, pero temía que pudiera resultar descortés. Por suerte, el tío Joseph parecía ajeno a esas sutilezas.

—¿Podemos ver su último trabajo? —preguntó.

El señor Gainsborough vaciló un segundo y luego se dirigió al caballete y, con un quiebro de la muñeca, destapó el paño que lo cubría.

—No está terminado, como podrán ver —dijo.

Era un retrato casi de cuerpo entero de un apuesto caballero vestido con una chaqueta de seda rosa pastel que se apoyaba con orgullo contra una roca, con un paisaje clásico a lo lejos. Era sin duda una figura deslumbrante, pero fue el follaje en segundo plano, sobre todo la hiedra que se extendía por la superficie de la roca, lo que capturó el ojo de Anna.

—Es un cuadro maravilloso, señor —dijo en voz baja—. Hace tiempo que sigo con admiración su trabajo como retratista, pero tengo que confesar que son sus representaciones de los paisajes y la naturaleza las que me resultan más extraordinarias.

El señor Gainsborough, que tan rígido y formal se había mostrado durante la anterior conversación, pareció animarse de repente.

—Me alegro de oír eso, señorita, porque es lo que más me gusta pintar. Me encanta recrear la naturaleza; supone para mí cierta relajación de la disciplina que se requiere para representar las variaciones de la cara y la forma humana.

—Y, sin embargo, este hombre tiene un rostro muy apuesto. ¿Podemos preguntar quién es? —preguntó Joseph.

—Es Joshua Grigby, abogado de Gray's Inn —dijo—. Su familia procede de mi propio condado, mi querido condado de Suffolk, donde descubrí mi amor por el paisaje y la naturaleza.

—¡Usted es de Suffolk! —exclamó Sarah—. Mi sobrina también ha venido a vivir a la ciudad desde allí.

—De un pequeño pueblo cerca de Halesworth —añadió Anna—. Yo también he descubierto mi amor por pintar la naturaleza en el campo de los alrededores de mi casa.

—Y yo de Ipswich, aunque nací en el sur, en Sudbury. ¿Y también es pintora? ¡Qué feliz coincidencia!

—Yo no me llamaría pintora, señor —respondió ella sonrojándose—. Sino una apasionada del dibujo y la pintura.

—Pues entonces eso es lo que debe hacer, siempre que pueda. —Su expresión se volvió pensativa—. Es posible aprender técnicas observando a los demás, pero los propios ojos y las propias manos son los maestros más importantes. Nada puede reemplazar el ejercicio de la observación y la práctica constante.

Anna ansiaba continuar la conversación, pero a su lado, la tía Sarah empezaba a ponerse nerviosa.

—Ha sido muy agradable, pero no debemos entretenerlo más, señor Gainsborough —dijo—. Le agradecemos su tiempo.

—Ha sido un placer —dijo, y añadió, dirigiéndose a Anna—: Están planeando abrir una nueva asociación de artes plásticas, la Society of the Arts, ¿ha oído hablar de ella? Su sede estará justo al cabo de esta calle. Tal vez sea la primera dama en mostrar su trabajo.

—No se burle, señor.

Él se rio con ella, pero su expresión era seria.

—He conocido a muchas mujeres pintoras muy buenas — dijo—. No hay razón por la que no debieran exhibir su trabajo en público.

Al salir del edificio, Anna se sentía como si en lugar de andar, estuviera flotando en el aire.

Aquella noche, todavía llena de entusiasmo, cogió la pluma para escribir. Henri comprendería su emoción.

Querido Henri:

Gracias por tu carta. Me alegra enormemente saber que ya tienes casi todo dispuesto y sabes que volvería a visitarte para verlo con mis propios ojos, si eso fuera posible.

Hoy he conocido al famoso pintor Gainsborough. ¡Ha sido maravilloso! Admiro enormemente su trabajo. Lo cierto es que tu amable interés por mi dibujo ha despertado mi propia curiosidad sobre el diseño de telas y ya he encargado un nuevo cuaderno de dibujo, más grande, para trabajar en mis próximos diseños. Sin embargo, necesito aprender más cosas sobre el mundo de los tejidos... ¿tal vez quieras enseñarme tú?

Por favor, escribe de nuevo pronto.

Con mis mejores deseos,

A.

16

Si de forma involuntaria causas alguna ofensa, sumerge tu lengua en aceite, nunca en vinagre; y trata más bien de apaciguar en lugar de irritar la herida, y de evitar la ira tanto como sea posible. Con delicadeza y buenos modales, hasta el carácter más intratable puede domeñarse, y el más exasperado, sosegarse.

*Consejos para
aprendices y oficiales,
o Guía segura para
granjearse una buena
estima y un buen
patrimonio*

Conforme fueron acercándose a la prisión, a lo largo de Newgate Street, de inmediato se hizo evidente que aquel no era un lunes cualquiera. Las campanas de las iglesias estaban tocando y una gran multitud, mayor aún que en la manifestación de unas semanas antes, se había

congregado a las puertas de la prisión, por lo que era imposible avanzar por ese camino.

Henri tenía la sensación de que todo Londres había salido a la calle: hombres, mujeres y niños, todos bien arreglados y vestidos con sus mejores galas, como si fueran a la iglesia y luego a un agradable picnic en el parque, o tal vez a dar un placentero paseo por los jardines.

—*Grand Dieu* —exclamó monsieur Lavallo con expresión sombría—. Es una ejecución.

El condenado apareció en lo alto de la escalinata, provocando rugidos de excitación entre la muchedumbre, de gratitud en parte, pero también de denuncia. A pesar de los grilletes que lo ataban de manos y pies, el prisionero estaba acicalado y vestido como un dandi. Alzó los brazos como pudo y sonrió a las masas congregadas, como un rey saludando a sus súbditos.

Entonces, ante un coro de gruñidos y burlas, lo obligaron a bajar los peldaños, lo arrastraron a una vieja carreta de caballos y lo hicieron subir a la fuerza a una larga caja de madera, en la que Henri supo reconocer, con un estremecimiento, el ataúd donde sería enterrado más tarde.

Sin embargo, el hombre no pareció darse cuenta, riendo y bromeando como estaba con los guardias y logrando, la mayor parte de las veces, esquivar los misiles de fruta y excrementos que le arrojaban. Cuando el carro se puso en marcha, rodeado de soldados armados con pistolas y espadas, la multitud siguió su estela.

—¿A qué distancia está el patíbulo? —preguntó Henri a un anciano canoso que había a su lado.

—Está a tres kilómetros de Tyburn. Pero para cuando se hayan detenido en cada taberna, habrán tardado tres horas en cubrir el trayecto y le habrán pagado tantas pintas que estará borracho cuando lo ahorquen. Lo cual es más de lo

que se merece ese cerdo.

—¿Qué delito ha cometido?

—Dicen que asesinó a una mujer, aunque él lo niega. Según dicen, era una furcia, pero nadie merece morir así.

—¿Y por qué invitan a ese criminal a cerveza?

—Es el espectáculo para el que han venido —respondió el hombre—. Quieren verlo mearse en los calzones.

—¿De miedo?

—No. Cuando lleve colgando un tiempo, eso demostrará que finalmente está muerto —fue la concisa respuesta.

Henri observó a la exaltada multitud y sintió ganas de vomitar. Por muy terrible que fuera el crimen, ¿cómo podrían los seres humanos infligir un castigo tan vil a sus semejantes? ¿Y si el hombre era inocente? No podía soportar que su amigo tuviera que sufrir aquella misma humillación y una muerte indigna.

Cuando la multitud se alejó en procesión, monsieur Lavalley y él consiguieron avanzar hacia las puertas de la prisión. Antes incluso de llegar a los escalones oyeron el furioso clamor de los presos enjaulados. Henri sintió que estaban a punto de entrar en las puertas del infierno, solo que este estaba en la Tierra, pero a apenas tres kilómetros de su casa y a solo unos pocos cientos de metros del edificio más hermoso que había visto en su vida. Monsieur Lavalley le había dicho que era la catedral de San Pablo.

—Podríamos rezar allí después —dijo.

Tras entregar una moneda de seis peniques en «honorarios», un fornido guardia de rostro rubicundo los condujo por varios pasillos hacia las celdas. El hedor y el jaleo eran insoportables, y monsieur Lavalley dio a Henri un pañuelo.

—Ponte esto en la nariz, muchacho —le dijo—. En este

sitio hay muchos vapores y enfermedades.

El guardia abrió una pesada puerta metálica y entraron en la celda. Era una espaciosa habitación con las paredes de piedra, iluminada únicamente por la luz que se colaba por dos ventanucos en lo alto de las paredes. Al principio, apenas podían distinguir nada en la penumbra, pero cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad de la sala vieron que en ella había treinta o más hombres encadenados a la pared y la mayoría desnudos, cubiertos únicamente por sus propias heces. Todos parecían igualmente hambrientos y desesperados, y golpeaban sus cadenas y pedían comida, agua, tabaco y ginebra. Abriéndose paso entre ellos, encontraron a Guy acurrucado y sumido en la desesperación y el silencio, echado en el suelo sucio.

Henri le sacudió el hombro.

—Somos monsieur Lavalley yo. Hemos venido a ayudarte.

Guy volvió la cabeza, con los ojos brillantes entre la mugre de su rostro.

—Déjame en paz —gruñó—. No se puede hacer nada.

—Te hemos traído comida.

La imagen del paquete que monsieur Lavalley sacó del interior de su chaqueta despertó una reacción instantánea en los demás prisioneros, que se lanzaron hacia delante tirando de sus grilletes y bramando en tono aún más amenazador que antes. Guy cogió el paquete, lo abrió y empezó a introducirse el pan y el queso en la boca en un frenesí hambriento. Cuando hubo engullido el último bocado y comprobado si quedaban migas, cogió la botella de cerveza negra de la mano de Henri, arrancó el corcho con los dientes y se la bebió con cuatro tragos largos, deteniéndose solo para respirar hondo entre un trago y el siguiente. Apuró la botella con un sonoro eructo que arrancó los vítores de sus

compañeros.

—¿Dónde está tu ropa? —preguntó monsieur Lavallo.

—Si no puedes pagar cuando llegas, te quitan la ropa — dijo Guy volviendo a sentarse en el suelo—. Son buitres. Si no puedes pagar, no tienes nada, ni comida, ni bebida, nada. Pero ¿a quién le importa? Voy a morir de todos modos, aquí o en el patíbulo.

—Hemos traído dinero para la fianza. Podrías salir de aquí mañana.

Guy negó con la cabeza.

—Mi madre ya ha ofrecido pagar la fianza. No la aceptarán.

—Por lo menos lo intentaremos. ¿De qué te acusan?

—De desórdenes públicos, robo, daño a la propiedad, cómplice de asesinato. Me han endilgado todos los malditos crímenes del mundo.

—¿No hay ningún compañero en tu grupo que pueda dar testimonio de tu inocencia?

—Aquí cada uno vela por sus propios intereses. ¿A quién le importa un gabacho sin dinero?

El rostro de Guy era una expresión de amargura tan absoluta que quedaría grabada en la memoria de Henri para el resto de su vida.

—Os agradezco la visita y la comida, amigos —dijo al fin—. Siento las duras palabras que te dirigí últimamente. He sido un idiota y merezco morir como un idiota. Cuida a mi madre por mí.

Y dicho eso, se deslizó hacia el suelo y se acurrucó de nuevo, flexionando las rodillas, pasándose un brazo por la cabeza para aislarse del mundo. Monsieur Lavallo hizo ademán de dirigirse hacia la puerta, pero Henri se quedó

inmóvil, reacio a marcharse.

—Te sacaremos de aquí, te lo prometo —susurró.

Los dos hombres recorrieron en silencio los sombríos pasillos y, al llegar a la puerta, preguntaron con quiénes tenían que hablar para depositar la fianza. Les contestaron que debían hablar con el juez, pero no estaba disponible. Cuando insistieron, negándose a marcharse hasta que pudieran hablar con alguien, los condujeron a un caótico despacho lleno de papeles y libros de contabilidad y les dijeron que esperaran.

Pasó media hora y luego otra, y seguía sin aparecer nadie. Por fin, un secretario de aspecto adusto asomó la cabeza por la puerta y, sorprendiéndose al verlos, preguntó qué hacían allí y a quién esperaban.

Pasaron otros veinte minutos hasta que apareció de nuevo.

—No hay fianza asignada para Guy Lemaitre —dijo—. El juez ya la ha rechazado.

—Pero ¿no podemos apelar? —preguntó monsieur Lavalle.

El hombre levantó las palmas de las manos.

—Yo no puedo hacer nada —dijo—. Esa decisión ha de tomarla el tribunal.

Al cruzar las puertas de la prisión y salir al bálsamo del aire fresco, fue como si el sol y el canto de los pájaros se burlaran de ellos. Volvieron sobre sus pasos por Newgate Street, absortos en sus pensamientos. Por un acuerdo tácito,

subieron los gruesos peldaños de piedra de la catedral, atravesaron el pórtico y entraron por las altas puertas de madera en el silencio absoluto de su espacioso interior.

Monsieur Lavallo se dirigió al banco más próximo y se puso de rodillas, inclinando la cabeza para rezar, pero Henri permaneció de pie, olvidándose incluso de respirar, mientras se maravillaba de la majestuosidad del interior, de la complejidad de la talla en las paredes de mármol y los pilares cuadrados que se elevaban hasta múltiples cúpulas que representaban de forma extraordinaria escenas bíblicas en oro, plata y todos los colores del arcoíris.

La pura belleza del lugar hizo que le afloraran las lágrimas y empezó a sentir una especie de vértigo, como si hubiera entrado en otro mundo. La cabeza le daba vueltas cuando, en ese preciso instante, oyó su propia voz, un bramido incorpóreo que resonó en el silencio del vasto espacio:

—Pour l'amour du ciel, je vous en prie, sauvez mon ami!

Monsieur Lavallo acudió raudo a su lado y le pasó un cálido brazo sobre los hombros, susurrando:

—¡Cálmate! ¡Silencio, muchacho! Ven conmigo.

El maestro lo llevó fuera del edificio, hasta un banco bajo la luz del sol donde el hombre permaneció sentado tranquilamente a su lado mientras esperaba a que su llanto se calmara.

La visita a Newgate había dejado en Henri una profunda y persistente sensación de ira en sus entrañas. Había abandonado su fe en Dios hacía mucho tiempo, pero ahora rezaba cada noche. En realidad, no eran oraciones sino furiosas diatribas contra la injusticia del mundo y la crueldad

del castigo a un joven inocente. El único delito de Guy era querer hacer del mundo un lugar más justo. Puede que hubiese obrado mal y con imprudencia, pero sus motivos eran lo suficientemente puros, así que ¿por qué Dios lo trataba tan vergonzosamente?

Monsieur Lavallo trató de tranquilizarle diciéndole que, entre bastidores, se estaba haciendo todo lo posible para conseguir la liberación de Guy. La iglesia francesa organizaba un turno diario de visitantes que llevaban comida y bebida, y se habían escrito cartas al tribunal ofreciendo una cantidad considerablemente mayor de la fianza que monsieur Lavallo había podido ofrecer.

Se llevaron a cabo discretas averiguaciones entre otros oficiales de tejeduría que habían participado en la protesta aquella noche, pero nadie admitía haber sido testigo del momento en que la esposa del tejedor fue amenazada. La mayoría de ellos, aterrorizados ante la posibilidad de que los relacionaran de algún modo con el crimen, negaron haber estado cerca en ese momento.

Al final encontraron a un irlandés que afirmaba estar seguro de que Guy no había estado involucrado, porque lo había visto en The Dolphin alrededor de la hora de la agresión. Todos abrigaron grandes esperanzas cuando el hombre accedió a testificar en defensa de Guy, pero tras llevar a un abogado para hablar con él, el irlandés se había esfumado para siempre, llevándose consigo a su esposa e hijos.

Pasaron las semanas y cada vez que Henri visitaba la prisión, Guy parecía más delgado y desesperado. Por fin supieron que la fecha del juicio había sido fijada para enero.

La única opción que les quedaba era esperar.

Las noches eran cada vez más largas, el tiempo era cada vez más frío y, de vez en cuando, algunas nubes cargadas de nieve emborronaban el cielo. Henri oyó a Mariette y a la cocinera preparándose para la Navidad, discutiendo los costes de comprar un ganso entero para acabar decidiendo que era demasiado caro.

—La mitad es grasa, de todos modos —gruñó la cocinera.

Tendrían que conformarse con la carne de ternera. Pasaron toda la mañana haciendo un pastel de ciruelas aderezado generosamente con brandi para que durara hasta el día de Epifanía.

Aquella era, normalmente, una de sus épocas preferidas del año, cuando se planeaban fiestas, se reunían los amigos y la casa se engalanaba con el musgo verde de los bosques y los campos más allá de Bethnal Green. Era una época en la que sentía que pertenecía de veras a aquella tierra de adopción, un país en el que él y sus compañeros protestantes no temían represalias si deseaban rezar libremente, y en el que disfrutaba de la compañía de su familia adoptiva a su alrededor.

Pero ese año Henri no estaba de humor para tales celebraciones. Las imágenes de Guy, desesperado en el infierno de la prisión, y los rugidos de la multitud, que clamaban por la sangre del asesino, atormentaban su mente todas las noches mientras esperaba a que le venciera el sueño. Incluso en aquel país aparentemente clemente que era Inglaterra, ahora era dolorosamente consciente de que también había poderosas fuerzas a las que había que temer.

La única manera de calmar su ansiedad era entregándose en cuerpo y alma al trabajo, y en especial a su obra maestra. Ante el temor de los horrores que le traían sus propios pensamientos, se sorprendía trabajando durante toda la noche para finalizar el traslado en papel del diseño de Anna, y luego idear la complicada organización de los componentes

del telar, la gama de colores necesarios para la urdimbre y la trama, y la disposición de los lazos y los ligamentos simples que configurarían los colores en la parte delantera de la tela. Era un trabajo tan exigente que se equivocó varias veces antes de emprender la senda correcta, pero al final pudo empezar a tejer con una confianza razonable en que el producto acabado haría justicia al inmenso talento de Anna.

Aquel era su momento favorito, cuando la lanzadera realizaba las primeras pasadas a través de la urdimbre y empezaban a surgir de forma paulatina los primeros centímetros de tela con las líneas del diseño, con un hilo de trama tras otro. El avance era exasperadamente lento, porque el diseño requería muchos cambios de los pedales a sus pies, así como de las lanzaderas, las encargadas de introducir cada nuevo color de trama. El tirador de lazos, soñoliento y torpe por culpa del frío, cometía errores frecuentes, tirando de aquellos en el orden equivocado.

Era un diseño más complejo de lo que Henri había creído al principio, y se sentía agotado ante la intensa y constante concentración que se requería para evitar errores costosos. Con cada centímetro de tela tejida, la presión era cada vez mayor. Cuanto más avanzase en el tejido, si más tarde se descubría un error, más horas de trabajo podría perder, amén de desperdiciar unas preciosas bobinas de hilo de seda teñido y torcido.

Cuando las elegantes curvas e imágenes del dibujo de Anna comenzaron a emerger en tela, Henri sintió su presencia, como si estuviera mirando la escena por encima de su hombro, dando su aprobación. A veces se sorprendía hablando con ella en su cabeza: «¿Te parece bien este verde de aquí? ¿O debería ser más claro?». O bien: «La curva aquí es tan sutil que no consigo evitar del todo que se noten las líneas rectas. ¿Me perdonarás?».

Si abandonaba el telar un rato, para comer algo, por

ejemplo, al volver junto a él sentía que el corazón le estallaba de emoción al ver de nuevo cómo el diseño cobraba vida sobre la tela, cómo se formaba la red de tallos rizados que sostenía las hojas delicadamente lánguidas y las flores de aspecto asombrosamente natural. Cuando, tejido ya un palmo y medio, llegó al punto en que el pequeño escarabajo surgía en la tela, sintió que a floraban a sus ojos lágrimas de emoción, unidas al estallido de alegría que sentía en el pecho.

Trabajaba largas horas todos los días, a menudo a la luz de las velas en aquella época del año, la más oscura, rindiéndose únicamente si se rompía un hilo de urdimbre que no podía recuperarse bajo la tenue luz de una vela o, las más de las veces, cuando el cansado ayudante que tiraba de los lazos se quedaba dormido de puro agotamiento.

Henri no había respondido aún a la carta de Anna, pues no sabía qué decirle. Pese a lo mucho que añoraba estar con ella y a las inmensas ganas de verla, las duras palabras de su madre y los acontecimientos de las últimas semanas lo habían puesto todo bajo una perspectiva diferente, apuntalada además por la dura experiencia de su amigo Guy. Había regresado a la cárcel dos veces desde aquella primera visita para llevarle comida y ropa. Los líderes de la iglesia se habían ofrecido a pagar para que tuviera una celda para él solo, pero Guy se había negado.

—¿Cómo podría soportar el silencio de mi propia compañía, cuando lo único que tengo ante mí es una vida de desgracia y tristeza absoluta? —dijo—. Todos estos de aquí son criminales, pero son mis compañeros pese a todo.

«Podría perfectamente haber sido yo el que estuviese ahí en esa prisión, si no tuviera el apoyo y los consejos de mi querido y generoso maestro», pensó Henri. Su vida y la de Guy habían sido muy similares, ambos habían sufrido una pérdida y privaciones terribles antes de entrar en el mundo

de la tejeduría y la seda, por puro azar, y ambos habían trabajado duro para, viniendo de la nada, convertirse en artesanos expertos. ¿Cómo podía dar la espalda a su buena fortuna rechazando la extraordinaria oferta de su amo?

No habían vuelto a hablar del tema desde esa primera conversación. Puesto que diciembre era un mes tranquilo para los nuevos encargos, monsieur Lavallo apenas si estaba en su oficina, sino que solía pasar mucho tiempo fuera, cumpliendo otras obligaciones externas: en la iglesia, donde, como de costumbre, se preparaban para ayudar a los más necesitados en Navidad, y también en la Compañía de Tejedores, donde todo estaba dispuesto para el nombramiento de los nuevos maestros de seda en Año Nuevo. Mariette volvía a ser la muchacha simpática de siempre, sin caer abiertamente en el coqueteo y, al parecer, ajena a la intervención de su padre.

Dos semanas antes de Navidad, Henri completó su obra maestra.

—Es un triunfo —dijo monsieur Lavallo, dándole varias palmaditas en la espalda—. Has cumplido mis más altas expectativas, muchacho. No imagino ninguna circunstancia por la cual no vayas a ser aceptado en la compañía en enero. Bienvenido, maestro Vendôme.

Mientras el maestro tejedor escrutaba el tejido con ayuda de su pequeña lupa, los colores y las formas resplandecían a la luz del fuego, tan vívidamente que era como si los tallos y las flores se meciesen al ritmo de la suave brisa. Al ver la seda a través de los ojos de su patrón por primera vez, Henri se dio cuenta de que era verdaderamente una pieza muy hermosa, y el naturalismo de las líneas, absolutamente extraordinario.

—Es de una calidad excepcional, Henri —señaló monsieur Lavallo—. La complejidad técnica es completamente distinta a cualquier cosa que haya visto, incluso de los grandes diseñadores tejedores clásicos, Leman y el resto. Y, sin embargo, tiene un diseño maravillosamente contemporáneo. Las damas que siguen la moda lo adoptarán con los ojos cerrados y se convertirá en el próximo gran éxito de la temporada, estoy seguro. —Se rio—. No vas a hacer otra cosa más que tejer metros y más metros de este mismo diseño durante los próximos meses. Puede que te hartes de él, pero desde luego, vas a empezar tu carrera como maestro con muy buen pie.

Henri sintió que la sangre se le agolpaba en las mejillas. Los halagos de su maestro nunca habían sido tan entusiastas. Monsieur Lavallo soltó la pieza de seda y cogió su pipa de arcilla, la rellenoó, la encendió y aspiró una larga bocanada.

—Tienes un gran futuro por delante, hijo mío, si me permites que te llame así.

«Me está llamando "yerno"», pensó Henri. La palabra le pareció reconfortante, como si fuese una capa que se le ajustase perfectamente sobre los hombros.

—Me siento orgulloso de que me considere su hijo —contestó.

—Hija mía, ven a ver lo que ha hecho nuestro ingenioso muchacho —dijo monsieur Lavallo—. Y trae una botella de oporto y tres vasos para que podamos celebrarlo.

Mariette sostuvo la pieza de seda a contraluz.

—Oh... Dios mío... —exclamó con un suspiro—. ¿Tú has tejido esto?

Antes de darle tiempo a reaccionar, Mariette se lanzó sobre Henri y lo envolvió en un abrazo asombrosamente poderoso. Sintió el calor de su cuerpo en contacto con el

suyo y los latidos de su corazón latiendo contra su pecho. En la alegría del momento se preguntó si no podría llegar a enamorarse de la chica con el tiempo.

Soltándolo al fin, Mariette se volvió para coger la pieza de seda de nuevo y, al examinar el diseño, descubrió con una risa complacida el diminuto escarabajo que se aferraba a la hoja enroscada. Desplegó la totalidad de la pieza y se la envolvió alrededor de la cintura, como si fuera una falda, y giró sobre sí misma, con una vuelta lenta y coqueta, ante los dos hombres, contoneando las caderas y haciendo batir las pestañas, riéndose todo el rato.

—Tengo que hacerme un vestido con esta tela, papá. Para mi primer vestido de baile.

—Bueno, ya veremos —murmuró él.

—Y tú serás mi pareja de baile, Henri.

Le cogió la mano y luego, canturreando la alegre melodía de un baile, comenzó a dar brincos por la habitación, tirando de él. Monsieur Lavallo observaba la escena desde su silla, sonriendo con aprobación y aplaudiendo al ritmo de la melodía mientras la pareja recorría la superficie de la sala y volvía al centro otra vez. Henri se sentía torpe e inseguro, pero se dejó arrastrar por el entusiasmo de Mariette y por su propio alivio por haber acabado al fin la que sin duda era la obra más importante de su vida.

Mientras bailaban, acompañados por el ardor del fuego en la chimenea, cuyas llamas se reflejaban en los paneles que revestían las paredes, y por el calor del oporto que le corría por las venas, Henri pensó de nuevo en Guy. La desesperación a la que su amigo tenía que hacer frente contrastaba dolorosamente con su propia fortuna y felicidad. El destino podía ser tan caprichoso, la vida era tan frágil... Pero, al menos por el momento, aquello era suyo: su mundo, su lugar, su gente y, con el tiempo, se casaría con Mariette.

Ellos lo querían y él los quería a ellos. Allí era donde estaba su sitio. ¿Cómo podía haber imaginado lo contrario?

No tenía otra alternativa más que reconocer la verdad que había estado acechando en su corazón, como un monstruo: su amistad con Anna no tenía ningún futuro. Esperaba que, por el mero hecho de ignorarla, aquella verdad pudiera llegar a desaparecer de algún modo, pero ahora sabía que era imperativo resolver el asunto, cuanto antes mejor. Era lo más justo para Anna, y él necesitaba pasar página y seguir adelante, aceptar el futuro que se había planeado para él.

Más tarde, esa misma noche, tomó su pluma y, con profunda tristeza, comenzó a escribir.

Querida Anna:

Ya casi he terminado la pieza y te escribo para darte las gracias de nuevo. La tela está quedando muy bien y mi maestro está satisfecho. Sin embargo, en cuanto al asunto que mencionas, no podré ayudarte más. Lo siento. Eres una artista con mucho talento y te deseo todo el éxito del mundo, pero sé que no debemos volver a vernos.

H.

Ninguna dama que se precie debe beber vino en la cena. Incluso aunque su cabeza sea lo suficientemente fuerte para soportarlo, descubrirá, poco después de su ingesta, que tiene las mejillas coloradas y calientes en exceso, y se sentirá muy incómoda; además, si la cena se prolonga, probablemente pagará el castigo por su imprudencia con un terrible dolor de cabeza durante toda la noche.

*El libro de los buenos modales para
damas*

La carta llegó con el resto del correo de la familia, que Betty llevó a la mesa del desayuno. Al reconocer la letra, Anna sintió un nudo de entusiasmo en el pecho, que casi la dejó sin aliento.

—¿De quién es la carta? —preguntó la tía Sarah mirando por encima de la mesa.

—De una amiga de Suffolk —mintió Anna.

—No serán malas noticias, espero... Toma, coge el abrecartas.

—Gracias, tía, pero la abriré más tarde. No quiero interrumpir mi delicioso desayuno.

Se le había quitado el apetito, y tuvo que hacer un esfuerzo para comerse la porción de pastel de carne que ya tenía en el plato. Por fin terminó de comer y se retiró corriendo a su habitación con Lizzie pegada a sus talones.

—Más tarde, prima —dijo Anna ahuyentándola—. Necesito un poco de intimidad.

Abrió la carta bruscamente y al principio no pudo entender lo que decía. «No debemos volver a vernos.» Cuando el significado se hizo evidente, una oleada de náuseas le recorrió todo el cuerpo.

—¡No! —exclamó enterrando la cara en la almohada para ahogar los sollozos.

¿Por qué iba a escribir algo semejante? Debía de haber habido un terrible malentendido.

Al cabo de un rato se incorporó en la cama y leyó las pocas líneas una y otra vez; no podía creer lo que estaba leyendo. ¿Qué podía haber hecho para merecer un rechazo tan terrible y definitivo? Repasó en su cabeza cada momento que recordaba de las pocas veces que habían estado juntos: en la iglesia, con miss Charlotte y luego en Wood Street.

Recordó el momento al pie de la escalera del taller, y también sus palabras: «Tenemos que encontrar una manera». Era imposible que solo fuesen producto de su imaginación los poderosos sentimientos que había creído mutuos en ese momento. Su cabeza era un torbellino de confusión, visualizando posibles escenarios una y otra vez. ¿Habría obligado la tía Sarah a Charlotte a admitir que habían visitado al tejedor aquella tarde? ¿Habría ido a ver a Henri para amenazarlo? No, estaba segura de que miss

Charlotte nunca la traicionaría así. ¿Y la tía Sarah se dignaría ir a ver a un tejedor francés a su casa? No lo creía probable.

Se dirigió a la ventana y se asomó a la plaza, al lugar donde había encontrado a Henri y Guy sentados en el muro, bajo los árboles, donde había visto su figura acercarse a la casa, para entregarle la primera carta. Parecía que hacía una eternidad de aquello...

Desde un cielo plomizo, empezaron a caer los copos de las primeras nieves, y la gente correteaba por la calle con la cabeza y los hombros cubiertos con capas y mantones. Anna se volvió y cogió la carta de nuevo para releer la última frase: «Sé que no debemos volver a vernos».

—«No debemos» —repitió en voz alta.

Entonces lo entendió: «No es lo que él quiere, ni yo. Tal vez monsieur Lavallo le ha dicho que nuestra amistad no es prudente ni apropiada». Tal como sabía ella misma en el fondo de su corazón, las barreras sociales eran demasiado altas para romperlas. Era una estúpida fantasía, se dijo. Y él estaba siendo práctico. Quizás fuera lo mejor.

Sin embargo, no había ninguna parte de aquel sensato razonamiento capaz de aliviar el desconsuelo que anidaba en su corazón. Varias veces oyó el ruido de los pasos de Lizzie en la escalera y la ahuyentó de la puerta, usando como pretexto un fuerte dolor de cabeza. A la hora del almuerzo, Betty le subió un plato de caldo y un poco de pan, que ella recibió con agrado. Exhausta por el llanto, Anna durmió la mayor parte de la tarde y cenó en su habitación. Cuando Betty acudió a llevarse los platos, le llevó un mensaje de la tía Sarah.

«Querida sobrina, espero que te encuentres mejor — escribí—. No habrás olvidado que te han invitado a Ludgate Hill mañana por la noche para cenar, ¿verdad?»

Sí, lo había olvidado por completo, y no le apetecía

recordarlo. Ver a Charlie de nuevo era lo último que quería en el mundo, pero no podía seguir fingiéndose enferma otro día entero. Tendría que serenarse, forzar una sonrisa y enfrentarse al mundo una vez más.

A mitad de cena de la noche siguiente, Anna descubrió, para su sorpresa, que estaba disfrutando. Había otros comensales: una amiga de Susannah con sus padres, y otro comerciante de sedas y su esposa. Había aceptado una copa de vino y la conversación había sido agradable y harto animada. Charlie le preguntó cómo iban sus dibujos y ella le habló de su visita al señor Gainsborough.

—Un hombre encantador, ¿no es así? —exclamó Charlie—. Lo conocí en Bath cuando vino a ver a papá. ¡Es un genio artístico con las caras!

—Y con los paisajes —añadió Anna, tras lo cual mantuvieron una discusión en la que participaron otros invitados sobre qué suponía un reto más exigente para un pintor: un retrato o reproducir la naturaleza.

Fue la reunión social más viva e interesante que Anna había disfrutado hasta el momento en la ciudad.

Después de la cena, las damas se retiraron y charlaron sobre la moda y los últimos romances de sus amigas, un tema que sumió a Anna en un soberano aburrimiento, pero los caballeros aparecieron pronto en la sala y Susannah se animó a tocar el clavicordio.

—Tu hermana tiene mucho talento —le susurró Anna a Charles, sentado a su lado.

—Desde luego. Decían que mi madre cantaba muy bien, pero por desgracia yo no he heredado el don de la música.

—Seguro que tienes otros talentos —respondió ella

volviendo a escuchar la música.

Al cabo de unos minutos, notó que él apoyaba la mano en la suya, que descansaba en el brazo de la silla. Sus dedos largos tomaron entonces los de ella y Anna aceptó el contacto con delicadeza. Sintió cómo se le ruborizaba el rostro. «Tal vez El libro de los buenos modales para damas no iba muy desencaminado sobre eso de tomar demasiado vino en la cena», pensó Anna preguntándose qué debía hacer a continuación.

Susannah dejó de tocar y Charlie apartó la mano para aplaudir, pero era evidente que había recuperado su coraje, de modo que Anna temió lo que podría suceder si se encontraban a solas. Seguía sin tener la menor idea de cómo responder.

Llegó el momento: los otros invitados fueron a despedirse y el resto de la familia los siguió al vestíbulo. Ella y Charles se quedaron a solas en el salón, de pie junto a la chimenea.

—Mi querida Anna —empezó a decir él tomando su mano y sujetándola con firmeza en su propia palma sudorosa—. Probablemente ya sabes cuáles son mis sentimientos hacia ti.

Ella asintió con la cabeza.

—Sí, creo que sí.

—Y probablemente comprendiste cuáles eran mis intenciones cuando fui a tomar el té en Spital Square la semana pasada, ¿cierto? Lamento haber sentido cierto vértigo ante las consecuencias del momento, pero ahora estoy decidido. —Respiró hondo y soltó de golpe y sin detenerse a tomar aliento—: ¿Me harías el honor de convertirte en mi esposa?

Ahí estaba, la pregunta que Anna había estado temiendo. Si lo rechazaba, los Hinchliffe se sentirían insultados y su tía y tío se enfurecerían. Miró aquel rostro, que tan familiar le

resultaba ya. Esta vez, sus ojos eran cálidos, iluminados por una sonrisa cariñosa; la nariz larga y la nuez de su garganta, mucho menos intrusivas. El ambiente de la sala, tan cómodamente amueblada e iluminada por el cálido resplandor del fuego de la chimenea, era sugerente. Había disfrutado de su compañía esa noche. Tal vez, con el tiempo, podría surgir entre ellos una plácida amistad, incluso algo parecido al amor.

Respiró hondo y comenzó a responderle, sin saber siquiera en qué iba a consistir esa respuesta.

—Mi querido Charles —dijo—. Soy yo quien se siente honrada, pero sin duda has de saber que soy la hija de un humilde párroco, que no podría aportar riqueza ni propiedades a esta unión.

—Soy plenamente consciente de cuál es tu situación, pero eso no cambia en nada mis sentimientos hacia ti.

Se llevó la mano a los labios y la sostuvo allí.

—Entonces, sabrás también que mi padre ha enviudado hace poco —dijo—. Y como está tan lejos, tendrás que escribirle.

—¿No debería preguntarle a tu tío?

—Creo que debe ser mi padre quien dé su consentimiento. Estoy segura de que estará encantado de hacerlo, pero ¿te importaría dejar que se lo diga yo primero? Volveré a casa para Navidad. ¿Podríamos esperar a mi regreso antes de anunciar la feliz noticia?

Él la estrechó entonces en sus brazos, con la cabeza inclinada de modo que ambas mejillas se tocaban, y Anna percibió su aliento en el cuello. No era una sensación desagradable, sino que en cierto modo era incluso reconfortante.

—Mi querida Anna, acabas de hacerme el hombre más

feliz del mundo —susurró—. Por supuesto que podemos esperar por tu padre. Hasta entonces, será nuestro pequeño secreto.

La inminencia de la cena del gremio, en la Mercers' Company, creó un ambiente de tensión palpable en la casa de los Sadler. Además de ser el acontecimiento anual en el que se decidían los altos cargos de la asociación de comerciantes, era una oportunidad para que los miembros de la compañía exhibieran sus tejidos más lujosos y elaborados, en las prendas de vestir que lucían ellos mismos y sus esposas. Sarah había encargado a una nueva modista su vestido, pero cada vez que regresaba de una de las sesiones de prueba parecía más insatisfecha.

—¿Por qué no le hiciste el encargo a miss Charlotte, como siempre? —preguntó Lizzie inocentemente.

Lo que ella no sabía era que Anna había oído a su tía decir que no volvería a realizarle ningún encargo porque no era «de fiar», y desde entonces había sentido una amarga vergüenza por haber causado, de forma involuntaria, que su amiga perdiera a una valiosa cliente.

—Pues la verdad es que casi me arrepiento de no haberlo hecho, querida —dijo la tía Sarah—. Esta modista nueva no parece tener las habilidades ni la paciencia necesarias. Empiezo a preguntarme si mi vestido estará listo a tiempo o no.

Al final llegó el gran día y la tía Sarah pasó la mayor parte de la tarde ocupada con su manicura y acicalándose, atusándose la peluca y aplicándose abundante maquillaje. Por fin terminaron los arreglos y la familia se reunió para admirar el resultado. El vestido nuevo, en tonos azul turquesa, era verdaderamente llamativo, pensó Anna,

aunque tal vez incluso demasiado. El tío Joseph apareció con un chaleco de brocado y una casaca larga según la última moda, con aspecto de sentirse incómodo y atosigado por la gran cantidad de botones.

—Solo espero que lo voten a él como administrador principal —murmuró William cuando se hubieron marchado—. Estará insoportable si eligen a otra persona.

Lizzie lo miró con expresión de alarma.

—Pero ya está decidido, ¿no?

—Estas cosas nunca son seguras del todo hasta que están firmadas y selladas —respondió él misteriosamente.

Más tarde, después de que Lizzie se hubiera retirado de la mesa, Anna se encontró a solas con él.

—¿Qué querías decir con que esas cosas no son seguras en relación con el nombramiento del tío? —le preguntó.

—Siempre hay mucha competencia por ocupar esos puestos en esas organizaciones —explicó—. Tienes que saber jugar a ese juego, y no estoy seguro de que mi padre haya estudiado suficientemente las reglas.

—Entonces habrá que cruzar los dedos. —Apenas habían intercambiado diez palabras desde la noche de su encuentro secreto en la oficina, pero la conversación la envalentonó—. ¿Cómo van las cosas, William?

—¿Las cosas? —preguntó sirviéndose otra copa de vino y ofreciéndole una a ella.

Anna la aceptó de buen grado.

—Quiero decir, ¿te has librado ya de esas amenazas de las que hablaste? Estaba preocupada por ti.

—Gracias por tu preocupación, prima —contestó—, pero te aseguro que todo va bien.

—¿Has dejado de...? Quiero decir, ¿has solucionado tus

asuntos? ¿Y has devuelto el dinero que robaste del negocio?

—¿Me tomas por idiota? —repuso él con gesto afilado y desafiante.

Tomó un largo trago de su copa y se quedó con la mirada clavada en el fondo, como si estuviera estudiando su color, antes de levantar la vista y añadir con un tono más conciliador:

—Por supuesto, te agradezco tu silencio.

—Puede que te pida que me devuelvas el favor algún día.

—¿Una cita amorosa con Charles? ¿Para eso quieres que te cubra?

Anna estuvo a punto de echarse a reír, pero luego recordó que Charles era amigo de William, así que contuvo la risa.

—Sería un buen partido para ti, ¿sabes? Le gustan demasiado los ponis y ha tenido algún que otro problema de deudas pendientes, pero ¿quién soy yo para juzgarlo? Aun así, el caso es que tiene muy buenos contactos en las esferas más altas de la sociedad, y estoy seguro de que se hará muy rico, con el tiempo. ¿Qué dices tú?

—¿Yo?

—He oído rumores de que va a pedirte que te cases con él. ¿Lo aceptarás?

La franqueza de la pregunta la cogió por sorpresa.

—Sin duda es un joven encantador, así que te doy las gracias por tus consejos al respecto.

William apuró el vino, se levantó e hizo una reverencia.

—Siempre a su servicio, señora.

Se dieron las buenas noches.

Más tarde, a Anna le despertó el ruido del carruaje al

llegar a la entrada de la casa, seguido del sonido de las puertas cerrándose bruscamente y de voces airadas en la habitación de abajo, pero se durmió de nuevo y no le dio mayor importancia. Al menos sus tíos estaban ya en casa.

A la mañana siguiente, Betty les dijo que Joseph y William ya habían desayunado y ahora estaban en una reunión, que no debían ser molestados. La tía Sarah todavía estaba acostada, pues no se encontraba bien.

—Supongo que tomó demasiado brandi —comentó Lizzie.

Dos horas después, Anna encontró a Betty preparando leche caliente y galletas para su tía.

—Deja que yo se lo lleve —se ofreció—. Intentaré descubrir qué es lo que le pasa.

Su tía respondió a la llamada a la puerta con un gemido sofocado, y cuando Anna entró en la habitación, descubrió que las contraventanas todavía estaban cerradas y que el aire estaba enrarecido. En la penumbra, lo que vieron sus ojos la dejó atónita. La cara de Sarah, tumbada en la cama, estaba desfigurada por la tristeza, con las mejillas en carne viva y los ojos enrojecidos por el llanto.

Anna dejó la bandeja y se sentó junto a la cama.

—¿Qué ha pasado? ¿No se encuentra bien, tía?

La pregunta precipitó un nuevo ataque de llanto. Anna tomó la mano de Sarah y esperó. Después de atender a su madre durante toda su enfermedad, comprendió que el mero hecho de estar al lado de alguien que sufría, como una presencia poco exigente, podía proporcionar cierto consuelo.

Al fin, los sollozos se apaciguaron y Sarah se recostó sobre la almohada, agotada. Aceptó el ofrecimiento de Anna de la leche tibia y tomó unos sorbos.

—Estamos perdidos, querida —dijo sollozando—. Todo está perdido.

—No entiendo qué quieres decir, tía. ¿Ocurrió algo anoche?

Su tía asintió y lloró un poco más.

—Todo ha terminado —dijo—. Tu tío no va a ser nombrado administrador principal del gremio. Ha caído en la deshonra más absoluta.

—¿En la deshonra? ¿Por qué?

Anna recordó la conversación sobre la seda francesa, pero era imposible que eso tuviese algo que ver, después de todas estas semanas...

La verdad afloró despacio, entre los estallidos de lágrimas de la tía Sarah, sus sollozos desesperados y los momentos en que se dejaba consolar por su sobrina. Al parecer, al entrar en el salón principal del gremio, Joseph había recibido una nota. Se la metió en el bolsillo sin leerla, suponiendo que simplemente se trataba de la confirmación de que, después de la cena, lo llamarían a jurar el cargo como administrador principal. La cena transcurrió según lo previsto, pero cuando llegó el momento, pronunciaron otro nombre completamente distinto; otro hombre subió a recibir los aplausos y ser objeto de los esperados honores. Naturalmente, todas las miradas se dirigieron entonces a Joseph y Sarah, quienes cada vez estaban más avergonzados, completamente incapaces de entender lo que estaba pasando.

—Quería que se abriese el suelo bajo mis pies, que me tragase la Tierra —dijo Sarah—. Tu pobre tío estaba tan perplejo y confuso que no sabía qué hacer.

Al final, se serenó y salió del salón, seguido de Sarah.

—Y qué largo se hizo salir de allí... desfilando por delante

de todos aquellos rostros burlones... Mi pobrecillo Joseph sufrió la humillación de ser víctima de un millar de insultos. Temo por su cordura, la verdad.

—Supongo que era de eso de lo que trataba la nota...

Sarah asintió con la cabeza.

—¿Qué decía?

—Decía...

Se le quebró la voz de nuevo, y se vio incapaz de continuar, agitando una mano hacia el tocador. La hoja de la nota, arrugada y vuelta a alisar de nuevo, llevaba como encabezamiento el sello de la Mercers' Company y estaba firmada por el administrador principal saliente. Anna abrió las contraventanas para leerla:

Estimado señor Sadler:
A la luz de los informes recibidos recientemente de que su empresa ha importado sedas francesas de forma ilegal, cabe suponer que, para evadir el pago del impuesto de importación correspondiente, lamentamos informarle de que su oferta para convertirse en administrador

principado ha quedado revocada y, además, ha dejado de ser miembro del Comité de Administración.

También es mi lamentable deber informarle de que se ha alertado a las autoridades competentes y sin duda se pondrán en contacto de inmediato con usted.

Si evita los cargos criminales en este asunto, puede seguir siendo miembro de la compañía, pero solo bajo su solemne juramento de que de ahora en adelante se mantendrá estrictamente dentro de la legalidad y acuerda no volver a sumir nunca más a la compañía en el descrédito.

La carta era impactante en su franqueza. Si aquella era la recompensa por la falsedad de William, por la que su tío ya

había asumido toda culpa, ¿por qué habían tardado tanto tiempo en castigarlo? ¿Y por qué hacerlo así, humillándolo en público?

—¿Es esto cierto? —preguntó Anna fingiendo inocencia—. ¿La acusación sobre la seda francesa?

Su tía, que se había incorporado en la cama y ahora mordisqueaba una galleta, asintió con tristeza.

—Joseph dice que hubo un error de contabilidad hace unas semanas, lo que por desgracia hizo que no se contabilizara el impuesto. En su momento fue un problema muy grave, pero discutió el asunto con el Comité de Administración y parecieron aceptar sus disculpas. Ahora no entiende a qué viene esta última queja.

El agrio olor de la sospecha flotaba en el aire. Todo el asunto era extremadamente complejo y turbio. ¿Y si, a pesar de la tranquilidad aparentada con ella la noche anterior William seguía apostando en el juego? ¿Y si, en su desesperación, había continuado falseando los libros de cuentas, alegando haber pagado el impuesto cuando en realidad lo que hacía era destinar el dinero a saldar sus deudas de juego? Si ese era el caso, no era de extrañar que Joseph estuviera tan sorprendido por la catástrofe de la noche anterior.

—¿Qué crees que pasará, tía?

—Joseph y William están ahora mismo tratando de averiguar qué es lo que ha pasado, y después de eso tendrán que ponerse en contacto con el gremio y las autoridades competentes para tratar de reparar el daño.

—¿Y en cuanto a los cargos criminales?

—Eso es lo que más me aterra, querida. Pero el señor Sadler me ha asegurado que, si se paga el dinero en su totalidad, podrá evitar semejante amenaza.

—¿Y es mucho dinero?

Sarah suspiró.

—Esos asuntos no son cosas de mujeres; nuestro destino es esperar y aceptar lo que venga. —Se arrebujó el chal alrededor de los hombros con más firmeza, a pesar del ambiente cargado de la habitación—. Y ahora, debes dejarme a solas y mandarme a Betty para que me ayude a prepararme para enfrentarme al mundo. Pero por favor... —Tomó la mano de Anna y la apretó con urgencia—. Dame tu palabra de que no vas a decirle nada de esto a Lizzie. Adora a su padre y la entristecería muchísimo saber que se enfrenta a un problema tan grave.

Anna se lo prometió.

Después de la conmoción por los desgraciados acontecimientos en la cena del gremio, fue como si Joseph hubiese desaparecido, encerrándose en la oficina para pasar el día y la noche ante su escritorio y apareciendo de vez en cuando con su mejor peluca y vestido con chaleco para salir a la calle y regresar a última hora de la noche, cuando ya todos estaban en la cama.

Sarah pasaba largas horas en su habitación, y se levantaba con aspecto demacrado y en camisón para sentarse a las comidas, aunque solo picoteaba algo en su plato con el apetito de un gorrión. A pesar de que faltaba poco para Navidad, no se preparaban budines, ni había ningún ganso esperando en la despensa. Una nube oscura había descendido sobre la casa y parecía que nada podía hacer escampar su penumbra opresiva.

Unos días después de la catástrofe, llegó una carta a la hora del desayuno. Anna reconoció la letra, pero esperó a estar a solas en el comedor antes de abrirla.

Querida miss Butterfield.

Lamento informarle que, debido a circunstancias imprevistas, no será posible hacer honor a nuestro acuerdo. Le agradecería que, para evitar posibles situaciones bochornosas e innecesarias, no volviéramos a establecer ningún contacto en el futuro.

Con los mejores deseos.

Charles Hinchliffe

Le entraron ganas de reírse a carcajadas ante lo absurdo de aquella carta, con aquel lenguaje tan formal. Y luego se puso furiosa. ¿Quién se creía Charles Hinchliffe que era, él, tan alto y poderoso, y tan canalla y despectivo? Tampoco era un santo, si había que hacer caso a William, con su afición al juego y su actitud despreocupada hacia los estudios, sin duda financiados por su padre rico.

Ser ninguneada de esa manera, no solo por él sino, al parecer, por toda la familia, no solo era doloroso, sino tristemente ilustrativo de la superficialidad de la sociedad londinense, donde el valor de una persona era determinado por el grado de utilidad de esa misma persona ante otros. La carta dejaba patente la enormidad de los problemas de su tío, la forma en que había proyectado una sombra sobre el resto de la familia.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por William, que regresó al comedor.

—Me he dejado... —empezó a decir antes de reparar en la carta que su prima llevaba en la mano—. ¿Son malas

noticias?

—Es de Charles. Parece que, de repente, ha disminuido su interés por mí. No se me ocurre por qué... —dijo Anna con una sonrisa irónica.

—Ese malnacido... —William se sentó a su lado—. ¿Puedo verla? —Cogió la carta y la leyó rápidamente—. ¡Dios! —exclamó dando un golpe tan fuerte en la mesa que hizo temblar la cubertería—. Nunca imaginé que llegaran a mostrar semejante desprecio. Son amigos de la familia desde hace años. Y tú, prácticamente comprometida... ¿Cómo se atreve a poner tu honor en entredicho de esa manera? —Enterró la cabeza en las manos—. ¡Oh, Dios! ¿Qué he hecho?

—No es culpa tuya, ¿verdad? —preguntó ella en voz baja.

—Si yo hubiese confesado, habríamos pagado los aranceles semana tras semana, como mi padre prometió a la compañía en primer lugar, y ahora no infligirían un castigo tan mayúsculo, por no hablar de la multa.

—¿Hay una multa también?

—De cuatrocientas libras.

—Es una suma imposible. ¿De dónde vas a sacar tanto dinero?

William sacudió la cabeza.

—¿Y qué pasa si no podéis pagarlo?

—Probablemente, iremos a la bancarrota.

La palabra resonó como una bofetada. Anna sabía lo que significaba, por supuesto, pero no podía imaginar que pudiera aplicarse al negocio de Sadler e Hijo.

—¿Qué pasaría entonces?

—A menos que podamos pagar las deudas a principios de enero, tendremos que vender el negocio.

—¿Y la casa?

—La casa también. Es propiedad del negocio.

—Pero ¿dónde viviremos?

William suspiró.

—¿Dónde viven los demás? Tendremos que alquilar algo, supongo. Conseguir otro trabajo para pagar el alquiler.

—Pero seguro que tenéis muchas existencias que podríais vender para ayudar a pagar la deuda, ¿no?

—Eso ya lo he intentado.

—¿Qué es lo que has intentado?

—Vender el resto de las sedas francesas a un mercader de fuera de la ciudad. Pero alguien las reconoció y siguió el rastro que llevaba hasta nosotros. Eso solo empeoró las cosas: más aranceles y el pago de otra multa. La única seda que nos queda son las mismas existencias que teníamos desde hace meses, años incluso, antes de que todos se pusieran de luto por el viejo rey. Nadie quiere esas sedas. La maldita moda es tan cambiante e inestable... —Suspiró de nuevo—. Es un mal momento. Papá estaba a punto de hacer una oferta para un suministro de seda para el ajuar de la nueva reina.

—¿Es que va a haber una nueva reina? No he oído nada.

—Nadie lo sabe. Son meras especulaciones. No dejarán que el joven Jorge permanezca soltero mucho tiempo, créeme. Tiene que tener un heredero varón, no lo olvides. Todos los comerciantes de seda de la ciudad están preparados para hacer una fortuna cuando se anuncie la boda real.

—Cielo santo... Me pregunto a quién elegirá.

—Circulan rumores sobre una joven princesa alemana, pero la verdad es que eso no importa, siempre y cuando estemos dispuestos a ofrecer algo ostentoso y que esté

rabiosamente de moda. Cosa que, por supuesto, nosotros ya no estaremos en condiciones de hacer.

Ambos guardaron silencio. William cogió la carta de Charles y volvió a leerla.

—Lo he estropeado todo. Y tú también te has visto perjudicada, tu compromiso... todo.

—Por favor, no te preocupes por eso, primo. Sé que es tu amigo, pero si te soy sincera, lo cierto es que no amo a Charles. Y sus puntos de vista son diametralmente opuestos a los míos.

—Pero es un buen partido. ¿Qué vas a hacer si no te casas con él? ¿O es que tienes algún otro pretendiente en mente?

—Por favor, no te preocupes por mí. Volveré a casa y llevaré una vida tranquila en el campo.

—Como dijo Hamlet: «¡Vete a un convento!».

—No, no creo que haga eso...

Después de haberlo expresado en voz alta, se dio cuenta de que su frívolo comentario era la pura verdad: se moría de ganas de regresar a Suffolk, de ver a su padre y a la pequeña Jane. Los senderos familiares a través de los pantanos, el sonido del mar...

—No sabía que leyeras a Shakespeare.

—Los hombres tenemos golpes escondidos.

—Tan escondidos que son invisibles, la mayoría de las veces...

Ahora le tocó el turno a William de reír.

—Echaré de menos tus comentarios descarados, prima. Siempre me han parecido de lo más estimulantes. Una muchacha de tu inteligencia no será feliz en el campo por mucho tiempo. ¿Y qué hay de esos planes de aprender cómo

se plasman los diseños sobre la seda?

—Bueno, me atrevo a decir que ya encontraré a alguien que me enseñe —respondió sin demasiada convicción—. Me han dicho que en Norwich el negocio de la seda es muy próspero.

—Vuelve a visitarnos algún día, ¿quieres?

«Una muchacha de tu inteligencia no será feliz en el campo por mucho tiempo.» Anna reflexionó sobre las palabras de William con una creciente sensación de tristeza, recordando cuánto se aburría a veces en el pueblo, lo mucho que la estimulaba la perspectiva de marcharse de allí. ¿Y si estaba en lo cierto? Y pese a todo, en la ciudad no había encontrado la satisfacción, ni tampoco la respuesta a su afán de aprender de forma placentera.

¿Habría algún lugar donde encontrar la felicidad a largo plazo?

18

El que encuentra el mayor de sus gozos en una taberna y solo sacia su inquietud bebiendo hasta perder el sentido, pronto se ve no apto para todo lo demás: a la juerga nocturna le siguen el dolor y el malestar por la mañana, y entonces lo que antes era el veneno se administra ahora como cura.

*Consejos para
aprendices y oficiales,
o Guía segura para
granjearse una buena
estima y un buen
patrimonio*

El juicio de Guy se fijó para el primer lunes del año. Todavía hacía mucho frío y la nieve que había caído el día de Año Nuevo se había convertido en un sucio bloque compacto y marrón que inundaba las calles, lo que hacía peligroso aventurarse a salir a la intemperie. En el taller de tejeduría, el aliento de los aprendices y ayudantes empañaba

el aire, y los dedos se entumecían rápidamente, haciendo imposible el uso firme de la lanzadera, o palpar con el tiento los hilos perdidos. Tenían que hacer descansos frecuentes para calentarse en la cocina.

El día anterior al juicio, Henri entregó su obra maestra, cuidadosamente enrollada y envuelta para protegerla del frío, en el Salón de Tejedores de Basinghall Street. Un secretario excesivamente diligente le hizo esperar media hora mientras buscaba un formulario en el que debía escribir su nombre, edad y dirección, y estampar su firma.

Cuando leyó dónde se hallaba su domicilio, la actitud del empleado cambió por completo.

—Un buen hombre, monsieur Lavallo —dijo—. Y un buen tejedor. ¿También era tu patrón?

Henri asintió con la cabeza.

—Tendremos mucho interés en ver tu pieza —dijo el empleado sonriendo al fin.

Henri abandonó el edificio tan alentado por aquellas palabras que no se dio cuenta hasta casi estar de vuelta en Wood Street de que todavía llevaba los botones de la chaqueta desabrochados y el gorro y los guantes en el bolsillo.

Monsieur Lavallo dio permiso a Henri para que asistiera al juicio.

—Puede que eso no altere el curso de la justicia, pero ayudará al muchacho ver una cara conocida y amigable. Pero ten cuidado —añadió—. No está permitido hablar en público en un juicio, o podrían detenerte por desacato.

Cuando llegó al tribunal, había tal multitud de gente que Henri temía que estuvieran esperando otra ejecución.

Encontró en el tablón de anuncios de la entrada una lista en la que aparecían todos los juicios que se iban a llevar a cabo ese día y, tras examinarla con ansia, halló lo que buscaba: el nombre de Guy estaba entre una lista de más de veinte hombres, e incluso algunas mujeres, acusados de allanamiento de morada, daños a la propiedad, tenencia de armas peligrosas e intento de asesinato en casa de un tejedor llamado Thomas Poor. Al parecer, todos los oficiales de tejeduría de la zona habían acudido a apoyar a sus compañeros tejedores y estaban furiosos.

La aglomeración era tan grande que resultaba imposible llegar a la tribuna del público, de modo que Henri esperó en el pasillo. El juicio tardó mucho en empezar porque cada pronunciamiento oficial era recibido con burlas y cánticos de «¡Justicia para los inocentes!». Por fin se hizo silencio y, cuando empezó el juicio, las novedades se transmitían en susurros a través de la multitud.

—Ahora es de John Valline de quien habla ese tal Poor. Lo llamaron hijo de puta y amenazaron con derribar la puerta, dice.

—¿Todavía sigue hablando Poor?

—Dice que cortaron los mimbres, la seda y los telares, que doblaron el peine por la mitad y lo retorcieron como si fuera un gusano.

—Dice que lo atacaron a pesar de que había pagado el dinero del comité...

—Esos malnacidos... Están diciendo que Valline estaba descontrolado.

A continuación, fue el turno de John D'Oyle, acusado de los mismos cargos. Él parecía tenerlo peor, porque cuando la esposa de Poor subió al estrado a declarar, afirmó que D'Oyle estaba entre los otros siete que entraron en su dormitorio, y que la amenazó con una pistola y una espada.

—Una «hija de la gran puta», la llamó D’Oyle.

—A mí me parece muy bien.

Hubo un largo silencio.

—¿Qué está pasando ahora? —susurró Henri.

Apenas podía respirar por la ansiedad, como si unas tenazas le oprimiesen el pecho.

—Le toca a Lemaitre —le dijeron.

—Es mi amigo. ¡Dejadme pasar! —gritó Henri, abriéndose paso hacia la fila delantera de la tribuna pública.

Nadie lo detuvo. Por fin pudo asomarse a la sala de tribunal, abajo, y vio con estupor cómo dos corpulentos guardias metían a Guy a empujones en una estructura de madera llamada «el banquillo». Aunque en ese momento vestía ropa decente, apenas reconoció a su amigo, pues estaba pálido y flaco como un esqueleto.

El juez, con una larga peluca y ataviado con una pesada toga roja con ribete de pieles, se dirigió a Guy despacio y con tono vociferante:

—Guy Lemaitre, se le acusa de que el pasado diez de diciembre, con el uso de la fuerza bruta, entró ilegalmente en la casa de Thomas Poor con la intención de cortar y destruir una abundante cantidad de seda de un telar, y también con la intención de cortar y destruir un telar, junto con otros enseres y aparejos utilizados en el arte de la tejeduría. Además, en esa misma casa, junto con otros individuos, cortaron y destruyeron noventa metros de bombasí, propiedad de Thomas Horton, y estuvo en compañía de otros que amenazaron la vida de una mujer con una pistola. ¿Cómo se declara?

Guy miró a su alrededor con la vista desenfocada. Uno de los guardias le apretó el brazo y el juez insistió:

—Señor Lemaitre, está obligado a responder a la

pregunta. ¿Cómo se declara?

La respuesta de Guy apenas fue audible.

—No culpable, señoría.

El señor Poor, el tejedor, volvió al estrado de los testigos a prestar declaración, como antes. Henri sintió un atisbo de esperanza cuando le oyó decir:

—Aparte de D'Oyle y Valline, a quienes conocía por sus voces, esa noche estaba todo tan oscuro que me fue imposible, a mí o a nadie, distinguir a ningún otro hombre.

—Pero ¿afirma conocer a este hombre?

—Lo conozco, señoría —respondió Poor—. Conozco bien su rostro por el comité que nos obligó a darles dinero. Bold Defiance, se hacen llamar.

El hijo de Poor, un muchacho de aspecto enfermizo marcado por la viruela, afirmó haber visto a Guy en la casa esa noche.

—Reconocería a ese hijo de puta en cualquier parte —dijo—. Ya nos había amenazado antes, con el Libro de Precios. Nos dijo que, si no lo firmábamos, sería peor para nosotros.

La defensa parecía débil, pues solo dos personas ofrecieron su testimonio de que Guy era un hombre de carácter afable y nunca antes se había metido en ningún lío. «Si me hubiesen preguntado a mí... —pensó Henri—. Habría declarado en términos más inequívocos.» Pero entonces recordó la visita de los guardias esa noche: ya era un hombre marcado, y su testimonio podría haber sido considerado poco fiable. Aunque los abogados presionaron a los testigos en el interrogatorio, parecía que ninguno estaba dispuesto a refrendar su testimonio de que él no había estado en la casa del tejedor esa noche.

Henri no podía creer que todo hubiera terminado tan

rápido. Cuando los guardias se volvieron para llevarse a Guy, le entró el pánico.

—¡Deténganse! —gritó—. ¡Es inocente! ¡Él nunca estuvo en esa casa! ¡Tiene que haber alguien que lo corrobore!

El juez levantó la vista y lo fulminó con la mirada.

—Señor —dijo—, si vuelve a interrumpir haré que lo detengan por obstrucción a la justicia.

Luego se volvió de nuevo a la sala del tribunal.

—¡Siguiente! —exclamó.

Henri siguió el resto del juicio como en una suerte de trance. Los acusados aparecían de uno a uno o en grupos, para escuchar las acusaciones y dar pruebas de su inocencia. Estaba claro que el juez consideraba a D'Oyle y Valline los cabecillas, y que D'Oyle era el portador del arma. Guy estaba implicado, pues un par de hombres afirmaron que no solo había estado allí esa noche, sino que también había sido otro de los cabecillas. La multitud, que tan impulsiva se había mostrado antes, se quedó en silencio, escuchando cada palabra pronunciada por los fiscales, los acusados y los testigos a favor y en contra.

A última hora de la tarde, el juez anunció que haría una breve pausa para deliberar sobre el caso antes de dictar sentencia. Henri permaneció inmóvil, sin atreverse a arriesgarse a perder su sitio en la tribuna. Pasó una hora que se hizo eterna y, cuando al fin un secretario judicial anunció que todos debían ponerse en pie, Henri descubrió que le flaqueaban las rodillas.

El juez entró en la sala y subió despacio a su asiento en la tribuna elevada. Leyó una lista de cuatro nombres y pidió que subieran a aquellos prisioneros de los calabozos; Guy no

estaba entre ellos. Los hombres fueron declarados «no culpables de todos los cargos» y el juez les permitió salir de la sala del tribunal, acompañados por los gritos de alegría de la multitud. El juez anunció a otros siete presos que habían sido declarados culpables de algunos cargos, y la sentencia para la mayoría de ellos fue la deportación.

Los únicos prisioneros que aún no habían reaparecido eran Valline, D'Oyle y Guy.

—Van a matar a esos pobres desgraciados —murmuró el hombre que había junto a Henri—. Ya lo verás. Siempre dejan lo peor para lo último.

Henri sentía tanta ansiedad que creía estar a punto de vomitar.

Una oleada de expectación recorrió la sala del tribunal cuando aparecieron los tres hombres y ocuparon su lugar en el banquillo. Valline y D'Oyle se mantenían fuertes e impasibles, con un aire casi estoico ante su destino, pero Guy, frágil y pálido como un fantasma, sollozaba ruidosamente. Henri sintió que se le iba romper el corazón, viendo a su amigo tan aterrorizado que había perdido todo resquicio de dignidad.

El juez miró por encima de sus lentes hacia el banquillo, se aclaró la garganta y comenzó a hablar.

—John D'Oyle, John Valline y Guy Lemaitre —dijo despacio y con voz estentórea—. Yo os declaro culpables de todos los cargos, incluso de ir armados con la intención de cometer un asesinato.

La muchedumbre estalló en gritos y Henri se sorprendió poniéndose en pie y gritando con ellos. Fue como si los días, incluso semanas, de cólera reprimida y frustración, y el sentimiento de absoluto desamparo frente a un sistema implacable y punitivo hubiesen explotado.

—¡Malnacidos! —gritó—. ¡Vergüenza!

Cuando pudo soportar volver la mirada hacia el banquillo, vio que Guy se había desmayado, con la cabeza inclinada y el cuerpo inerte sostenido por los guardias. Uno de ellos le dio una bofetada en la cara, tratando de hacerlo volver en sí para que pudiera escuchar su condena.

Un silencio impresionante se apoderó de la sala cuando el juez rebuscó en su escritorio, sacó un trozo de tela negra y lo colocó encima de su peluca. Henri cayó de rodillas con la cabeza entre las manos, con unos dolorosos sollozos que le nacían del pecho.

—Por favor, Dios, sálvalo —susurraba una y otra vez.

—Los disturbios, los daños a la propiedad y la amenaza a las personas han durado demasiado —estaba diciendo el juez—. Los hombres y mujeres trabajadores honrados deben poder continuar trabajando en sus oficios sin temor a ser atacados y extorsionados por hombres que no acatan las leyes, que encubren su violencia bajo el manto de la justicia natural.

»Por tanto, ordeno que los acusados John Valline, John D’Oyle y Guy Lemaitre sean colgados del cuello hasta que alcancen la muerte. —Un gemido de horror reverberó por toda la sala—. Y para que sirva de ejemplo a otros que pudieran considerar que están en su derecho de recurrir a la violencia, la sentencia será ejecutada en Bethnal Green, delante de la taberna que ha sido centro de reunión y estímulo para los sin ley.

Henri solo recordaba vagamente lo que pasó a continuación. Cayó al suelo empujado por la multitud que se dirigía hacia la puerta de salida de la tribuna pública; oyó los gritos y las imprecaciones de los guardias mientras trataban de controlar a la multitud, y el llanto de las mujeres en los

pasillos mientras se dirigía con paso tambaleante hacia las puertas con el acre sabor de las náuseas en la boca.

Intentó salir a respirar aire fresco, pero no lo consiguió. Notó una mano en su espalda, alguien que le ofrecía un pañuelo para que se limpiara la boca.

—Vamos, vamos a orar por sus almas —dijo una voz bondadosa, una voz que reconoció de la iglesia francesa.

—¡No malgastes tu aliento rezando! —gritó alejándose de la mano amable, enderezando la espalda y mirando con furia a su alrededor, en el pasillo de la sala del tribunal—. ¿Cómo va a salvarle la vida eso?

Pero, sobre todo, lo que él quería era ver a su amigo, decirle que todo saldría bien, que conseguiría que le revocasen la sentencia. Corrió calle abajo en dirección a la prisión contigua, pero las enormes puertas de madera estaban cerradas y sus golpes no obtuvieron respuesta.

—¡Por el amor de Dios, abrid! —gritó—. ¡Dejadme verlo!

Al fin, se abrió un ventanuco en la puerta y una voz gruñó a través de los barrotes:

—Está cerrado. Haré que te detengan como no dejes de aporrear la puerta.

—Quiero ver a Guy Lemaitre.

—¡Largo de aquí, gabacho!

—¡Dejadme entrar, he dicho!

—Ahora mismo. Y luego te quedarás aquí encerrado.

El ventanuco se cerró de golpe.

Para entonces, centenares de hombres y mujeres se habían congregado a las puertas de la sala del tribunal.

—¡Libertad para los tres de The Dolphin! —gritaban—. ¡Libertad para los tres de The Dolphin!

Henri se sumó a la multitud y comenzó a entonar la misma consigna, hasta que todas las voces se fundieron en una, un solo canto que era aún más poderoso por la fuerza de todas aquellas voces que gritaban al unísono. Por unos momentos gloriosos abrigó esperanzas: como si con esa fuerza por sí sola pudieran cambiar el rumbo del destino.

No podía durar. Rápidamente, una docena de guardias aparecieron en la puerta y dispararon al aire con las pistolas antes de volver a cargarlas y apuntar con ellas hacia la multitud. Sin saber lo que hacía, Henri se adelantó, con los ojos fijos en el agujero negro de la pistola más cercana, y comenzó a gritar:

—¡Matadme a mí, entonces! ¡Vas-y, mátame! Yo también soy inocente, como mi amigo.

Los guardias volvieron a disparar contra la multitud. El ruido y el impacto fueron tan fuertes que Henri cayó al suelo, seguro de que había sido alcanzado por alguna bala. Sin embargo, no sentía ningún dolor. Los cánticos se interrumpieron bruscamente y, tras unos segundos de horrorizado silencio, todos a su alrededor se dispersaron. Oyó el alarido visceral de alguien que sufría una agonía, y vio que tiraban de él para ayudarlo a levantarse, un grupo de oficiales tejedores a los que conocía ligeramente, caras de la taberna The Dolphin, que lo llevaron por Newgate Street, pasando por la catedral de San Pablo, y luego por Bishopsgate hacia Spitalfields. El ambiente en las calles era febril y exaltado, con varios grupos de jóvenes furiosos que portaban antorchas y bastones, o reunidos en las esquinas hablando en voz baja con susurros frenéticos.

—No te preocupes —le dijeron sus nuevos compañeros—. Vamos a sacarlos a los tres. Vamos a causar unos altercados tan violentos que los guardias no podrán retenerlos.

Henri se vio en varias tabernas distintas, en cuyo interior reinaba un verdadero alboroto de indignación por las

sentencias, y apuró de un trago cada pinta de cerveza que le ponían delante, ansioso por borrar la imagen del rostro temeroso y desesperado de Guy. Muchos gritaban: «¡Arriba los Defiance!», y poco a poco empezó a entender que la mayoría de los hombres que lo rodeaban eran los llamados cortadores, los amigos de Valline y D'Oyle. Algunos también decían conocer a Guy, y prometían que no iban a dejarlo morir.

Una vocecilla incómoda en algún rincón de su cerebro le dijo que no era prudente mezclarse con aquellos hombres, que volviera a la casa de monsieur Lavalley y le contara lo que estaba ocurriendo, pero cada vez que intentaba irse, los otros lo empujaban para obligarlo a sentarse de nuevo y le daban otra jarra de cerveza. Se dirigían hacia Bethnal Green cuando empezó a sentir un mareo y ganas de vomitar.

Reconoció el letrero de la taberna de enfrente: era The Dolphin, donde lo había llevado Guy para firmar la solicitud para el Libro de Precios. Vio un callejón en uno de los laterales y se excusó diciendo que volvería con ellos en breve. Al doblar la esquina, vislumbró en la penumbra a un hombre aparentemente en compañía de una prostituta. Pero no podía esperar para vomitar el contenido de su estómago.

—Cerdo asqueroso —dijo el hombre.

—*Cul pourri* —gruñó Henri—. *Vas-tu la boucler?* Cierra la boca, gordo idiota.

—¿Qué dice ese gabacho malnacido?

La voz le resultaba familiar, pero Henri ya tenía bastante con sus propias cuitas como para prestarle atención.

—No le hagas caso —contestó la mujer reanudando sus atenciones sobre las partes pudendas del hombre.

Sin embargo, este no se lo permitió, sino que se apartó de ella y se acercó con paso tambaleante hacia Henri con su virilidad oscilante y los puños levantados en el aire.

—Levántate y pelea, gusano francés.

Mientras Henri trataba de incorporarse, su estómago se rebeló y ya no pudo aguantar más. El hombre se alejó de él maldiciéndolo.

Henri se irguió y mientras se limpiaba la boca con la manga de la camisa, oyó el sonido inconfundible de unas botas resonando en los adoquines. Una andanada de disparos hizo que le pitaran los oídos. Se tiró al suelo con la cabeza entre las manos, sin importarle hacerlo encima de su propio vómito, conteniendo la respiración y rezando para que no lo descubrieran. Por el rabillo del ojo, vio al hombre y la mujer escabullirse por el callejón.

Del interior del pub llegaron gritos desesperados:

—¡La guardia, la guardia!

A continuación, siguieron las fuertes pisadas de las botas en una escalera, la violenta rotura de una puerta de madera y más disparos. Durante varios minutos parecía que los cortadores trataban de luchar y resistirse, pero era evidente que los guardias los superaban en número. Tan repentinamente como había comenzado, el fuego se detuvo y los gritos se evaporaron como humo.

Al mirar hacia arriba, Henri vio, recortadas contra el cielo, las siluetas de hombres saltando por las ventanas a través del hueco entre los edificios. Recobrándose al fin, se dio cuenta de que solo tenía escasos segundos para escapar antes de que los guardias salieran de la taberna. Pero, al volverse, el corazón le dio un vuelco. Al cabo del callejón, a apenas unos metros de distancia, uno de los guardias lo miraba directamente, apuntándolo con su pistola.

—Arriba las manos o te mato —dijo.



Todos los miembros del sexo débil deben saber coser, tejer y remendar, cocinar y supervisar una casa. En cualquier situación de la vida, sea buena o mala, esta clase de conocimientos supone una gran ventaja.

*El libro de los buenos modales para
damas*

A medida que el coche de caballos avanzaba traqueteando por el camino que llevaba a las afueras de la ciudad, las calles empedradas dieron paso a la gravilla de la carretera. Ahora, por la ventana, Anna veía bosques y campos, en lugar de casas.

Había estado en Londres apenas seis meses, pero era como si hubiese pasado toda una vida desde que recorriera ese mismo camino en la dirección opuesta. Se tragó las lágrimas que amenazaban con aflorar a sus ojos al recordar sus primeras horas en la ciudad; cómo se había desmayado por culpa del calor y cómo un desconocido con el don de lenguas había acudido en su auxilio, un extraño al que ahora

ya conocía: Henri.

Todo eso había terminado, por supuesto. La carta de él lo había dejado perfectamente claro. El dolor del rechazo seguía apuñalándola con la fuerza de un cuchillo en el fondo de su corazón, una herida de la que nunca se recuperaría. Había momentos en que sentía que las lágrimas nunca se detendrían, que nunca volvería a encontrar la felicidad. Había leído y releído las anteriores notas de Henri una y otra vez, obsesivamente, hasta que el papel se había desgastado y hecho pedazos. Su rostro y, sobre todo, sus ojos oscuros de sonrisa cómplice, se le aparecían en sueños de los que despertaba llorando, sabiendo que nunca volvería a verlos.

No se atrevía a salir a la calle por miedo a encontrárselo y reabrir de nuevo las dolorosas heridas una vez más. Ni siquiera podía soportar acercarse a la sala de muestras del despacho de Spital Square, en la planta baja de la casa, porque el olor de la seda la zahería al recordarle al hombre del que se había enamorado profundamente, ya no tenía más remedio que reconocerlo.

Por supuesto, se daba cuenta de lo poco realista que había sido al fantasear con la idea de que algún día llegarían a ser amigos, por no hablar de amantes. Sencillamente, las divisiones sociales en la ciudad eran demasiado profundas, demasiado rígidas y claramente definidas, y ella no era lo bastante fuerte para desafiarlas. La idea que había abrigado de llegar a ser diseñadora de seda le parecía ahora igual de disparatada y fantasiosa, el capricho de una niña ingenua.

Y pensar que había estado tan cerca de aceptar a Charles, a quien no amaba... Ahora se daba cuenta de que únicamente gracias al inesperado cúmulo de circunstancias —desafortunadas para sus tíos, pero afortunadas para ella— se había librado de una vida de infelicidad.

Tenía unas ganas inmensas de marcharse de Londres, de dejar atrás todo cuanto le recordaba a lo que pudo haber sido

y no fue. Cuando anunció que volvía a casa por Navidad, su tía casi parecía sentirse agradecida. Solo Lizzie mostró un pesar genuino. «¿Qué haré sin ti? —le dijo entre sollozos—. Todos están tan tristes a todas horas... todos salvo tú. Mi vida será muy desgraciada si te vas. Prométeme que volverás en Año Nuevo.»

Había escrito a su padre para decirle que regresaba a Suffolk unas semanas, pero en su corazón sabía que se quedaría, probablemente para siempre. Dejaría que el destino siguiera su curso; lo más seguro era que se quedara soltera y llevara una vida plácida y menesterosa en el campo. Sí, probablemente se aburriría, pero estaba segura de que encontraría algo con lo que entretener su mente. Tal vez podría trabajar como institutriz, enseñar a dibujar o a leer, y ganarse unos cuantos chelines extra para contribuir a la manutención de su padre y la pequeña Jane.

Lanzó un profundo suspiro y volvió la mirada hacia los campos que desfilaban por la ventana del coche de caballos. Cuando llegó por primera vez a la ciudad, se sintió como una extraña, pero era curioso comprobar que ahora también el campo le parecía igualmente sorprendente a la vista. Aunque también era cierto que se hallaba sumido en lo más crudo del invierno, con los árboles deshojados y desnudos bajo un cielo gris y el agua de la lluvia que caía en ráfagas de capas plateadas por entre los surcos de la tierra de color pardo.

Las caras a su alrededor eran uniformemente pálidas, de facciones anodinas, y las conversaciones se producían única y exclusivamente en lengua inglesa. En las calles de Spitalfields se había acostumbrado a oír tantos idiomas..., el inglés o el francés, por supuesto, pero también el español, el gaélico, el holandés y el alemán, y muchos otros que no podía reconocer. Sin embargo, ahora, Anna entendía cada palabra, y todo lo que oía le resultaba irritante y agotador.

Después del almuerzo, los pasajeros se prepararon para

afrontar el frío y se dejaron llevar por el sueño para el trayecto de cuatro horas hasta Chelmsford. Anna cerró los ojos. Durante los últimos días, los acontecimientos se habían precipitado de tal forma que apenas había tenido tiempo de hacer balance, de reflexionar sobre sus propios sentimientos.

En Chelmsford sabía exactamente qué hacer, y pidió una sencilla comida a base de pan, queso y salmuera para que se la sirvieran en la habitación, y solicitó además una vela adicional. Por algún motivo, la cama llena de bultos le pareció más soportable esta vez. «Solo una noche más y mañana estaré descansando en mi propio colchón de plumas en la rectoría, escuchando el sonido de las olas», pensó.

Ya había oscurecido cuando llegaron a la plaza del pueblo de Halesworth, pero bajo la luz desvaída del cielo pudo reconocer a su padre y a su hermana esperando en la carreta del herrero, ateridos de frío, prestos a recogerla y llevarla esos últimos kilómetros que los separaban del pueblo. Nunca se había alegrado tanto de verlos. Momentos después, estaban todos abrazándose, riendo y llorando de alegría mientras *Bumbles* corría en círculos a su alrededor, ladrando de emoción.

—Querida hija, cuánto hemos echado de menos tu sonrisa radiante... Deja que te vea —dijo Theodore al fin—. Qué capa tan elegante, querida mía. Y esa hermosa estufilla, tan calentita. Veo que mi hermana te ha tratado bien. Pero el viaje debe de haber sido agotador. Vayamos a casa de una vez. Tenemos estofado en la olla.

—Y casi es Navidad —dijo Jane apretando el brazo de Anna—. ¡Tenemos regalos!

—Recuerda que no debemos decir qué regalos son hasta que llegue el momento de abrirlos —dijo su padre fingiendo

ponerse serio.

Jane se acurrucó junto a Anna en el duro asiento de la carreta de madera, dentro de la manta compartida. El perro se colocó encima de sus pies como si fuera una bolsa de agua caliente y Theodore se apretujó a su lado. A pesar de la lluvia fina que humedecía sus rostros, Anna se dio cuenta de que, por primera vez en su largo viaje, lo cierto es que se sentía arropada.

«Esto es lo que echaba de menos, la calidez del contacto humano», dijo. Aparte de los abrazos ocasionales de Lizzie y la presión de los dedos profesionales de miss Charlotte durante los arreglos, apenas había tocado a otro ser humano durante aquellos seis meses. Había mantenido el más breve de los contactos con Charlie, por supuesto, pero también —y sintió que se le estremecía el corazón al recordarlo— el momento en que Henri la sostuvo en sus brazos cuando se desmayó en la calle, así como la vez en que la cogió de la mano para ayudarla a bajar la escalera del taller. Sin embargo, no había habido abrazos prolongados ni reconfortantes, ningún abrazo de verdad. Se apretujó junto a su hermana y su padre mientras la carreta se abría paso por el camino de barro, y se sorprendió sonriendo de felicidad.

Pese al cansancio y a la deliciosa cena a base de guisado de cordero, no durmió bien. Habían insistido en que usara la habitación que normalmente reservaban para los coadjutores que estaban de visita.

—Ahora eres nuestra invitada especial, querida —le había dicho su padre—. Necesitas tu intimidad.

Anna no quería ser un huésped en su propia casa, fuese especial o no. Quería que todo fuera como había sido siempre. «Pero, por supuesto, no puedo hacer retroceder el reloj —pensó para sí—. Se han acostumbrado a vivir sin mí, igual que yo me he acostumbrado a la ciudad. Con el simple paso del tiempo todo y todo el mundo cambian.»

Dio vueltas y más vueltas en el suave colchón de la cama, echando de menos el jergón de crines de caballo de Londres. En un momento dado, antes de que amaneciera, avanzó por el pasillo en dirección a la habitación donde, durante casi toda su infancia, había compartido una cama doble con su hermana, con las plumas del colchón formando una almohada entre ellas.

Cuando se metió bajo las sábanas, Jane se movió, se volvió y se acercó a ella, presionando el cuerpo contra el de Anna, como hacía cuando era muy pequeña. Luego reanudó sus ronquidos habituales, tan tranquilizadores y familiares como una canción de cuna. Anna se durmió, sin problemas, hasta bien entrada la mañana.

Pasó los dos días siguientes reencontrándose con el pueblo. Pasear por la calle principal con su hermana era un ejercicio que requería dos horas enteras, porque todos querían pararla y preguntarle sobre la vida en la ciudad. Algunas de las preguntas que le hacían eran claramente absurdas, como: «¿Ya te has hecho rica?» o «¿Has conocido a nuestro nuevo rey?», y soslayaba con una sonrisa las indagaciones mal disimuladas sobre sus perspectivas amorosas: «Espero que hayas conocido ya a muchos jóvenes apuestos por allí...». A ella no le importaba que circularan los rumores, como ocurría siempre en un pueblo. Pronto descubrirían que Anna se iba a quedar allí para siempre.

Durante esas conversaciones, advirtió que se había establecido una nueva relación entre Jane y los habitantes del pueblo. Su propia ausencia parecía haberle dado a su hermana mayor confianza para hablar con casi cualquier persona, su lugar estaba ahora más claramente definido en aquel pequeño mundo seguro y acogedor. Su vocabulario también había mejorado mucho. Por su parte, la gente también parecía mostrarse más solícita que antes con Jane, como si hubieran asumido la misión de velar por su bienestar

y seguridad mientras su hermana mayor estuviera ausente. Más de una vez, le dijeron a Anna:

—Jane está saliendo definitivamente de su concha.

Y a veces añadían:

—Ha estado haciéndolo lo mejor posible para cuidar de tu querido padre, eso desde luego, pobrecilla.

Dentro de la casa supo que, en realidad, aunque Jane había estado encargándose de las compras, así como de la limpieza básica y de preparar el fuego, no se había ocupado en absoluto de la colada ni de la cocina. A pesar de la generosidad de los vecinos, que a menudo dejaban en la puerta pan recién horneado, platos cocinados y verduras ya cocidas, su padre se había visto obligado a emplear a una cocinera y a una criada en días laborables. Anna no se atrevía a preguntarle de dónde había sacado el dinero. Lo más probable era que hubiese contraído aún más deudas con la esperanza —ahora vana, como se había visto— de que su hija mayor se casara bien y obtuviera los medios para pagarlas.

Había olvidado lo gélido que era el viento en la costa, cómo la lluvia caía en rachas oblicuas desde el mar del Norte, la forma en que el barro de los caminos se aferraba a los zapatos hasta que apenas se podía dar un paso. Pero en los momentos más tranquilos, cuando lucía el sol, ella y Jane paseaban por las marismas y por la playa, recogiendo leña para el fuego y también «piedras», pedernales con agujeros que llevaban siglos erosionados por el oleaje del mar, para colgarlas en la puerta y atraer la buena suerte. Su padre reprobaba esa costumbre: «Solo son viejas supersticiones estúpidas», decía. Así que, al final, habían decidido colgarlas en la puerta de atrás para que no pudieran verse desde la calle.

Quizás debido a sus debilidades físicas, Jane solía estar cansada y tenía por costumbre retirarse temprano, dejando a Anna y a su padre toda la libertad para hablar hasta bien entrada la noche. Durante una de esas conversaciones le explicó los problemas a los que se enfrentaba la familia en Londres, muchos de los cuales habían sido provocados por la afición al juego y el robo de dinero de William.

—Es todo muy cruel —dijo Anna—. Estoy segura de que la tía Sarah no sabe nada de los problemas que ha causado porque el tío Joseph se los ha ocultado. Pero tal vez sea todo para bien. Lo único que quiere es que su familia sea feliz y que el negocio prospere lo suficiente para poder mudarse a una casa más grande, preferiblemente en Ludgate Hill, y conseguir que el señor Gainsborough pinte el retrato del tío Joseph.

—¿Gainsborough? ¡Cielo santo, sí que se les han subido los humos! Eso costaría una barbaridad...

—Es un hombre tan simpático, papá...

—¿Has conocido al señor Gainsborough?

—Fuimos a su estudio de Londres y me habló sobre su pintura y también me dijo que iba a haber una nueva asociación de artes plásticas para celebrar exposiciones. Incluso sugirió que las mujeres podrían mostrar sus obras allí.

—¿Mujeres como mi hija, con su enorme talento? ¿Y por qué no?

Se sonrojó al recordar el momento.

—Solo estaba siendo amable conmigo. Además, no es muy probable que lo vuelva a ver, todos los planes de la familia han quedado suspendidos, al menos hasta que el tío Joseph recupere su buena reputación. Pero la tía Sarah está

muy deprimida, es como si no tuviera ningún motivo para vivir.

—Estoy seguro de que las cosas saldrán bien muy pronto. Pero ¿qué pasa con William? ¿Qué está haciendo para enmendar sus errores?

—Creo que al menos ha dejado de jugar —contestó Anna—. Y ha estado trabajando mucho para vender las existencias de tela para pagar la multa. Pero dice que buena parte de las telas ya no están de moda. —Ambos se quedaron en silencio, contemplando las llamas del fuego durante varios minutos—. La sociedad londinense es muy dura, ¿sabes? —prosiguió—. Por culpa del escándalo, toda la familia ha caído en el ostracismo.

—¿Y qué hay de ti?

—¿Qué pasa conmigo?

El hombre arqueó una ceja con gesto burlón.

—Ya sabes a qué me refiero. ¿Ha perjudicado ese horrible asunto a tu reputación también? ¿Por eso es por lo que tenías ganas de volver a casa?

—Quería estar aquí para Navidad. Ya te lo dije.

—Claro, y yo esperaba con ansia que vinieras, pero confieso que fue una sorpresa. Había pensado que encontrarías pasatiempos mucho más interesantes en la ciudad durante las fiestas navideñas. Como conocer chicos, por ejemplo.

—Había un joven, un abogado, de otra familia de comerciantes, muy amigos de la tía Sarah y el tío Joseph. Ya te escribí hablándote de él, ¿verdad? ¡Incluso me propuso matrimonio, papá! Pero luego se desdijo y no quiso saber nada de mí después del escándalo.

Su padre se inclinó y le cogió la mano.

—Oh, querida, lo siento mucho.

—No, no te preocupes por mí, porque no me arrepiento. Era un joven bastante agradable, pero no lo amaba. También tiene problemas con el juego, según William. Y no teníamos nada en común.

—¿Tienes completamente decidido no volver? ¿Qué hay de esa amiga tuya sobre la que escribías en tus cartas, la costurera?

—Miss Charlotte. Sí, la echaré de menos —suspiró Anna—. Es una inspiración para mí. Nunca se ha casado, creo, o tal vez sea viuda; me parecía indiscreto preguntarle, aunque tiene familia, conocí a su sobrino. Pero lo que más admiro es que regenta su propia tienda, y se gana la vida de forma independiente con su trabajo como costurera. Todas las damas de sociedad se muestran condescendientes con ella, pero al mismo tiempo parece tener plena libertad de socializar con quien quiera.

—Mientras que, leyendo entre líneas en tus cartas, ¿debo entender que tú no gozabas de esa libertad?

Anna asintió con la cabeza.

—Ni siquiera podía salir de la casa sin permiso y mucho menos sin carabina. No podía soportarlo, tener mis movimientos tan limitados. No es vida para alguien como yo.

Otra noche, su padre le preguntó:

—¿Y cuál crees que debería ser ahora tu opción de vida, hija mía, con ese espíritu tan libre que te caracteriza?

Ella lo miró bruscamente.

—¿A qué ha venido eso?

—A la forma como hablabas de tu amiga la otra noche, con tanta devoción y apasionamiento.

—Sería maravilloso poder ganarme la vida de forma independiente, sin tener que recurrir al matrimonio.

Mientras hablaba, recordó las poderosas muestras de afecto entre Charlotte y su sobrino, y luego recordó la tristeza en los ojos de Charlotte cuando se fue. Estar soltera, sin hijos, también parecía tener sus inconvenientes.

—¿Es que no quieres casarte?

—Claro que sí, pero con alguien a quien ame, no solo porque sea un hombre rico y hable... —Se interrumpió.

—¿Hable qué?

—La lengua adecuada, iba a decir.

Su padre arrugó la frente.

—¿Y quién habla la lengua equivocada?

Le explicó que un cuarto de toda la población de Spitalfields era francesa y que muchos eran tejedores, proveedores para los comerciantes como su tío.

—He oído hablar de los protestantes franceses que vinieron a Inglaterra huyendo de la persecución católica. Hay algunos en Norwich, creo. Pero ¿has conocido a alguno de ellos? Es fascinante... La suya debe de ser una cultura muy diferente a la nuestra, ¿verdad?

—No, en absoluto. Son como nosotros. Trabajan, comen, duermen y van a la iglesia, y sueñan con su futuro, igual que nosotros. Les encanta cultivar flores y tener pájaros en casa, y son los mejores artesanos de Londres.

Se sorprendió hablando de forma excesivamente vehemente, y vio aflorar un gesto de entendimiento en el rostro de su padre.

—Conoces a algunos de esos franceses, ¿verdad? De hecho, me atrevería a insinuar que sientes bastante simpatía por ellos, ¿no es cierto?

Anna no pudo evitar sonreír: había olvidado hasta qué punto su padre parecía entender las motivaciones humanas.

Y entonces le relató la historia: sobre el puesto del mercado y el dibujo, y el oficial tejedor francés que lo compró como diseño para su obra maestra, que estaba tejiendo actualmente. También le habló de cómo Charlotte le había animado porque le encantaba el diseño, diciendo que le recordaba a *El análisis de la belleza*, de Hogarth, y creía que iba a hacer furor entre las damas de sociedad. Y cómo ella, Anna, había imaginado que algún día podría aprender lo suficiente sobre el arte del tejido para convertirse en diseñadora de seda y ganarse la vida con ello, pero que su visita a la casa del maestro de Henri y al taller de tejeduría había sido un desastre.

Su padre la escuchaba en silencio mientras ella le relataba la historia. Cuando por fin terminó, se quedó pensativo unos segundos.

—Todo lo que dices tiene mucho sentido para mí, querida. Además... —Hizo una nueva pausa, frotándose la sien, como preguntándose si era prudente continuar—. Me parece que estás un poco enamorada de ese tal Henri... ¿Tengo razón?

Oír a su padre decir su nombre fue demasiado para Anna: empezó a temblarle la barbilla y se le escapó una lágrima. Él la estrechó en sus brazos.

—Mi querida hija, lo siento mucho. No quería alterarte. ¿Por qué estás tan triste? ¿No eran correspondidos tus afectos?

—Yo creía que sí, papá —sollozó—. Al principio. Pero es imposible. Él es un tejedor francés y la tía Sarah está intentando convertirme en una dama de la sociedad.

—Y si supiera que en realidad estás enamorada de ese muchacho, ¿reaccionaría explotando de horror?

La imagen era tan graciosa que hizo reír a Anna, a pesar

de las lágrimas. Su padre volvió a sentarse en su silla y respiró profundamente, secándole la cara con su pañuelo.

—Bueno, ¿sabes qué? —dijo por fin—. Yo soy tu padre, y depende de mí decidir quién es digno de tu mano, no de Sarah. Después de Navidad, iremos a Londres y haremos una visita a ese Henri y a su maestro. ¿Qué te parece?

—No servirá de nada, papá. En su última nota me dijo que cualquier amistad es imposible. No tengo más remedio que aceptar que lo nuestro no tiene futuro.

Llegó la Nochebuena, como todos los años, y también pasó. Fueron momentos de felicidad y tristeza a la vez, alegría por los rituales tradicionales —adornar la casa con ramas de acebo, cocinar y comerse el ganso y el budín, el intercambio de regalos seguido por la misa de medianoche y un vaso de cerveza caliente—, y teñidos de tristeza porque era el primer año que su madre no estaba allí para compartírselos.

Al día siguiente, como era costumbre, invitaron a todas las almas solitarias del pueblo a la rectoría a almorzar. Limpiaron y pulieron hasta dejarla reluciente la amplia mesa de roble del comedor que normalmente servía como espacio de almacenamiento para los libros y papeles de su padre; sacaron todos los platos, platillos, tazas y jarras de los armarios, los limpiaron y los sacudieron para desalojar a las arañas incautas, abrieron botellas, desenvolvieron las sobras y otros alimentos y los colocaron en la mesa, distribuyendo todas las sillas y taburetes de la casa alrededor de ella. Se trajeron troncos, se encendieron fuegos en la chimenea y también velas bajo la oscuridad de un cielo plomizo que amenazaba con no despejar.

En el transcurso de la comida, Anna tuvo un momento

libre para pasear la mirada por la habitación. Los comensales reunidos, veintidós en total, eran en su mayoría damas de edad avanzada, con el pelo blanco cuidadosamente peinado y cofias bien almidonadas, y algunos viudos, incómodos con unas pelucas que casi con toda seguridad solo abandonaban sus cajas de un año para el otro. Allí estaba la viuda joven de rostro demacrado que no conseguía mantener a sus cuatro hijos indisciplinados bajo control, también un par de solteros empedernidos y un grupo heterogéneo de otros seres desheredados, los ciegos, los sordos y los débiles mentales.

Observando la forma en que se ayudaban y cuidaban unos de otros, le sorprendió lo cómodos y relajados que parecían todos, el apoyo que se mostraban mutuamente, su despreocupación ante la diferencia. Por supuesto que había esnobs, personas que, ese día, estarían regando su comida con el vino de la familia De Vries, los terratenientes, en el gran salón. «Pero el resto de nosotros simplemente nos mezclamos, independientemente de nuestros ingresos o estatus social —pensó—. ¿Y no es la sociedad mejor, más fuerte y más sana por ello?»

Sin embargo, en ese preciso instante, le resultó imposible imaginarse allí al cabo de diez, veinte o cincuenta años, viendo al mismo grupo de personas, haciendo las mismas cosas todos los días. Vivir allí en la costa, en un pequeño pueblo de pescadores al final de una pista rural de ocho kilómetros de longitud, proporcionaba horizontes geográficos infinitamente amplios y variados, pero las más nimias perspectivas sociales; no había jóvenes casaderos, pocos medios para ganarse la vida, pocas oportunidades para conocer gente interesante y, lo más importante, nada sorprendente o inesperado.

El día de Año Nuevo la nieve hizo acto de presencia y

siguió cayendo durante treinta y seis horas. A menos que se derritiera súbitamente, el pueblo se quedaría aislado durante varios días. Nadie estaba demasiado preocupado: era un acontecimiento casi anual, y cada casa almacenaba reservas adicionales de alimentos, combustible y velas ante esa posibilidad. Mientras su padre reanudaba sus actividades de estudio y escritura habituales, Jane y Anna pasaban el tiempo cosiendo —pues muchas de las cortinas y la mayor parte de la ropa de cama necesitaban urgentemente unos remiendos—, limpiando los armarios y dando cortos paseos por un suelo resbaladizo. Jane no sabía leer, pero disfrutaba jugando a partidas de cartas, que Anna normalmente le permitía ganar.

Por fin, al cabo de unos cinco días, subieron las temperaturas y la nieve se convirtió en lodo, de modo que de vez en cuando veían un carro ocasional enfilando la calle. Hacia la hora del almuerzo, llegó el cartero con el correo que se había acumulado en la oficina de Halesworth.

Anna cogió el periódico más reciente y se sentó junto al fuego. Al hojear las páginas, un minúsculo titular atrajo su atención. El texto que había debajo era parco y escueto.

PENA DE HORCA PARA OFICIALES DE TEJEDURÍA

Tres oficiales franceses han sido sentenciados hoy a la horca por robo y allanamiento de morada, daños a la propiedad y amenazas de asesinato. Todos están relacionados con Bold Defiance, un grupo que recurre a medios violentos para exigir el pago de las retribuciones descritas en el denominado Libro de Precios.

Justo en ese momento, su padre entró con una carta.

—Estaba con mi paquete del correo —dijo—. Es para ti.

—¿De quién puede ser? —preguntó examinando la letra del fino papel de vitela, doblado y sellado. Era una letra femenina, pero no de Lizzie, ni de su tía—. No espero noticias y apenas conozco lo bastante a alguien en Londres como para intercambiar cartas.

—Ábrelo, anda —dijo Jane—. Deja de perder el tiempo pensando de quién puede ser.

7 de enero de 1761

Querida Anna:

Lamento importunarte, pero me temo que soy portadora de malas noticias. Henri está en la cárcel, detenido por error por su relación con el grupo Bold Defiance. Tenemos el temor fundado de que tal vez se enfrente a la pena de muerte. Monsieur Lavallo está destrozado. He pensado que tal vez tú podrías conocer a alguien que pueda ayudarlo... Sé que lo harías si pudieras. Por favor, ¿podrías venir lo antes posible?

Atentamente,

Charlotte

Anna sintió que el terror le atenazaba el pecho. Era imposible que un hombre tan gentil pudiese recurrir a la violencia. Y entonces, como si un carámbano de hielo le atravesase el corazón, recordó el cartel de aquella manifestación en la que había visto a su amigo Guy desde el carruaje, hacía mucho tiempo: «Bold Defiance: salario justo para todos». Si Guy estaba involucrado en aquel grupo, ¿podía estarlo Henri también?

Comprobó la fecha del periódico: 10 de enero, tres días después de que miss Charlotte le escribiera la carta. ¿Sería Henri uno de los tres condenados, ya juzgado, hallado culpable y sentenciado a la horca?

20

El mayor logro para un hombre, al que debe aspirar en todo momento, es la libertad: para un aprendiz, la libertad del contrato de aprendizaje; para un oficial, la libertad de convertirse en un Maestro y emplear a sus propios trabajadores; para un Maestro, alcanzar el último objetivo, la Libertad de la Ciudad.

*Consejos para
aprendices y oficiales,
o Guía segura para
granjearse una buena
estima y un buen
patrimonio*

Cada mañana, justo antes de despertarse por completo, durante una fracción de segundo, Henri se imaginaba a sí mismo en su cálido jergón junto a la cocina del sótano de Wood Street.

Luego oía el ruido de una puerta de metal, los aullidos y

las maldiciones de sus compañeros o las amenazas violentas de un guardia, y la dura realidad se hacía presente. Se había acostumbrado a los olores que, al principio, le habían dado arcadas, y como monsieur Lavallo había traído ropa y mantas, ya no eran tan agudas las dentelladas del frío. Sin embargo, los sonidos de la cárcel eran lo único a lo que no podía acostumbrarse.

Tras su detención y, a pesar de sus protestas clamando su inocencia, había sido acusado de daños a la propiedad y de alterar el orden público. Ahora estaba en la cárcel, a la espera de juicio. Le habían dicho que había la posibilidad de que la sentencia fuese la deportación o, puesto que las autoridades estaban decididas a acabar con las protestas de los tejedores, la pena de muerte.

Henri no recordaba haber sentido tanta oscuridad en su alma, ni siquiera en los momentos más difíciles de su vida, cuando su padre y su hermana se ahogaron y su madre parecía haber perdido las ganas de vivir. En solo unas horas de embriaguez, había decepcionado a todos cuantos le habían brindado su apoyo: su madre, monsieur Lavallo, Mariette, miss Charlotte y Guy, por supuesto.

Varias veces había intentado gritar el nombre de su amigo ante la posibilidad de que su celda estuviera lo suficientemente cerca para que lo oyese, pero solo consiguió que los otros presos le respondieran con insultos. Cuando preguntó a los guardias si podía ir a ver a su amigo, se mostraron impasibles.

—¿Crees que estás en situación de pedir favores? Piérdete, parásito francés.

Monsieur Lavallo fue a visitarle y le dijo que estaban tratando de pagar la fianza, pero parecía que las autoridades se negaban a aceptarla, convencidas de que había que dar a los presos un castigo ejemplar y demostrar a todos que cualquier vestigio de rebelión estaba siendo aplastado.

Descubrió que tres personas resultaron heridas esa noche, y dieciséis detenidas; algunas de ellas estaban en la celda comunal en la que pasó sus primeros días. La frase «pena de muerte» había corrido de boca en boca en susurros entre el grupo, pero trató de desterrarla de su mente. Monsieur Lavallo hizo todo lo posible para tranquilizarlo. Henri era un hombre de bien y tenía un historial impecable; era imposible que el mero hecho de estar en compañía de un grupo de manifestantes fuese un crimen.

Los amigos de la iglesia francesa le llevaron comida, bebida y ropa limpia, afirmando que pronto lo verían en libertad. Incluso recaudaron fondos para que tuviera una celda para él solo, lo cual les agradeció emocionado. Por lo menos ahora estaba libre de la amenaza de asalto por parte de otros presos y podía gozar de cierta intimidad cuando recibía visitas. También significaba que podía impedir que le robasen las mantas y la ropa.

Unos días más tarde, un secretario judicial se presentó en la cárcel, incómodo y fuera de lugar con su peluca, un elegante abrigo de seda y unas polainas de un blanco inmaculado. Admitió que no era un abogado de pleno derecho y que, aunque era experto en Derecho francés, tendría que solicitar consejo sobre cualquier variación que pudiera haber respecto a la ley inglesa. Interrogó a Henri durante una hora sobre los sucesos de aquella noche: con quién estaba, qué había presenciado exactamente, qué habían hecho y dicho y quién lo había hecho y dicho y cuándo había abandonado el grupo antes de que entraran en la taberna.

Henri estaba tan conmocionado todavía por su situación que su mente estaba muy confusa; apenas recordaba nada. Pasó los siguientes días tratando de concentrarse, anotando todo lo que recordaba de modo que, cuando el abogado regresó unos días más tarde, surgió una imagen mucho más

coherente. El secretario pensaba que, si podían localizar al hombre o a la prostituta, y si estos aceptaban testificar, podrían demostrar que no estaba con la turba dentro de The Dolphin, y había una posibilidad de que se desestimaran los cargos contra él. Para Henri fue como si su libertad, incluso su propia vida, dependiera del testimonio de dos desconocidos que era poco probable que se presentaran voluntariamente a testificar. El encuentro lo dejó más deprimido que nunca.

Su estado de ánimo sufría violentas fluctuaciones entre largos períodos de tristeza absoluta y desesperación y otros más breves de prudente optimismo. Había sobrevivido a muchas cosas en su vida, y sus buenos amigos seguramente se encargarían de que no corriese el mismo destino que Guy. Por la noche, sin embargo, las dudas se apoderaban del interior de la celda como un vapor maligno, y se echaba a temblar de miedo.

Las visitas de su madre y de monsieur Lavallo eran las más difíciles de sobrellevar. La expresión de tristeza y decepción en el rostro de su maestro y el gesto de preocupación de Clothilde eran casi insoportables. Intentaban animarle, pero su sensación de vergüenza era tan grande que apenas podía reaccionar, y mucho menos sentirse consolado. Monsieur Lavallo le dijo que Mariette le había suplicado que le permitiese visitarlo, pero había decidido que sería demasiado incómodo para ella. En su lugar, le dio una nota de su parte, que Henri abrió más tarde; rompió a llorar al leer sus palabras: «*N'oubliez pas que je suis toujours ton amie*», le escribió. «No olvides nunca que soy tu amiga.»

Se alegró de ver al aprendiz Benjamin, que llegó con un paquete de pasteles de carne especiales de parte de la cocinera y algunas manzanas frescas, dos botellas de cerveza y una larga bufanda de lana que Mariette había tejido para él. Después de haber saciado su apetito, Henri le preguntó si

traía noticias de la familia, pero el chico, por lo general muy hablador, parecía reacio a contarle cosas.

—Están bien —dijo—. Estamos trabajando todas las horas para cubrir los encargos. El maestro echa una mano cuando puede e incluso el tirador de lazos está aprendiendo a tejer. Mariette te envía su cariño.

—¿Hay alguna noticia de Guy Lemaitre? —preguntó Henri—. ¿Ha llegado su apelación al tribunal?

En la penumbra de la celda, vio ensombrecerse el rostro de Benjamin.

—Eso es lo que he venido a decirte —dijo en voz baja—. El maestro dijo que debía hacerlo. Me temo que son malas noticias. Tu amigo fue ejecutado ayer por la mañana temprano, ahorcado con los demás delante de The Dolphin.

Aunque Henri ya esperaba a medias la terrible noticia, la dura realidad tardó varios minutos en hacer efecto. La cerveza y el pastel de carne que había ingerido con tanto entusiasmo momentos antes parecieron cuajar en su estómago. ¿Guy, su amigo, ahorcado del extremo de una soga? El muchacho con el que había crecido, su compañero de pupitre en el colegio, con quien hacía bromas infantiles y perseguía a las chicas, un amigo que, en los momentos más negros, había estado siempre a su lado, igual que Henri lo había estado con él... ¿ahora estaba muerto?

—Al parecer, los hombres de Bold Defiance atacaron a los guardias que estaban construyendo la horca y las autoridades fijaron la hora de las ejecuciones por la mañana muy temprano para tratar de evitar más violencia. Tan pronto como saltó la noticia se congregó una enorme multitud.

Le vino a la mente la imagen del preso que vio cuando iba de camino a Tyburn: un hombre desafiante y sonriente, aun a pesar de ir encadenado en el carro de su propio ataúd

y de que le arrojasen huevos podridos y coles. La última vez que había visto a Guy era una figura pálida, casi fantasmagórica, que se había desmayado en los brazos del guardia en el tribunal. ¿Cómo estaría el día de su ahorcamiento? No conseguía imaginarlo.

Tragó saliva, luchando contra las lágrimas. Casi no se atrevía a preguntar.

—¿Fuiste a la ejecución?

Benjamin asintió con la cabeza.

—Monsieur Lavalle me obligó a ir, porque necesitaba quedarse con la señora Lemaitre. Tuvieron que llamar a un médico para que la atendiera, de lo angustiada que estaba. Me dijo que debía ir a presentar mis respetos en nombre de la familia.

Y llegó la pregunta más difícil de todas.

—¿Su muerte fue rápida?

—Creo que sí, aunque había tanta gente que apenas pude ver nada. Los de Bold Defiance planeaban asaltar los carros antes de que llegaran a la horca, pero había tantos soldados que no podían pasar.

Sacudió la cabeza, como si apenas pudiera creer lo que había presenciado.

—Para cuando lograron abrirse paso, ya estaban muertos. Han llevado el cuerpo de Guy a su madre, así que al menos podrá darle sepultura como es debido.

Mientras Henri escuchaba, un escalofrío le recorrió el cuerpo y empezó a temblar violentamente. Era demasiado horrible.

—Eso no es todo —dijo Benjamin decidido a completar su misión como testigo—. Entonces derribaron una de las horcas y se fueron con ella, llevándosela pieza por pieza, cantando y agitando sus antorchas, hasta llegar a Crispin Street.

Volvieron a montar la horca justo allí, delante de la casa de Chauvet, y le rompieron las ventanas y arrojaron las antorchas para prenderle fuego a la casa. Fue un caos. Entonces, por supuesto, los soldados llegaron y arrestaron a decenas de hombres. Dicen que las prisiones están llenas de oficiales de tejeduría.

Más tarde, cuando Benjamin se hubo marchado, Henri se entregó a su desconsuelo, acurrucándose en un rincón, llorando y tapándose las orejas con las manos, tratando de ahuyentar la espantosa imagen de la pálida y aterrorizada figura de su amigo cuando se dirigía a su fin. Si hubiera hecho algo más para ayudarlo, para darle un poco de dignidad y consuelo en sus últimos días... Lamentaba profundamente no haber podido ayudarlo con más generosidad, o no haber intervenido antes, cuando había comenzado a ir por el mal camino.

Ahora era demasiado tarde.

Llevaba en prisión casi dos semanas, no había tenido noticias del secretario judicial y empezaba a desesperarse cuando monsieur Lavallo llegó con novedades.

—El comité de la compañía se reunió anoche —dijo sentándose en el banco que había al lado de Henri—. A evaluar las obras maestras presentadas.

—¿Y?

—Como sabes, en primera instancia, las obras se presentan de forma anónima, para evitar sesgos. La tuya fue considerada de la más alta calidad, excepcional de hecho, según ciertos miembros.

«Sin ningún género de duda, este tejedor debe ser admitido», dijeron. Felicidades, muchacho.

Por la expresión de su rostro, Henri percibió que a continuación seguía una mala noticia.

—¿Qué es lo que no me está diciendo?

El hombre se aclaró la garganta.

—Cuando llegó el momento de hacer la lista de nuevos maestros tejedores, empezaron una larga discusión sobre si podían admitir a alguien que se enfrentaba a acusaciones criminales. Tuvieron que consultar los estatutos, pero, al final, dijeron que suspenderían la admisión hasta...

—¿Y eso qué importa, si mi vida ya está arruinada?

—Por favor, no te desanimes, muchacho —dijo monsieur Laval—. El abogado está haciendo un gran trabajo para encontrar a las personas que puedan testificar sobre tu inocencia y tu integridad y honradez. Te sacaremos de aquí pronto. Imagínate, no solo te pondrán en libertad, sino que también serás maestro tejedor.

Henri intentó sonreír a su maestro, sentirse contento y agradecido, pero, de algún modo, la idea de recibir un doble premio le parecía un sueño muy muy lejano. No podía quitarse de la cabeza el convencimiento de que su vida, efectivamente, había terminado.

«¿Por qué murieron mi padre y mis hermanas? Por la libertad para nuestra familia. ¿Y cómo se lo estoy pagando yo, el único hijo que queda? Convirtiéndome en un desgraciado, un don nadie que ha desperdiciado todas las oportunidades que le ha brindado la vida.»

En un vago recuerdo de su infancia, rememoró uno de los dichos favoritos de su padre: «Donde hay vida hay esperanza». Pero ¿por cuánto tiempo conseguiría mantenerse con vida?, se preguntó. Parecía que las autoridades querían eliminar para siempre a los de Bold Defiance. Si no aparecía ningún testigo para probar su inocencia, ¿sufriría el mismo destino de Guy y lo seguiría

hasta la tumba?

21

No hay duda de que la Providencia ha querido que el hombre sea el cerebro de la raza humana, así como la mujer es su corazón; que él sea su fuerza, como ella es su solaz; que él sea su sabiduría, como ella es su gracia; que sea su mente, su ímpetu y su coraje, como ella es su sentimiento, su encanto y su consuelo.

*El libro de los buenos modales para
damas*

Anna estaba decidida a ir directamente a la tienda de miss Charlotte tan pronto como el cochero los dejó delante de la posada Red Lyon.

—No descansaré hasta que lo sepa —exclamó con irritación, pero ya era de noche. La tienda ya estaría cerrada y Joseph y Sarah los esperaban para la cena.

—Hemos tenido un largo viaje y necesitamos comer y descansar, cariño —dijo Theodore—. Prepararnos adecuadamente.

Metido aún en el interior de la estufilla, donde lo había guardado como un talismán durante gran parte del viaje, estaba el sobre que contenía la carta de Charlotte y el recorte del periódico.

Aún tenía muy vivido el momento en que había leído aquellas palabras, cuando su mundo quedó patas arriba. ¿Henri, en prisión, condenado posiblemente a muerte? ¿Tal vez ya incluso ahorcado? ¿Cómo podía ser posible? Parecía tan sereno, tan equilibrado... Anna había oído hablar de los disturbios de los oficiales, por supuesto, pero no concebía que Henri formara parte de esa pandilla de matones sin ley.

Debió de soltar un pequeño grito, porque su padre había acudido de inmediato a su lado.

—¿Qué ocurre, querida? ¿Malas noticias? Parece que has visto un fantasma.

Anna le había pasado la nota sin decir palabra, pues apenas podía hablar por la conmoción. Luego le mostró la noticia del periódico.

—¿La carta es de tu amiga la costurera? ¿De la que me hablaste hace unos días?

Ella asintió.

—¿Y este Henri del que escribe es el tejedor? ¿Y piensas que tal vez él ya...?

Volvió a asentir de nuevo, todavía demasiado conmocionada para llorar.

Él la rodeó con un brazo.

—Ten fuerzas, querida. Si es el hombre que me has descrito, parece muy improbable que hubiera cometido tal crimen. Estoy seguro de que no será uno de los que menciona el periódico. La ley no se mueve tan rápido. Sin embargo, debemos acudir en su ayuda de inmediato.

—¿Qué podemos hacer? No tenemos dinero para pagar

su fianza ni los honorarios de buenos abogados.

Nada más decirlo, le vino a la cabeza una idea: conocía a un abogado, aunque no estaba plenamente cualificado.

—Podríamos visitar al joven, al menos, para animarlo y confortar su alma —dijo su padre.

Anna recordó el frío tono de la última carta de Henri.

—No estoy segura de que sea bienvenida.

—Pero ¿puedes ignorar la petición de tu amiga?

—No —admitió—. Debo ir y hacer lo que pueda, o nunca estaré tranquila.

—Entonces escribiremos de inmediato y haremos los preparativos. Yo te acompañaré. Deja que me encargue de mis deberes dominicales, y nos iremos el lunes.

—¿Y qué hay de Jane?

—Se quedará con la señora Chapman, nuestra vecina, como de costumbre.

—Estoy segura de que no seremos bienvenidos en Spital Square por los problemas del tío Joseph.

—Bah. Todavía tienen una casa, ¿no? Somos familia. Y no seremos una carga para ellos por mucho tiempo.

Anna temía el inevitable interrogatorio de sus tíos. Su padre se oponía firmemente a cualquier tipo de mentiras, incluso a las piadosas, pero durante el viaje había logrado persuadirlo de que revelar el verdadero propósito de su viaje les causaría indignación. Se imaginaba perfectamente la reacción airada de su tía. «¿Un tejedor francés? ¿En prisión? ¿Qué interés podrías tú tener por ese asunto, Theodore?»

Tampoco deseaba regresar a la casa fría y oscura de

Spital Square. Cuando cerró la puerta a su espalda, pocas semanas antes, había lanzado un suspiro de alivio, pues nunca habría imaginado que regresaría tan pronto. Aquel había sido para ella un lugar de profunda soledad, ignominia y tristeza.

Al final, resultó que Joseph y Sarah parecían encantados de verlos y habían preparado un impresionante surtido de manjares para la cena: faisanes asados, embutidos y un budín de hojaldre relleno de compota de manzana. Los fuegos de las chimeneas ardían alegremente en todas las habitaciones, y había muchas velas encendidas. «No hay señales de que se estén apretando el cinturón», se dijo Anna.

Lizzie se abalanzó sobre su prima tan pronto como entraron, y no se había separado de ella desde entonces. Incluso William parecía estar de un humor inusualmente alegre. Después de varias copas de su mejor burdeos —para celebrar la importancia de la familia, según declaró—, Joseph empezó a detallar sus planes para cambiar la situación en sus negocios.

—¿Os habéis enterado? El nuevo rey ha elegido a su reina. Llegará a Londres esta primavera para prepararse para su boda. Es la mejor noticia posible para el comercio de la seda, confiad en mí.

—¿Quién es ella? —preguntó Anna.

—Una princesa alemana —dijo Sarah—. La princesa Carlota de Mecklemburgo-Strelitz. Dicen que no es ninguna belleza, así que mayor razón aún para engalanarla con las mejores sedas. Se casarán en julio y la coronación está prevista para una quincena más tarde.

—Todos los comerciantes de seda están muy ocupados untando y dando jabón a cualquiera con posibilidades de ser nombrado *costumier* real —dijo William secamente.

—Pero, aunque no le suministremos nosotros las telas para su ajuar, ¿os imagináis la cantidad de seda para vestidos que se necesitará para sus invitados? —preguntó Joseph—. Solo es cuestión de encontrar los mejores diseños posibles para atraer la atención de los cortesanos y sus señoras. —Se dio unos toquitos en la nariz—. No llevo todos estos años en el negocio para no saber reconocer el mejor diseño cuando lo veo.

Lizzie intervino entonces.

—¿Y cuál es el mejor diseño, papá?

—No lo sé todavía, querida, pero cuando lo sepa, trabajaré día y noche para asegurarme de que nos encargan a nosotros las telas —dijo apurando la copa—. ¿Alguien quiere más vino?

—¿Has oído hablar de los disturbios? —preguntó William—. Ha habido muchos altercados entre los tejedores desde que te fuiste. Los oficiales de tejeduría armaron una revuelta, cortaron telas y destrozaron telares, y a algunos los condenaron a la horca. Todo muy turbulento.

—Hemos leído las noticias en los periódicos, pero no mencionaban nombres —dijo Anna esforzándose por mantener la voz firme.

William salió de la habitación y regresó al cabo de un momento con un periódico arrugado.

Anna lo sostuvo a la luz de la vela y trató de evitar que le temblaran las manos al examinar la página, temiendo que pudiera encontrar el nombre de Henri. En cambio, el nombre que llamó su atención fue el de Guy Lemaître. El texto era breve y el final brutal: «Ahorcado en Bethnal Green».

Casi no podía respirar. Si Guy ya había sido condenado y ahorcado, ¿podría ser Henri el próximo? Tuvo que hacer un inmenso esfuerzo para permanecer inmóvil cuando lo que más deseaba era gritar. Tomó un trago de vino y luego otro,

obligándose a respirar lentamente, inspirar y espirar, inspirar y espirar.

—No son más que un hatajo de criminales violentos — dijo Joseph—. Han tenido secuestrados a los maestros tejedores, forzándolos a pagar de acuerdo con su Libro de Precios ilegal. No tienen ni idea de las consecuencias: los maestros se irán a la ruina y entonces ¿dónde acabaremos nosotros?

Tras una noche de insomnio, Anna se sentó impaciente a la mesa durante el desayuno, escuchando a su padre responder a las preguntas de la familia acerca de sus planes. Habló en términos vagos de reuniones y asuntos de la Iglesia, indicando que no volverían a casa hasta última hora de la tarde.

—Dios santo —dijo mientras pasaban por el mercado, esquivando las carretas, los caballos, los vendedores ambulantes y los mendigos que llenaban las calles—. No recordaba que Londres fuera tan caótica.

—¿Cuánto tiempo hace que estuviste aquí por última vez?

—Veinte o treinta años, antes de que nacieras.

—Dicen que esta parte de la ciudad ha duplicado su tamaño en solo las últimas décadas —explicó Anna—. Todo el mundo quiere venir aquí para buscar trabajo.

—Personas de todo el mundo, según estoy oyendo con mis oídos —dijo—. ¿Es que nadie habla inglés por aquí?

Miss Charlotte dio la bienvenida a Anna con un fuerte y

cálido abrazo.

—Charlotte, dímelo ya, debo saberlo —exclamó Anna—. He leído noticias terribles del amigo de Henri, Guy. Pero ¿Henri está bien?

—Sin duda la ejecución de Guy es una noticia terrible, pero ánimo, Anna. Aunque Henri aún está en prisión, todavía no ha sido juzgado y, por lo que yo sé, está bien.

—Gracias al cielo. —Se agarró al marco de la puerta, aturdida y aliviada a un tiempo, y no fue hasta entonces cuando reparó en la presencia de su padre a su espalda, todavía esperando en el escalón—. Ay, perdona, qué torpeza la mía. Miss Charlotte, este es mi padre, Theodore Butterfield.

Miss Charlotte inclinó la rodilla.

—Señor, es un placer. Anna no me había dicho que llevara hábitos —dijo—. ¿Cómo debo dirigirme a usted?

—Llámeme Theo —dijo—. Es como me llaman todos.

—¿Tomamos un té? —preguntó Charlotte—. Así podré explicarlo todo.

Cuando los llevó a la trastienda, Anna recordó aquella feliz tarde de conversación sobre William Hogarth y sus teorías sobre la belleza. Cuánto tiempo parecía haber pasado desde entonces... Cuando se sentaron, Charlotte empezó su relato de lo ocurrido.

—Fue Mariette, la hija de monsieur Lavalley, quien me dio la noticia. Estaba muy angustiada, la pobrecilla. Fue detenido el día en que su amigo Guy Lemaitre fue a juicio, ¿lo conocías?

—Muy poco, solo lo vi una sola vez, con Henri —contestó Anna—. No puedo creer que lo hayan ahorcado.

—Fue una conmoción para todos nosotros. —Charlotte se miró las manos—. Sobre todo para Henri. Fue al juicio, pero

después de la sentencia, se volvió loco y terminó bebiendo con un grupo de hombres de Bold Defiance. Dice que estaba borracho y que no sabía quiénes eran. Ya se había separado de ellos cuando llegaron los guardias, pero lo encontraron en el callejón de al lado y lo detuvieron de todos modos.

A medida que la historia se desarrollaba, Anna no podía dar crédito a lo que Charlotte les decía. La desolación ante la sentencia a muerte de Guy debió de hacer que Henri perdiera el juicio.

—Mariette dijo que los miembros de la iglesia francesa están haciendo todo lo posible por liberarlo —prosiguió Charlotte—. Lo cierto es que no tengo ni idea de qué hacer para ayudarlo, por eso me puse en contacto contigo. En caso de que conozcas a alguien... —Se le quebró la voz.

El rostro de Theodore se ensombreció.

—Por eso hemos venido aquí enseguida, querida Charlotte —dijo—. Supongo que a Henri ya le han preguntado si sabe de alguien que pudiera dar testimonio de su inocencia.

La modista asintió.

—Creo que monsieur Lavalley le ha interrogado sobre este punto, pero dice que estaba tan aturdido por la cerveza que sus recuerdos son muy borrosos.

—¿Es posible visitarlo? —preguntó Anna.

—Me han dicho que Newgate es un lugar terrible, «un infierno en la Tierra», según lo describió alguien. Monsieur Lavalley no ha permitido a Mariette visitar la cárcel por miedo a que la alterara demasiado. Si decides visitarlo, tendrás que ser fuerte.

—Puedo ser fuerte como un buey, si tengo a mi padre a mi lado —contestó Anna.

—Sé cuánto significas para Henri —dijo Charlotte con

una pequeña sonrisa que le coloreó las mejillas—. Se alegrará mucho de verte. Prométeme que volverás para decirme cómo está, ¿de acuerdo?

A Anna le flaquearon las fuerzas nada más entrar en la prisión.

El guardia de la puerta, un hombre con sobrepeso, sin afeitar y con manchas de grasa en la chaqueta, cogió con una mano corpulenta los seis peniques que le ofrecía su padre y luego, con una lentitud exasperante, examinó una larga lista de nombres.

—En la celda de los condenados —respondió con un gruñido—. Por allí.

—Eso no puede ser —repuso Anna—. Todavía no ha sido juzgado.

—Pues es lo que dice aquí, señorita —fue la breve respuesta.

Anna sintió que la embargaba el pánico y se aferró a la mano de su padre mientras caminaban por los pasillos húmedos y sombríos. «Es verdaderamente un infierno en la Tierra», pensó para sí. Los alaridos y las maldiciones, el ruido de las puertas, el hedor fétido y los agresivos guardias le hacían preguntarse cómo podía alguien sobrevivir allí.

Le recordó el momento en que, de pequeña, unos chicos mayores la habían encerrado en una pocilga. El terror de no poder escapar de aquella oscuridad fétida, con un aire tan insoportable que apenas podía respirar, y los gritos de los cerdos aterrorizados le habían producido pesadillas durante semanas.

Casi lloró de alivio cuando el carcelero de las celdas de los condenados dijo no saber nada de ningún monsieur

Vendôme y volvió a enviarlos al edificio principal.

Cuando finalmente encontraron la celda correcta y persuadieron a otro carcelero —con más peniques— para que abriera la puerta, Anna no podía creer que la forma humana escuálida y demacrada, que los miraba sin reconocerlos, con la ropa mugrienta, la piel cadavérica y las mejillas hundidas, fuese Henri. Bajo una capa de suciedad tenía la cara completamente pálida.

—Soy yo, Anna —dijo ella con timidez, tendiéndole el pequeño paquete de pan y queso que habían traído a sugerencia de Charlotte.

Cuando dio un paso hacia él, Henri se encogió como si temiera un golpe y entonces, para su horror, cayó de rodillas y enterró la cabeza en sus manos.

—*No, no, no* —dijo, con sollozos apagados—. *Je ne supporte pas que vous me voyiez dans cet état.* No puedo soportar que me veas así.

Ella le puso una mano en el hombro.

—Miss Charlotte me escribió. Tenía que venir.

Despacio, volvió la cara y se puso de pie, rígido como un anciano, sacudiendo la cabeza.

—*Je ne le crois pas.* He soñado tantas veces contigo... Y ahora estás aquí —susurró.

—Te presento a mi padre, Theodore Butterfield —dijo la joven.

Henri se serenó e hizo una pequeña reverencia.

—Padre, señor, gracias. No merezco tanta bondad.

—Parece, según tenemos entendido, que lo que no mereces en absoluto es estar aquí. Mi hija te tiene en gran estima y hemos venido a preguntar si hay algo que podamos hacer para aliviar tu situación o para que seas liberado.

El pequeño discurso de Theodore pareció dejar a Henri anonadado. Lo miró con la boca abierta, durante varios segundos, hasta que Anna dijo:

—Henri, ¿qué te pasa? Es mi padre. No te hará daño.

Henri se desplomó en el banco, sacudiendo la cabeza y frotándose las orejas con las manos.

—Perdóneme, señor. Su voz... La reconozco. ¿Nos conocemos?

—No lo creo —dijo Theodore.

—El hombre... Esa noche. Con la...

—¿La noche que te detuvieron? —preguntó Anna.

—No, es imposible —dijo Henri sacudiendo la cabeza de nuevo, como para ahuyentar la confusión—. Ese hombre era más joven.

—¿Has reconocido mi voz? —inquirió Theodore.

—Por favor, perdóneme, señor, es por su forma de decir algunas palabras.

Henri se puso a murmurar para sí, y Anna lo oyó repetir las palabras «mereces» y «seas liberado», imitando el ligero hábito de su padre de sesear y arrastrar algunas consonantes.

—¿Quién era ese hombre?

—Estaba conmigo cuando llegaron los guardias —explicó Henri—. Pero desapareció y no sé quién es.

—¿Y por qué tienes que encontrarlo?

—Porque él podría testificar que yo no estaba con los hombres de Bold Defiance.

Al oírlo, Anna tuvo una súbita intuición. El ligero seseo era cosa de familia. Como tenía más rasgos de su madre, Anna no lo había heredado, pero la hermana de Theodore, la

tía Sarah, sí lo hacía a veces, y también Lizzie y William hablaban de esa manera. ¿Y si era su primo el que estaba en la calle esa noche?

—¿Recuerdas lo que estaba haciendo el hombre?

Por debajo de la mugre, el rostro de Henri se tiñó de rojo.

—*C'est embarrassant.*

—¿Estaba con una mujer? —preguntó Theo.

—*Précisément.* ¿Cómo se dice...? ¿Una mujer de la calle?

¿Con una prostituta? Ya había muy pocas cosas con respecto a William capaces de sorprenderla. De pronto se dio cuenta de que, por mucho que deseara ofrecerle a Henri un atisbo de esperanza en aquella situación extrema y horrible, por el momento debía guardarse sus sospechas para sí misma. Si tenía alguna posibilidad de obtener la verdad de William, tendría que hacerlo discretamente.

Se quedaron unos minutos más, hablando de los esfuerzos de monsieur Lavalle para que se levantaran las acusaciones.

—¿Tienes un abogado? —preguntó Theodore.

—Un secretario judicial de la iglesia francesa —dijo Henri—. Pero aún no ha tenido éxito. —Sonrió con tristeza—. Sigo aquí.

Fue la sonrisa lo que llevó a Anna al borde de las lágrimas. Vio en ella una chispa del verdadero Henri, aquel del que se había enamorado. Al verlo conversar con su padre, de hombre a hombre, se dio cuenta de que, aunque eran completos extraños de mundos muy diferentes, los dos eran muy parecidos: el carácter modesto, la capacidad de reírse de sí mismos, la agudeza mental escondida en una actitud reflexiva, la economía del lenguaje según la cual unas pocas palabras podían transmitir varias capas de

significado. Además, al hablar con cualquiera de ellos, siempre miraban a los ojos, con una mirada franca y cristalina, sin reparos. No ocultaban nada. Se podía confiar ciegamente en ellos.

Cuando se despidieron, Theodore preguntó a Henri si le importaba que lo bendijese.

—*Je serais honoré* —dijo.

El padre de Anna impuso sus manos suavemente sobre la cabeza inclinada de Henri, susurrando una breve oración, y Anna se sorprendió realizando su propia y sincera súplica: «No me importa si nunca llega a ser mío, pero por favor, Dios, deja que viva, una vida plena. Es demasiado bueno para morir en este lugar terrible».

Theodore la guió en dirección a la catedral de San Pablo.

—Ven, cariño, necesitamos algo de paz. Vamos a rezar por él.

Anna se sentía demasiado intimidada por el esplendor del interior para orar con devoción, pero la quietud era reconfortante. Al cabo de unos minutos, su padre, que estaba de rodillas, se levantó y permanecieron en silencio un rato.

—Tienes razón. Es un buen hombre, Anna —dijo tomándola de la mano—. Debemos hacer lo mejor para él. Me gustaría conocer a este secretario judicial, para ver lo que ha logrado descubrir, si es que ha descubierto algo.

—El patrón de Henri, monsieur Laval, seguramente nos pondrá en contacto con él.

—¿Sabes dónde vive?

Llamaron a la puerta del número 37 de Wood Street de forma incesante, aunque intentando no parecer descorteses, pero, a pesar del ruido sordo de los telares que trabajaban en el altillo de arriba, nadie contestó. Anna recordó cuando ella y miss Charlotte vieron a Henri asomado a la ventana del taller con el anclaje para la polea, a punto de caer por ella. Pero ese día, con un viento frío y amargo que canalizaba las cortinas de lluvia torrencial entre los altos edificios, las ventanas permanecían firmemente cerradas.

Regresaron un momento a la tienda de miss Charlotte, donde la informaron de su visita a Henri, y luego regresaron a Spital Square, agotados.

Esa noche, después de la cena, Anna logró hablar con William en un aparte.

—Debo hablar contigo en privado —le susurró—. Esta noche, más tarde. Es urgente.

William dio un paso hacia la puerta.

—Voy a salir —le dijo.

—¿Recuerdas nuestro pacto? —dijo apoyando una mano firme en su brazo—. Todavía está en vigor, William.

Él frunció el ceño.

—Muy bien. Regresaré a las diez y media. Nos encontraremos en el despacho. Hay menos posibilidades de que nos molesten allí.

—Eso es en menos de dos horas —dijo Anna mirando el reloj de la repisa—. Asegúrate de estar aquí a esa hora, William.

Llegaba tarde, por supuesto, y Anna esperó con creciente impaciencia mientras la vela se consumía. Encendió otra y sacó algunos de los libros de diseños para pasar el rato, hojeando las páginas de manera desordenada, pero descubrió que le resultaba imposible concentrarse. Había mucho en

juego en aquel encuentro.

El pomo de la puerta giró al fin y William entró sin aliento y despeinado.

—Bueno, ¿a qué viene tanto secreto?

Era evidente que había estado bebiendo, pero eso podía ir a su favor.

—Toma asiento y escucha con atención.

—Sí, señora —dijo haciendo una reverencia exagerada.

Cuando le transmitió su sospecha de que había estado en la zona de la taberna The Dolphin la noche del juicio a Guy, William empezó a negar con la cabeza.

—¿En Bethnal Green? Nunca voy por allí —respondió—. No es un lugar para un hombre de mi posición social.

—Pues verás, alguien que conozco te vio allí. En un callejón cerca de la taberna.

Volvió a negar con la cabeza, más enérgicamente esta vez.

—Estabas con una mujer, William. No lo niegues, o me obligarás a tener que decirle a alguien que frecuentas el trato con prostitutas.

La sonrisa burlona se esfumó de su rostro.

—¿Y qué? —le espetó—. Todos los hombres lo hacen, Anna, pobre muchacha inocente. Y, de todos modos, nunca podrás probarlo.

—Como he dicho, alguien te reconoció. Reconoció tu voz y también tu cara.

—¿Y quién es ese alguien?

—Un tejedor de seda que fue detenido de forma injusta esa noche, y que necesita desesperadamente tu testimonio para probar su inocencia.

—Un franchute, seguro. Yo digo que habría que enviarlos a todos a su país. Estaríamos mejor sin ellos.

Anna se levantó de la silla y empezó a pasearse por la habitación, tratando de controlar su furia.

—Sí, un francés. Un hombre que me consta que es honesto y respetable. Un hombre que no disimula, ni engaña, ni miente. Es un buen amigo, y esa es la razón por la que mi padre y yo hemos venido a la ciudad. Ha ocurrido un terrible error judicial y sus amigos nos han pedido ayuda. —Se calló y le lanzó una mirada furiosa—. Si no admites que estabas allí, le hablaré al tío Joseph del dinero que robaste.

William se puso de pie de golpe, y se acercó a ella con gesto amenazante, tal como había hecho en aquella misma habitación meses atrás. Esta vez no tuvo miedo.

—Serás... —masculló William—. ¿Esperas que ayude a ese desgraciado vagabundo del callejón que vomitó encima de mis botas? No me lo puedo creer.

«Lo ha admitido —pensó, disfrutando para sus adentros de un dulce momento de triunfo—. Ahora ya no puede echarse atrás.»

—Es lo que quiero que hagas, William —dijo con calma—. Si testificas que lo viste en el callejón aquella noche, cuando llegaron los guardias, no mencionaré la prostituta ni el dinero robado. Ni siquiera tendrás que aparecer en el juicio.

—No haré nada, pero absolutamente nada, ¿entiendes?, si hay alguna posibilidad de que mi nombre salga en los periódicos. Solo declararé si podemos hacerlo discretamente.

—Si obramos con rapidez, es posible que podamos conseguir que levanten las acusaciones, pero en este momento solo cuenta con la ayuda de un secretario judicial. Necesitamos un abogado adecuado, con contactos en los Inns of Court y en la prisión. —Hizo una pausa por un segundo, dándole tiempo a William para que llegase a la conclusión a

la que ella quería que llegara—. Creo que sabes a quién me refiero.

Pareció quedarse perplejo un momento y luego abrió los ojos con incredulidad.

—¿Charles? ¡Bah! Te rechazó, ¿no? Y no me ha dirigido la palabra desde que mi padre cayó en desgracia.

—Pero tú sabes que él también tiene deudas de juego, ¿no?

Al cabo de un segundo de confusión, William se echó a reír.

—Madre de Dios, Anna, eres una pequeña bruja... Primero me chantajeas a mí y luego me pides que haga chantaje a mi amigo. —Anna conservó la expresión severa y la risa de William cesó tan repentinamente como había comenzado—. No puedes hablar en serio...

—Nunca he hablado tan en serio en toda mi vida.

William suspiró sacudiendo la cabeza con incredulidad.

—Muy bien. Iré a visitarlo. Pero solo si vienes tú también.

Anna dejó escapar un pequeño suspiro y la opresión en su cuello y espalda empezó a aliviarse. «Ya casi lo hemos conseguido», pensó.

William volvió a sentarse.

—Bueno, a ver si aclaramos esto. ¿Has vuelto a Londres para sacar a ese gabacho de la cárcel? ¿Por qué es tan importante para ti, prima Anna?

Anna se negó a caer en la trampa.

—Una amiga mutua me escribió pidiendo nuestra ayuda.

—No sabía que fueras amiga de los gabachos.

—No tienes motivos para ser grosero con los franceses.

Tejen piezas de seda de gran calidad, ¿no es así? ¿Acaso no has ganado tú un buen dinero con su trabajo? — Anna encendió el cabo de vela casi consumido del soporte que había en la mesa, lista para retirarse a su habitación. Hacía frío y estaba cansada después de las emociones del día—. Además, la amiga en común es miss Charlotte. Y ella no es francesa.

—¿Miss Charlotte? —Hizo una pausa y fue como si su cerebro fuese un torbellino—. No es mala idea.

—¿Qué quieres decir, William? Es tarde y quiero irme a la cama.

—¿Oíste a mi padre anoche, a la hora de la cena, hablando de lo bien que conoce el mercado y del olfato que tiene para encontrar piezas de seda que le roben el corazón a la nueva reina?

Anna esperó a ver qué decía a continuación.

—La verdad es que no tiene ni idea. Está anticuado y todos sus contactos son demasiado viejos. ¡Pero si vistieron a la última reina hace décadas, por el amor de Dios! La nueva solo tiene dieciocho años y querrá ir a la última moda, o al menos eso es lo que sus *costumiers* le aconsejarán que haga, igual que los cortesanos y los demás invitados. Necesitamos el consejo de alguien que realmente sepa de lo que habla, de lo que está de moda o no.

Ahora le tocó a Anna mostrarse incrédula.

—¿Quieres que le pregunte a miss Charlotte si ella os ofrecería sus consejos? ¿Te has olvidado de lo mal que la trataron tu madre y sus amigas? Le dieron la espalda y fueron a encargar sus vestidos a otra parte, por si no lo recuerdas.

—Mira —dijo poniéndose en pie y encendiendo su propia vela—. Me has pedido un favor, dos favores. Lo menos que puedes hacer a cambio es pedírselo de mi parte. Necesitamos

desesperadamente un par de buenos encargos para saldar la deuda, Anna. La multa se ha aplazado dos meses, pero si no la pagamos estaremos en la cárcel de Marshalsea en menos de lo que se tarda en decir «Mecklenburgo-Strelitz».

La respuesta fue fría, pero al menos Charles aceptó reunirse con ellos.

«Venid a mi despacho en el colegio de abogados a las 12 del mediodía. Charles.»

Anna temía ese momento: tener que suplicarle un favor al hombre que la había despreciado, tener que soportar sus miradas compasivas y su tono condescendiente. Pero si con ello conseguía aliviar el sufrimiento de Henri, habría merecido la pena.

Hacía un día soleado y claro mientras ella y William se dirigían a Gray's Inn. Anna solo había estado allí de noche, en una sola ocasión, para asistir al baile, y le sorprendió la espaciosa belleza del lugar. Los edificios del colegio de abogados, agrupados alrededor de patios tranquilos y pasillos enclaustrados, le recordaban a la cercana catedral de Norwich, que había visitado una vez con su padre. Un aire de privilegio y de aprendizaje impregnaba los espacios verdes y los edificios antiguos. Estaba muy lejos de las caóticas y ruidosas calles de East London, a pocos kilómetros de distancia.

El despacho y el cuarto de estudiante de Charles eran menos impresionantes: en el tercer piso, frío, estrecho y escasamente amueblado, y compartido con otros estudiantes. Afortunadamente, lo encontraron solo.

—Miss Butterfield, William, bienvenidos a mi humilde alojamiento —dijo acercando dos sillas—. ¿A qué debo este placer inesperado?

William miró a Anna.

—Empieza tú.

Le hizo un resumen de la historia: que tenía un amigo que había sido detenido erróneamente y necesitaba la ayuda de un abogado para sacarlo de la cárcel.

—Hemos encontrado un testigo para probar su inocencia, pero el testigo no puede arriesgarse a aparecer en público si el caso va al tribunal. Así que tenemos que conseguir que levanten las acusaciones antes de que eso pase —explicó.

Su pequeño discurso provocó una respuesta sorprendente. En lugar de la hosca reticencia que había esperado, Charles se inclinó hacia delante y escuchó atentamente. Cuando terminó, se recostó en su silla y sonrió con afabilidad.

—Estoy especializado en este tipo de casos. Me siento halagado de que hayáis venido a consultarme —dijo—. He estado esperando con impaciencia mi primer caso real, hasta ahora todo lo que he tenido es la porquería que otros no quieren llevar. La experiencia me será muy útil cuando me disponga a solicitar la aceptación para ingresar en el cuerpo de abogados.

Anna endureció su expresión.

—Hay un pequeño detalle, Charles. Ya conoces nuestra situación. Ni nosotros ni el acusado tenemos dinero para pagarte. Te pedimos que hagas esto como abogado de oficio, de forma gratuita.

Su padre había usado esas palabras la noche anterior cuando le había contado su plan.

La sonrisa se esfumó instantáneamente del rostro de Charles.

—Y tienes el valor...

William lo interrumpió.

—Tú y yo hemos sido buenos amigos desde hace muchos años, ¿no es así? Y en ese tiempo hemos tenido nuestros altibajos, ¿verdad? —Charles entrecerró los ojos mientras William seguía hablando—. El año pasado pasaste por momentos delicados, amigo mío, ¿cierto? Cuando estabas hasta el cuello de deudas y acudiste a mí desesperado para pedirme que te prestara dinero. Yo no tenía dinero para darte, por supuesto, pero sí conocía a alguien que podía ayudarte a hacer que estas desapareciesen. ¿O eso ya lo has borrado de tu memoria?

Charles empezó a pasearse por el reducido espacio frente a la chimenea.

—En mi situación, como estudiante —señaló el desastrado cuarto—, tengo que ser absolutamente escrupuloso en todo lo que hago. No puedo aceptar casos de oficio a voluntad, sin el visto bueno de mis maestros, y es muy poco probable que estén de acuerdo, porque tengo que demostrar que puedo ganar dinero para el colegio de abogados. ¿Entendéis mi situación?

—La entendemos muy bien —respondió William—. Y desde luego, no sería bueno para tu situación que saliera a la luz que tuviste que amenazar de muerte a alguien para poder saldar tus deudas, ¿verdad?

Anna se quedó boquiabierta. ¿Charles había amenazado con matar a alguien?

—No fui yo quien profirió las amenazas.

—Pero sí fuiste tú quien pagó al hombre que profirió las amenazas —dijo William—. Y ese hombre hablará, si se lo pido.

Charles dejó de pasearse por la habitación, se quitó la peluca y la arrojó al otro extremo de la habitación. Se frotó la cabeza y suspiró en voz alta.

—Maldita sea, William. No me dejas elección. Pero no lo

olvidaré, que lo sepas.

—Tu haz lo que te pedimos y estaremos en paz —dijo William con calma—. Bueno, Anna, ¿te gustaría hablar de los detalles con nuestro sabio amigo?

En el camino de regreso desde el colegio de abogados, William sugirió que se detuvieran en un café. Anna nunca había puesto el pie en el interior de uno, y sentía curiosidad. El lugar era muy cálido, con un enorme caldero colgado sobre un enérgico fuego, y toscos bancos de madera alrededor de mesas llenas de grupos de hombres que leían periódicos o participaban en intensas y acaloradas discusiones.

Su irrupción atrajo un buen número de miradas: la única mujer además de ella estaba detrás del mostrador.

—Supongo que estos lugares no están pensados para que las mujeres los frecuenten —dijo Anna mientras buscaban una mesa vacía.

—Los hombres vienen aquí principalmente para hacer negocios. A mi madre le daría un ataque si supiera que te he traído aquí —dijo William con una sonrisa—. Pero ¿a quién le importa? Pensé que te gustaría ver otro aspecto de la vida de la ciudad.

—Quiero estar con la gente porque me siento cómoda y a gusto con ellos, no por cuánto puedan ayudarme a ascender en la escala social.

Sintió alivio al admitir aquello ante William. A pesar de sus insufribles prejuicios y sus malos hábitos, tenían una cosa en común: él también era un poco rebelde.

Llegó el café y Anna tomó un sorbo de aquel líquido oscuro y amargo, más fuerte que cualquiera que hubiera

probado antes.

—Te lo tenías muy callado, eso de que Charles había amenazado de muerte a alguien para librarse de pagar sus deudas.

—Siempre hay que guardarse un as en la manga — comentó William con una sonrisa—. Ha sido un placer ver sufrir a ese desgraciado.

—¿Crees que mantendrá su parte del trato?

—Estoy seguro de ello. La alternativa sería impensable en su posición. Me has puesto en un aprieto con todo este asunto, Anna, pero no te negaré que estoy disfrutando. Por supuesto que voy con prostitutas, todos los hombres lo hacen, ¿no? No soy ningún santo. Bebo una pinta o dos, y a veces me junto con algunos personajes bastante desagradables, pero si consigo liberar a un inocente sin que mi nombre aparezca en los periódicos, habrá merecido la pena.

—¿Incluso aunque sea un francés?

—Odiamos a los franceses porque hemos estado en guerra con ellos durante años, y porque vienen demasiados a nuestra ciudad y nos quitan nuestros trabajos. Pero no tengo nada contra ellos como individuos. Tengo que admitir que son buenos tejedores y diseñadores. Y hablando de diseñadores, es hora de que cumplas tu parte del trato. Acábate el café. Vamos a pasar por la tienda de miss Charlotte de camino a casa.

La costurera estaba ocupada con una clienta, por lo que les ofreció sentarse en la sala de la trastienda y esperaron en silencio, escuchando a través de la puerta abierta mientras miss Charlotte sacaba piezas de tela para que la señora

podiera elegir las.

—Se llama el nuevo naturalismo —la oyeron explicar—. Colores delicados, diseño elegante y, sobre todo, formas naturales. Nada demasiado grande ni demasiado obvio, por supuesto. Y fíjese en las líneas curvas, al igual que en la naturaleza. Las líneas rectas y los diseños geométricos son demasiado severos para una joven hermosa como usted.

—Son todas tan bonitas... No sé con cuál quedarme —respondió la clienta con un suspiro.

—Por supuesto que siempre podría considerar el calicó —dijo miss Charlotte—. En el algodón, los diseños se pueden estampar. Está muy de moda.

—Oh, no, tiene que ser de seda. Mamá no quiere ni oír hablar de verme en algodón, no para ocasiones formales, desde luego.

—Es una idea perfecta —dijo William.

—Pero ¿querrá quien tú sabes y sus amigas llevar lo que lleva todo el mundo? —susurró Anna de nuevo—. ¿O buscarán algo distinto, nuevo, que las haga diferentes?

—¿Y cómo sabes qué es eso que puede hacerles diferentes?

—Es lo fascinante de la moda —dijo Anna—. Todo el mundo tiene que adivinar qué es lo que va a causar furor en la siguiente temporada antes de que llegue esa temporada.

Cuando la clienta se marchó, miss Charlotte se reunió con ellos.

—¿Qué noticias hay de Henri?

—Aún no se sabe nada —contestó Anna—. Pero la situación es esperanzadora. Charlotte, te presento a mi

primo William, mercader de seda, de Sadler e Hijo. —Él se inclinó y ella hizo una reverencia—. Hemos ido a ver a un amigo de William, que es abogado en los Inns. Y creemos haber encontrado un testigo que declarará que, aunque Henri se hallaba en la zona de The Dolphin, no estaba con los hombres de Bold Defiance.

—¡Un testigo! Oh, casi no puedo creerlo... —Charlotte se sonrojó de pura alegría y se abanicó la cara con la mano—. Es maravilloso. Debes avisarme en cuanto tengas noticias.

—Lo prometo —dijo Anna—. Pero he traído a William aquí por otro asunto.

—Por supuesto. Por favor, venga, siéntese aquí.

Mientras William le explicaba la búsqueda de las muestras perfectas de tela que sedujesen a la princesa, la sonrisa en la cara de miss Charlotte fue haciéndose cada vez más amplia.

—Todos los comerciantes de seda están buscando lo mismo —dijo—. Pero es usted el primero en consultármelo. Me siento muy halagada, señor.

—¿Cuál sería su consejo, por favor?

—Puedo decirle lo que les gusta vestir hoy a las mujeres y podría compartir un vaticinio sobre lo que creo que van a querer llevar mañana, pero la princesa es alemana y tendrá sus propias ideas; ¿quién sabe lo que le gusta? La moda siempre es una apuesta y necesitas un poco de magia para llevar la delantera, pero una cosa es cierta: lo que ella elija se convertirá inmediatamente en lo último de lo último entre las damas de sociedad. Todo el mundo tratará de copiarla, pero quienquiera que lo haga bien en primer lugar será quien amase una fortuna, mientras que los demás tratarán de no quedarse atrás.

—Solo necesitamos un poco de esa magia, por favor —dijo—. Estoy seguro de que tiene parte de esa magia

escondida en su almacén, ¿no es así?

Charlotte sonrió.

—La verdad, me gustaría tenerla. Pero todo lo que tengo está aquí. —Se tocó la frente—. Deme un poco de tiempo para pensarlo.

Cuando se levantaron para irse, abrió mucho los ojos de repente. Apretó el brazo de Anna.

—He tenido una idea: ¿sabes si Henri terminó de tejer el diseño?

—Me escribió diciendo que lo estaba empezando, pero... —Anna sacudió la cabeza—. ¿No estarás pensando que...?

—Es perfecto. Moderno, muy naturalista y un poco extravagante. La esencia de la belleza, ¿recuerdas? ¿Esos sutiles *points rentrées*? Podría llamar muchísimo la atención, destacar entre todas las demás muestras.

—¿De qué demonios estáis hablando? —murmuró William.

Anna le ignoró, pues estaba demasiado impresionada para explicárselo.

—Charlotte, ¿de veras estás sugiriendo que mi diseño es adecuado como opción para el ajuar real?

Charlotte asintió con la cabeza.

—Si Henri lo ha tejido bien, y puesto que era para su obra maestra, estoy segura de que así ha sido, no tenemos nada que perder.

Por encima de todo, aprender a dar su justo valor al tiempo, y a contemplar cada momento como si fuera a ser el último, pues en el tiempo se comprende todo lo que poseemos, gozamos o deseamos; y al perder eso, lo perdemos todo.

*Consejos para
aprendices y oficiales,
o Guia segura para
granjearse una buena
estima y un buen
patrimonio*

La visita de Anna y su padre había insuflado un soplo de alegría y esperanza al corazón de Henri.

«Si salgo de aquí algún día, haré cuanto esté en mi mano por recuperar la amistad de Anna», se prometió a sí mismo. Pero a aquel soplo de optimismo le siguió una desesperación aún más profunda cuando un carcelero acudió a decirle que su juicio había sido fijado para la semana siguiente. La

perspectiva de la liberación parecía más lejos que nunca, y casi había perdido la esperanza de volver a ser la calle, excepto durante el trayecto a la horca.

Así que cuando un hombre alto y delgado, con una peluca recién empolvada y unas polainas de un blanco immaculado entró en su celda y se presentó como su abogado, Charles Hinchliffe, Henri no podía dar crédito a lo que veía. Lo acompañaba otro hombre, más menudo y menos impresionante, cuyo rostro le resultaba familiar.

—¿Henri Vendôme? He venido a sacarte de aquí —dijo el abogado sin preámbulos—. Creemos que este hombre aquí presente, William Sadler, puede aportar testimonio de tu inocencia.

Ahora que el misterio estaba resuelto, Henri se sumió aún más en la confusión. Reconoció al primo de Anna, el bruto que le había dado un puñetazo en la calle delante de la posada Red Lyon aquel día. ¿Cómo podía ser un testigo?

La respuesta llegó tan pronto como Sadler abrió la boca. Henri supo entonces, con una certeza absoluta, que era el mismo hombre que lo había insultado en el callejón contiguo a The Dolphin, aquella noche aciaga. ¡Un testigo al fin, después de todas aquellas semanas de espera! ¿Estaba sucediendo aquello realmente o era un sueño? Pero ¿cómo habían llegado allí? ¿Qué había hecho a Sadler presentarse en la cárcel? ¿Quién pagaba los honorarios de aquel elegante abogado de clase alta? Nadie le había explicado nada, y él estaba demasiado atónito para hacer preguntas.

El señor Hinchliffe le pidió a Henri que relatara lo ocurrido aquella noche, sin contar nada más que toda la verdad. Henri, haciendo memoria, lo hizo lo mejor que pudo. Luego el abogado preguntó si Henri reconocía a William como el hombre que había visto aquella noche fuera de The Dolphin, y este contestó que sí. Aunque estaba muy oscuro, la voz era inconfundible, dijo.

Entonces el abogado se volvió hacia William y le preguntó si reconocía a Henri como al hombre que había estado en el callejón aquella noche, y el primero reconoció que sí. No hubo ninguna mención a las otras circunstancias, ni a la prostituta. ¿Estarían los dos dispuestos a jurar esa misma declaración bajo juramento, en la Biblia, delante de un juez? Los dos estuvieron de acuerdo.

Charles continuó explicando que, después de prestar sus declaraciones, ambos debían estar de acuerdo en no hablar nunca más de aquella conversación ni revelar la identidad del otro en relación con ese asunto a cualquier otra parte en el futuro. Aquello iba a ser un acuerdo que se llevaría en absoluto secreto. Ambos accedieron y se estrecharon la mano. Poco después, Charles y William se fueron.

Aquella tarde, el guardia trajo a Henri ropa limpia y un jarro de agua con un poco de jabón y un paño para lavarse la cara.

—Aséate y ponte un poco decente, rápido, muchacho — dijo bruscamente—. No puedes presentarte ante su señoría como si acabáramos de sacarte del barro de una cuneta, ¿verdad?

Entre los gritos e insultos de los demás presos fue conducido por un buen número de pasillos y a través de varias puertas hasta una pequeña habitación en la que estaba sentado un hombre grueso y de tez colorada con una peluca que le llegaba hasta el hombro y a quien le presentaron como el juez. En la sala también estaban William Sadler, Charles Hinchliffe y un secretario que anotaba cada palabra.

Le pidieron que pusiera la mano sobre una Biblia y jurara decir toda la verdad y nada más que la verdad, y luego le ordenaron que repitiera su historia. El juez hizo un par de preguntas: ¿cómo podía saber que era William Sadler, dado que estaba tan oscuro? Y ¿podía jurar que aquella noche no

había entrado en The Dolphin? Respondió ambas preguntas de la mejor manera posible.

Cuando el juez quedó satisfecho, el secretario le presentó un pedazo de papel que le dijeron que leyera y firmara. A continuación, William Sadler tuvo que repetir el proceso, jurando decir la verdad, contando su parte de la historia, respondiendo a algunas preguntas y firmando luego su declaración. Sin más explicaciones, ordenaron a Henri que se retirara y regresó a su celda, sin atreverse siquiera a imaginar lo que podría suceder a continuación, si es que ocurría algo.

Entonces, a la mañana siguiente, lo había despertado el sonido de la puerta de su celda al abrirse y la voz del guardia.

—Despierta, despierta. Eres libre de irte.

Seguro que estaba soñando.

—¿Qué? ¿Ahora mismo? —se oyó decir.

—Ahora mismo. Venga. Corre, antes de que cambien de opinión.

Después de tres semanas en la penumbra de la prisión, sintió que la luz del sol le cegaba.

Al bajar los escalones hacia la calle, unas caras y voces familiares surgieron de entre el halo cegador. Su madre, Clothilde, le echó una suave manta de lana alrededor de los hombros y lo envolvió en sus brazos, con el abrazo cálido y firme que lo había consolado desde su nacimiento.

—*Mon trésor, mon petit garçon* —susurraba una y otra vez—. Alabado sea el Señor. Por fin has vuelto con nosotros.

Mariette estaba a su lado, besándole la mejilla y

cogiéndole la mano, gritándole palabras con su vocecilla aguda que a él le resultaban ininteligibles. Monsieur Lavallo estaba de pie frente a él, poniendo ambas manos en cada una de sus mejillas y, en un gesto inesperadamente íntimo, se inclinó para besarle la frente.

—*Mon fils* —dijo—. Mi hijo, hijo mío.

Detrás de él, en una fila, estaban Benjamin, la cocinera y el tirador de lazos, todo el personal de la casa, todos sonriendo de oreja a oreja.

Aquello era demasiado para Henri. Pese a lo mucho que había deseado aquel momento, se sorprendió rechazando el contacto humano, consumido por la vergüenza de verse tan sucio y andrajoso, pensando que debía ir a casa a cambiarse esos sórdidos trapos, afeitarse y limpiarse la mugre de la prisión, los olores del excremento humano y el miedo.

Como en un sueño, se dejó arrastrar mientras sus ojos se acostumbraban poco a poco a luz del sol. Y entonces la vio, corriendo a toda velocidad hacia ellos, con la falda arremangada y mostrando sus botas, con la cofia suelta y saliendo despedida de su cabeza.

A medida que se acercaba, la imagen parecía adquirir una cualidad mágica, un brillo y una intensidad especiales, como si fuera una especie de ser etéreo. Fue como si el mundo se ralentizara, las voces se alejaron en la distancia como si estuviera dentro de una campana de cristal. «¿Son imaginaciones mías? —se preguntó—. ¿Es un espejismo?»

Pero no, era real. Anna se detuvo, a escasos metros de distancia, y él se detuvo a su vez, y entonces el séquito se detuvo también.

—Henri... —murmuró ella con las mejillas resplandecientes—. Siento mucho irrumpir así, pero es que... tenía que verte.

Se olvidó de su aspecto sucio y maloliente, se olvidó de

su madre, de su maestro y de Mariette, y se adelantó unos pasos para tomarla de las manos.

—Anna —dijo—. ¿Eres tú?

Sus ojos se sumergieron en aquella profunda mirada azul verdoso, hasta que percibió un movimiento detrás de ella y miró hacia la figura que la acompañaba, una figura alta y encorvada, con un alzacuellos.

La voz de monsieur Lavallo resonó en sus oídos.

—Henri, ¿nos presentas?

—Permítame —dijo Theodore—. Anna es una amiga de Henri y yo soy su padre, Theodore Butterfield, encantado de conocerle.

Henri se recompuso.

—Anna, padre Butterfield, les presento a mi madre, Clothilde, a mi patrón, monsieur Lavallo y a su hija, Mariette. —Se volvió hacia monsieur Lavallo—. Sospecho que es a Anna y a su padre a quien tengo que agradecer mi libertad.

Cuando volvió a mirar el rostro de Anna, esta hizo un gesto de asentimiento.

—En ese caso, les debemos el mayor honor del mundo, amigos míos —dijo monsieur Lavallo quitándose el sombrero—. ¿Podemos invitarles a visitarnos en cuanto Henri haya tenido tiempo de recuperarse de esta prueba?

—Y de tomar un baño —dijo Henri avergonzado una vez más de su aspecto sucio. Todos rieron.

—*Très bonne idée*, hueles fatal —dijo su madre—. Pero ¿qué importa eso? Estás de vuelta con nosotros, eso es lo único que importa.

Theodore apoyó una mano en el hombro de Anna.

—Sería un verdadero placer visitarlos. Pero, por ahora, debemos dejarlos en paz. Vamos, Anna.

No fue hasta que Anna se dio la vuelta para marcharse cuando Henri se dio cuenta de que, durante toda la conversación, no se habían soltado las manos. Soltarla y separarse de ella fue como un pequeño suplicio.

Todo había ocurrido tan deprisa, pensó mientras se recostaba en la bañera de estaño de agua humeante frente a un vigoroso fuego. Los demás estaban en la planta de arriba, todos salvo la cocinera, que lo había bañado desde que era un mocoso aprendiz de apenas diez años, y que tenía permiso para quedarse a reponer el agua caliente de una caldera que humeaba en la cocina.

También en los fogones hervía a fuego lento un estofado de cordero y albóndigas, y en la parte de abajo se asaban las patatas sin pelar. A pesar de que ya había comido un poco de pan y queso y bebido media pinta de cerveza negra que se le había subido a la cabeza, los deliciosos olores estaban haciendo que su estómago rugiera de nuevo. Sin embargo, el lujo de sumergirse en aquel baño cálido y aromático era demasiado glorioso como para darse prisa.

Cuando se sentaron a almorzar, Henri contó lo que pudo de los acontecimientos de los últimos días. Cuando le preguntaron quién era el evasivo testigo, contestó con total sinceridad que había jurado sobre la Biblia preservar el anonimato del hombre. ¿Y de dónde había salido el eficiente abogado? ¿Quién pagaba sus honorarios? De nuevo, no pudo responder.

Él quería saber cómo habían ido monsieur Lavalley y su madre a la cárcel en el preciso momento de su liberación. Su maestro le explicó que le habían pasado una nota anónima

por debajo de la puerta bien entrada la noche. Lo único que decía la nota era: «Henri será puesto en libertad mañana a las ocho de la mañana». Los detalles eran muy desconcertantes, pero, dado el feliz resultado, todos alrededor de la mesa acordaron que no eran muy importantes.

Sentía una abrumadora gratitud hacia Anna y su padre, seguro de que debían de haber maniobrado para lograr su liberación. ¿Habría adivinado Anna, a partir de su conversación en la prisión, que el testigo era su primo William, el hombre con el seseo al hablar? ¿Lo había convencido para que saliese a declarar en su defensa? Pero ¿quién había pagado por el abogado? Dudaba que un párroco tuviera esa cantidad de dinero, y era imposible que lo hubiese pagado su tío, el miserable Joseph Sadler...

Mucho más tarde, después de haberse comido el guiso, de haber bebido varias jarras de cerveza negra, de intercambiar muchas noticias y también besos y abrazos, Henri se excusó y se retiró a su habitación. Pero, pese a lo cansado que estaba, descubrió que tenía miedo a dormir, temía que, al despertar, todo hubiese sido un sueño.

Mientras oía los sonidos de la casa, alrededor y en el piso de arriba, los ruidos del trajín de la cocinera en la cocina, los chirridos familiares de los tablones del suelo, el murmullo de voces y el olor al tabaco de pipa de monsieur Laval, se sorprendió sonriendo en la oscuridad ante aquel giro extraordinario e inesperado de sus circunstancias.

Entonces oyó el tintineo del clavicordio: Mariette practicando para los visitantes.

—Oh, Mariette... —suspiró.

Ella lo había saludado como un cachorro exultante de alegría, sin poder contenerse al tocarle la manga, al cogerlo de la mano, al plantarle besos castos en la mejilla. Él

también se alegraba de verla, por supuesto, pero igual que un hermano se alegraría de reunirse con su hermana. Ni en cien años podría pensar en ella como en su prometida.

La cárcel lo había cambiado, le había aclarado las ideas. En los momentos más sombríos, se había prometido a sí mismo que, si alguna vez lograba obtener la libertad, viviría al máximo todo el futuro que se le concediera. Dejaría de estar tan preocupado por lo que pensaban los demás y permitiría que fuese su propia conciencia la que lo guiara, en lugar de hacer siempre lo que los demás esperaban de él. Sobre todo, llevaría una vida tranquila, una vida doméstica, o al menos eso esperaba, bien lejos de la política y de las protestas.

A pesar de la seguridad mostrada por monsieur Lavallo, le parecía muy poco probable que fuesen a nombrarlo maestro tejedor, dada su conducta imprudente y su ingreso en prisión. Sin duda, ya no volvería a plantearle la sugerencia de heredar el taller: ¿cómo podría su maestro confiar su precioso negocio a un tonto tan irresponsable? Sin embargo, aún estaba seguro de que llevaba el arte de la seda en la sangre. Se aplicaría en su oficio y establecería su propio negocio lo mejor que pudiera, y trabajaría duro para recuperar el respeto de los que amaba: su madre, monsieur Lavallo y su familia y... Anna.

El mero hecho de pensar en ella le hacía sentir mariposas en el estómago. Monsieur Lavallo ya había enviado una invitación a Spital Square para tomar el té la tarde siguiente. Su madre y miss Charlotte también acudirían.

Se imaginó a Anna llegando a la casa con su padre, y a él mismo acudiendo a su encuentro, tomando su capa e inhalando su dulce aroma a flores silvestres, sentándose cerca de ella y hablando abiertamente, sin tener que susurrar de forma clandestina, como hacían antes. Luego,

después del té, le mostraría su obra maestra, la plasmación en tela de su propio diseño, y vería la mirada de asombro y alegría deslizándose por su rostro.

Henri se despertó sobresaltado, sin saber cuánto tiempo había dormido. Ninguna rendija de luz atravesaba el revestimiento de la pared y la casa estaba en silencio. Miró a través de la puerta hacia la cocina. El fuego estaba apagado, el pájaro dormido en su jaula cubierta. Debía de ser todavía noche cerrada.

Encendió una vela, se puso los calzones y las zapatillas y se arrebujó una manta alrededor de los hombros. En la cárcel soñaba con tejer; había transcurrido casi un mes desde la última vez que había sujetado una lanzadera y el día anterior había estado tan ocupado comiendo y hablando que ni siquiera había encontrado un momento para visitar el taller de tejeduría. Evitando los crujidos de los tablonos maltrechos para no hacer ruido, subió los dos tramos de escaleras y luego trepó por la escalera hasta el taller. Empujó la trampilla, subió y luego, enrollándose con cuidado la cuerda anudada en las manos, la dejó caer con suavidad al suelo con un sonido inaudible para cerrarla.

El olor seco y como a nueces de la seda le resultaba tan familiar, tan reconfortante, que era como ser acogido en los brazos de una amante. Sostuvo la vela en alto y examinó el trabajo de los tres telares. Vio que Benjamin estaba tejiendo un damasco rosa claro, y el pequeño telar de lizo, como de costumbre, estaba siendo utilizado para forros de raso negro. Entonces descubrió con asombro que, en su propio telar, estaba el brocado que había estado tejiendo según el diseño de Anna. Sacudió la cabeza, desconcertado. Recordaba perfectamente haber extraído la pieza del telar. La había llevado y presentado al Salón de Tejedores con sus propias

manos.

Al observar el rollo plegador, calculó que el rollo debía de contener alrededor de cinco metros. Nunca había tejido semejante cantidad de tela; solo había tenido tiempo para una sola repetición de la figura, el requisito que exigía la compañía. Seguía sumido en el desconcierto más absoluto cuando oyó el crujido de la escalera y, al volverse, vio el gorro de dormir de monsieur Lavalley asomando por la trampilla.

—Pensé que debías de ser tú —dijo el anciano parpadeando con aire somnoliento.

—Disculpe si le he molestado, señor. Solo me estaba volviendo a familiarizar con los telares.

Monsieur Lavalley subió los peldaños restantes y se acercó a Henri.

—Espero que no te moleste. Le pedí a Benjamin que siguiera tejiendo tu brocado. Ha hecho un buen trabajo, ¿no crees?

—Es como lo hubiera hecho yo —declaró Henri con inquietud—. Pero ¿puedo preguntar, señor...? —La pregunta se quedó atascada en su garganta. ¿Y si la respuesta era negativa? Lo intentó otra vez—: Le he fallado, señor. Si quisiera despedirme, lo entendería.

—¿Fallarme? ¿Despedirme? ¡No seas ridículo! —La risa de monsieur Lavalley retumbó por la habitación—. Ven. Toma asiento. —Se sentó con movimiento rígido en el banco del telar y dio unas palmaditas en el asiento a su lado—. Has actuado irreflexivamente, eso es cierto, y lo has pagado muy caro. Pero que ese sea el fin del asunto. ¿No ves lo complacidos que estamos todos de tenerte de vuelta con nosotros? Tú eres como un hijo para mí, y siempre serás bienvenido en mi casa y mi taller. Lo que decidas hacer cuando logres tu maestría es, por supuesto, tu decisión.

—¿Cómo podría agradecerse? —dijo Henri—. No imagino otra vida más que la que he disfrutado aquí durante los últimos diez años. Solo que... —Se interrumpió de nuevo.

¿Cómo podía decirle a aquel hombre tan generoso, a quien consideraba un padre, que no podía aceptar su generosa oferta de heredar el negocio? ¿Que, en realidad, no quería ser su hijo?

Monsieur Lavallo se inclinó hacia delante y tomó la mano de Henri en la suya.

—Es por Mariette, ¿no?

Henri asintió con la cabeza. Le fallaron las palabras.

—Hubo un tiempo en que fantaseaba con la idea de que vosotros dos podríais casaros —dijo monsieur Lavallo en voz baja—. Pero he cambiado de opinión. De hecho, no lo consentiría, aunque me lo pidieras. Tendría como resultado una vida de infelicidad para ambos.

Henri se volvió hacia él, confundido.

—Pero ¿por qué...?

—Ayer fue muy evidente para mí, para tu madre, para cualquiera que te viese, que tus afectos están depositados en otra parte.

—¿Mi madre?

—Fue ella quien me hizo verlo con claridad. «Vamos a tener que dejarle que siga a su corazón, Jean.» Esas fueron sus palabras, y enseguida supe que tenía razón. Creo que Mariette también lo entendió, porque dijo que nunca antes había visto esa expresión en tu rostro.

Henri lanzó una larga exhalación con la que pareció arrancar toda la tensión y el miedo de su cuerpo.

—Es cierto —admitió casi entre dientes—. Lamento no corresponder a los sentimientos que Mariette albergaba por

mí, si es que los albergaba.

—Ella es joven todavía, y hay montones de jóvenes apuestos que llamarán su atención. Pero ¿crees que tus sentimientos por miss Butterfield son correspondidos?

—Creo que Anna siente lo mismo por mí, pero si su familia le permitirá casarse con un tejedor francés..., eso no lo sé.

—Dependerá de su padre, por supuesto, pero por lo poco que vi ayer parece un hombre de mente abierta. Además, pronto te convertirás en un maestro tejedor con tu propio negocio, un negocio rentable, sin duda un buen partido para cualquier mujer joven.

—¿Mi propio negocio? Pero pensé que...

—Mi oferta sigue en vigor, aunque no seas mi yerno. No puedo pensar en nadie más a quien quisiera confiar el negocio —dijo monsieur Lavallo.

Henri sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas. ¿Cómo era posible el don de tanta felicidad en tan poco tiempo, cuando menos de veinticuatro horas antes estaba pudriéndose en la cárcel, pensando que su destino era la deportación o incluso la muerte? Se limpió la cara con la manga y se volvió hacia su patrón.

—¿Cómo puedo...? —No tuvo tiempo de terminar la frase porque se encontró fundido en un poderoso y cálido abrazo.

—No hacen falta palabras, hijo mío —le susurró monsieur Lavallo al oído.

No era solo la falta de sueño lo que hacía que Henri se sintiera como si estuviera inmerso en algún tipo de ensoñación.

Viendo la cara de arrobo de su madre al escuchar la apasionada conversación de Anna sobre el arte y la naturaleza, escuchando a monsieur Lavallo y al párroco discutir animadamente sobre si la política y la moralidad podrían ser o no compañeros de viaje y viendo a Mariette y Charlotte examinar un ejemplar de *La guía de la moda*, fue como si lo embargara una especie de éxtasis, emocionante y reconfortante a un tiempo. Todo cuanto podía desear, sus amigos, su familia y los seres a los que amaba, así como la seda y su tejido, estaban allí mismo en aquella casa.

Habían llevado todas las sillas al salón, donde un vigoroso fuego se reflejaba alegremente en los paneles de madera oscura. La cocinera sirvió el té en la mejor vajilla de porcelana, junto con algunas delicadas galletas *langues de chat*, una especialidad para impresionar a los huéspedes ingleses.

De vez en cuando, él y Anna intercambiaban miradas discretas y la más leve sonrisa hacía que su corazón dejara momentáneamente de latir. Era evidente que Anna se sentía feliz allí con él y en compañía de su familia.

Una vez terminado el té, monsieur Lavallo sacó el paquete que contenía los metros de la obra maestra de Henri y que les había devuelto la Compañía de Tejedores. Se sintió presa de los nervios, preguntándose cómo reaccionaría Anna ante su pieza. Desplegaron la tela, que fue pasando de mano en mano alrededor de la habitación, en medio de grandes exclamaciones de admiración, felicitando a Henri por la delicadeza y la complejidad del tejido, y a Anna por la elegancia del diseño, el fondo de celosía de la aguileña, las audaces margaritas, las campanillas que asentían con la cabeza y los pétalos encrespados de la rosa canina.

Vio, de nuevo, cómo los hilos de seda brillaban y resplandecían a la luz del fuego, creando la ilusión de que los tallos y las flores se mecían verdaderamente en una suave

brisa. La intensidad de los colores parecía aún más vivida de lo que recordaba: las rayas de un rosa profundo en cada pétalo de la aguileña, el oro amarillo brillante en el centro de la margarita, el intenso púrpura de las campanillas, las hojas de cada planta, cada una en un tono distinto de verde.

Cuando la pieza llegó a Anna, ella lo miró con una sonrisa tímida y, sin decir una palabra, se llevó la seda junto a la ventana. Todas las miradas estaban depositadas en ella mientras la sostenía acercándosela a la cara, examinándola palmo a palmo. Henri estaba paralizado: un rayo del sol crepuscular se reflejó en la ventana de la casa de enfrente y cayó directamente sobre ella, iluminando el azul de su vestido y el halo de rizos rebeldes que se habían escapado de su cofia.

Ya no pudo seguir soportando el suspenso.

—¿Te gusta? ¿Apruebas mi trabajo?

La expresión en el rostro de Anna al volverse fue algo que recordaría durante muchos años. Parecía, literalmente, iluminada, con los ojos abiertos de puro asombro y húmedos de lágrimas, la sonrisa más radiante que había visto en toda su vida.

—Es maravilloso —dijo sin más—. Nunca habría creído que todos esos detalles pudieran plasmarse en el tejido de una tela. Has reproducido a la perfección mi dibujo y lo has convertido en una verdadera obra de arte. Mira, hasta mi pequeño escarabajo está aquí.

Una lágrima solitaria se escapó por su mejilla, y Anna se la secó con el dorso de la mano.

Todo el mundo se rio y Henri pensó que iba a estallar de orgullo. Por un segundo, regresó hacia atrás en el tiempo hasta el mercado, apoyado en la barandilla de la galería que daba a los puestos de flores, con su corazón latiendo desbocado mientras observaba cómo las formas cobraban

vida en la punta del lapicero de Anna. Desde el primer momento en que lo había sostenido en sus manos, aquel diseño se había apoderado casi por completo de su mundo: pensar en cómo conseguir que el telar lo tejiera con la mayor fidelidad posible, el meticuloso cuidado necesario para trasladarlo al papel cuadriculado, la difícil elección de los colores del hilo, el laborioso momento de tejer la tela y la satisfacción de ver emerger la pieza acabada, centímetro a centímetro, despacio, envolviéndose en el rollo plegador.

Todo ese tiempo, mientras trabajaba, la presencia de Anna había sido una constante en su mente. Y ahora estaba allí, en su casa, con su familia, sosteniendo su pieza de tela, la tela que habían creado juntos, la tela que entrañaba todo su amor por ella. No imaginaba ningún lugar, ni ninguna compañía, en la que encontrara mayor felicidad. Levantó la vista y se dio cuenta de que todo el mundo estaba esperando que dijera algo, pero se sintió abrumado, incapaz de hablar por las lágrimas que le atoraban la garganta.

Charlotte rompió el silencio.

—Anna, ¿ibas a preguntar por la seda para quien tú ya sabes?

—Sí, por supuesto —dijo Anna como si acabase de despertar de un trance—. Casi lo olvido. —Volvió a su silla y devolvió la seda a monsieur Lavallo—. Verá, mi tío Joseph Sadler y mi primo William tienen una proposición que hacerle.

Miró a Charlotte, que asintió con la cabeza.

—Tienen una cita con los *costumiers* reales, los encargados del guardarropa que están preparando la boda del rey y la reina —prosiguió—. Y se preguntaban si estaría de acuerdo en que presentaran esta tela para que la tengan en cuenta.

—*Mon Dieu* —exclamó monsieur Lavallo—. Esto es...

¿cómo se dice? Esto sí que es toda una sorpresa... Pero si todavía no han visto la pieza ellos mismos...

—Están siguiendo el consejo de miss Charlotte —respondió Anna.

—Estoy asombrado y encantado, por supuesto. Henri, ¿dejarás que tomen en consideración tu trabajo?

La cabeza de Henri era un torbellino. Aquellos Sadler estaban llenos de sorpresas. Primero William lo saca de la cárcel, ahora quería su seda para vestir a una reina.

—¿Cómo podríamos rechazar semejante oferta? —contestó entre tartamudeos.

—Por favor, transmítales que estamos muy agradecidos. Nos sentimos muy halagados —dijo monsieur Lavallo—, Henri les traerá la pieza por la mañana y, si todavía están interesados, nos reuniremos para discutir los términos.

—Es un trabajo extraordinario, Henri. No logro imaginar cómo has podido tejer una pieza tan compleja —señaló el padre de Anna.

—¿Quiere visitar el telar y verlo por sí mismo?

Apenas había espacio para moverse una vez que monsieur Lavallo y Mariette, Henri y su madre, Anna y su padre, y también miss Charlotte, hubieron subido por la escalera de mano sin incidencias y atravesado la trampilla para adentrarse en el aire fresco del taller de tejeduría. Henri nunca había visto la habitación tan llena de gente. Benjamin se sentó en su banco y empezó a hacer una demostración con el tirador de lazos ocupando su lugar a un lado del telar, y todos observaron con absoluta atención mientras emergía el diseño con cada pasada de la lanzadera.

Henri miró ansiosamente a Anna, de pie junto a él. Tenía

las mejillas coloradas y le brillaban los ojos, como si estuviera a punto de llorar de nuevo.

—¿Te encuentras indispuesta? —le susurró él.

—Nunca en toda mi vida me he encontrado mejor —susurró ella—. Es solo que... ver cómo mi diseño va cobrando vida... es tan emocionante. Soy tan feliz que podría llorar.

—En mi humilde opinión, este es el nivel más alto de pericia en el arte de la seda —le explicó monsieur Lavalle a Theodore—. Y cuando la compañía conceda a Henri su título de maestro tejedor, podrá emplear a otros por su cuenta. Él dirigirá el negocio para mí, y yo podré retirarme y pasar el resto de mis días ocioso. Ese es mi plan.

Clothilde se echó a reír.

—Nunca te apartarás tan fácilmente, Jean.

—Debo decir que me parece una perspectiva muy atractiva —señaló Theodore—. Por desgracia, a los párrocos no se les permite retirarse, deben conducir a su rebaño hasta sus últimos días o acabar en la calle.

—Entonces dependerá de su hija y de su habilidad para ganarse la vida con sus diseños —dijo monsieur Lavalle—. Es evidente que tiene mucho talento para ello.

Henri se aseguró de que él y Anna fueran los últimos en bajar la escalera. Cuando la joven se disponía a descender por ella, él le tomó la mano y la retuvo.

—Quiero... No puedo agradecerte lo suficiente todo lo que has hecho por mí.

—No te importa, ¿verdad? —le dijo ella—. Me refiero a ofrecer la seda a mi tío. Fue una sugerencia de Charlotte.

—¿Que si no me importa? Yo me siento... —Se esforzó

por encontrar la palabra correcta—. Encantado. Muy honrado.

—Me alegro.

A Henri su sonrisa le parecía el espectáculo más bello del mundo.

—Pero además de eso, quiero preguntar... —vaciló—. Creo que sabes...

Anna asintió con la cabeza, volviendo su rostro hacia el suyo, de modo que Henri se sumergió y se perdió en sus ojos otra vez.

—¿Querías...?

Podía oír los latidos de su propio corazón palpitándole en el pecho.

Y entonces, en voz tan baja que apenas si pudo oír sus palabras, Anna susurró:

—Sí, Henri. Quiero.

Él le levantó la barbilla y sus labios se rozaron tan fugazmente, y con un gesto tan casto, que luego, al intentar recordar el momento, se sorprendió preguntándose si no lo habría soñado.

—¿Vienes, Anna? —Oyó a su padre llamarla desde el piso de abajo.

—¿Crees que él consentirá...? —susurró Henri.

Sus labios, y todo su cuerpo en realidad, parecían encendidos de deseo.

—Tendrás que preguntárselo —respondió Anna sonriendo y recogiendo la falda del vestido para bajar por la escalera.

EPÍLOGO

Esos momentos, y los de los días inmediatamente posteriores, están grabados tan poderosamente en la memoria de Anna como si fuera ayer. «¿De veras pueden haber pasado ya cuarenta años?», se pregunta.

Levanta la vista de su labor de costura hasta el lugar donde, al otro lado de la chimenea, Henri está dormitando en su sillón preferido, antaño el favorito de Jean Lavallo. La forma en que su marido ladea la cabeza, con los ojos cerrados y la mandíbula inerte, con las manos hundidas en el regazo y aun así sujetando el periódico, le arranca una cariñosa sonrisa. Ahora es un anciano, con el rostro surcado de arrugas y la barba gris; aquel exuberante pelo oscuro de su juventud está ahora teñido de blancas canas y es cada vez más escaso, bajo su gorra de terciopelo favorita.

«Ambos estamos envejeciendo», piensa ella, frunciendo el ceño ante sus dedos arrugados, la piel rugosa de sus brazos, las manchas de edad en el dorso de sus manos. No se acuerda de cuánto tiempo ha pasado desde que se molestó en mirarse más de un segundo en su reflejo en el cristal, prefiriendo engañarse con el recuerdo de cómo era antes.

La casa no parece muy cambiada por el paso del tiempo y los muchos acontecimientos que ha presenciado. La luz del fuego se refleja en los paneles de madera igual que aquel día de hace cuarenta años; el reloj hace tictac en la esquina, las

contraventanas crujen cuando el viento sopla del este y los telares traquetean y emiten sus ruidos sordos en el taller. El dulce olor a nuez de la seda cruda todavía impregna el aire.

La planta baja permanece dedicada al negocio —el salón con las muestras en la parte delantera y su despacho compartido y estudio al fondo—, aunque su hijo mayor, Jean, ha convencido recientemente a su padre para que alquile una nueva «fábrica»: tres grandes salas para almacén al otro lado de Brick Lane, donde se almacena la seda, trabajan los torcedores y se tejen las tramas. Así hay menos «fugas», dice.

Está hablando de montar sus propios telares en la fábrica también, para que puedan cumplir con los requisitos de las nuevas leyes que establecen los salarios de los tejedores. De esa manera, dice, no tendrán que soportar los costes de los tejedores que trabajan en casa, ya que tejerán en sus telares y él podrá pagarles por pieza.

—Es mucho más eficiente, papá —dice—. Y podemos supervisar de cerca la calidad.

El negocio ha sobrevivido a tiempos turbulentos. Ante el levantamiento de restricciones en materia de importación, muchos tejedores, incluso algunos de los más exitosos, fueron a la quiebra, miles de tejedores se quedaron sin trabajo y sus familias pasaron hambre. Otras compañías se mudaron fuera de Londres, para evitar pagar las tarifas exigidas por las nuevas leyes. Henri siempre afirmó que la supervivencia de Lavallo, Vendôme e Hijos se debía única y exclusivamente a los extraordinarios logros de la diseñadora de la casa.

La princesa no vistió la seda de Henri para sus nupcias, pero la pieza sí fue elegida por una de sus damas de honor, lo que bastó para captar la atención de la nueva reina. Siendo ella también aficionada a la botánica, se quedó prendada con el nuevo naturalismo y lo fomentó de forma entusiasta entre

su círculo. Las líneas rectas y los patrones geométricos cayeron en el olvido más absoluto mientras que *El análisis de la belleza* de Hogarth se convirtió en el punto de referencia para cualquier tentativa artística. La curva serpentina se convirtió en algo *de rigueur* en la moda, las piezas de mobiliario y todas las demás artes decorativas.

Sus cuadros y dibujos nunca han llegado a colgar de las paredes de ninguna exposición, como sugirió el señor Gainsborough, pero durante casi cuatro décadas los diseños de Anna Vendôme han sido usados y muy solicitados por las damas de la sociedad. A medida que llovían los encargos, Henri se vio obligado a emplear a más de cien tejedores para satisfacer la demanda. Incluso sus sedas se exportaron a través del Atlántico, para ser lucidas por los aristócratas ricos de los Estados Unidos de América, independizados recientemente.

Los comerciantes Sadler e Hijo también se beneficiaron, convirtiéndose en uno de los principales clientes de Henri, aunque no veían mucho a la familia en los actos de sociedad. La tía Sarah logró al fin su ambición soñada de mudarse a Ludgate Hill, justo al lado de los Hinchliffe. Ahora es abuela de varios nietos, pues Lizzie está casada con el miembro de una familia adinerada, mientras que los dos hijos de William han seguido sus pasos en el negocio.

«¿Cómo conseguí hacerlo todo, dando a luz a siete hijos, enterrando a cuatro de ellos y criando a los otros tres hasta que alcanzaron la edad adulta?», se pregunta Anna. Mariette se enamoró y se casó con el hijo de un platero al que conoció en la iglesia francesa, y viven a solo unas calles de distancia. Ella y Anna son como hermanas, y se turnaron en los cuidados de monsieur Lavalley y Clothilde —a quien al final convencieron para que se fuera a vivir a la casa con ellos cuando ya no tenía fuerzas para trabajar— mientras se acercaban al final de sus vidas.

Entonces, justo cuando las cosas empezaban a ser más fáciles, Theodore murió de repente mientras daba un sermón en su querida y vieja iglesia del pueblo. Tal como a él mismo le habría gustado, decía la gente en el funeral, pero no servía de consuelo para Anna, que le ha echado mucho de menos todos los días desde entonces. Jane se fue a vivir con ellos, y sigue con ellos todavía, lo cual es un gran consuelo, porque es un ser maravilloso y muy querido, sin complicaciones y poco exigente, y ha sido una gran ayuda con los niños.

A pesar de todo este dolor y de las pesadas exigencias de la vida doméstica, Anna siempre ha logrado robar unas horas para su pintura y el diseño. Le encanta trabajar en el despacho junto a Henri y sus dos hijos, observando el ir y venir de comerciantes y tejedores, disfrutando y a veces sumándose a sus conversaciones sobre comercio, dinero y política.

De vez en cuando convence a su esposo o a uno de sus hijos para que la acompañe a las nuevas exposiciones de la Real Academia de Artes a ver las obras del señor Gainsborough o al Museo Británico, donde puede estudiar y esbozar las curiosidades naturales recogidas por sir Hans Sloane. Antes de morir, el señor Ehret le enseñó los libros de estudios botánicos que guardaba la biblioteca del museo y que se han convertido en una inspiración constante para su trabajo. El querido señor Ehret. En su testamento dejó a Anna dos de sus grabados, que cuelgan en las paredes del salón con orgullo. Cada vez que los mira, recuerda cómo le enseñó a observar la línea, el sombreado y el color, hasta el más mínimo detalle. «Cuánto le debo a ese hombre...», piensa para sí.

Recuerda sus propios anhelos, confusos y desdibujados, cuando llegó a Londres, el hecho de que observar el fascinante y sorprendente mundo a su alrededor solo la llevó

a sentir una mayor frustración porque, como decía su tía, una joven que pasaba a formar parte de la buena sociedad no podía tener una ocupación fuera del hogar. Anna nunca habría podido soportar pasar el resto de su vida siendo un adorno para un marido convencional, pero en aquel momento lo cierto es que no veía ninguna salida para evitar ese camino.

A pesar del comienzo poco prometedor, cree que ha disfrutado de una vida maravillosa en aquella ciudad, una vida llena de amor familiar y de interés artístico e intelectual. No se podía pedir más.

Y todo se debe a un hombre, el que ahora duerme tranquilamente en su sillón al otro lado de la chimenea. Ronca ligeramente, se remueve en el sillón y abre los ojos un instante, le sonrío y luego se queda dormido de nuevo. Incluso después de todo este tiempo, su sonrisa todavía puede secuestrarle el corazón, hacer que se detenga momentáneamente, una contracción del amor.

Lo había sabido desde el primer momento, desde luego, desde el momento en que él había acudido en su auxilio en la calle, y Henri afirma que en ese momento él también lo supo. Sin embargo, ella está segura de que, de no haber sido por su momento de ofuscación y borrachera, seguido de su detención posterior y su paso por prisión, ahora estarían infelizmente casados con otras personas. Ambos reconocen que Charlotte fue la artífice de su buena fortuna, y muchas veces se lo recuerdan.

A medida que su amistad se fue estrechando, y la confianza entre ambas se hizo más fuerte, Anna se sintió preparada para interrogar sutilmente a la costurera sobre su vida personal: cómo logró seguir soltera y dirigir su propio negocio. Al principio se mostró reticente, pero un día, cuando habían tomado una buena comida y unos vasos de vino juntas, Charlotte le confió su secreto más íntimo.

Era la cuarta hija de una familia respetable que había atravesado momentos difíciles cuando su padre murió de forma prematura, y se había visto forzada a buscar trabajo como costurera en la casa de una familia noble. Por desgracia, el duque tenía una afición desmesurada por las mujeres, que pronto centró en una Charlotte de diecisiete años; impuso sus atenciones sobre ella con tanta fuerza que al final se había sometido por miedo a perder su trabajo.

Pocos meses después, al ver que la situación era insoportable, Charlotte empezó a oponer resistencia, con la inevitable consecuencia de que la obligaron a marcharse. Su hermana mayor, casada con un párroco rural, la acogió en su casa, pero al cabo de pocas semanas se hizo evidente que las atenciones del duque habían dejado un legado no deseado.

El párroco temía que el escándalo pudiera hacerle perder su sustento, pero su esposa, que hacía seis años que intentaba concebir un hijo, le convenció de que podían adoptar al niño, fingiendo que era suyo. Recluyeron a Charlotte durante un tiempo mientras su hermana llevaba cojines de tamaño cada vez mayor bajo sus vestidos. Así fue como Peter —ese era el nombre del muchacho— se convirtió en el «sobrino» de Charlotte.

—Tiene una vida mejor de la que yo le podría haber dado, y lo veo cada mes. Aunque —añadió con nostalgia—, cada vez que nos despedimos, siento como si me cortaran con un cuchillo.

—¿Nunca has querido casarte, para poder recuperarlo?

Charlotte hizo una pausa y se sirvió otra copa de vino.

—No, soy feliz como estoy. He trabajado duro para levantar mi negocio y si me casara, tal vez tendría que renunciar a él. Además, ¿cómo puedo confiar en un hombre? —preguntó—. ¿Y cómo puedo separar a mi hijo de mi hermana, cuando lo han amado como si fuera suyo durante

tantos años?

Peter se había convertido ahora en un apuesto joven con hijos propios que visitaban con frecuencia a su «tía abuela». Anna, a quien invitaron a reunirse con ellos un día, veía claramente la imagen de su amiga reflejada en sus rostros, y el orgullo y la felicidad de Charlotte en su compañía era un espectáculo digno de contemplar.

Para todos los miembros de la familia menos para su padre, su unión con Henri había sido del todo inesperada. Anna aún recordaba la expresión de horror absoluto en el rostro de la tía Sarah cuando Henri apareció en Spital Square esa mañana.

—El señor Henri Vendôme, señora —anunció Betty.

—Dile que se ha equivocado de dirección. La entrada de la tienda está en la puerta de al lado —dijo la tía con firmeza.

—No, tía, ha venido a ver a mi padre —intervino Anna dejando caer el libro con el que había intentado sin éxito entretenerse durante la última media hora.

Bajó volando las escaleras hasta donde Henri esperaba en el umbral, alternando el peso de su cuerpo entre un pie y otro con nerviosismo, elegante pero incómodo con sus mejores galas de sarga azul y el pelo perfectamente recogido detrás de lo que parecía un gorro nuevo. Bajo el brazo llevaba un paquete de papel marrón que contenía el brocado de seda.

—Vamos, sube —dijo ella haciéndole un guiño cómplice—. Papá ya lo sabe.

Cuando llegaron a lo alto de las escaleras, Theodore ya estaba en el descansillo. Anna empujó a Henri hacia delante

y los dos hombres se dieron la mano.

Henri empezó a hablar con voz trémula.

—Señor, he venido a pedirle...

—Ahórrate la ceremonia, muchacho —dijo Theodore dándole una palmada en el hombro—, Anna ya me ha dicho el motivo de tu visita. Por supuesto que tienes mi consentimiento. Sabiendo lo que siente por ti, no podría estar más encantado.

En ese momento, Sarah salió por la puerta del salón seguida de Lizzie.

—¿Qué está pasando aquí? —exclamó.

—Hermana, querida, te presento a mi futuro yerno, Henri —anunció Theodore—. Henri, esta es mi hermana, la señora Sarah Sadler, y mi sobrina, Elizabeth.

Henri le tendió la mano, pero la mujer la ignoró. La tía Sarah se quedó boquiabierta, con los carrillos colgando, como si hubiera visto una aparición.

A Lizzie le dio un ataque de risa y estaba deshaciéndose en felicitaciones cuando, al parecer, su madre se recompuso.

—¿Has perdido el juicio, Theodore? —exclamó sin aliento, antes de volverse hacia Anna—. ¿No te he advertido de lo poco adecuado de este tipo de amistad?

Anna se mantuvo firme, sujetando con fuerza la mano de Henri para que no se le ocurriese salir huyendo.

—Ven a la sala —dijo ella haciéndolo pasar por delante de Sarah y Lizzie.

—Señor, debo pedirle que se marche mientras discutimos el asunto —dijo Sarah.

Anna oyó las pisadas de su tío subiendo las escaleras.

—Hola a todos. ¿Tenemos compañía? —exclamó. Al ver a Henri, se paró en seco—. ¿Y quién es este hombre, si puedo

preguntar?

—Mi prometido, tío —dijo Anna—. Por favor, permítame presentarle a monsieur Henri Vendôme.

Henri le tendió el paquete que llevaba bajo el brazo.

—Encantado de conocerle, señor. He traído la pieza de seda tal como se habló, para que la tengan en cuenta para la boda real.

—Entonces ¿por qué no has llamado a la puerta de la tienda, muchacho?

—Es mi prometido, tío, como le he dicho. Ha venido a pedirle mi mano a mi padre y este ha dado su consentimiento. ¿No es maravilloso? Y ha tenido la amabilidad de traer la tela que ha tejido con mi diseño y de la que William le habló durante el desayuno, ¿recuerda?

Anna cogió el paquete de Henri y corrió hacia la ventana, desató la cuerda y desenvolvió el papel, y dejó que la seda se desplegara, resplandeciendo bajo la luz del sol como había hecho en Wood Street el día anterior.

—Dios santo —dijo Joseph acercándose a la ventana para verlo por sí mismo—. Es una pieza de seda magnífica, joven, y con un diseño muy llamativo.

Se sacó la lupa del bolsillo del chaleco y se acercó la tela al rostro.

—¿Lo has tejido tú mismo?

—Sí, señor. Es mi obra maestra.

Joseph acercó el ojo al cristal una vez más.

—Un trabajo excelente. Es muy admirable el uso que has hecho de los *points rentrées*; parece como si hubiera pasado de moda últimamente, pero así has conseguido esa definición tan fina en las líneas curvas. Un entramado muy complejo. Refréscame la memoria, ¿quién dices que es tu diseñador?

—Por amor de Dios, tío —exclamo Anna—. ¿No me escuchó cuando se lo dije en el desayuno? Es mi diseño.

Joseph frunció el ceño.

—Pero ¿cómo...?

—Ya se lo explicaré más tarde, pero ahora, por favor ¿queréis dar la bienvenida en esta casa a Henri Vendôme, el joven con quien pienso casarme?

El viejo reloj de pared anuncia las diez en punto e interrumpe su ensueño. El fuego se está apagando y considera la idea de añadir otro tronco, pero mañana será otro día muy completo y ambos necesitan descansar, ahora que son ancianos.

Suelta su labor de costura y se acerca al hombre dormido, arranca con suavidad el periódico de sus manos y lo besa en la frente.

—Ven, marido —susurra—. Es hora de ir a la cama.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, debo dar las gracias a mi agente, Caroline Hardman, de Hardman & Swainson, quien se aseguró de que esta novela, que ocupa un lugar muy destacado en mi corazón, encontrara el mejor hogar posible en la editorial Pan Macmillan. He disfrutado enormemente trabajando al lado de Catherine Richards, mi nueva editora allí.

Este libro fue mi primera incursión en el siglo XVIII y supuso una extensa labor de investigación. Leí cantidades ingentes de libros, por supuesto, y visité numerosas exposiciones y bibliotecas —al final del libro se incluye una lista—, pero también conté con la ayuda de muchas personas, algunas de las cuales me dispongo a mencionar en estas líneas.

Estaré eternamente agradecida a la bienvenida que me propiciaron los residentes de Wilkes Street: Sue Rowlands, que vive en la casa donde mis antepasados pusieron en marcha su negocio —y en la que me he basado para describir la residencia de monsieur Lavallo—, y sus vecinos, John y Sandy Critchley.

La experta en industria textil y autora Mary Schoeser fue quien despertó mi interés por Anna Maria Garthwaite y me presentó al personal de la National Art Library del museo Victoria and Albert de Londres, donde descubrí con

entusiasmo el manuscrito definitivo e inédito de la anterior conservadora de la sección textil del museo, la desaparecida Natalie Rothstein.

Richard Humphries me prestó varios libros muy valiosos sobre la tejeduría en el siglo XVIII y sobre el gremio de The Weavers' Company, y mi hermano David Walters (antiguo director de la empresa familiar sedera) revisó los fragmentos que hablan de los aspectos técnicos. Martin Arnaud corrigió mis frases en francés y añadió algunos expresivos insultos e imprecaciones en francés del siglo XVIII. Mark Bills, conservador del museo Gainsboroughs House en Sudbury, resultó de enorme ayuda y mi marido, el pintor David Trenow, se aseguró de que tuvieran sentido las escenas relacionadas con el dibujo, las ilustraciones y la pintura. Todas las inexactitudes son enteramente mías (véase mi nota sobre la historia que inspiró *El maestro de la seda*, al final del libro).

Como siempre, me siento enormemente agradecida a mi familia y amigos (en especial a «The Grumpies») por su apoyo y cariño inquebrantables.

NOTA HISTÓRICA

Mientras realizaba la labor de investigación del negocio sedero de mi familia, que empezó en Spitalfields, East London, a principios de la década de 1700 (y que sigue aún en activo en Sudbury, Suffolk), la primera dirección registrada que pude descubrir estaba en Wilkes Street, llamada luego Wood Street. Ha sido maravilloso comprobar que la casa sigue allí.

A apenas unos metros de distancia, en la esquina de Wilkes Street y Princelet Street, luego Princes Street, está la casa donde vivió la famosa diseñadora de telas de seda Anna Maria Garthwaite, desde 1728 hasta su muerte en 1763. Fue allí, en el mismísimo corazón de la industria sedera, donde produjo más de un millar de diseños para damascos y brocados, muchos de los cuales se encuentran hoy en el museo Victoria and Albert. Fue muy emocionante descubrir que mis ancestros habrían conocido y posiblemente habrían trabajado con ella, la diseñadora textil más célebre del siglo XVIII, cuyas sedas estaban muy solicitadas entre la nobleza de Gran Bretaña y América.

Garthwaite se hizo muy famosa por sus diseños precisos naturalistas y botánicos y aparece en el *Universal Dictionary of Trade and Commerce* de 1751 como alguien que «introdujo los principios de la pintura en los telares». Vivió en la era de la Ilustración, cuando los científicos y los artistas estaban concentrados en explorar y registrar el mundo natural, y cuando ilustradores botánicos como Georg Ehret

se convirtieron en celebridades menores.

En un manuscrito inédito que se encuentra en el National Art Library, no acabado en el momento de su muerte, la fallecida Natalie Rothstein, antigua conservadora de la sección de textiles del museo Victoria and Albert, señala una sugerente conexión entre el artista William Hogarth y los tejedores de Spitalfields: su famosa serie de grabados, *Industry and Idleness*, publicados en 1747, muestra a los tejedores en sus telares. Seis años después publicó *El análisis de la belleza*, en el que proponía que la curva serpentina — vista en la naturaleza y en la forma humana— era la esencia de la perfección visual. Rothstein sugiere que es muy posible que hubiese sido inspirado por los diseños de Anna Maria.

Y pese a todo, nadie, ni siquiera Natalie Rothstein, ha podido descubrir de manera concluyente cómo Anna Maria, que mostró un precoz talento artístico, aprendió las habilidades altamente técnicas y complejas del diseño de telas de seda. O como una sola mujer, que para entonces ya estaba en la mitad de su vida, logró desarrollar y dirigir un negocio tan floreciente por sí sola en el que era un sector ampliamente dominado por hombres. Fue este el misterio que originó la idea para la novela.

Se dice que, en aquella época, una cuarta parte de los habitantes de Spitalfields y Bethnal Green hablaban solo francés: tenían sus propias instituciones, incluida una iglesia francesa, que desde entonces ha sido una sinagoga y que ahora es una mezquita. Aunque, como protestantes, oficialmente los hugonotes eran bienvenidos en Inglaterra, hay fuertes indicios de que estos refugiados eran víctimas del racismo y de la desconfianza, de forma similar al racismo y la desconfianza que sufren los refugiados que huyen de la persecución en sus propios países en la actualidad.

Aunque llegados a este punto cabe señalar una advertencia: aunque inspirada por hechos y personajes

reales, esta novela es pura ficción y me he tomado enormes libertades con la historia, en especial con la cronología de los acontecimientos. Anna Maria era originaria de Leicestershire, no de Suffolk, y no llegó a Londres hasta cumplidos los cuarenta años. Su fama alcanzó su mayor momento en las décadas de 1730 y 1740, y murió en 1763 a los setenta y cinco años de edad.

Aunque siempre había habido muestras de descontento entre los tejedores, los «disturbios de los cortadores» (*cutters riots*) y en concreto el juicio y los ahorcamientos de D'Oyle y Valline no tuvieron lugar hasta la década de 1760, en torno al año de la muerte de Anna Maria. Es en este convulso período de extrema conflictividad social en el que he decidido ambientar la novela, a pesar de que no es probable que Anna Maria fuera testigo directo de los hechos.

De modo que, si el lector es experto en la historia de esa época o en la vida de Anna Maria, le pido disculpas; los novelistas no escribimos historia, sino que simplemente nos inspiramos en sus acontecimientos y personajes. Pero para los más curiosos, y solo para demostrar que sé cuál es la diferencia entre realidad y ficción, he aquí una cronología de los sucesos que me sirvieron de inspiración y algunos de los libros y sitios web que me han ayudado a construir una imagen de la vida en Spitalfields en esa época:

1681. Primera gran oleada de persecución a los hugonotes en Francia, cuando se utilizaron a los *dragonnades* por primera vez, y la subsiguiente oleada migratoria.

1680-1690. Se funda la iglesia francesa L'Église de l'Hôpital en Spitalfields. Se reconstruyó en el año 1742 y desde entonces ha sido una sinagoga y una mezquita.

1685. Revocación del edicto de Nantes por Luis XIV, lo

que significó la prohibición del culto protestante en Francia. Hacia 1690, más de 200.000 hugonotes habían emigrado del país.

1688. Anna Maria Garthwaite nace en Harston, cerca de Grantham en Leicestershire, el 14 de marzo.

1712. Los hugonotes son admitidos en el gremio de tejedores (Weavers' Company) como maestros «extranjeros».

1719. Disturbios en Spitalfields, Colchester y Norwich por las importaciones de calicó.

1722. Primeros tejedores de seda Walters, Benjamin y Thomas, registrados en Spitalfields como lugar de trabajo y residencia.

1726. Anna Maria abandona Grantham para irse a vivir a York con su hermana Mary, dos veces viuda.

1728. Anna Maria y Mary se trasladan a Princes Street, Spitalfields, en Londres.

1737. El botánico alemán y pintor especializado en botánica Georg Ehret se establece en Londres.

1746. Joseph Walters, tejedor de seda, se casa en Christ Church.

1755. Se publica *An Easy Introduction to Dancing*.

1759. Thomas Gainsborough y su familia se trasladan de Suffolk a Bath.

1760. El rey Jorge II muere el 25 de octubre y lo sucede en el trono su nieto Jorge III, de veintidós años.

1761. El 8 de septiembre, Jorge III se casa con la princesa Carlota de Meckleburgo-Strelitz, a quien conoció el mismo día de la boda. La coronación tuvo lugar quince días después.

1762. En mayo, 8.000 tejedores marchan hacia el

palacio de Saint James. Al día siguiente, 50.000 tejedores se reúnen y marchan hacia Westminster. En agosto, los oficiales de tejeduría organizan el Libro de Precios.

1763. Anna Maria Garthwaite muere en Spitalfields.

1763. Miles de tejedores toman parte en protestas salariales e irrumpen por la fuerza en casa de un destacado maestro tejedor, donde destrozan sus telares y cortan sus sedas para, posteriormente, representar el ahorcamiento de su efigie. Se envía a los soldados a ocupar Spitalfields.

1764. Los hugonotes encabezan la campaña contra la importación de seda francesa.

1765. Sitio de Bedford House: los tejedores marchan con banderas negras en protesta por la oposición del duque de Bedford a una propuesta de ley que habría prohibido la importación de seda francesa. Se aprueba una nueva ley convirtiendo en delito penado con la muerte (delito grave) entrar en una casa o tienda con la intención de provocar daños en las telas de seda.

1768. Se funda la Royal Academy, y se acepta en su seno a mujeres pintoras. Thomas Gainsborough es un miembro fundador.

1769. Un grupo de oficiales de tejeduría forman Bold Defiance, que se reúne en la taberna The Dolphin de Cock Lane (la moderna Boundary Street, en Bethnal Green), para protestar contra los maestros tejedores que hacen caso omiso del Libro de Precios. En septiembre, la guardia militar y los oficiales Bow Street Runners hicieron una redada en The Dolphin y llevaron a cabo cuatro detenciones.

1769. En diciembre, John D'Oyle y John Valline son declarados culpables de destrozar los telares de Thomas Poor, un tejedor que trabajaba para el afamado maestro Chauvet. Fueron ahorcados en Bethnal Green. Los alborotadores desmantelaron la horca y volvieron a armarla delante de la

casa de Chauvet, destrozaron sus ventanas y quemaron sus muebles. Al cabo de dos semanas fueron ahorcados más presuntos «cortadores» de seda.

1771. Se producen más altercados de los tejedores de seda en Spitalfields.

1762. Primera dirección registrada del negocio de seda Walters (Joseph I y Joseph II) en Wilkes Street, Spitalfields.

1763. Se aprueba la primera de las tres Spitalfields Acts, ley que regula el salario de los tejedores.

1774. Thomas Gainsborough y su familia se trasladan a vivir a Londres.

He aquí algunos de los libros, exposiciones, bibliotecas y páginas web que me han ayudado en mi labor de documentación:

GWYN, Robin D., *The Huguenots of London*, Alpha Press, 1998.

HAY, Douglas, y ROGERS, Nicholas, *Eighteenth-Century English Society*, OUP, 1997.

PLUMMER, Alfred, *The London Weavers' Company 1600-1970*, Routledge & Kegan Paul, 1972.

PORTER, Roy, *English Society in the Eighteenth Century*, Penguin, 1991.

ROTHSTEIN, Natalie, *Silk Designs of the Eighteenth Century*, Bullfinch Press, Little Brown, 1990.

—, *The English Silk Industry 1700-1825*, manuscrito inédito en The National Art Library del Victoria & Albert Museum.

VICKERY, Amanda, *Behind Closed Doors: At Home in Georgian England*, Yale University Press, 2009.

—, *The Gentlemans Daughter: Womens Lives in Georgian England*, Yale University Press, 2003.

WARNER, sir Frank, *The Silk Industry of the United Kingdom*, Drane's, 1921.

WILLET Cunnington, Cecil, *Handbook of English Costume in the Eighteenth Century*, Faber, 1964.

The National Art Library en el Victoria & Albert Museum, Londres.

Denis Severs' House, 18 Folgate Street, Spitalfields:
www.denissevershouse.co.uk.

Exposición «Georgians Revealed» en la British Library (Londres, 2013) y libro del mismo título.

Mapa de Londres de John Roque, 1746
www.locatinglondon.org.

The Proceedings of the Old Bailey, 1674-1913
www.oldbaileyonline.org.

Blogs diarios de Spitalfields Life, por «The Gentle Author»: www.spitalfieldslife.com.

The Fashion Museum, Bath www.fashionmuseum.co.uk.

Las exposiciones de estilos georgianos en la galería del palacio de Buckingham y el palacio de Kensington.

The Huguenot Society and Library de Gower Street:
www.huguenotsociety.org.uk.

The Worshipful Company of Weavers:
www.weavers.org.uk.

Fin

